Tú y yo, las notas de corazón



Janet Lápida

TÚ Y YO, LAS NOTAS DE CORAZÓN

Janet Lápida

Derechos de autor © 2024 Janet Lápida

Todos los derechos reservados.
Diseño de la portada: Evangelina Linzú.

A la ciudad de Annecy, a los perfumes, al amor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60

61
Epílogo
NOTA DE LA AUTORA
SOBRE MÍ
Libros de este autor

PRÓLOGO

Audrey

El amor es como un perfume.

A esa conclusión he llegado, después de muchos quebraderos de cabeza. Ambos comienzan de una forma y, poco a poco, evolucionan. Se convierten en algo diferente. Cambian con el tiempo. Y, al final, queda algo sólido. Tiene que quedar algo. Algo potente, algo que haga sentir.

Porque sí, el amor, igual que un perfume, evoluciona. No va a ser siempre una bomba como al principio. Se asentará, se calmará y se convertirá en algo cálido que te abraza como una manta en invierno frente a una chimenea.

Pero eso es lo importante: que siempre te haga sentir algo.

Yo no me había dado cuenta de eso hasta que me encargaron el proyecto más ambicioso de mi carrera como perfumista. Obviamente conocía la vida de los perfumes a la perfección, pero no la del amor.

Ese perfume tan solo fue el comienzo de una historia con final inesperado.

¿Cómo me iba a imaginar que me enamoraría de ÉL?

1

Audrey

—¿Eso te lo vas a comer? —me preguntó mi novio, mientras miraba mi puré de patatas desde el otro lado de la mesa.

Inspiré hondo y aparté mi plato hacia él.

—No. Todo tuyo.

Atrajo el plato y sin ni siquiera mirarme se comió los restos de mi cena.

Me levanté, metí mis cubiertos en el lavavajillas, me lavé los dientes y me senté en el sofá frente a la televisión. La encendí, pero no me fijé en lo que estaban emitiendo. Simplemente me dediqué a mirar la sucesión de imágenes que eran aleatorias para mi cerebro, porque no me interesaba en absoluto.

Thomas terminó de cenar y se sentó al otro lado del sofá. Sacó el móvil y empezó a deslizar con su pulgar en la pantalla. Una y otra vez.

—¿No recoges la mesa? —le pregunté, sin dejar de mirar la tele.

Por el rabillo del ojo pude apreciar que él se encogió de hombros.

—No. No me apetece ahora. Ya lo haré.

Suspiré y yo también cogí mi móvil. Repasé mi agenda para el día siguiente. Tenía una reunión con Véronique a primera hora para hablar de un nuevo proyecto que quería encargarme. Últimamente estaba muy motivada en el trabajo, así que era una idea que me emocionaba. Un nuevo perfume siempre era una aventura.

Y entonces no me daba cuenta, pero lo que yo realmente necesitaba era aventura en mi vida. Sentir. Llevaba meses, años quizá, sumida en una especie de coma sentimental. Estaba sedada, anestesiada ante la vida. No sentía nada. Pero lo había aceptado como algo normal que acaba pasando a todas las parejas.

Visto que Thomas no tenía pensado hacerme caso, bloqueé la pantalla del móvil y me eché hacia atrás. Apoyé la cabeza en el sofá y cerré los ojos.

Un nuevo perfume. Un nuevo reto.

Y, como siempre, iba a dar lo mejor de mí misma.

Cuando volví en mí, decidí levantarme. Thomas seguía aislado con el móvil. Y los platos sucios seguían sobre la mesa.

Odiaba tener que irme a dormir sabiendo que el salón se quedaba en ese estado, pero no podía ser la madre de mi novio constantemente. Me di una ducha y me puse el pijama.

Cuando me metí en la cama, tan solo deseaba que llegara el día siguiente. Tenía que ser mejor que el día que acababa de vivir.

No era difícil.

♥ ♥ ♥

Cuando me desperté, Thomas ya se había ido. Mi novio trabajaba como contable en una oficina a las afueras de Lyon, en un polígono industrial. Por lo tanto, él solía salir antes que yo, porque mi oficina y laboratorio estaban más céntricos.

No me tomé nada por la mañana, ya que mi rutina era pasar por mi cafetería favorita, que casualmente estaba enfrente de mi oficina, y pedirme un café y mi croissant favorito, el de arándanos.

Cuando fui al salón con mi café, descubrí que los platos de la cena todavía seguían ahí. Pero ni siquiera me enfadé. Estaba tan anestesiada de todo que era incapaz de sentir rabia contra Thomas.

Me aseé, me maquillé ligeramente y me puse ropa de oficina: unos pantalones pitillo marrones, blusa beige y zapatos planos.

Lista para salir a dar un paseo por Lyon a principios de verano.

El cielo era de color azul intenso y el sol era radiante. La ciudad resplandecía, sin embargo, yo estaba deseando volver de visita a mi ciudad natal, Annecy, que era un espectáculo durante todo el año. Ese lago de agua cristalina, esas montañas al fondo, ese casco antiguo de cuento… eso no lo tenía Lyon.

Sin casi darme cuenta, estaba frente a la panadería y cafetería Poisy, un lugar que siempre me acogía por las mañanas antes de llegar a la oficina de Féerie Parfums, la empresa en la que llevaba trabajando casi diez años.

Entré. Poisy era una de esas cafeterías que te acogen y te abrazan como una manta calentita. Luces cálidas, buen café, buena repostería, camareros amables.

Y olía tan bien.

¿Cuándo me propondrían crear un perfume que oliera a café y a croissants recién hechos? Porque tenía la inspiración justo enfrente.

Había un par de personas haciendo cola frente a mí, pero crucé mi mirada con la de Étienne, el dueño de la cafetería. Nos sonreímos. Y ni siquiera hacían falta palabras, porque él ya sabía que no podía empezar mi día sin mi croissant de arándanos ni sin mi café solo y potente.

Étienne era lo más parecido que yo tenía a un buen amigo. Era de mediana estatura, tenía la cabeza rapada, una barba castaña perfectamente recortada y una sonrisa cálida siempre en el rostro.

Llevábamos diez años viéndonos prácticamente a diario y, si teníamos tiempo, charlábamos un rato. A veces nos veíamos cuando acababan nuestras respectivas jornadas, con nuestras respectivas parejas.

Y eso era todo. ¿Por qué no tenía más amigos? ¿Qué había pasado con la gente del instituto, de la universidad?

Ni siquiera me había parado a analizarlo entonces.

Cuando le tocó el turno al chico que estaba frente a mí en la cola, abrí mi bolso y preparé la cartera para sacar la tarjeta.

Entonces la voz de ese ser, de ese tío que había llegado antes que yo, me sacó de mi ensimismamiento.

—Y me llevaré ese croissant de arándanos.

Sentí que me ponía alerta. Dirigí mi mirada hacia el mostrador que estaba frente a Étienne.

Efectivamente, solo quedaba uno.

Y alguien pretendía llevárselo.

—Oye —dije enseguida, y el tío se giró—, ese me lo iba a pedir yo.

Era más alto que yo, algo que no era difícil, puesto que yo no pasaba del metro sesenta y cinco. Pelo rubio oscuro, bien peinado, rostro afeitado, ojos azules, una ceja algo levantada. Me observaba con un gesto que estaba entre la curiosidad y la irritación. Iba vestido de forma casual, pero con cierta elegancia. Unos pantalones oscuros y una camisa gris remangada por los codos.

—¿Perdón? —dijo el desconocido que se había atrevido a pedir mi croissant.

—Que ese croissant es mío —dije, como si de repente aquello tuviera todo el sentido del mundo.

El desconocido se rio en mi cara.

—¿Acaso lleva tu nombre?

Apreté la mandíbula y miré hacia el mostrador.

—Pero… ¡Étienne!

Mi amigo se encogió de hombros.

—Lo siento, Audrey, él estaba primero. Pásate a media mañana, habré hecho una tanda nueva.

Cerré los puños y sentí una especie de rabieta infantil.

—¡Ya no lo querré entonces! —exclamé.

Étienne puso los ojos en blanco y el desconocido se rio. Mi amigo le dio el croissant, dentro de una bolsa de papel, junto con un vaso de café, y el desconocido se giró hacia mí.

—La próxima vez, ponte la alarma diez minutos antes —me dijo y, acto seguido, se acercó un poco a mí, sacó el croissant de la bolsa y le dio un bocado en toda mi cara.

Quise estrangularlo. Casi pude sentir el aroma de los arándonos llegando hacia mi nariz de perfumista.

—Gilipollas —espeté.

Me sonrió con burla y salió de la cafetería. Yo me acerqué a Étienne.

—Pero, Audrey, ¿de qué vas? —me preguntó, con el ceño fruncido y negando con la cabeza —. ¡No me espantes a los clientes!

Entonces me di cuenta de lo que había pasado. De lo ridícula que había sido la situación.

—Yo… no sé, Étienne, no sé qué se me ha pasado por la cabeza.

Era verdad. Hacía tiempo que no me enfadaba. Hacía tiempo… que no sentía nada. Cuando se explotaba mi burbuja de perfumes, mis sentimientos se esfumaban.

—Oye —dijo él—, a ver si se te está friendo el cerebro de estar tanto tiempo oliendo sustancias químicas. No es broma. Una prima mía estuvo trabajando muchos años en un laboratorio y ahora no puede pronunciar bien la jota.

Me reí.

—Ya, claro.

—Entonces, ¿te pongo otra cosa?

Suspiré.

—Ya no tengo ganas. Ponme solo el café. —Fue a la cafetera y me lo tendió en unos segundos —. Nos vemos al salir, ¿vale?

Mi amigo asintió.

—Nos vemos.

Salí yo también de la cafetería, sin mi desayuno habitual de siempre. Crucé la calle y entré en las oficinas de Féerie Parfums.

¿Qué coño me había pasado?

2

Jan

¿A qué secta pertenecería esa demente?

Lo último que me esperaba en mi primer día de mi nuevo trabajo era encontrarme una loca en la cafetería que me exigía quedarse con el croissant que me acababa de pedir. Una especie de duendecillo enfadado con media melena negra y ondulada, piel tostada, grandes y expresivos ojos oscuros y unos bonitos labios carnosos.

Está claro, la belleza no tiene por qué estar siempre unida a la estabilidad mental.

En fin.

Era mi primer día de trabajo en Féerie Parfums y tenía que tener la cabeza fría. Estaba a punto de tener mi primera reunión con Véronique, la directora del departamento de Desarrollo, para hablar de mi primer proyecto con la empresa. Todavía no había firmado nada, porque primero tenía que decidir si me interesaba el proyecto, pero no tenía ninguna duda de que así iba a ser.

Estaba deseándolo. Después de una mala época, una horrible época en el terreno sentimental, lo que más me apetecía en el mundo era crear un universo olfativo que contara historias.

Historias en las que yo no sufriera.

Así que esa misma mañana me afeité, me peiné bien, me vestí bien y salí a un día veraniego en Lyon.

Poco después del breve encuentro con aquella pequeña obsesa de los croissants, había llegado a la oficina de Féerie Parfums.

—Buenos días —me dijo una sonriente recepcionista.

—Buenos días. He quedado con la señora Véronique Bouchard. Soy Jan Bauck.

La recepcionista asintió.

—Por supuesto. Enseguida la aviso.

—Gracias.

Me senté en un sillón del vestíbulo y, después de un par de minutos, apareció una mujer alta, elegante, con el pelo rubio y rizado recogido en una coleta y con unas gafas moradas rectangulares.

—¿Jan Bauck? —preguntó mientras me tendía una mano.

Me levanté enseguida y se la estreché.

—El mismo.

—Soy Véronique. Estoy encantada de conocerte. Eres una de las narices más interesantes de los últimos años.

Me salió una ligera risa, no lo pude evitar.

—Gracias. Yo también tenía ganas de conocerte. Féerie Parfums es todo un referente en este mundo.

Ella asintió, sonriendo, y me hizo un gesto con la mano.

—Vamos. Te enseñaré la oficina.

Véronique me hizo un pequeño tour por la oficina. Me enseñó el que sería mi despacho, una sala común para tomar café y pasar tiempo con otros trabajadores, los despachos de los jefes de otros departamentos y, por último, hicimos una rápida visita al laboratorio.

Féerie Parfums contaba con un pequeño laboratorio en el edificio donde se encontraban las oficinas principales, y luego tenía un laboratorio más grande a las afueras donde se producían los perfumes a gran escala. Este pequeño laboratorio sería donde yo podría trastear, crear, y probar todo lo que se me pasara por la cabeza. O por la nariz.

Todo estaba decorado de forma elegante. Había una vitrina en uno de los pasillos con los perfumes más exitosos que había creado la compañía. Sería un orgullo poder pertenecer a ese equipo, después de haber trabajado para otras casas de perfumes.

Véronique me guio de nuevo hacia mi casi seguro futuro despacho. Dejé allí mis cosas, me senté, y Véronique se sentó en la silla que había al otro lado de mi escritorio.

—Adoro tus creaciones, Jan. Estaba deseando de tener una nariz como la tuya en el equipo.

—Muchas gracias. Los perfumes son mi vida. Cuando pones toda el alma en un proyecto, creo que se acaba notando en el resultado final.

—Eso es lo que yo creo. Es lo que ha hecho que Féerie Parfums destaque frente a los demás. Vamos siempre más allá.

—Exacto.

—Tus perfumes son muy… peculiares. Tienes algo muy especial que me encanta. Algo que no encontraremos en otros perfumistas.

Sonreí y sentí que me hinchaba de orgullo.

—Para mí, la historia que cuentan los perfumes es casi tan importante como el propio perfume. Hasta que el perfume no cuenta lo que quiero que cuente, no termino el proyecto.

Véronique me miró un poco por encima de las gafas, curiosa.

—Espero mucho de ti, Jan. Te llamaré en unos minutos para hablar sobre el proyecto que tengo para ti. Siéntete como en casa, porque espero que te quedes con nosotros.

—Perfecto. Gracias, Véronique.

Se levantó de la silla y salió del despacho. Yo me giré hacia la ventana.

El cielo azul sobre Lyon. Una nueva compañía para la que trabajar. Un nuevo proyecto que ya me esperaba.

Todo tenía buena pinta.

O, por lo menos, parecía tener buena pinta.

3

Audrey

Me permití cinco minutos de tranquilidad con mi café en mi despacho antes de llamar a Véronique para decirle que estaba lista para la reunión.

Me gustaba mi pequeño rincón en la oficina. Estaba decorado a mi gusto, con pequeños detalles que había ido añadiendo y, evidentemente, con mis mejores creaciones perfumísticas en una de las estanterías. Después de casi diez años, aquel despacho era como mi segundo hogar.

Miré a través de la ventana. El cielo azul y el centro de Lyon. Y yo sin sentir el regusto dulce de los arándanos en mi boca. Pensé en lo mucho que habría disfrutado aquel listillo al quedarse con el último croissant.

Sacudí la cabeza y me quité esa tontería de la cabeza. Cogí el teléfono fijo de mi escritorio y marqué la extensión de Véronique.

—*Buenos días, Audrey* —dijo ella al otro lado del teléfono—. *Acabo de volver a mi despacho. Pásate cuando quieras, te espero.*

—De acuerdo, Véronique. Voy para allá.

Cogí mi libreta para tomar notas. Cuando Véronique me encargaba un perfume nuevo, solía tener una idea más o menos sólida desde el principio acerca de las notas olfativas que podría usar, y en mi libreta iba apuntando mi pequeño boceto que luego se convertiría en un perfume.

Me acerqué hasta el despacho de Véronique. Toqué a la puerta.

—Adelante.

—Hola, Véronique. ¿Qué tal?

Ella me sonrió. Detrás de ese aspecto de mujer elegante y distante, había amabilidad y un punto de humor y locura.

—Genial, Audrey. Siéntate. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

Suspiré y le hice caso, me senté frente a su escritorio. ¿Cómo decirle que me había aburrido como una ostra? ¿Cómo explicar que mi novio y yo no habíamos hecho ningún plan interesante ni habíamos pasado tiempo juntos?

—Muy bien —repuse, quitándole importancia al malestar que me había creado su simple pregunta—, ¿y el tuyo? ¿Fuisteis finalmente a Chambéry?

Véronique me comentó que iba a pasar el fin de semana fuera junto a su marido. Veinte años juntos y seguían enamorados y haciendo planes sin parar. A veces me preguntaba qué era lo que yo estaba haciendo mal.

—Ah, sí. Lo pasamos genial. Es precioso, ¿eh? Intentaremos ir a Annecy la próxima vez. Tu ciudad es el paraíso en la Tierra, de verdad.

Sonreí.

—Lo sé. En cualquier época del año.

—¡Cierto! Bueno, vayamos al lío. Tengo una bomba de proyecto para ti. Aunque… —calló por un momento—, no será solo para ti.

Algo en mi ánimo se vino abajo. Aquello me sentó algo mal, no pude evitarlo. No es que no me gustara trabajar con otros compañeros perfumistas, simplemente es que me encantaba crear a mi manera y me encantaba que el resultado final fuera completamente creación mía.

Pero Véronique mandaba.

—Ah… ¿no? —pregunté, dubitativa—. ¿Con quién voy a trabajar? ¿Con Irène?

Irène era otra de las perfumistas de Féerie Parfums con la que ya había trabajado en varios proyectos. Por suerte, teníamos formas similares de trabajar y solíamos llegar a las mismas conclusiones cuando estábamos creando. Si era con ella, no me quejaría demasiado.

—Ay, Irène… —dijo Véronique en un suspiro—, la nariz de Irène ya no es la misma desde que pasó el covid. No quiero jugármela con este proyecto.

Tragué saliva, incómoda. Véronique había comentado hace poco que estaban a punto de contratar a un nuevo perfumista para un nuevo proyecto, pero no quería dar muchos datos.

Alguien nuevo no, por favor. Un proyecto importante con un perfumista con el que yo nunca había trabajado era como tirarse al vacío sin saber lo que hay en el fondo.

—¿Entonces…? —comencé, pero Véronique no me dio tiempo a terminar.

Cogió su teléfono y marcó una extensión.

—¿Jan? Pásate por mi despacho. Te estamos esperando.

Colgó y me miró con una sonrisa.

—Enseguida lo vas a conocer.

Jan. Jan…

Ese nombre quería decirme algo. Había leído algún pequeño artículo escrito por un perfumista llamado Jan. No recordaba el apellido. Algo alemán, quizás. No es que me pasara todo mi tiempo libre leyendo sobre perfumería o sobre otros perfumistas. Ni siquiera solía investigar qué narices estaban detrás de los nuevos perfumes que sacaban las marcas mes a mes.

Resoplé, intentando evitar que Véronique sintiera mi molestia.

—¿Y crees que… bueno, él y yo… haremos un buen equipo? —pregunté.

No sabía qué esperarme.

Véronique soltó una risita que sonó algo siniestra, no sabía muy bien por qué.

—Jan tiene una forma muy diferente de trabajar —dijo—. Digamos que… vuestras narices están en las antípodas. Y eso es lo que precisamente quiero para este proyecto.

Me agobié. Mis manos comenzaron a sudar. Pero más me agobié en cuanto alguien llamó a la puerta.

—Pasa, Jan.

Me di la vuelta y casi se me salió el corazón por la boca. En la puerta estaba el gilipollas que se había llevado el último croissant de arándanos.

—Hola de nuevo, Véronique —dijo, y entonces me miró a mí.

Sus cejas se alzaron un poco y, entonces, levantó ligeramente una de las comisuras de sus labios.

Una sonrisa burlona. Me dieron ganas de cogerlo del cuello.

—Siéntate, Jan, por favor —dijo mi jefa.

—Vaya —dijo el tal Jan, sin dejar de mirarme—. Así que… eres una nariz, por lo que veo.

Se sentó junto a mí y yo tragué saliva, intentando mantener la calma.

—Sí, lo soy —le dije.

—¿Os conocíais? —preguntó Véronique, frunciendo el ceño y ladeando la cabeza.

—Bueno —dijo Jan, y se encogió de hombros—, digamos que… hemos tenido un breve encuentro hoy en la cafetería Poisy.

—Así me gusta —dijo nuestra jefa—, estrechando lazos.

—Sí, eso es —añadí yo, y solté una risita.

—Eso sí, no hemos tenido tiempo para presentarnos de forma adecuada —dijo Jan, y me tendió una mano—. Jan Bauck.

Se la estreché con firmeza, mirándolo a sus ojos claros.

—Audrey Meuly.

Jan hizo de nuevo aquel ligero gesto de levantar las cejas.

—Vaya. Así que me he encontrado con Audrey Meuly en la cafetería sin saberlo. Conozco todos tus perfumes. Buen trabajo.

No me esperaba aquello, pero no me causó nada de simpatía por él.

—Gracias —dije secamente.

Probablemente quedaría demasiado mal si yo le dijera que creía no conocer ninguna de sus creaciones, así que preferí no decir nada.

—Bueno, chicos —intervino Véronique—. Es hora de hablar de lo que tengo preparado para vosotros. Estamos en verano, pero las marcas ya están pensando en el próximo San Valentín.

Miré fugazmente a Jan, y vi que miraba hacia arriba por un momento. No parecía muy entusiasmado por la idea de verse involucrado con San Valentín.

—Y… ¿cuál es la marca? —pregunté, porque Véronique se había referido al proyecto como «bomba».

Supuse que no sería una marca cualquiera.

Ella nos miró a los dos con una ligera sonrisa.

—Maison Lagune —dijo finalmente.

Volví a mirar a Jan, y esta vez él me devolvió la mirada.

—¿Maison Lagune? —repitió él, mirando a Véronique.

Sorprendido, casi con la boca abierta como yo.

—¿Desde cuándo están en la industria de la perfumería? —pregunté, sin entenderlo del todo.

Maison Lagune era una marca de moda y cosmética de lujo, con gran éxito en Francia. Que yo supiera, nunca habían lanzado un perfume al mercado.

—Desde ahora —contestó Véronique con simpleza—. Y nos han elegido para comenzar esta aventura. Por lo tanto… tiene que salir bien. Necesitamos que salga bien para que vuelvan a contar con nosotros.

Era obvio. Si hacíamos un buen trabajo, teníamos asegurado un potentísimo cliente recurrente.

Jan se frotó las manos y me miró.

—Tenemos que hacerlo.

Asentí.

—Claro que sí. ¿Nos han dado el boceto de lo que quieren?

Normalmente, las marcas nos daban una guía que teníamos que seguir. En esa guía nos pedían un perfume que oliera a algo concreto, con unas notas concretas, para un público concreto o, simplemente… que recordara a otro perfume ya creado.

Véronique apoyó los codos en la mesa y juntó las yemas de los dedos de ambas manos.

—Nos han pedido un perfume femenino, pero esta vez… —dijo—, solo tenemos una palabra.

Suspiré. A veces, las marcas solo nos daban una pequeña pincelada de lo que querían y nos

dejaban casi total libertad para crear a partir de un simple concepto.

—¿Y bien? —preguntó Jan.

Nuestra jefa nos miró a los dos. Hubo un par de segundos de silencio.

—Amor.

Fruncí el ceño.

—¿Amor? —repetí.

Véronique se encogió de hombros y se reclinó en su silla.

—Tiene sentido, Audrey. Es un perfume para San Valentín. Tenéis que crear algo desde ese punto de partida. El amor.

Miré a Jan. Él me miró a mí. Había dudas, incomodidad y… algo de burla en aquellos ojos azules.

Estábamos jodidos. Teníamos que crear un perfume que oliera a amor. Y ese tío que se había llevado mi capricho matutino desde hace diez años… amor era lo último que transmitía.

4

Jan

A eso es lo que llamaba yo un comienzo intenso en un nuevo trabajo.

Un proyecto que prometía, con una de las marcas más potentes del mercado.

Pero no iba a trabajar solo. Tenía que crear aquel perfume que oliera a amor… con una pequeña y extraña criatura que me había llamado gilipollas en una cafetería por haberme llevado el croissant que ella quería. Apenas una hora antes de saber que teníamos que trabajar juntos.

Podía ser divertido… o podía ser una jodida pesadilla. Me inclinaba más por esta última opción.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté a Véronique.

—Ya mismo. En cuanto tengáis unas cuantas muestras, venís a verme. Mientras tanto, el laboratorio es vuestro nuevo hogar.

Nos sonrió. Ya estaba. No había nada más que explicar. Una sola palabra y toda la libertad creativa que podíamos pedir.

Miré de nuevo a Audrey. Sus ojos grandes y oscuros me transmitían preocupación.

Pobre.

—¿Me enseñas tu despacho y empezamos a esbozar ideas? —le pregunté.

Ella parecía algo paralizada. Sacudió la cabeza.

—Eh, sí, claro. Gracias, Véronique. Vamos a trabajar.

Nos levantamos de las sillas.

—Gracias —dije también.

—A vosotros, chicos. Confío en lo que podéis conseguir.

Asentí y salimos del despacho de Véronique. Audrey comenzó a andar sin decirme nada. Me limité a seguirla hasta llegar a su despacho.

En cuanto llegamos, abrió la puerta y pasó ella primero. Estaba decorado en tonos rosas y violetas y tenía una estantería con algunos de los perfumes que ella había creado.

No conocía físicamente a Audrey Meuly. No sabía qué cara tenía hasta esa misma mañana. Jamás se había presentado en ningún evento de perfumistas, al menos que yo supiera.

Pero sí que había olido sus creaciones. Era una buena perfumista y eso, en parte, me tranquilizaba.

—Bueno —dije.

Ella se plantó en medio del despacho y me miró.

—¿Qué?

—Nada.

Silencio. Evitamos mirarnos. Audrey se sentó en su silla y dejó una libreta sobre el escritorio. Me senté en la silla que había frente a ella.

Seguía sin mirarme. No pude evitarlo, me reí. Entonces ella levantó la mirada.

—¿Hay algo que te parezca gracioso? —preguntó, estrechando los ojos.

Claramente molesta, pero me daba igual.

—Sí. Tú.

—¿Perdona?

—¿En serio? ¿Insultar a alguien en una cafetería porque se lleva lo que tú querías? ¿De qué planeta eres?

Audrey puso los ojos en blanco.

—Llevo diez años desayunando eso, ¿vale?

—Ah, ¿sí? ¿Y en diez años nunca había pasado?

—No. Los croissants de arándanos no son tan populares.

—Vaya, pues ya tenemos dos cosas en común. Los desayunos y los perfumes.

—¿Podemos empezar a trabajar?

Se me escapó una ligera sonrisa.

—Venga. A ver qué has apuntado en esa libreta.

Audrey me miró y parpadeó un par de veces.

—¿Crees que con el boceto que nos ha dado Véronique he podido apuntar algo? Lo que nos ha pedido es jodidamente amplio.

Asentí.

—Y eso está genial. Tenemos mucha libertad para crear.

—No podemos jugárnosla con Maison Lagune.

—Ya lo sé. Que tengamos libertad no significa que no sepamos lo que estamos haciendo.

Hubo un momento de silencio.

—¿Tienes algo ya en mente? —me preguntó Audrey.

Fruncí el ceño.

—No conozco la marca tan bien como debería. Hoy me dedicaré a investigar todo lo que pueda sobre Maison Lagune. ¿Y tú?

—No soy una consumidora de la marca, pero Maison Lagune es sinónimo de lujo y elegancia. Es calidad. —Inspiró hondo y, por un momento, mi mirada se fue a su pecho hinchándose bajo la ligera blusa beige que llevaba. Afortunadamente, mis ojos enseguida volvieron a buscar los suyos—. Sin embargo, si tuviera que imaginar un perfume para ellos… intentaría crearlo de manera que no solo las mujeres de clase alta se sintieran identificadas con él. Algo que pudiera llegar a todo el mundo.

—Entiendo. ¿Te parece bien… dedicarnos hoy a hacer un boceto y vernos mañana ya en el laboratorio?

Audrey clavó sus ojos oscuros en mí. Entonces suspiró, como si la idea de tener que encontrarse de nuevo conmigo no le agradara demasiado.

—Está bien. Nos vemos mañana.

Estaba claro que Audrey no quería seguir alargando la conversación. Me levanté y salí de su despacho. Estuve tentado a hacerle una nueva referencia a la situación de aquella mañana, pero me contuve. No quería enfadarla más.

En cuanto llegué a mi despacho, me puse a investigar sobre Maison Lagune. Quería conocer al cliente, pero también quería aprovechar la libertad que nos habían dado al habernos dado tan solo una palabra.

Amor.

Amor…
El amor era una mierda.
Y me tocaba convertirlo en un perfume.

5

Algunos de los perfumes de Audrey

♥ Nectar de diamants: *menta, lavanda, dama de noche, sándalo, pino.*
♥ Douce folie: *coco, dulce de leche, vainilla, manzana.*
♥ Après cette nuit: *bergamota, moras, jazmín, violeta.*
♥ Rivage de lune: *lima, sal marina, lirio, azahar, cedro.*
♥ Candy aube: *grosella roja, frambuesa, peonía, flor de cerezo, azúcar moreno.*

6

Audrey

Quise desplomarme sobre mi escritorio.

El enfado de la cafetería estaba mutando en un fuerte bajón provocado por el malestar que me provocaba mi nuevo compañero. Y no era solo por el conflicto —ridículo, lo reconozco— del croissant. A veces, conocemos a personas con las que sentimos una conexión inmediata. Complicidad, tranquilidad. Todo fluye. Sientes que las conoces desde siempre.

Pues todo lo contrario con Jan. No sabía exactamente por qué, pero sentía que me molestaba absolutamente todo de él. Su sonrisa burlona, sus mangas remangadas por el codo, su cara perfectamente afeitada, su forma de reírse de mí, su forma de andar. Me parecía un tío arrogante y estúpido.

Y gilipollas.

Mi diagnóstico en la cafetería no había estado muy desacertado.

Y me esperaban meses de trabajo con él. Un proyecto que compartiríamos para siempre. Una marca con la que no podíamos jugárnosla.

Joder.

Me pasé aquella mañana documentándome sobre el cliente y creando un primer boceto con unas cuantas notas que creía que podrían encajar para un perfume de San Valentín.

En cuanto llegó la hora, salí de la oficina deseando no volver a encontrarme con Jan. Afortunadamente, no nos vimos.

Fui directamente a la cafetería Poisy y me senté en una de las mesas libres. Dejé mi bolso sobre una silla y hundí el rostro entre las manos.

Étienne me vio y se acercó a mí en cuanto dejó de atender a un par de clientes.

—Ey, Audrey. ¿Estás bien? ¿Te traigo algo?

Levanté la cabeza y lo miré. Me salió una leve sonrisa al ver el gesto amable de mi amigo.

—Te pediría un whisky ahora mismo —dije en un suspiro.

—¿Un mal día en la oficina?

Resoplé.

—¿Recuerdas al tío de esta mañana? —Mi amigo asintió—. Pues adivina quién es el nuevo perfumista de mi compañía y con quién tengo que crear un perfume para Maison Lagune.

Étienne se tapó la boca, pero no pudo evitar reírse.

—No jodas. ¿De verdad?

—Sí. Por desgracia.

—Joder. Pues vaya. Habéis empezado bien, ¿no?

Volvió a reírse, pero no me molestó. No lo hacía para burlarse de mí. Realmente era una situación irónica.

—Tengo la sensación de que esto va a ser un desastre —dije, con la cabeza apoyada en la mano derecha, como si estuviera agotada de repente—. Ese tío… me provoca rechazo. Va a ser horrible trabajar con él.

—Audrey, parece que ya te causaba rechazo incluso antes de verle la cara —dije Étienne, y yo sonreí, cansada—. ¿De dónde ha venido ese enfado? ¿Tienes… problemas con Thomas?

Miré a mi amigo a los ojos. Parecía esperar una respuesta.

Una respuesta que yo no sabía darle.

Sacudí la cabeza.

—Eh… no, no —repuse, pero ni siquiera sabía si lo decía para convencerme a mí misma—. No es eso. Hoy ha sido un mal día en general, ya está.

—Vale. —Parecía conforme con la respuesta y yo no quise darle más vueltas—. ¿Te pongo algo, entonces? Whisky no tenemos.

Sonreí.

—Intentaré apañarme con un café —dije.

—Ahora mismo.

Inspiré hondo. Cogí el móvil para echar un vistazo rápido a un par de artículos sobre Maison Lagune que había encontrado en la oficina.

Por un momento estuve tentada a escribir «Jan Bauck» en el buscador, pero me contuve. Bastante tenía con tener que verlo a diario en el trabajo. No quería también tener su cara en mi móvil.

Étienne volvió con mi café y me acarició el hombro de forma afectuosa. Le sonreí. Aquello me hizo sentir… calidez.

Algo que no solía sentir a menudo.

—¿Cuándo volvemos a quedar los cuatro juntos? —me preguntó—. Pauline tiene ganas de verte.

Pauline era la novia de Étienne. Llevaban juntos diez años, menos que Thomas y yo.

—Eh… cuando quieras. ¿Este fin de semana? —propuse, pero sin demasiadas ganas.

—Vale, se lo diré, entonces.

Sonreí de una forma algo forzada. No me apetecía mucho el plan. No por ellos dos, sino por…

En fin. Me tomé mi café y me despedí de Étienne.

Era hora de volver a casa. Tenía un novio que me esperaba. O eso creía.

♥ ♥ ♥

Llegué a casa sobre las seis y media después de un paseo por el centro. Comenzaba a hacer calor. Qué ganas de ir a mi hogar, Annecy, y poder disfrutar de un buen baño en el lago con los Alpes de fondo.

Eché un vistazo a la cocina antes de llegar al salón, donde podía oír que se encontraba Thomas.

Los platos de la cena de la noche estaban sobre la encimera, sucios. Fruncí el ceño.

Dejé el bolso en nuestro dormitorio y entré en el salón. Thomas no dijo nada. Estaba absorto viendo una serie de fantasía, de esas que le gustaban a él.

—Thomas —dije, y sentí una pequeña presión en la garganta.

—¿Qué? —me dijo sin girarse.

—No has metido los platos en el lavavajillas.

—No me has pedido que lo hiciera.

Inspiré hondo. Miré a la mesa en la cual solíamos comer. Al parecer, había pedido comida a domicilio y ahí había dejado los restos.

—¿Te lo tengo que pedir yo? —pregunté, irónica.

—Audrey, estoy viendo una serie. Ya lo hago luego.

No quise decir nada más. No me preguntó qué tal me había ido el día, o qué tal el nuevo proyecto. Ni yo tampoco le pregunté a él qué tal le había ido en la oficina.

Pero ya era algo normal para nosotros.

Me preparé para ir a la ducha y me hice algo de verdura para cenar. Thomas seguía viendo su serie y yo me cogí un libro para intentar despejar mi cabeza.

No sabía por qué, pero leía constantemente la misma línea una y otra vez. Pasaba los ojos sobre las letras, pero no sabía lo que estaba leyendo.

Aquella noche me acosté yo primera. Thomas se había quedado dormido en el sofá, viendo su serie. Me giré hacia un lado de la cama y apagué la lámpara de la mesita.

Entonces sentí algo parecido a un vacío enorme en mi interior.

Y visualicé el momento que había vivido aquella mañana en la cafetería Poisy.

Comencé a sospechar que aquel simple croissant de arándanos había sido la materialización de mi insatisfacción vital.

7

Jan

Me desperté poco después de las seis de la mañana. Ni siquiera intenté volver a dormirme, porque me esperaba un largo día de trabajo por delante. Era mejor estar activo. Además, el sol ya había salido, así que no se me ocurría mejor plan que ir a la cocina y prepararme el desayuno y una buena taza de café.

Vivía en una pequeña, pero acogedora casa en las afueras de Lyon. Una casa de estilo alpino desde la cual podía ver las montañas. Apreciaba demasiado mi ciudad natal, así que no iba a renunciar a las montañas tan fácilmente. Tan solo llevaba algo más de un año viviendo ahí, pero ya me había encargado de convertirlo completamente en mi hogar.

Perfumes por todas partes, libros sobre perfumes, flores que podría utilizar en perfumes.

Mi mundo, básicamente.

Entré en la cocina y abrí las contraventanas. Dejé que la primera luz del día iluminara el interior.

Inspiré hondo y me preparé el desayuno y el café. Me lo bebí mientras observaba el resto de casas del barrio y las montañas a lo lejos.

No podía pensar en otra cosa que no fuera el día de trabajo que me esperaba. Obviamente, había aceptado el proyecto y había firmado el contrato con Féerie Parfums.

Y en ese laboratorio me esperaba también un pequeño monstruo de los croissants llamado Audrey Meuly.

Sobre la cual no tenía ninguna duda de que era una gran profesional. Pero me temía que nuestras formas de ser, de trabajar y de crear podrían chocar como dos universos.

¿Era eso precisamente lo que buscaba Véronique al habernos asignado ese proyecto para Maison Lagune?

Terminé mi café y metí la taza en el lavavajillas. Me comí también mi tostada con mi mantequilla, sabiendo que, después, me pediría algo dulce en aquella coqueta cafetería llamada Poisy.

Sonreí al pensar en volverle a quitar el croissant de arándanos a Audrey.

Y eso me gustó. Era agradable tener pensamientos nuevos en la cabeza. Sentía bien eso de ir dejando, poco a poco, el dolor y la soledad atrás.

Cogí el móvil y vi que tenía un mensaje de mi hermana. Me lo había enviado sobre las once de la noche, cuando yo estaba leyendo uno de mis libros sobre técnicas en perfumería. Ni siquiera me había percatado de ello.

Lena: No me has contestado a lo de la cita para el fin de semana, ¿qué le digo a mi amiga?

Me dieron ganas de desperezarme. Mi hermana, que era dos años mayor que yo, parecía

bastante interesada en buscarme citas con sus amigas, o con amigas de sus amigas. Ya le había dicho que no era necesario, pero ella creía que sí.

Claro que echaba de menos mi vida anterior. Pero solo tenía sentido si era con ella, con la persona que ya no estaba en mi vida, no con cualquier otra. No estaba de acuerdo en eso de utilizar a una mujer como pieza de recambio. No funcionaba así.

No recuperaría lo que había perdido.

Decidí no contestar a mi hermana en ese momento. Me vestí y cogí el coche para salir a la oficina.

Antes de entrar en el edificio de Féerie Parfums, me pasé por la cafetería Poisy. Mis ojos miraron alrededor, casi sin darme cuenta. Buscando a mi nueva compañera de trabajo, pero no había rastro de ella.

El mismo camarero que el día anterior me atendió.

—Ey, hola de nuevo —me dijo de forma amable.

—Hola de nuevo. —Miré el mostrador. Solo quedaba un croissant de arándanos—. ¿Ese es el último?

El camarero rio.

—Hoy hemos hecho algunos más. Audrey… ya sabes, tu compañera, ya se ha llevado el suyo.

—Vaya. Para mí, entonces.

Me hubiera divertido el hecho de quitárselo de nuevo. Me hacía gracia su enfado infantil. Era tan ridículo.

El camarero me lo dio en una bolsa de papel, junto con un café con leche, y nos despedimos. Entré en la oficina y me comí el croissant en la sala de estar. Cuando estaba terminando, apareció Audrey por ahí. Con unos pantalones ajustados beige y una blusa de color rosa claro, la cual resaltaba su piel tostada.

—Buenos días, Meuly —le dije, con una sonrisa—. ¿Lista para crear?

Ella me miró con desgana y tiró lo que parecía una bolsa de papel con migas a la basura.

—Buenos días —respondió de forma seca—. Nos vemos en diez minutos en el laboratorio.

Salió de la sala. Vaya, cuánta simpatía matutina.

Fui a mi despacho y preparé la libreta donde tenía algunos apuntes que había tomado el día anterior. Ya tenía más o menos claro lo que me gustaría desarrollar.

Entonces solo tocaba ponerse de acuerdo con Audrey. Me daba la impresión de que no me lo iba a poner fácil.

Inspiré hondo y salí hacia el laboratorio. Audrey ya estaba allí, con su bata blanca puesta y con el pelo recogido en una coleta. Ni siquiera me miró cuando yo entré y también me puse mi bata.

Recorrí la estancia con la mirada, emocionado. Cientos de frascos llenos de fragancias esperaban en los estantes. Frascos que pronto serían los capítulos de la historia que queríamos contar con aquel perfume.

—Bueno —dijo entonces Audrey, en un suspiro, como si ya no pudiera seguir fingiendo que yo no estaba allí—. ¿Por qué notas empezamos?

—¿Notas? —repetí—. Deberíamos empezar por saber qué historia queremos contar.

Audrey me miró como si de repente yo fuera de color azul. Algo de otro mundo.

—¿Historia? Estamos en un laboratorio —dijo, y me señaló alrededor, como si yo fuera rematadamente imbécil—. ¿Ves el escritorio y la pluma por alguna parte?

Chasqueé la lengua. Empezábamos pronto.

—Yo ya sé qué historia quiero contar.

Mi compañera puso los ojos en blanco.

—Déjate de rollos, Victor Hugo. Dime qué fragancias tienes en mente.

—Quiero contar algo con este perfume. Maison Lagune no se merece menos.

Audrey inspiró hondo, como si se estuviera armando de paciencia.

—Mira… —de alguna manera, me daba la sensación de que no quería usar mi nombre—, no sé de dónde has salido, ni dónde has estudiado, pero nosotros somos perfumistas. Trabajamos en un laboratorio y creamos fórmulas. No somos escritores ni trabajamos en el departamento de marketing de Maison Lagune. Nosotros creamos el producto, y ellos crean la historia. Para venderlo.

No daba crédito a lo que acababa de oír. Fruncí el ceño.

—¿Qué clase de perfumista eres? ¿No quieres crear algo difícil de olvidar? ¿Algo que marque la diferencia? ¿Algo que se quede en la memoria olfativa de la gente para siempre?

—Claro que sí, pero me ciño a lo que quiere el cliente. El cliente me pide algo, y yo creo ese algo. Algo que luego ellos puedan vender.

Negué con la cabeza.

—Ahora soy yo el que se pregunta de dónde has salido y dónde has estudiado.

Audrey se cruzó de brazos.

—Para tu información, he salido de Annecy, estudié Química aquí en Lyon y la especialidad de Perfumería y el doctorado en París.

Vaya, vaya. Aquello casi me saca una sonrisa, después de mi indignación olfativa.

—Así que también eres de Annecy.

Audrey bajó un poco la cabeza y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tú también?

—Sí.

Hubo un momento de silencio.

—Bueno —dijo entonces, sacudiendo por un segundo la cabeza, pero me dio la sensación de que se estaba quedando con la curiosidad—. Tenemos que empezar. No podemos perder el tiempo de esta manera. Dime… ¿cuál es esa historia que tienes en mente?

Me miró de forma irónica, ladeando un poco la cabeza y entrecerrando los ojos. Me hizo gracia aquel gesto, pero me mantuve serio.

Inspiré hondo. Lo tenía claro. Por un momento miré hacia arriba, sumergiéndome de forma breve en mis recuerdos, pero tan solo me encontré con el techo blanco y las luces del laboratorio.

Entonces bajé la mirada hacia sus ojos oscuros.

—Un amor trágico.

8

Audrey

Parpadeé un par de veces después de escuchar aquello.

—¿Perdón? —dejé escapar con incredulidad.

—Lo que has oído.

Estaba empezando a sentir impulsos de odio, y me preocupaba.

—¿Qué cojones? —pregunté en voz baja, porque no me salió mi voz normal—. ¿Cómo llevas eso a un perfume?

—Muy fácil —repuso Jan, con esa media sonrisa que ya comenzaba a sacarme de quicio. Se apoyó de forma relajada contra una de las mesas. Mis ojos se fueron por un momento a sus brazos, a las venas que se le marcaban. Enseguida desvié la mirada de nuevo hacia sus ojos—. Una nota de salida de tabaco y alguna especia, unas notas de vainilla, cuero y cereza negra como corazón, y unas notas de base de ámbar y almizcle. ¿Qué te parece?

Fruncí el ceño. Imaginé cómo olería aquella combinación de notas.

Sí, podía ser algo oscuro.

Incluso trágico, como Jan había dicho, si le echabas mucha imaginación. Como le echaba él.

Pero mi idea era completamente opuesta.

—Yo tenía algo muy diferente en mente —acabé diciendo.

—Sorpréndeme.

Jan se cruzó de brazos y me miró, interesado. Genuinamente interesado en lo que yo tenía que decir.

—Como ya te comenté, había pensado en algo, bueno, digamos… más… universal.

No sabía qué palabra utilizar exactamente para no decir que su idea de vender un perfume de San Valentín que oliera a «amor trágico» me parecía una puta mierda.

Jan levantó ligeramente una ceja. Aquello también me molestaba.

—Vaya. Cuéntame más.

—Quería algo que pudiera funcionar con diferentes generaciones. Por ejemplo: una salida de rosa y violeta, un corazón de algodón de azúcar y vainilla, y una base de almizcle y caramelo.

Jan me miró fijamente y parpadeó. Entonces ahogó una risita y luego lo intentó disimular con una tos bastante falsa. Tuve que respirar hondo para calmarme. Sentía que aquel día iba a salir esposada de mi oficina.

—¿Y qué pretendes contar con eso?

—No pretendo contar nada —repuse—, intento crear algo que le pueda interesar a nuestro cliente.

—Vamos. Dime qué historia tienes en la cabeza.

Puse los ojos en blanco. No lo pude evitar. Pero decidí seguirle el juego. A ver si me dejaba en

paz.

—Pues… una historia de un nuevo amor. —Rebusqué en mi cabeza y en mi pecho unos sentimientos que casi había olvidado ya—. Algo fresco, dulce, agradable. Algo inocente y novedoso. —Pausé un par de segundos—. Algo que crees que puede durar para siempre.

¿Fue eso lo que sentí con Thomas? Ya no lo recordaba. No recordaba nada.

Volví en mí y sentí algo de vergüenza al ver la sonrisilla de Jan.

—Vaya, tienes un concepto del amor bastante… adolescente.

Me encogí de hombros.

—Es una combinación que no puede fallar para San Valentín. Y creo que a Maison Lagune le puede encajar como su primer perfume.

—No me gusta.

Inspiré hondo y me llevé la mano derecha a la frente. En ese momento deseé teletransportarme a cualquier otro lugar y convertirme en otra persona, con otro trabajo diferente. Haciendo hamburguesas en un McDonald's. Limpiando en un bar de mala muerte. Me daba igual.

Pero quería desaparecer de ahí.

—Tenemos que llegar a un punto en común —dije, intentando no perder la calma.

—Mi idea podría funcionar mucho mejor. Algo más arriesgado y con más carácter.

Me crucé de brazos.

—Véronique nos ha encargado a los dos este proyecto. No es «o tu idea o la mía».

Jan me observó durante unos instantes como si fuera de otra dimensión.

—Está bien —dijo finalmente, y se incorporó de la mesa contra la cual se había apoyado—. Empecemos a jugar.

♥ ♥ ♥

Una hora después, nuestras narices ya se habían saturado. Habíamos hecho decenas de combinaciones y las habíamos olido y evaluado todas. Era hora de hacer un descanso.

Y mis ganas de estampar a Jan contra la estantería de aromas cítricos estaban aumentando de forma exponencial. Aunque tenía que reconocerlo, me hacía gracia la forma en la que las aletas de su nariz vibraban ligeramente cada vez que analizaba un aroma. Pero también me ponía algo nerviosa. Me desconcentraba, y eso era algo que no me gustaba que me sucediera mientras estaba creando.

—Te lo estoy diciendo —dijo Jan entonces, sin perder esa energía que a mí me parecía agotadora—, si utilizamos vainilla, tiene que ser una vainilla mucho más oscura y potente. Si no, nos arriesgamos a que nos quede algo demasiado infantil y barato. Si nuestro cliente fuera una marca de juguetes de niños, perfecto, pero no para Maison Lagune.

Cerré los ojos un momento.

—Necesito un descanso, Jan. Si vuelvo a oler una nueva mezcla, me dará un brote psicótico.

—¿Es que no te ha dado ya? —preguntó, y me miró con esa ceja levantada tan solo medio milímetro de su altura natural.

Le devolví la mirada, agotada.

—Vamos a la sala de estar —propuse, casi sin voz.

Jan dejó un pequeño frasco de esencia de vainilla en la estantería, se dio la vuelta y me hizo un gesto con la mano.

—Después de ti —dijo.

Me dirigí hacia la salida del laboratorio y los dos nos quitamos las batas. Cuando abrí la puerta, respiré hondo. Mi nariz había trabajado demasiado. Se sentía tan bien el hecho de… no oler nada, simplemente.

Jan salió detrás de mí y yo me fui directa a la máquina de café.

—¿No te apetece un café de verdad y no esa mierda de sucedáneo? —me preguntó Jan, mientras yo buscaba una moneda en mi cartera—. Todavía me pregunto por qué ese café malo de oficina es legal.

Me di la vuelta y me encogí de hombros.

—Esto está más cerca —repuse.

—Venga —dijo, haciéndome un gesto con la mano—, te invito a un café en la cafetería de tu amigo. Por ese croissant que te robé.

Maldito momento del croissant. Me perseguiría hasta el final de mis días. No es que me hiciera especial ilusión tomarme un café con Jan en la cafetería Poisy, pero estaría bien desconectar por un momento de la oficina.

Aunque tuviera que ser con él como acompañante.

—Bueno, venga. Vamos.

Cinco minutos después estábamos frente al mostrador. Nos atendió Étienne.

—¿Qué os pongo, narices?

Sonreí. A veces me llamaba nariz. En ese momento éramos dos narices con un marrón de proyecto por delante.

—A mí un café con leche y azúcar —pidió Jan.

—A mí lo de siempre, Étienne —dije—. Solo y bien fuerte.

—Marchando.

Jan se giró hacia mí.

—¿Café solo? No me extraña que tengas ese carácter.

¿Por qué? Tan solo esa simple pregunta apareció en mi cabeza. ¿Por qué me había tocado a mí ese compañero de trabajo?

—¿Tú te crees gracioso? —le pregunté mientras Étienne nos preparaba los cafés.

—En realidad no.

No dije nada. Nos sentamos en una mesa al fondo y Étienne nos trajo nuestros cafés. Cogí el mío, soplé la superficie suavemente y le di un sorbo. Me quedé mirando al infinito.

Era una situación incómoda. Jan representaba la incomodidad para mí.

—Así que… —oí entonces su voz— de Annecy, ¿eh? ¿Dónde estudiaste?

Cierto. Jan también había nacido en Annecy. Por suerte, nunca me había encontrado con él. O por lo menos no lo recordaba. Eso era algo muy positivo.

—En el instituto Fauré —repuse—. ¿Y tú?

—En el Baudelaire. Me pregunto cuántas veces nos habremos cruzado por la ciudad.

—Espero que ninguna.

Le di otro sorbo a mi café. Me gustaba potente y amargo.

Jan soltó una risita casi inaudible.

—Qué gente tan simpática y acogedora trabaja en Féerie Parfums.

Sonreí falsamente.

—Supongo que no lo dices por ti.

Jan dio un sorbo a su café con leche y se quedó mirándome. Como si me analizara, con curiosidad.

—¿Por qué estudiaste Perfumería en París? —me preguntó.

Medité la respuesta. Hacía años que no pensaba en ello. Prefería no hacerlo.

—Amo mi ciudad, pero…

—Nuestra ciudad.

Puse los ojos en blanco.

—Vale. Nuestra ciudad. Pero… me apetecía tener esa experiencia en la capital.

No era verdad, pero no quería dar explicaciones.

—¿En serio? A mí nunca me ha llamado la atención. Prefiero la vida tranquila. Incluso Lyon es a veces demasiado para mí.

Me encogí de hombros.

—Pues así fue. Además, mi… novio —no entendí muy bien por qué me costó pronunciar aquella palabra delante de Jan— estuvo trabajando allí también durante ese año.

Los ojos azules de Jan se estrecharon un poco.

—Ya veo. —Volvió a darle un sorbo a su café—. No es este, ¿no? —Se giró hacia Étienne, que estaba limpiando algo detrás del mostrador y hablando con una compañera, y lo señaló con la cabeza.

Yo desvié la mirada hacia mi amigo.

—¿Étienne? No, claro que no. Somos amigos. Nos conocemos de aquí, de la cafetería. Ya son muchos años viniendo.

—Entiendo. Y… ¿a qué se dedica tu novio?

Me molestaban un poco aquellas preguntas personales.

—A la contabilidad.

—Fascinante.

Después de un par de segundos, decidí yo también ir un paso más allá con las preguntas.

—¿Y tú? ¿Dónde estudiaste Perfumería?

—Estudié primero Química en Burdeos y después Perfumería en Grasse.

Sentí un pellizco en el corazón.

La capital de la perfumería francesa. En plena Provenza. Campos de lavanda infinitos y días soleados.

Supe enseguida en qué escuela había estudiado, no necesitaba preguntárselo. En Grasse había una pequeña escuela de perfumería activa desde hacía casi cuarenta años. Se llamaba La Rosée. Allí acudían estudiantes de todo el mundo. También a mi escuela de París, pero me daba la sensación de que aquello tenía que ser otro planeta. Eso era lo que contaban los perfumistas que yo había conocido y que habían estudiado en la escuela de Grasse. Algo íntimo, pequeño, en plena naturaleza.

Un paraíso de los perfumes. Un icono en la industria.

Un sueño no cumplido para mí. Un sueño al que yo había renunciado por Thomas.

Pero eso era otra historia.

Si hubiera sido otra persona, le hubiera preguntado a Jan por detalles. Para poder vivir un poco de su experiencia a través de sus palabras. Pero quería espantar los pensamientos dolorosos de mi cabeza, así que cambié de tema.

Me apetecía molestarlo.

—Y… ¿tienes pareja?

Jan tardó un poco en responder. Dio otro sorbo a su café y me miró a los ojos.

—No —dijo brevemente.

—No me extraña.

Oportunidad perfecta para soltar aquel comentario. ¿Quién podía aguantar a alguien así todo el día?

Para mi sorpresa, Jan no me respondió con una bordería. Apartó la mirada de mí, hacia un lado, y luego la bajó hacia la mesa.

—¿Volvemos al laboratorio? —preguntó entonces, sin mirarme.

—Eh… sí, claro.

¿Había tocado algún punto sensible? Casi no me dio tiempo a reflexionar sobre ello. Nos despedimos de Étienne y volvimos a nuestro universo de olores.

Un amor trágico.

Quizá tenía algún sentido para él.

9

Jan

Cuando llegué a casa aquella tarde, tan solo me apetecía tirarme de cabeza en el sofá y cerrar los ojos.

Sin embargo, me fui a la ducha, me puse cómodo y decidí salir al jardín con el libro que estaba leyendo entonces. Me acosté en una tumbona y miré al cielo. El sol todavía brillaba con fuerza y podía escuchar el canto de los pájaros.

Abrí el libro por la última página que había leído. Aromas animales. Cuero, almizcle, leche.

Cuero, almizcle, leche…

Sacudí la cabeza. No podía concentrarme en lo que estaba leyendo. Había un pensamiento que sobrevolaba las letras del libro.

No podía negarlo, me había dolido la pregunta de Audrey. La pregunta y el comentario que me había hecho en cuanto le había respondido que no tenía pareja.

Estaba claro, ella no sabía nada. Yo tampoco sabía nada de su vida. Pero me había hecho recordar algo que me estaba costando dejar atrás.

Y lo peor es que ella se había dado cuenta de algo. No había reaccionado como suelo reaccionar ante otros comentarios. Y eso no me gustaba nada.

En fin.

En ese momento sonó mi teléfono. Me incorporé para cogerlo, ya que lo había dejado sobre una banqueta de madera junto a la silla.

Era mi hermana.

—Hola, Lena.

—Ey, hola. ¿Qué tal? ¿Ya estás en casa? No me has contestado al mensaje de ayer.

Se me había olvidado por completo.

—Tienes razón, se me ha pasado. Ya sabes, era mi primer día trabajando en Féerie Parfums con el nuevo proyecto que me han encargado.

—¿Cómo ha ido?

—Puf. Digamos que… tengo una compañera algo particular. Es una buena perfumista, pero tiene una forma de trabajar completamente diferente a la mía.

—Eso no tiene por qué ser malo.

—Lo sé. Pero siento que vamos en direcciones diferentes. Nos han pedido un perfume para Maison Lagune.

—¿Maison Lagune? Guau. Más te vale aplicarte.

Me reí.

—Soy consciente de ello.

Hubo un breve silencio.

—*Entonces… ¿qué le digo a Nathalie?*

Fruncí el ceño.

—¿Nathalie?

—*Sí. La conociste en mi cumpleaños.*

Hice memoria. El cumpleaños de mi hermana fue a principios de junio. Hizo una cena en casa e invitó a algunas de sus amigas. Entonces visualicé a la tal Nathalie. Era una chica pelirroja, bajita, pero con tacones que parecían andamios, con el pelo liso que caía a ambos lados del rostro.

Bueno.

Era una mujer atractiva físicamente y bastante simpática. Pero es que eso no lo era todo, había mucho más. Y me daba… pereza el hecho de comenzar a conocer a alguien.

—No lo sé, Lena. No tengo muchas ganas.

—*Jan* —su voz sonó como una advertencia de hermana mayor—, *no puedes estar siempre en tu mundo de perfumes, del trabajo a casa y de casa al trabajo. Necesitas salir y despejarte. Volverás a ser feliz. No es o Margot o el fin del mundo.*

Sentí una puñalada en el pecho y una sensación amarga en la garganta, que subía hacia la nariz. Casi pude olerlo. Algo amargo, como cuero, bergamota y jengibre.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué la has tenido que mencionar?

Oí que mi hermana inspiraba hondo al otro lado.

—*¿Acaso tu exnovia es Voldemort? Solo quiero que pases un buen rato, Jan. Bueno, y Nathalie también. Aunque… no me refiero a…* eso.

Entonces se me escapó una risita, pero todavía sabía amarga.

—Lena, si yo buscara solo *eso* no lo haría con una amiga tuya.

—*Lo sé. Vamos, sal y diviértete una noche. Nathalie es muy graciosa.*

Tardé un par de segundos en responder.

—Vale. ¿El sábado está bien?

—*Está genial.* —Oía perfectamente el tono de entusiasmo en la voz de mi hermana—. *Le enviaré tu número de teléfono, ¿vale?*

—De acuerdo.

—*Por cierto, el domingo me puedo pasar con los niños, ¿qué te parece?*

Lena era madre soltera de dos niños gemelos de tres años. Las dos únicas criaturas que eran capaces de sacar mi lado más sensible, ese que no quería mostrar a nadie, pero que también ponían a prueba mi paciencia constantemente.

—Genial, estoy deseando veros.

—*Perfecto. Nos vemos, Jan. Que pases una buena semana. Suerte con el perfume.*

—Gracias, creo que la necesitaré. —Se me escapó una sonrisa algo irónica al pensar en Audrey—. Hasta el domingo.

Cuando colgué, me recosté un poco sobre la tumbona.

Una cita el próximo sábado.

¿Una cita con una chica que apenas conocía me haría sentir mejor? ¿Menos vacío? ¿Menos solo? ¿Menos roto?

Me temía que no. Pero por algo tenía que comenzar para volver a tener una vida más o menos «normal».

Y mi hermana tenía razón. Había creado un mundo de perfumes, una burbuja de aromas que me hacía olvidar por momentos que tenía el corazón roto.

10

Audrey

Sábado por la mañana.

Después de cinco días de intensidad y de sentir impulsos de renunciar a mi nuevo proyecto —gracias a mi compañero—, por fin tenía dos días para desconectar un poco.

La pregunta era: ¿realmente tenía algo con lo que desconectar?

En cuanto abrí los ojos, me encontré a Thomas en calzoncillos, durmiendo a mi lado, con la boca abierta. No es que me molestara que mi novio durmiera con la boca abierta, por supuesto que no, de hecho yo a veces también me despertaba así. Todos lo hacíamos, aunque no fuera lo más sexy del mundo. Lo que realmente pasaba era…

¿Qué era? ¿Qué debería sentir al despertarme un día más junto al hombre del que supuestamente estoy enamorada?

Me incorporé un poco en la cama. En ese momento, Thomas abrió los ojos. Me giré.

—Buenos días —murmuré.

Él gruñó algo y se dio la vuelta. Yo me encogí de hombros y decidí empezar mi día sin un gesto cariñoso.

¿Cuándo fue la última vez que…?

Sacudí la cabeza. Casi ni quería acordarme.

Fui a la cocina y me preparé el desayuno. Intenté centrarme en el aroma de las tostadas recién hechas y de la mantequilla, pero me era imposible. Aquello que estaba en mi cabeza era como un ligero sonido de origen desconocido que se iba haciendo cada vez más fuerte. Al principio puedes intentar ignorarlo, hasta que interfiere en tu vida y ya no puedes hacer como que no pasa nada.

Me senté en el salón con mi plato y mi café y di un sorbo. Intenso, negro, amargo, potente. Me extrañé un poco en cuanto me di cuenta de que se me había escapado una ligera sonrisa al recordar el comentario que me hizo Jan sobre mis gustos cafeteros.

Cerré los ojos e inspiré el aroma.

Y, en ese momento, me retrotraje a un momento concreto, en un lugar concreto, hacía ya doce años.

Una biblioteca en la Universidad de Lyon. Silencio absoluto. Tan solo se oyen pasar las páginas de los libros. Una mesa donde hay una chica estudiando técnicas de separación para un examen de Química. Un chico que se sienta frente a ella porque no hay muchos más espacios libres. Se nota que es época de exámenes, la biblioteca está casi llena.

Ella levanta un poco la mirada. Él tiene el pelo castaño cortito, casi rapado, con gafas negras rectangulares y un jersey granate que le da aspecto de chico bueno. Podría decirse que no llamaría la atención de nadie, no es especialmente guapo, pero la chica piensa que tiene un punto

de dulzura cuando sus miradas se cruzan durante una milésima de segundo y él sonríe ligeramente con timidez.

Ese fue mi primer encuentro con Thomas. Unos días después de vernos varias veces en la biblioteca, se atrevió a hablarme. Me preguntó que qué tal los exámenes. Yo le dije que mal. Él me contestó que los suyos peor. Nos reímos y decidimos irnos juntos a tomar una cerveza.

Y ahí comenzó una historia de amor que habíamos alargado hasta los treinta y tres años. Fue dulce, fue bonito al principio. Hacíamos cosas, viajábamos, compartíamos momentos.

Años más tarde, nos fuimos apagando. La rutina, el trabajo. Algo normal por lo que pasan todas las parejas, ¿no?

¿O… podría haber sido diferente? ¿Podríamos despertarnos, doce años después de nuestro primer encuentro, y decirnos que nos queríamos? ¿Besarnos, acariciarnos entre las sábanas? ¿Volver a reírnos? ¿A hacer planes juntos y a disfrutarlos de verdad? ¿Era eso posible?

¿Tenía que resignarme a no saber si ese amor maduro y sereno podría ser una posibilidad?

Demasiada intensidad para un sábado por la mañana.

Decidí encender la tele y desconectar un poco. En cuanto terminé de desayunar, Thomas apareció en el salón.

Un ligero gruñido perezoso fue su forma de darme los buenos días.

Todavía no le había dicho que Étienne me había propuesto quedar aquella misma noche con Pauline. Ya sabía perfectamente la cara de pereza que me iba a poner en cuanto se lo propusiera. Arrugaba la nariz y la boca cada vez que le proponía quedar con ellos.

—Oye, Thomas —comencé, y él se volvió hacia mí—. Se me olvidó decirte que Étienne me había propuesto quedar esta tarde con Pauline.

Mi novio soltó un bufido.

—¿En serio? ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Se rascó por debajo de los calzoncillos.

Claro, decírselo antes para que le diera tiempo a buscar una excusa para no ir.

—He tenido una semana intensa en el trabajo —repuse, y era totalmente cierto—. Ya sabes, el nuevo proyecto.

Enfaticé mis últimas palabras para ver si Thomas se daba cuenta de que no me había preguntado absolutamente nada sobre el nuevo perfume que me habían encargado.

—Vale. Bueno. —Se desperezó y se dio cuenta de que tenía que prepararse el desayuno, porque no iba a aparecer mágicamente en el salón—. Está bien, iremos. Voy a la cocina.

Allí me quedé, esperando una pregunta y un interés que parecían no llegar nunca.

♥ ♥ ♥

Étienne y Pauline vivían cerca de uno de los centros universitarios donde ella trabajaba, ya que era ingeniera y se dedicaba a la docencia y a la investigación. Tenían una casa pequeña, pero muy acogedora, con un bonito jardín en el que solían hacer barbacoas cuando el tiempo lo permitía.

Llegamos sobre las siete de la tarde. El sol brillaba y todavía hacía algo de calor.

—Pasad, chicos —nos dijo Étienne, en la puerta.

Había preparado un picoteo en la mesa del jardín que tenía muy buena pinta.

—Ey, qué tal —saludó Thomas.

Se hicieron un gesto con la mano.

—Qué talento tienes con la cocina, Étienne —dije, admirando los pequeños platos y las flores

que había utilizado para decorar la mesa—. Deberías dar el salto a chef.

Mi amigo rio.

—Estoy bien donde estoy. Qué sería de mí sin el olor a croissant constante.

—¿Y Pauline? —pregunté.

—Está en la cocina preparando unos cócteles. Vamos.

Entramos dentro de la casa y fuimos a la cocina. Allí estaba su novia, una chica rubia de aspecto sencillo que se había ganado a pulso el reconocimiento por su labor en el campo de la Aeronáutica. Y lo mejor de todo: no se sentía superior a nadie. Pauline era simpática y humilde, y eso me gustaba mucho en ella.

No era mi amiga íntima, quizá porque a mí me costaba terminar de abrirme del todo, pero era lo más parecido que tenía a una amiga.

—Hola, chicos —nos saludó con su mejor sonrisa en cuanto se dio la vuelta y nos vio—. Qué ganas tenía de veros.

Dejó la botella en la encimera y nos dio dos besos a cada uno.

—Sí, ya era hora de vernos —repuse—. Hacía algo más de un mes que no quedábamos.

Miré de reojo a Thomas y vi cómo fingía una ligera sonrisa.

—¿Te ayudo? —le propuse a Pauline.

—Venga, va.

Thomas salió al jardín con Étienne para terminar de colocar unos platos —en una casa que no era suya sí parecía hacer cosas— y yo ayudé a Pauline a terminar los cócteles de frutas.

—¿Qué tal el nuevo proyecto? —me preguntó—. Ya me ha dicho Étienne que estás trabajando en algo para Maison Lagune.

—Ah, sí —dije mientras colocaba unos arándanos rojos en la copa a modo de decoración—. Es un reto para mí, pero confío en que va a salir bien. Tengo… —callé por un momento, dudando de si Étienne había contado a Pauline la escena del croissant de arándanos— un compañero algo difícil, pero bueno. Poco a poco.

Solté una risita.

—Claro, os iréis adaptando. No te preocupes.

—Sí. Por supuesto.

No me lo creía ni yo.

Cuando todo estuvo preparado, nos sentamos en la mesa del jardín. Había un ligero aire que hacía el ambiente más agradable. Brindamos y comenzamos a comer.

Charlamos sobre todo. Sobre nuestros cuatro trabajos tan diferentes, sobre Lyon, sobre Annecy, sobre actualidad, sobre cine.

—¿Tenéis algún próximo viaje en mente, chicos? —nos preguntó Étienne pasado un buen rato.

Thomas y yo solíamos hacer un buen viaje al año. Solíamos. Porque hacía tiempo que apenas salíamos. Si nos costaba hacer planes en Lyon, no me quería imaginar tener que planear un viaje a otro país.

Sentí un pellizco de tristeza. Miré a mi novio. Él parecía concentrado en su comida.

—De momento creo que no —respondí y volví a mirar a mi novio—. ¿Verdad, Thomas?

Quería involucrarlo. Quería que él también fuera parte de la respuesta a esa pregunta que nos había hecho Étienne.

Se encogió de hombros y levantó la mirada.

—No, de momento no. Además, eres tú siempre la que se encarga de todo eso.

Me salió una sonrisa forzada. Sí, siempre era yo la que tenía que tirar de los dos. En todo.

—Ya —dije en un suspiro—. Pues eso. ¿Y vosotros?

Miré a Étienne y Pauline haciendo como que no pasaba nada, pero me daba la impresión de que percibían algo raro. No había que ser doctor en Psicología.

Ellos se miraron. Se sonrieron ligeramente. Y ya sentí que algo diferente ocurría.

—Estamos ahorrando un poco para el próximo viaje —dijo Pauline, mirándonos de nuevo a Thomas y a mí—. Queremos que sea… especial.

—Nos vamos a casar —dijo entonces Étienne.

Sorpresa.

—Guau —dije, levantando las cejas—. Enhorabuena, chicos.

—Enhorabuena —dijo Thomas brevemente, y siguió comiendo palitos untados en queso camembert.

Thomas y Pauline volvieron a mirarse. Y pude ver algo en sus ojos. Un brillo, una emoción. Algo que ya existía en ellos diez años, y que parecía cada día más intenso.

Amor.

Eso era precisamente lo que yo tenía que capturar en mi perfume. Esa mirada, ese brillo.

Eso que yo no tenía.

Me giré hacia Thomas y él se dio cuenta de que lo estaba mirando. Levantó la mirada hacia mí.

Y no vi nada de aquello en sus ojos. Supuse que en los míos tampoco estaba.

Sentí ganas de llorar. Un nudo en la garganta.

Me alegraba por Étienne y Pauline, si habían decidido casarse, merecían toda la felicidad del mundo. Les deseaba que todo les fuera tan bien como hasta entonces, porque no había duda de que eran felices.

Pero no pude evitar sentir un pellizquito de envidia.

¿Qué había hecho yo mal?

—Pauline no lleva anillo porque luego es un lío para estar apretando las tuercas de los aviones —dijo entonces Étienne, por encima de mis pensamientos.

Pauline rio, y yo también, aunque me costó un poco. Thomas sonrió.

—Mejor gastar ese dinero en un viaje inolvidable, ¿no? —dije, pero se me quebró la voz al final.

—Esa es nuestra idea —dijo entonces Pauline.

Entonces me levanté, en un impulso.

—Disculpadme, voy al baño.

Tenía las lágrimas a punto de caer por mis mejillas. Me apresuré para entrar en la casa y llegar al baño. Cuando lo hice, cerré con pestillo y me senté sobre el váter. En realidad no tenía ganas de hacer nada.

Solo de llorar.

Y las lágrimas cayeron solas, como si llevaran mucho tiempo esperando ahí, en el borde de mis ojos.

11

Jan

Terminé de prepararme para salir con Nathalie. Una camiseta blanca y unos pantalones claros. No quise darle demasiada formalidad al evento. Tan solo iba a ver a una amiga de mi hermana que me había caído bien.

No iba a pasar nada más. No podía tener grandes pretensiones. Si Nathalie me veía aparecer vestido de forma más elegante, quizá aquello aumentaría sus expectativas con respecto a la cita.

Y no iba a suceder nada. Ni siquiera me gustaba llamar cita a aquello.

En fin.

Habíamos quedado en un acogedor bar junto al río Saona. Llegué cuando el sol ya estaba rozando el horizonte. Nathalie ya estaba allí, sentada en una de las mesas. Llevaba un vestido corto de color rosa y aquellos tacones que harían sentir envidia a algunos equilibristas de circo.

Se levantó en cuanto me vio y me dedicó una gran sonrisa.

—Hola, Jan —me saludó y me dio dos besos.

Aun con los tacones era más baja que yo.

—Hola. ¿Qué tal?

Nos sentamos los dos. La vista hacia al río era agradable. Había gente paseando tranquilamente y otros con bicicletas.

—Bueno —dijo Nathalie, encogiéndose brevemente de hombros, como si estuviera algo nerviosa. Y me daba la sensación de que así era—. Me alegro de volver a verte.

Me salió una sonrisa incómoda. ¿Yo me alegraba de volver a ver a una persona con la que solo había coincidido una vez?

—Este sitio está muy bien. —Fue lo primero que me salió—. Tienen buenos cócteles.

Enseguida vino un camarero y Nathalie pidió un cóctel con licor de piruleta y nubes —que tenía pinta de ser una bomba atómica de azúcar— y yo pedí un margarita.

Estuvimos charlando sobre banalidades como el tiempo hasta que volvieron con las bebidas que habíamos pedido.

—Por nosotros —dijo Nathalie, antes de brindar, mirándome a los ojos de una forma intensa.

Tan intensa que me incomodó.

Yo no respondí y me limité a chocar la copa.

—¿Qué tal el trabajo? —me preguntó entonces, después de dar un trago a su cóctel.

—Ah, bueno, bien. Trabajando en un nuevo perfume.

—Guau, tiene que ser fascinante crear perfumes, ¿no? —dijo entonces Nathalie, abriendo los ojos al máximo y sonriendo, como una niña emocionada.

—No está mal. Es un trabajo muy creativo.

—¿Algún perfume tuyo que pueda conocer?

—Mmm. —Busqué enseguida en el baúl de perfumes que había en mi cabeza—. Quizá los más conocidos sean Orage Sauvage, Monsieur Cuir y Pure Boisé.

Las cejas de Nathalie se alzaron un poco.

—¿Orage Sauvage?

—Eso es.

—Ese es el perfume que usaba el hijo de puta de mi ex.

Parpadeé.

—Vaya. Toda una casualidad.

Nathalie soltó una risita algo ridícula.

—Cuando te cuente nuestra historia… vas a flipar.

—Eh… —inspiré hondo y me dieron ganas de preguntarle: «¿Es necesario?», pero me contuve— por lo menos el chico olía bien. ¿Verdad?

—Sí. El perfume es una pasada.

—Gracias.

Hubo un breve silencio algo incómodo. Aproveché para dar un sorbo a mi bebida.

—Tú… —comenzó Nathalie entonces— no tienes pareja… ¿verdad?

Se me escapó una sonrisa. Nathalie estaba comprobando que el hielo estaba lo suficientemente congelado antes de pisarlo, no fuera a ser que se llevara una hostia por imprudente.

—No —repuse, intentando no caer en recuerdos dolorosos—. Nos separamos hace un año.

—Tu hermana me comentó algo, pero, ya sabes, no me dio detalles.

Me encogí de hombros.

—Lena sabe respetar mi intimidad.

Entonces lo vi en sus ojos. Nathalie estaba sedienta de información. Estaba deseando que yo crucificara con mis palabras a Margot, mi ex, allí mismo. Quería sangre.

—¿Estuvisteis… mucho tiempo juntos?

Cogí mi copa y le di un par de vueltas. Me quedé mirando cómo el líquido giraba en el interior. Algunas notas cítricas llegaron hasta mi nariz.

—Desde la adolescencia.

—Guau. —Nathalie abrió mucho los ojos y con ese mismo gesto se llevó la pajita de su cóctel a la boca, lo cual le dio un aspecto bastante gracioso—. Más de media vida.

—Exacto. —Suspiré—. Más de media vida.

Nathalie carraspeó suavemente. Estaba tanteando para ver hasta dónde podía llegar. Pero yo no le iba a permitir llegar muy lejos.

—Y… ¿por qué…?

—Ella quería un cambio de vida y yo no formaba parte de él —respondí de forma tajante, sin dejar que terminara la frase.

Nathalie cogió su cóctel de nuevo y dio un sorbo, mirando hacia abajo. Parecía que lo había entendido. Sin embargo, estaba seguro de que le jodía no poder recibir la carnaza que ella estaba dispuesta a darme sobre su exnovio.

Pero es que a mí no me interesaba. Ni me interesaba hablar con nadie sobre Margot.

¿Para qué? Ella era el pasado. O por lo menos debía intentar que fuera el pasado.

—En fin —continuó Nathalie—. Pues yo estuve con Thibault, mi ex, tres años.

—Mmm.

No me apetecía nada escuchar mierda sobre el tal Thibault, pero no quería ser maleducado.

—Llegó un momento en el que no le apetecía hacer ningún plan, solo jugar a videojuegos.

—Vaya. Eso no es buena señal.

—Eso le decía yo. Ni salir a tomar algo, ni viajar, ni ir a casa de mis padres, ni a la de los suyos… todo el día en casa jugando. ¿Crees que una relación podía sobrevivir así?

—Está claro que no. Hay vida más allá.

—Exacto. —Nathalie hizo una pausa para beber sin dejar de mirarme—. Además… —posó la copa en la mesa y se colocó la melena pelirroja por detrás de la espalda, con un gesto algo… insinuante— yo me considero activa. Muy activa. Y él no me daba lo que necesitaba.

Parpadeé. ¿Era posible que ya estuviera mandándome mensajes sexuales?

Sí. Era posible.

—Ya veo —dije simplemente, y corté por un momento el contacto visual con ella.

—Sin eso… una pareja no puede funcionar.

—Ya. Claro. Sí.

Carraspeé. Me llevé la copa a la boca.

—Y eso es algo que yo… necesito mucho, ¿sabes?

Nathalie ladeó la cabeza, se recolocó en su silla y cruzó las piernas. Estoy seguro de que sabía que, con esa postura, me estaba enseñando un palmo más de muslo.

La miré de nuevo a ella, a los ojos.

Afortunadamente, nada se alteró en mi entrepierna. Yo formaba parte de ese pequeño porcentaje de hombres que necesita sentir alguna conexión, algún vínculo para acostarse con una mujer. Nathalie era una chica guapa, pero no despertaba en mí ningún instinto primitivo.

Pero ella lo intentaba. Vaya que si lo intentaba.

—Entiendo —dije, de forma algo seca, pero no quería seguir por ese camino—. Me dijiste que eras maestra, ¿verdad?

Cambio radical de tema. Pude ver la decepción en sus ojos. Probablemente ya se estaba imaginando en mi cama, aquella misma noche.

—Eh, sí. Trabajo en un colegio en Tassin-la-Demi-Lune.

—Supongo que hay que tener mucha paciencia con los niños, ¿verdad? A mí a veces los gemelos de Lena me desesperan.

Nathalie rio, aunque estaba claro que ella preferiría estar hablando de cómo iba a arrancarle la ropa en cuanto la llevara aquella noche a mi casa. Algo que no iba a suceder.

—Sí, hay que ser paciente. La mayoría son un amor, pero a veces tengo que sacar mi carácter. Los de Lena son bastante buenos, no te puedes quejar.

Me sonrió.

—Bueno, cuanta más confianza tienen, peor se portan. Pero ya no me imagino mi vida sin ellos.

El rostro de Nathalie se dulcificó un poco, como si no me hubiera estado insinuando lo sexualmente insaciable que era hacía apenas dos minutos.

—Qué mono. Seguro que eres el mejor tío del mundo para ellos.

—Sí. Sobre todo porque soy el único.

Nathalie rio suavemente.

El resto de nuestra «cita» se desarrolló con calma. Hablamos tranquilamente de diversos temas y pasamos un buen rato. Nathalie parecía haber asumido que aquella noche no iba a suceder nada, así que no se ofendió cuando me ofrecí a acompañarla a la parada de metro y terminar ahí nuestro encuentro.

—Espero que nos volvamos a ver pronto, Jan —me dijo, antes de subir en el suyo—. Me lo he

pasado muy bien.

Sonreí.

—Yo también. Nos escribimos, ¿vale?

Me dio dos besos y yo me quedé esperando el mío con la sensación de: «¿Qué cojones estoy haciendo?».

12

Audrey

Oí que unos pasos se acercaban al baño y yo me sequé las lágrimas apresuradamente. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí metida, pero sospechaba que ya no podía pasar por un apretón inoportuno.

Por un momento pensé que podía ser Thomas, que se estaba preocupando por mí, pero me equivoqué.

—¿Audrey? —dijo la voz de Pauline, y tocó ligeramente en la puerta.

Sorbí por la nariz.

—Sí, sí, ya salgo —dije enseguida, intentando fingir normalidad.

—¿Estás bien?

No. No estaba bien.

—Sí, tranquila.

No me lavé la cara porque me había maquillado un poco y no quería arruinarlo. Me sequé los ojos con un poco de papel higiénico, forcé una sonrisa frente al espejo y entonces abrí la puerta.

Allí me encontré a Pauline, con gesto de preocupación.

—Audrey —dijo enseguida—, ¿qué te pasa?

Intenté mantener la sonrisa que acababa de practicar hacía un segundo, pero es que era la primera vez en mucho tiempo que alguien me preguntaba qué me pasaba.

Tenía un nudo en la garganta.

—Nada, de verdad.

Pauline negó con la cabeza.

—Ven conmigo.

Me hizo un gesto con la mano y la seguí hasta su despacho. Nos sentamos en un pequeño sofá que había.

—Étienne y Thomas no nos van a oír desde aquí —me dijo mientras se acomodaba contra un cojín—. Así que cuenta.

¿Me sentía totalmente cómoda con Pauline como para abrirme? La respuesta era no. Pero era la primera persona que me instaba a hablar de mis sentimientos.

Esos que ni yo misma entendía a veces.

No tenía a nadie más con quien desahogarme. No tenía hermanos y mis padres se habían mudado a Córcega en cuanto se jubilaron, y tan solo nos veíamos un par de veces al año. ¿Y los amigos? Ya estaba claro que los había ido perdiendo por el camino.

Me llené de aire antes de hablar.

—Creo… que mi relación se está rompiendo.

Aguanté las lágrimas.

Pauline se acercó un poco a mí. Podíamos oír de fondo, de forma lejana, una conversación relajada entre Thomas y Étienne.

—¿Qué os pasa? —preguntó Pauline en un susurro.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Hace mucho tiempo que no siento nada. Como si… estuviera vacía por dentro.

Pauline asintió brevemente, como si quisiera decirme que me entendía.

—¿Desde cuándo? Lleváis mucho tiempo juntos.

Resoplé.

—Ni me acuerdo. No recuerdo cuándo fue la última vez… que de verdad sentí que estaba enamorada.

—¿Y lo has hablado con Thomas?

—No. No sé qué se supone que le tengo que decir.

Pauline me miró fijamente.

—Audrey, ¿por qué sigues con él? ¿Qué te aporta?

Me encogí de hombros y sentí que me picaban un poco los ojos.

—Pues… no es mala persona. No fuma. No es derrochador. No sale de fiesta hasta las tantas…

No se me ocurrieron más cosas.

Ella me hizo un gesto de desaprobación.

—Por Dios, Audrey, ¿eso es todo lo que necesitas en una pareja? Solo falta decir que no te pega.

Bajé la mirada. Me sentía patética.

—Ya.

—¿Qué es lo que teníais al principio y que ahora te falta?

Hice memoria. Casi había olvidado cómo era mi vida con Thomas cuando empezamos.

—Hacíamos planes, hablábamos, viajábamos, nos reíamos. No tenía que estar detrás de él para que hiciera cosas en casa como si fuera mi hijo adolescente.

—¿Ves? Ahí lo tienes.

Me quedé un momento en silencio.

—No creo que pueda recuperar lo que tenía.

—¿Lo has intentado? Habla con Thomas, dile cómo te sientes. Sé sincera. Si no te atreves a dar directamente el paso de dejarlo, ábrete con él y comprueba si estás dispuesta a darle una segunda oportunidad a lo vuestro. Proponle algo. Algún plan, no sé, intenta reconectar con la esencia de lo que fuisteis al principio. A ver si todavía queda algo.

Mi mirada se perdió en una de las paredes del despacho. Pauline tenía colgado lo que parecía un diagrama de la estructura de un avión.

—¿Algún plan? —repetí.

—Sí. Y si te das cuenta de que ya está definitivamente roto… creo que es hora de decir adiós, Audrey.

Tragué saliva. Era duro decir adiós a algo que llevaba años en tu vida. Aunque fuera algo que no te hiciera feliz.

—Lo haré.

Pauline me sonrió.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Sonreí, algo incómoda, pero ella me dio un breve abrazo que me hizo sentir cálida y a gusto.

—Muchas gracias. Y me alegro mucho por ti y por Étienne, de verdad.

—Lo sé. Eres una buena persona. ¿Volvemos con los chicos?

Asentí y nos levantamos del sofá.

—¿Todo bien? —nos preguntó Étienne en cuanto aparecimos en el jardín.

—Sí, ya sabes, cosas de chicas —repuso Pauline enseguida.

A Thomas no pareció importarle mi tardanza. Ni siquiera me miró.

Terminamos de cenar tranquilamente. Haber hablado con Pauline me hizo sentir algo más ligera.

En cuanto Thomas y yo volvimos a casa, yo me fui directa a la ducha y él se puso a ver su serie de ciencia ficción. Me metí en la cama y me quedé unos segundos mirando el techo.

Algo apareció en mi mente. Un lugar mágico entre montañas, con un lago de agua cristalina.

Mi hogar.

Iba a proponer a Thomas pasar el próximo fin de semana en Annecy. No iba a dejar todo el peso de la relación en él. Yo también quería salvar lo nuestro.

Quizá en un lugar de cuento de hadas como era mi ciudad encontraría de nuevo lo que necesitaba para saber realmente a qué olía el amor.

Maldita sea. Ya comenzaba a pensar como Jan.

Se me escapó una breve sonrisa y apagué la lámpara de la mesita de noche.

Me dormí profundamente y recuerdo que soñé que pulverizaba un poco de perfume en mi cuello para que un chico de ojos azules se acercara a mí y lo oliera.

Una construcción onírica sin ningún tipo de significado, o eso quise pensar.

13

Algunos de los perfumes de Jan

- Orage Sauvage: *bergamota, limón, cardamomo, lavanda, musgo de roble.*
- Monsieur Cuir: *pimienta negra, mandarina, cuero, azafrán, ámbar.*
- Pure Boisé: *vetiver, pomelo, ciprés, madera de agar, almizcle.*
- Voyage Écarlate: *pimienta rosa, canela, oud, sándalo, jengibre.*
- Étoile Noire Homme: *madera de teca, nuez moscada, anís estrellado, vainilla, cacao.*

14

Jan

Como solía pasarme desde hacía tiempo, me desperté antes de que sonara la alarma. Era domingo, podía descansar todo lo que me apeteciera, pero no había manera de dormir más. Así que lo más práctico era levantarme, desayunar y pasar algo de tiempo en el jardín, antes de que apretara el calor.

Había quedado con mi hermana a las diez. Traería a los niños. Era cierto que me quitaban la paz y la tranquilidad que tanto apreciaba, pero también me hacía sentir bien tener algo de vida en mi casa.

Tocaron al timbre cuando estaba en pleno proceso de arrancar una de mis plantas aromáticas.

—¡Tío!

Ya oía gritar a Adam, uno de los gemelos. Enseguida me acerqué a la puerta y les abrí a los tres.

Los dos hermanos enseguida se lanzaron a abrazar mis piernas. Les froté cariñosamente la cabeza a ambos. A pesar de ser idénticos físicamente, con su pelo castaño alborotado y sus grandes ojos oscuros, tenían personalidades muy distintas. Adam era más extrovertido y parecía haber encontrado su pasión en los juegos de cocina, mientras que Gabriel era más tímido y comenzaba a estar loco por el fútbol.

—Pasad, chicos —dije, aunque no hacía falta porque ya casi estaban jugando en el jardín—. Hola, Lena.

Mi hermana entró y me dio dos besos. Algo más baja que yo, pero también alta, con el mismo pelo de color rubio oscuro, recogido casi siempre en una coleta, y los mismos ojos azules. Era profesora de gimnasia en un colegio de las afueras y había decidido ser madre soltera porque no tenía ni paciencia ni ganas para tener una relación.

Y me parecía genial.

—Hola, Jan. Qué ganas de verte.

Preparé algo rápido para picar y algo de limonada fresca. Lena y yo nos sentamos en la sombra del jardín mientras vigilábamos a los gemelos, que estaban jugando un partido de fútbol con sus propias reglas, aunque sospechaba que Adam no tardaría en cansarse y comenzaría a jugar a las cocinitas.

—Bueno —comenzó mi hermana—. Cuéntame qué tal tu primera semana de trabajo en Féerie Parfums.

Me encogí de hombros y le di un sorbo a la limonada.

—Bien, es una gran firma. Y el proyecto es todo un reto. Crear el primer perfume para una marca tan prestigiosa como Maison Lagune, no está nada mal, ¿verdad?

—Nada mal. Pero…

Lena sonrió, esperando ese «pero». Y a mí se me escapó un suspiro.

—Tú sabes más o menos cuál es mi manera de trabajar. Yo quiero contar historias con los perfumes, quiero crear algo que se quede en la memoria olfativa de las personas para siempre. Y mi compañera… —miré un momento hacia el cielo azul, visualizando a Audrey en el laboratorio — bueno, digamos que es una química al uso. Mezclar ingredientes que funcionen, y ya está.

—Pero tú también puedes aprender de su forma de trabajar.

—Sí, lo sé. Como te dije, es una buena perfumista. He olido sus creaciones. Sabe trabajar, no me cabe duda.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Me reí.

—Parece que no solo chocamos en la forma de materializar nuestras ideas. Ya tuvimos un desencuentro antes de encontrarnos en las oficinas de Féerie Parfums.

Lena frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Coincidimos en la cafetería sin conocernos siquiera. Me llevé el último croissant que ella llevaba años pidiendo. Y me insultó.

Mi hermana parpadeó y luego ahogó una risa. Produjo un sonido que sonó como un cerdito.

—¿Estás de coña?

—Por increíble que parezca, no.

—En fin. El trabajo es el trabajo, no un lugar para hacer amigos. Limítate a trabajar bien con ella, y ya está.

Tenía razón. Ya tenía bastante claro que entre Audrey y yo no podría surgir una gran amistad. Ella me detestaba en tan solo una semana y a mí también me sacaba a veces de quicio su personalidad científica.

—Sí, eso es verdad.

Hubo un silencio. Los dos aprovechamos para beber. Los gemelos estaban bien entretenidos en el jardín.

Lena me miró con curiosidad.

—¿No me vas a contar qué tal la cita con Nathalie?

Obviamente.

—No era una cita.

—Sí lo era.

—Lo que tú digas.

—¿Qué tal fue?

No sabría cómo definirlo.

—Es una chica simpática.

Lena torció el gesto.

—¿No te gusta? Dale tiempo, Nathalie es tímida.

Aquello me hizo sonreír al recordar sus poses para enseñar carne y su forma directa de decirme lo insaciable que era.

—Ya, claro. Tímida.

—Sí, no es de las que se lanza enseguida. Cosa que me parece genial, pero ella no es así.

Me atraganté con la limonada y tosí.

—Ya veo. Pero, Lena, no estoy preparado para empezar una relación. No voy a forzar nada.

Mi hermana asintió.

—Lo sé. Pero por lo menos has salido, te has relacionado, no te has pasado la tarde en casa olfateando obsesivamente todas tus esencias como un perro sabueso.

Se me escapó una risa.

—Sí. No estuvo mal.

—¿Lo ves?

Asentí.

Obviamente, nadie iba a reemplazar a Margot. El vacío que había dejado en mi vida nadie lo iba a llenar, ninguna otra mujer.

Tan solo yo podía llenarlo. Siguiendo con mi vida.

En ello estaba, pero era duro.

Después de jugar un rato los cuatro al fútbol y después a las cocinitas, decidimos pedir pizza y comer a la sombra en el jardín.

—Por cierto, he hablado con mamá y papá —me dijo Lena con la boca llena—. Los gemelos tienen vacaciones en octubre, y me han propuesto pasar unos días en Chamonix. ¿Qué te parece? ¿Te apuntas?

Nuestros padres se habían ido a vivir a la Costa Azul después de jubilarse. Solíamos aprovechar las vacaciones para reunirnos, ya que el resto del año no nos veíamos demasiado.

Lo medité.

—Mi nuevo proyecto ya debería estar casi terminado por entonces —repuse—. Creo que sí. Me parece un buen plan. ¿Ya habéis decidido resort?

Chamonix era una comuna en plenos Alpes, en el corazón de Alta Saboya. La oferta de ocio y alojamiento era increíble. Siempre había sido uno de nuestros destinos favoritos como familia.

—Ayer miré en Alpino Zen y tienen disponibilidad.

Aquel era el resort donde siempre solíamos quedarnos. Un gran edificio de madera, acogedor, con chimenea desde donde poder ver las montañas cubiertas de nieve.

—Pues que sean tres habitaciones.

—Genial.

Lena se llevó a los gemelos antes de que les comenzara a entrar sueño después de la comida. Allí me quedé yo, solo en casa, y aproveché para hacer algo de limpieza.

Tenía dos cajas de cartón todavía llenas de cosas de Margot. Estaban en una pequeña caseta que tenía en el jardín, donde guardaba mis herramientas.

Llevaba un año sin querer abrirlas. Ella ya me dijo que podía hacer lo que quisiera con todo lo que había dentro, puesto que era cosas que no necesitaba para su nueva vida. Todo salvo algo… que había olvidado.

Pero sentía miedo de abrirlas y sentir su olor de nuevo. Ese perfume que se había grabado a fuego en mi memoria olfativa.

Eso a lo que yo me dedicaba. A crear perfumes que se graban para siempre en los recuerdos.

Porque yo mismo había creado ese perfume especialmente para ella. Para que fuera única, para que ninguna otra mujer pudiera oler igual. Algo de ámbar, un poco de rosa, una pizca de lavanda, unas gotas de naranja, algo de jazmín y un poco de almizcle. Por lo tanto, ese perfume siempre estaría ligado a Margot, y a nadie más.

Y no quería enfrentarme a ello todavía.

Terminé un par de tareas en casa y acabé de arrancar las hierbas aromáticas con las que había estado por la mañana, antes de la visita de mi hermana y mis sobrinos. Guardé las herramientas en la caseta sin ni siquiera echar un vistazo a las cajas.

Sabía que, hasta que no las abriera y sintiera ese perfume de nuevo, Margot estaría, de alguna forma, condenada a quedarse en algún lugar de mi pecho.

15

Audrey

Salí a pasear por Lyon el domingo por la tarde, ya que Thomas no quería hacer nada. Di una vuelta por el centro y por el río. El cielo era azul y el sol brillaba con fuerza.

Volví a casa cuando ya quedaba poco para el atardecer. Lo alargué todo lo que pude, porque sabía que tenía pendiente una conversación con Thomas y no me apetecía tener que enfrentarme a ello.

Pero no había opción. Iba a seguir el consejo que me había dado Pauline.

Cuando entré, oí que Thomas estaba viendo la tele. Olía a comida. Probablemente se había pedido algo de comer, para no tener que cocinar.

Entré en el salón. Efectivamente, se había pedido una pizza cuatro quesos y se la estaba comiendo tirado en el sofá. Intenté ignorar que lo estaba llenando todo de migas. Incluso vi un par de manchas de grasa en la funda del sofá.

Tranquilidad. De todas formas, hacía ya mucho tiempo que no me enfadaba con él.

—Hola, Thomas. Ya he vuelto.

—Hola —dijo con la boca llena, sin apartar la mirada de la televisión.

Dejé el bolso sobre un sillón.

—¿Podemos hablar? —pregunté tranquilamente.

Entonces Thomas giró la cabeza. Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que hablamos, que hicimos algo juntos.

—¿Hablar de qué?

Se incorporó un poco en el sofá y pausó la serie que estaba viendo.

—De nosotros.

Me acerqué y me senté junto a él, no sin antes quitar los trocitos crujientes de pizza que me había dejado ahí.

—¿Es que hay algo que hablar? —me dijo, frunciendo el ceño.

Me salió una risa irónica.

—Sí, Thomas. Por fin me he dado cuenta.

Él parpadeó y me miró sin entender nada.

—¿Qué es lo que pasa, Audrey?

Me quedé un momento en silencio, mirándolo. Hacía ya doce años que me había enamorado de ese chico de ojos oscuros y gafas negras rectangulares. Ese chico que, en un principio, no llamaba la atención de nadie, pero que a mí me había conquistado con su sencillez.

¿Quedaba algo de aquello tantos años después?

—¿Cuándo fue la última vez que hicimos algo juntos? —pregunté, con un nudo en la garganta. No era fácil sacar el tema, había intentado ignorarlo durante demasiado tiempo—.

¿Cuándo te interesaste por mí por última vez? ¿Cuándo me preguntaste que qué tal en el trabajo? ¿O en qué proyecto estoy trabajando?

La mirada de Thomas me parecía completamente vacía, como si no sintiera nada.

—Pero… ¿te das cuenta de que eso también te lo puedo preguntar yo a ti?

Bajé la mirada. Sabía que mi novio podía ir por ese camino. Yo paso de ti, pero es que tú también pasas de mí.

En el fondo, no era del todo mentira.

—Lo sé, por eso no quiero echarte toda la culpa a ti. Creo que los dos hemos abandonado un poco la relación.

—Es la rutina, Audrey. Son doce años, no puedes pretender estar como al principio.

Tragué saliva con dificultad. Pensé en Étienne y Pauline, en lo felices que parecían después de también varios años de relación.

¿Por qué ellos sí? ¿Qué habíamos hecho mal?

—Ya —dije brevemente—. Pero, Thomas… ¿tú me quieres?

Él me miró de aquella forma vacía y hueca de nuevo. Los segundos que tardó en responder me angustiaron.

—Sí.

No sonaba real. No me lo creía.

—Vale —repuse, sin querer darle demasiada importancia—. Siento si te incomoda esta conversación, pero ayer… ya sabes, Étienne y Pauline. Me hizo pensar.

—¿Qué te hizo pensar?

—Lo enamorados que están. Se van a casar.

Thomas negó entonces brevemente con la cabeza.

—¿Crees que todas las personas que se casan están enamoradas de verdad? Eso es solo un papel, Audrey. ¿Es lo que tú quieres?

Sentí ganas de llorar.

—No. Lo que quiero es sentir de nuevo que somos una pareja. Que me mires como Étienne mira a Pauline.

Él puso los ojos en blanco durante un instante.

—Ya sabes cómo soy. No soy romántico como tu amigo, y eso no quiere decir nada.

—Pero me gustaría… volver a sentir —dije, y me di cuenta de que era precisamente eso lo que necesitaba.

Volver a sentir que estaba enamorada. Despertar de aquel letargo sentimental en el que estaba sumida varios años.

—Y… ¿qué esperas de mí?

Enseguida lo vi claro.

—Yo no quiero perder lo nuestro, Thomas. Quiero recuperar algo de lo que teníamos. Eso que… hace ya tiempo que no siento.

Él asintió.

—Dime.

—¿Por qué no salimos un poco? Una escapada. Había pensado en ir el próximo fin de semana a Annecy. Estamos en verano, Thomas. Tenemos una casa en un paraíso con un lago maravilloso aquí al lado.

En Annecy todavía estaba la casa de mis padres, en la cual yo había crecido y vivido hasta que me vine a Lyon a estudiar Química.

—Vale, está bien. Como quieras.

Me daba la sensación de que proponerle a mi novio pasar un par de días fuera, en un paraíso con lago en pleno verano era una locura. Más fácil quedarse en casa viendo series compulsivamente, jugando a la consola y pidiendo comida a domicilio, ¿no?

—Genial. Podemos salir el sábado por la mañana, si te parece bien.

Thomas inspiró hondo. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que no le apetecía demasiado.

—De acuerdo.

Me levanté y me fui a la ducha, algo más animada ante la perspectiva de salir de Lyon después de bastante tiempo.

¿Podría una escapada de fin de semana darme respuestas sobre mi relación con Thomas?

Porque si aquello estaba definitivamente roto… con todo el dolor del mundo, tenía que atreverme a decir adiós.

16

Jan

Preparado para una nueva e intensa semana de trabajo con Audrey. Llegué antes de tiempo a la cafetería Poisy para coger mi café y mi croissant de arándanos.

Allí estaba Audrey, en el mostrador, charlando con su amigo el camarero-panadero.

—Bueno, bueno, bueno, mi compañera de trabajo favorita —la saludé con una sonrisa.

Audrey se giró y me miró como si yo fuera completamente subnormal.

—Buenos días —musitó, y se giró—. Étienne, me voy. Hasta luego.

Cogió una bolsa de papel, donde supuse que tenía su croissant, y su café para llevar. Se dirigió a la puerta.

—Eh, espera —le dije—. ¿No quieres que vayamos juntos?

Audrey se dio la vuelta y me miró con desgana.

—Si puedo evitarlo…

Negué con la cabeza y, cuando me giré hacia Étienne, él ya tenía listo lo que le iba a pedir. El croissant y mi café con leche y azúcar.

—Vaya, gracias, tío.

—No hay de qué.

Le pagué y salí detrás de Audrey camino a la oficina de Féerie Parfums. Ella caminaba delante y hacía como que yo no estaba detrás de ella.

En cuanto llegamos a la sala de estar de la oficina, ambos comimos nuestros respectivos croissants y nos bebimos nuestros respectivos cafés.

Audrey no parecía muy alegre, pero ya sospechaba que era algo normal en ella, aunque solo la conociera de una semana.

—¿Qué tal el fin de semana? —pregunté, para acabar con ese silencio algo incómodo.

Ella bebió algo de café e hizo un gesto con los hombros como de indiferencia.

—Bueno. No ha estado mal. Tranquilo. ¿Y el tuyo?

—Algo parecido. En familia.

—Ajá.

Silencio de nuevo. Terminamos de desayunar.

—¿Vamos al laboratorio? —preguntó Audrey nada más levantarse.

—No queda otra, me temo.

Allá fuimos. Nos pusimos las batas y nos encontramos de nuevo, solos, frente a grandes estanterías de aromas y esencias.

—¿Por dónde nos quedamos? —preguntó Audrey.

—Creo que el viernes estuviste a punto de cogerme del cuello cuando te dije que habías puesto demasiado caramelo en la última muestra que hicimos. Ahí nos quedamos.

—Ah, sí. Es verdad.

Nos pusimos manos a la obra. Teníamos una lista de notas que habíamos decidido incluir en el perfume. Al final decidimos ceder un poco los dos. Algo de lo que yo quería, algo de lo que Audrey quería.

¿Funcionaría? Eso ya lo veríamos.

Pasamos un par de horas oliendo, oliendo de nuevo, midiendo, mezclando, probando, olfateando. Hasta que nuestras narices se saturaron. Cuando eso pasaba, tocaba hacer pausa obligatoriamente. Volvimos a la sala de estar. En realidad, si no era crear el perfume que nos habían encargado, poco teníamos que hacer Audrey y yo.

Así que decidí charlar un rato, como si fuéramos unos compañeros de trabajo cualesquiera. Eso era lo que se solía hacer en los ratos libres, ¿no?

—Entonces, ¿has hecho algún plan con tu novio?

Audrey levantó la mirada de su móvil y parpadeó mientras me observaba durante unos segundos.

A mí no me gustaba sacar el móvil y aislarme, prefería comunicarme con el otro ser humano que había frente a mí.

—Sí. Quedamos con Étienne y con su novia.

—Vaya. Así que ser adicta a los croissants te ha hecho ganar un buen amigo.

Audrey me dedicó una sonrisa irónica.

—La verdad es que sí. Charlamos un rato cuando vine para mi primer día de trabajo… y hasta hoy.

—Genial.

—Y… —parecía dubitativa por el hecho de interesarse por mí— ¿tú qué has hecho exactamente? ¿En familia? ¿Con tus padres?

Negué con la cabeza.

—Con mi hermana y sus dos gemelos de tres años. Me visitaron en casa.

Me parecía innecesario hablarle de la «cita» con Nathalie.

Audrey abrió un poco más los ojos.

—Anda. No sé por qué, no te imagino con niños.

Solté una carcajada seca.

—En el fondo soy una buena persona.

—Ya… claro.

Me gustó ver que le saqué una ligera sonrisa.

—¿Tú tienes… hijos o sobrinos? —pregunté para alargar un poco la conversación.

Suponía que no tenía hijos, aunque en realidad sabía muy poco de ella.

—No. Ni una cosa ni otra. No tengo hermanos.

—¿Tus padres son los dos de Annecy?

—Sí —repuso Audrey—. Aunque es evidente que no todos mis abuelos eran franceses. Mi abuela materna era de Senegal.

—Ya veo. Muy interesante.

—¿Y tus padres?

—Mi madre sí que nació en Annecy, y mi padre es alemán. Se mudó a Annecy con veinte años.

—Eso sospechaba.

Hubo unos segundos de silencio.

—Vaya, parece que podemos tener una conversación como dos compañeros de trabajo normales —dije.

Audrey soltó una risita con sorna.

—Veremos si dices eso cuando volvamos al laboratorio.

—Es que eres demasiado científica, Meuly. Tienes que dejarte llevar más. Esto es un arte.

Ella se me quedó mirando. No a los ojos, sino un poco más arriba.

—Ay, Dios, otra vez la ceja. Deja de levantar la ceja cada vez que sueltas un comentario de gilipollas.

Me reí.

—Ni siquiera me doy cuenta.

—Eso es lo malo.

Negué con la cabeza y solté un suspiro de resignación.

Aquella chica era imposible, pero me daba la sensación de que ese mal humor tapaba algo más profundo.

17

Audrey

Había algo que odiaba, y eran las personas chulas y engreídas que iban de graciosas. Unos rasgos que mi nuevo compañero de trabajo parecía tener. Aunque pudiéramos tener durante un par de minutos una conversación normal, enseguida le salía esa personalidad desagradable que me hacía detestarlo.

Pero había que volver al laboratorio, no teníamos opción.

Estábamos en proceso de crear tres muestras para que pasaran por el filtro de Véronique antes de enviarlas a Maison Lagune. Habíamos decidido utilizar una combinación de notas que nos convencía a los dos, pero no era nada de lo que cada uno tenía en mente al principio.

Sin embargo, confiaba en que le gustaran a Véronique y, sobre todo, a Maison Lagune.

—¿Quieres que lo pruebe en mi piel? —pregunté a Jan cuando terminamos de mezclar una de las muestras, a la que habíamos añadido chocolate negro y algo de jengibre, para hacerla más invernal.

Él acababa de dejar su móvil en una de las mesas y se encogió de hombros.

—Ya sabes que cada piel es un mundo y reacciona de forma diferente con los perfumes. No tiene sentido probarlo contigo. Tan solo eres una más entre millones de mujeres que podrían comprar este perfume.

Inspiré hondo.

—Vaya, siempre está bien saber que tan solo eres una más entre millones.

Jan me miró, irónico, y rio.

—Todos lo somos, Meuly.

Sentí una punzada de malestar al oír que me llamaba por mi apellido, pero no me desagradó del todo. Fue algo raro.

En fin. Haciendo caso omiso a lo que acababa de decirme mi compañero, me eché un par de pulverizaciones en la muñeca. Moví el brazo para que primero se aireara y bajara la intensidad del alcohol.

Entonces me lo llevé a la nariz.

Me gustó. Era cálido, especiado, reconfortante. Algo que también podría ser el amor.

—Veo que te importa mucho mi opinión —me dijo Jan, mientras colocaba algunos frascos de vuelta en la estantería—. Y ¿qué tal?

—Me gusta —repuse—. Creo que vamos por buen camino.

Cuando Jan estaba de espaldas a la mesa, vi que su móvil se iluminaba. Se me fueron los ojos solos, oye, no pude evitarlo. Aunque no seamos de naturaleza cotilla, creo que, si vemos una pantalla de móvil iluminarse, miramos de forma inconsciente. Y leemos lo que pone.

¿No?

Tan solo me alcanzó a ver el nombre de una tal Nathalie y un mensaje que comenzaba por «Qué ganas de volver a vert…».

Y hasta ahí, porque se cortaba. La pantalla se apagó.

¿Su hermana le escribía para decirle que tenía ganas de volver a verlo? Raro. Yo no tenía hermanos, así que no podía juzgar, pero no aquello no sonaba demasiado fraternal.

Y a mí me apetecía molestar.

—Oye, tu hermana parece que te echa de menos —le dije.

Jan se giró y me miró como si estuviera loca.

—¿Perdón?

Señalé su móvil con la cabeza.

—Te ha llegado un mensaje.

Él frunció el ceño y lo cogió. Desbloqueó la pantalla y, al parecer, leyó el mensaje que había recibido.

—¿Además de antipática también eres cotilla? —dijo, levantando la mirada hacia mí—. Lo tienes todo.

—Haberlo puesto bocabajo, a mí qué me cuentas. —Hubo un breve silencio, pero no quería quedarme con la curiosidad dentro—. ¿Es tu hermana?

Jan dejó el móvil bocabajo, tal y como yo había dicho, y me miró.

—No, no es mi hermana.

Me mordí el labio. Qué cabrón. Él sabía que yo quería saber quién era esa tal Nathalie, y no estaba por la labor de decírmelo.

—¿Entonces?

Enseguida me arrepentí de insistir. Jan me miró medio divertido y alzó ligeramente una ceja.

Dios, cómo odiaba ese gesto.

—¿En serio? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Da igual. Déjalo. ¿Quieres oler?

Le ofrecí la muñeca, ese mismo lugar donde había pulverizado nuestra muestra. Un intento de cambiar de tema, pero me ignoró.

—Es una amiga de mi hermana.

Retiré el brazo.

—Ah. Vale.

Me había salido mal lo de intentar molestar a Jan. Además, había quedado con una cotilla.

Pero es que me llamaba la atención que hubiera tenido una cita durante el fin de semana y no me hubiera contado nada para pavonearse.

—Ah, por cierto, no me apetece nada olisquearte —dijo entonces Jan—. Pero no te ofendas.

Resoplé.

—Claro, ya has olisqueado a Nathalie lo suficiente este fin de semana.

Él soltó una risita.

—Para tu información, no he olisqueado a nadie.

Ajá. Interesante.

—Vaya. O eres un tradicional o te da miedo hacer el ridículo con una mujer.

Jan se cruzó de brazos y se quedó mirándome.

—No tienes ni idea de lo que dices.

Le sonreí. Era mi oportunidad de quedar por encima, y quería comprobarlo. Di un par de

pasos y me quedé frente a él, a pocos centímetros.

Levanté el brazo de nuevo y coloqué mi muñeca justo frente a su nariz. Jan bajó algo la mirada y vi cómo se movían ligeramente sus aletas. Aquello me hacía cierta gracia.

Me estaba oliendo. De forma tensa e incómoda, pero me estaba oliendo.

Entonces, me miró con esos ojos azules.

—No… está mal —dijo, algo inseguro.

Sonreí.

—¿Ves? Si te enfrentas a ello, te das cuenta de que no es tan terrible como pensabas.

Jan puso los ojos en blanco y yo sentí bastante satisfacción. Me daba la sensación de que lo había puesto nervioso. Algo me decía que le incomodaba la cercanía femenina.

Pero bueno. Tocaba volver a sacar las narices para continuar con el trabajo.

Y tan solo era lunes.

Intenté centrarme al máximo durante aquella semana. No quería pensar en la escapada que Thomas y yo íbamos a hacer a Annecy. Me daba miedo enfrentarme a lo que podía ser el fin de mi relación después de doce años.

Pero si algo bueno tenía trabajar con Jan, es que no podía pensar en otra cosa mientras estaba con él.

En el mal sentido, claro.

18

Jan

Segunda semana de trabajo con Audrey superada con éxito relativo. Habíamos avanzado bastante con respecto al proyecto, porque ya prácticamente teníamos terminadas tres muestras que presentaríamos primero a Véronique.

Sin embargo, había conseguido ponerme nervioso. La maldita lo había conseguido. Se acercó a mí con una sonrisa algo macabra y me dio su muñeca para oler. Nada extraño entre dos compañeros perfumistas, pero… no sé si quizá fue un centímetro o dos más allá de lo que se consideraba una distancia interpersonal normal.

Y sentí algo en el vientre cuando me inundó el perfume que habíamos creado los dos, sumado al olor natural de su piel. Una combinación… inquietante. Que me hacía despertar algo.

La magia de la perfumería. Crear sensaciones a través de un solo sentido.

Cuando pasó la semana y llegó la tarde del viernes, volví a casa y me senté en el sofá. Saqué el móvil.

Nathalie: Qué ganas de volver a verte.
Nathalie: ¿Cuándo nos vemos de nuevo?
Nathalie: ¿Te apetece este fin de semana?

No me escondía, no había respondido a los mensajes porque no me apetecía. Probablemente estaba quedando como un maleducado, era consciente de ello. Nathalie era una chica agradable, pero tampoco me gustaba que me agobiaran. Como no le contesté el lunes, volvió a escribirme el martes. Y hasta el viernes.

Inspiré hondo y me puse a ello. No quería dejarla en visto sin ningún tipo de información.

Odiaba a la gente que desaparecía sin dar explicaciones. Yo no era así.

Pero también quería ser sincero con Nathalie. No me apetecía volver a verla ese fin de semana. Quería pasar algo de tiempo conmigo mismo. Y ya tenía un plan que me rondaba la cabeza.

Jan: Perdona, he tenido una semana intensa de trabajo. Ya sabes que estamos trabajando a tope en mi nuevo proyecto. Este fin de semana me apetecía dar una vuelta yo solo por Annecy. Hace algunas semanas que no he ido. Ya hablamos para vernos otro día, ¿vale?

Enviar.

Si Nathalie se enfadaba, ya consideraba que era problema suyo.

Llevaba ya unos días dándole vueltas a hacer una escapada de un día a Annecy, pero, sobre todo, había comenzado a pensar en ello tras esta última semana de trabajo con Audrey. Había

algo que ella me había dicho, algo a lo que ella probablemente ni siquiera le había dado importancia, que me había hecho pensar.

«Si te enfrentas a ello, te das cuenta de que no es tan terrible como pensabas».

Había partes de mi ciudad de las que no había podido volver a disfrutar porque me recordaban demasiado a mi vida con Margot. ¿Cuánto tiempo iba a permitir que aquello fuera así?

Así que ya estaba decidido, aquel fin de semana tocaba reconectar con esa parte de mí mismo.

♥ ♥ ♥

Salí el sábado temprano por la mañana. Era un espléndido día de verano. Cielo azul y temperatura agradable. Los Alpes verdes e imponentes en el horizonte.

En apenas una hora y media había llegado a Annecy, la ciudad que me vio crecer. Aparqué en la zona de Annecy-le-Vieux, donde vivía con mis padres y mi hermana —aunque ya vendieron su casa— y decidí dar un paseo a lo largo de la costa del lago.

¿Cómo podía ser tan azul? ¿Tan cristalino? Por mucho que hubiera viajado, no había encontrado nunca un lago similar, con los Alpes de fondo.

Simplemente… espectacular.

Hay gente que no aprecia las cosas que tiene tan solo porque ya ha nacido con ellas, pero yo no soy uno de ellos. Apreciaba enormemente la ciudad de cuento en la que había tenido la suerte de nacer.

Pasé por la playa d'Albigny, que estaba llena. Lógicamente, pues el día era ideal para darse un baño y disfrutar del sol y de las vistas a las montañas.

Decidí quedarme allí durante unos minutos. Me acerqué hacia la arena. Inspiré hondo y llené mis pulmones de aquel aire fresco alpino.

Aquella playa era uno de los lugares que solía visitar con Margot. Casi pude oír su risa en algún lugar de mi mente cuando jugábamos en el agua como dos niños. Las gotas de agua que caían de su pelo en mis labios. El olor acuático del lago en la piel de ella.

Dolía, claro que sí. Pero no podía seguir evitando todo lo que me recordaba que Margot ya no estaba en mi vida.

Seguí caminando hacia el casco antiguo, esquivando un lugar en particular que quería dejar para el final del día.

El centro de Annecy era mágico. No me extrañaba que llamaran a esta ciudad la Venecia de los Alpes. Casas de colores con contraventanas de madera, rodeadas por canales de agua y decoradas con flores por todas partes. Lleno de visitantes locales y de turistas.

Decidí tomarme un café de media mañana en una de las cafeterías con encanto que había por el centro. Me senté en una de las mesas junto a uno de los canales. Pedí el café de siempre, con leche y azúcar.

Aquello me hizo pensar momentáneamente en Audrey. ¿Cuántas veces nos habríamos cruzado por Annecy? Era curioso. Solía leer y escribir artículos que se publicaban en algunas revistas sobre perfumería, y una vez leí una pequeña reseña que habían hecho sobre un perfume de una nariz llamada Audrey Meuly. Me llamó la atención y tuve que ir expresamente a olerlo. Era Après cette nuit. Tenía algo especial en su composición, algo que lo hacía diferente a perfumes con notas similares. Desde ese momento, olía todo lo que Audrey creaba siempre que tenía la oportunidad, pero nunca me interesé por nada más allá, ni quién era ella ni dónde trabajaba. No me imaginé que acabaría siendo mi compañera de proyecto y que me detestaría.

Una ironía de la vida.

La camarera vino con mi café.

—Aquí tiene, señor.

Le sonreí.

—Gracias. Por curiosidad, ¿no tendréis croissants de arándanos?

Ella negó con la cabeza mientras dejaba la taza en mi mesa.

—Lo siento, pero no. Aunque le puedo ofrecer otras cosas dulces.

Lo tuve claro.

—No, gracias. El café es suficiente entonces.

—De acuerdo, señor. Que lo disfrute.

Asentí como agradecimiento.

Había sido una buena casualidad que en la cafetería Poisy, que estaba justo al lado de mi nuevo lugar de trabajo, tuvieran mi pieza de repostería favorita.

Bebí lentamente aquel café, disfrutando de cada sorbo, mientras observaba a los turistas yendo de un lado para otro, haciéndose fotos en los puentes llenos de flores.

En cuanto terminé, sabía que no tenía que alargarlo más. Salí del casco antiguo y crucé los Jardins de l'Europe. Tenía un panorama de todo el lago a mi derecha.

A tan solo unos metros se encontraba un lugar especial para mí. Para Margot y para mí, en general. Era el Pont des Amours[1], un puente que cruzaba sobre el Canal du Vassé y que conectaba dos grandes jardines en la orilla del lago.

Un punto icónico para todos los amantes de la ciudad.

Decía la leyenda que las parejas que se besaban sobre el puente estarían juntas para siempre. Obviamente, una leyenda es una leyenda. ¿Cuántas veces nos habíamos besado ahí Margot y yo? ¿Y cómo había acabado nuestra historia?

Pero no podía negarlo, era un lugar romántico, con encanto.

Y yo había pasado mucho tiempo sin atreverme a pisarlo.

¿Para qué? No era tan terrible, como había dicho Audrey.

Crucé el puente y me quedé justo en el centro, observando el lago. No tenía sentido perderme algo así por una historia de amor rota. Ya no quería seguir perdiéndome cosas.

Tras unos minutos, miré el reloj. Faltaban unos minutos para la una de la tarde. Quizá era un buen momento para comer algo.

Volví al casco antiguo y me metí en un callejón poco transitado. Allí había una crepería que no era muy conocida por los turistas, pues estaba algo escondida.

Me senté en una de las mesas libres y un camarero se acercó.

—Buenos días —me dijo, sonriendo amable—, supongo que está esperando a alguien, ¿le tomo nota cuando venga?

Se me escapó una ligera risa y el camarero pareció extrañado por un momento.

—No estoy esperando a nadie, estoy solo.

Él volvió a sonreír enseguida, quizá algo apurado.

—Disculpe, señor. Perfecto. Entonces le traigo el menú enseguida.

Asentí y el camarero desapareció dentro de la crepería.

Sí, estaba solo. Y ya no se sentía tan mal.

19

Audrey

Nuestra escapada de fin de semana no había empezado bien.

Mi plan era despertarnos relativamente pronto para llegar a Annecy a media mañana, pero Thomas me lo había hecho imposible.

Yo había salido de la cama a las ocho, pero él me gruñó, se dio la vuelta y siguió durmiendo. Desayuné, me vestí y lo volví a llamar. Como una madre que llama a su hijo para que vaya al instituto, igual. De nuevo, un gruñido y media vuelta.

Inspiré hondo. No es que tuviera que controlarme, puesto que incluso enfadarme con Thomas me costaba. Estaba totalmente anestesiada. Pero me daba rabia perder tiempo de un espléndido día de verano simplemente porque a él no le apetecía levantarse de la cama.

Ultimé los detalles de la mochila de viaje y me aseguré de llevar bikini, toalla y demás cosas necesarias para bañarnos en el lago. Cuando volví a nuestro dormitorio, sacudí de nuevo a Thomas y, por fin, conseguí que abriera los ojos.

Primer paso logrado, pero todavía tenía que conseguir que se levantara de la cama, que se vistiera y que desayunara. ¿Cuánto tiempo me llevaría aquello?

Pues, al final, casi dos horas.

Salimos de Lyon sobre las once y cuarto de la mañana. El trayecto hasta Annecy duraba sobre hora y media, así que llegamos a mi ciudad poco antes de la una de la tarde.

Ya habíamos perdido toda la mañana.

Aparcamos cerca del centro, por la estación de tren, y dimos un paseo por la orilla del lago.

—Qué buen tiempo hace, ¿verdad? —comenté, admirando la belleza de mi ciudad.

Thomas se encogió de hombros.

—Yo tengo algo de calor. Oye, ¿cuándo comemos?

Puse los ojos en blanco.

—Vamos a dar una pequeña vuelta por el centro, ¿no? Está precioso.

—Vale, pero ya me rugen las tripas.

Enseguida nos acercamos a un lugar icónico de Annecy. El Pont des Amours.

Decía la leyenda que, quienes se besaban sobre él, estaban destinados a amarse para siempre. Yo no creía en ese tipo de leyendas, pero Thomas y yo ni siquiera lo habíamos probado. Nunca nos habíamos besado ahí. ¿Cuántas veces habíamos cruzado el puente juntos y él ni siquiera se había parado a admirar el paisaje?

Thomas fue primero, y yo me quedé unos instantes en el centro del puente, admirando el lago y las montañas.

Cerré los ojos, inspiré hondo y, por un momento, sentí algo. Era esa belleza y su simplicidad,

que me invadía por dentro.

Cuando los abrí, miré la hora en el móvil. La una y diez de la tarde.

—Vale, venga, vamos a comer —dije, pero no había nadie a mi lado, tan solo turistas pasando por detrás de mí y haciéndose fotos en el puente.

Miré hacia mi derecha, buscando a Thomas. Estaba ya en los jardines del otro lado, haciéndome señas con la mano, como si me quisiera decir que tenía prisa por comer.

Me deshinché por completo en un suspiro. Ni siquiera se había parado unos segundos para admirar conmigo la belleza del lago y de las montañas al fondo.

Quizá podría parecer una tontería, pero aquello me hizo pensar. Un detalle, un pequeño detalle que me decía que Thomas ya no era la persona de la que yo me enamoré. Quizá yo tampoco era la persona de la que él se enamoró. Era normal evolucionar, pero los dos lo habíamos hecho en direcciones diferentes.

No estábamos en el mismo punto.

No tenía sentido continuar el camino juntos.

En ese momento supe que, aunque doliera, era hora de decir adiós.

♥ ♥ ♥

¿Cómo terminar una relación después de doce años? ¿Cómo dejar ir a una persona que ha sido tan importante y con la que se ha compartido tanto tiempo? ¿Dónde me mudaría? ¿Dónde se mudaría él? ¿Cómo volver a dormir sola?

Odiaba que fuera así, pero aquellas preguntas me atormentaban mientras me daba un baño en las aguas cristalinas del lago de Annecy. Thomas no se había querido meter conmigo y había preferido quedarse tumbado en la arena de la orilla jugando con el móvil.

Me fijé en otras parejas que se estaban bañando cerca de mí. Jugaban en el agua, se reían, se besaban. Yo también quería sentir eso. Si mi relación no me lo proporcionaba, entonces prefería no tener una relación.

Pero tenía tanto, tanto miedo a enfrentarme a un cambio tan drástico. El simple hecho de tener que decírselo a Thomas ya me ponía nerviosa. Aunque no había llegado el momento, pero pronto llegaría. No quería que una ruptura me afectara en el trabajo, así que había pensado que lo mejor era decirle la verdad cuando los dos tuviéramos vacaciones en agosto. Quería terminar mi proyecto de perfume con algo de estabilidad mental y, entonces, comenzar a digerir la separación durante las vacaciones.

Sí, eso sería lo mejor.

Dejé de mirar las montañas al fondo y me di la vuelta, dispuesta a salir del agua. Llegué hasta Thomas y sacudí un poco la cabeza para quitarme el exceso de agua del pelo.

—Joder, Audrey, me has mojado la pantalla del móvil —dijo, molesto, y la secó con una esquina de la toalla—. Ten más cuidado.

Inexplicablemente, aquel comentario borde me sacó una ligera sonrisa.

La decisión ya estaba tomada. Ya quedaba menos para volver a sentir eso que llamaban libertad y felicidad.

♥ ♥ ♥

Después de cenar por el centro, fuimos a mi antigua casa, donde viví con mis padres hasta que comencé a estudiar.

Ellos habían decidido no venderla, y yo a veces me sentía mal por no aprovecharla al máximo. Podría haber pasado montones de fines de semana en Annecy para hacer actividades en el lago, senderismo en las montañas… pero no.

Sin embargo, eso todavía estaba a tiempo de cambiar.

Thomas tiró su mochila sobre el sofá.

—Me voy a la ducha y a dormir —dijo.

Me encogí de hombros.

—Vale.

No sabía qué era eso que podría haber cansado tanto a mi novio, pero ya no le daba demasiada importancia.

Me quedé un rato viendo la tele, aunque no me estaba enterando de nada. Mi cabeza iba a toda máquina.

Se cerraba una etapa, y se abría otra.

Algo completamente desconocido.

20

Jan

La pequeña escapada a Annecy me había sentado bien. Tan solo había sido un día, pero había reconectado con una parte de mí mismo con la que tenía miedo de reencontrarme. Al final, no había sido para tanto.

Era lunes y tocaba, de nuevo, enfrentarme a una semana de trabajo con Audrey. Apenas nos quedaban dos semanas para tener vacaciones, así que no era necesario dramatizar.

Cuando llegué a la cafetería Poisy, me la encontré hablando, de una forma quizá íntima, con el camarero Étienne. En voz baja y entre susurros, aunque, de todas formas, el ambiente de cafetería hubiera impedido oír de qué trataba su conversación.

—Buenos días —les dije a los dos.

Ambos me miraron y enseguida esa atmósfera de intimidad entre ellos se rompió.

—Qué pasa, tío —saludó Étienne.

—Buenos días —murmuró Audrey, algo cabizbaja.

No super por qué, pero me quedé mirándola. Me daba la sensación de que le pasaba algo.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó Étienne, sacándome de mis pensamientos.

—Eh, sí, Étienne. Lo de siempre.

Me preparó el café y el croissant de arándanos.

—¿Qué tal? —pregunté a Audrey, que seguía apoyada en la barra de la cafetería, mientras Étienne estaba ocupado.

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—No sé, como siempre. Otra semana más. ¿Y tú?

Me daba la sensación de que no estaba como siempre, pero bueno. Tampoco la conocía tanto. Era nuestra tercera semana de trabajo juntos.

—Bueno, ha estado bien.

Enseguida Étienne tuvo preparado mi café y mi croissant.

—Aquí tienes —me dijo, y le pagué—. Gracias, narices. Pasad un buen día.

—Igualmente, Étienne —dijo Audrey.

—Nos vemos —dije a modo de despedida cuando cogí la bolsa de papel con mis cosas.

Para mi sorpresa, Audrey llegó primero a la puerta de la cafetería, pero me esperó.

—Vaya, qué amable —dije, abriendo mucho los ojos y exagerando una cara de sorpresa.

—Tampoco te emociones —repuso Audrey enseguida.

Me hizo sonreír.

En cuanto llegamos a las dependencias de Féerie Parfums, nos fuimos directos al laboratorio, puesto que teníamos que hacer algunas pruebas de estabilidad con las muestras que teníamos

prácticamente preparadas para enseñar a Véronique.

Nos pusimos las batas y comenzamos a trabajar.

—Entonces, ¿nada interesante que contar sobre este fin de semana? —pregunté cuando cogí una de las muestras de perfume, dispuesto a someterla a diferentes temperaturas—. ¿Todo el día en casa con tu novio? —Me di cuenta enseguida de que aquello se podía interpretar de diferentes maneras—. Quiero decir, en plan aburrido. No en plan… ya sabes.

Audrey me miró y parpadeó.

—Hemos pasado el fin de semana en Annecy.

Me sorprendió.

—Vaya, ¿y eso no es nada especial?

Ella se acercó y me ayudó con las pruebas. Sentí que inspiraba hondo.

—En realidad… no ha sido muy remarcable.

—¿En serio? ¿Por qué?

No parecía muy cómoda con el tema.

—No sé, lo mismo de siempre. Una escapada de lago y algún paseo por el centro. Poco más.

—Entiendo. —Hubo un breve silencio mientras manipulábamos los frascos con las muestras —. ¿Sabes que yo también he estado en Annecy este fin de semana?

Audrey levantó la mirada y me encontré con sus ojos oscuros. Me gustaban, no podía negarlo. Eran grandes y expresivos, con bonitas pestañas y cejas, aunque normalmente me miraran con desprecio.

—Ah, ¿sí? —preguntó con cierto interés.

—Sí. Me apetecía dar una vuelta yo solo por la ciudad. También me bañé en el lago por la tarde.

—¿Todo el fin de semana?

—No, fui el sábado por la mañana y volví por la noche a Lyon.

—Vaya, me alegro de que no hayamos coincido.

Negué con la cabeza y la miré. Se le escapó una leve sonrisa. La primera en lo que llevábamos de mañana.

—Esa es la Audrey Meuly que conocí en la cafetería —repuse, divertido.

Me dio la sensación de que apretaba los labios para no sonreír más de la cuenta. Aquello me produjo cierta satisfacción. Sentía que ella quería mantenerse en esa postura desagradable y malhumorada y yo no se lo estaba permitiendo.

—Entonces… ¿fuiste solo? —me preguntó sin mirarme, concentrada en las muestras.

—Sí. Pasar tiempo solo con uno mismo también es un buen plan. Y necesario.

—Ajá. O eso, o es que no te aguanta nadie.

—Qué graciosa.

Terminamos una de las pruebas en las que sometimos las muestras a diferentes temperaturas, para comprobar que no se alteraban sus propiedades.

Audrey utilizó tiras de papel de prueba para comprobar los perfumes una vez más.

—Están perfectos —dijo.

—Pues claro que están perfectos —repuse—, no es por quitar méritos a la Escuela de Perfumería de París, pero… el nivel de La Rosée es de otro mundo. Yves Roussel estaría orgulloso de mí. Bueno, de hecho, lo está. Somos buenos amigos.

Audrey no respondió enseguida. Yo la miré. Hizo un gesto raro con la cabeza, como si negara brevemente para sí misma.

Yves Roussel era el director de La Rosée. Cuando comencé mi aventura en la escuela de Grasse, tuve la suerte de conectar con él y de llegar a tener una relación bastante estrecha que duraba hasta entonces. A pesar de la diferencia de edad, a pesar de haber sido profesor y alumno, nos habíamos hecho amigos. No solo nosotros, sino que también mantenía todavía varias amistades estrechas con exalumnos de La Rosée. Yves siempre había sido una persona cercana y accesible.

—Ya —repuso Audrey.

Dudé por un momento. Cualquier persona que estuviera dentro del mundo de la perfumería sabría quién era Yves Roussel, pero la reacción de Audrey me provocó dudas.

—Bueno, ya sabes, el director…

—Sí, Jan —me cortó—. Sé quién es. El director de La Rosée. Lo sé perfectamente.

Fruncí el ceño.

—¿Te encuentras bien? Parece que te jode que hable de ello.

Ella se llevó la mano a la frente por un momento. Hizo un movimiento extraño, como si quisiera ocultarse de mí, y yo me quedé allí, intentando entender lo que estaba viendo.

—Disculpa —dijo brevemente en voz baja, se quitó la bata con rapidez y salió del laboratorio.

Sin pensarlo, me fui tras ella. Dejé también mi bata y salí. La encontré en su despacho, mirando por la ventana, de espaldas a mí.

—¿Tanto te gustan estas vistas como para salir corriendo del laboratorio? —pregunté—. No son tan interesantes.

Audrey se dio la vuelta y me fijé en que tenía los ojos algo húmedos.

—No hacía falta que me siguieras.

Me encogí de hombros.

—Me has preocupado.

Ella soltó una risita irónica.

—Venga ya.

Volvió a darse la vuelta y a mirar a través de su ventana.

—Es verdad —dije—. Déjame adivinarlo. ¿Te liaste con Yves en algún evento de perfumistas y te dejó por tu mal carácter? ¿Te pilló tu novio? ¿Tienes algún trauma oculto sobre ello? Es un poco mayor para ti, pero cosas más raras se han visto. Podemos hablarlo, si quieres.

Audrey se dio la vuelta de nuevo, lentamente, como si hubiera oído un sonido sospechoso proveniente de la puerta.

Y entonces se rio. Fue una risa genuina, real, nada de ironías ni mal humor.

—Eres imbécil —dijo entonces, y me dio la impresión de que hizo un gesto para forzarse a mantenerse seria.

—Puede ser. Pero, ¿he acertado?

—No.

—¿Entonces? —insistí.

Audrey no respondió enseguida, sino que se apartó de la ventana y se apoyó contra su escritorio. Se cruzó de brazos y me miró.

—Pues mira, sí —dijo—. Sí que me jode que hables sobre ello.

No entendía nada.

—¿Por qué?

Hubo un silencio.

—Porque era mi sueño estudiar en La Rosée.

Intenté procesar aquella información.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Ella desvió su mirada durante unos segundos. Me daba la sensación de que no era por un motivo económico, así que no me sentí mal del todo al preguntarle por ello.

—Por Thomas —repuso entonces—. Mi novio. Le salió una buena oferta en París durante ese año y decidí estudiar allí. Y yo ya estaba a punto de confirmar mi plaza en La Rosée. —De nuevo, silencio, pero decidí esperar a que ella continuara—. Me siento gilipollas, pero… lo rechacé para estar con él. Para no arriesgar nuestra relación estando separados.

Me llevé la mano a la barbilla.

—Y… ¿te arrepientes?

Audrey me miró entonces a los ojos.

—¿Te puedes creer que sí?

No supe qué decir en ese momento. No quería cagarla.

—Hiciste lo que consideraste correcto en ese momento.

Ella asintió.

—Ya. —Hizo una pausa, frunció el ceño, y me miró de nuevo—. Pero, ¿por qué cojones te estoy contando esto? Creo que ni siquiera Étienne lo sabe.

Aquello me hizo sonreír.

—Porque odias reconocerlo, Meuly, pero sabes perfectamente que soy una persona que inspira confianza.

Me acerqué un poco más, y entonces ella se incorporó de su escritorio.

—Venga, volvamos al laboratorio, flipado.

Salió de su despacho y me hizo un gesto desde la puerta para que también saliera, como si yo fuera una especie de mascota.

Pero no podía borrar la sonrisa que esa breve situación me había provocado.

21

Audrey

Último día de trabajo antes de las vacaciones de agosto. Salí de casa con emociones encontradas. Por una parte, estaba satisfecha con las tres muestras de perfumes que teníamos preparadas para presentar a Véronique. Por otra, estaba cagada por tener que enfrentarme a una conversación definitiva con Thomas en cuanto volviera del trabajo por la tarde. Ya tenía reservado un apartamento para mudarme el 1 de agosto, y ya no había marcha atrás.

Dolía, pero decir adiós formaba parte de la vida.

Como ya era habitual, me encontré con Jan en la cafetería Poisy. Cuando yo llegué, él estaba charlando con Étienne.

—Buenos días, compañera —me dijo mientras recogía su café y su croissant.

—Buenos días.

—Enseguida te pongo lo tuyo, Audrey —me dijo Étienne.

—Claro. —Jan y yo nos quedamos entonces solos junto a la barra de la cafetería. —Bueno —dije entonces en un suspiro, evitando que nuestras miradas se cruzaran.

—Tranquila, solo tienes que sobrevivir hoy y no me volverás a ver en un mes —comentó entonces él.

—Eso espero.

No podía negarlo, me sentía incómoda con él desde que le hablé de mi sueño no cumplido en La Rosée.

Aquello era algo que llevaba guardado dentro y que nunca había compartido.

Había renunciado a mi escuela soñada de Perfumería por una relación que llevaba muerta mucho tiempo. Sí, había sido la decisión que yo consideré correcta en su momento, como me había dicho Jan. Pero también me jodía recordar cómo sucedió.

Thomas me presionó para que yo rechazara a esa plaza en Grasse. O me iba a vivir con él a París, o no estaba dispuesto a llevar una relación a distancia.

Y ¿para qué? Para que todo acabara aquella misma noche.

Intenté no darle demasiadas vueltas, no quería empezar el día malhumorada.

Étienne me dejó una bolsa de papel con mi café y mi croissant de arándanos.

—Aquí tienes, nariz —me dijo, sonriendo—. Espero que te pases de vez en cuando en agosto.

Le devolví la sonrisa.

—Y si no, nos veremos de todas formas. Me gustaría ayudar a Pauline con los preparativos para la boda.

—Va a ser algo muy sencillo e íntimo, te lo aseguro. Pero estará encantada de contar contigo.

—Me alegro. Nos vemos, Étienne.

—Adiós, chicos —nos dijo a Jan y a mí.

Jan le hizo un gesto con la mano.

Una vez en la sala de descanso de la oficina, me comí mi croissant en silencio y me bebí el café.

—¿Estás bien? —me preguntó Jan, limpiándose las migas de las manos—. Meuly, es viernes, último día de trabajo, tenemos tres muestras de perfume completadas, y parece que a ti te llevan directa al matadero.

Sacudí la cabeza.

—Estoy bien.

—Si tú lo dices.

Él no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Nadie, en realidad. No se lo había dicho a nadie. Ya se lo diría a Étienne una vez me hubiera mudado al apartamento nuevo. Cuando yo ya comenzara a asimilarlo.

Una vez terminamos, fuimos al laboratorio a preparar las tres muestras para entregárselas a Véronique. Ella decidiría si eran lo suficientemente buenas para Maison Lagune.

Nos pusimos las batas y comenzamos a prepararlo todo para enfrascar las tres muestras de perfume.

Al final, intentamos llegar a un término medio entre los dos. Ni amor trágico ni primer amor. Ni ese olor fuerte y algo amargo que quería Jan, ni ese perfume ligeramente adolescente y fresco que yo tenía en mente al principio.

Nos habíamos quedado en la mitad.

Decidimos darles un toque invernal a las tres muestras. Una llevaba algo de jengibre, otra algo de naranja y chocolate y, la última, algo de vainilla y nuez moscada. Creíamos que podrían encajar perfectamente como regalo de San Valentín.

Tanto Jan y yo teníamos la esperanza de que aquellas tres ideas pudieran convencer en un principio a Véronique y, al final, a Maison Lagune.

—Bueno, esto ya está casi —dijo Jan, y dejó los tres frascos sobre una de las mesas—. ¿Les pones tú las etiquetas?

—Vale.

Teníamos preparadas unas etiquetas con unos números: 1, 2 y 3. Para evitar usar nombres provisionales que pudieran crear ideas preconcebidas antes de oler el perfume.

—¿Qué planes tienes para estas vacaciones? —me preguntó Jan.

Yo estaba despegando la etiqueta número 1.

«Voy a romper con mi novio esta tarde y me pasaré gran parte de las vacaciones de mudanza y aprendiendo a vivir sola después de doce años».

—Nada especial —respondí, sin mirarlo—. Ir al lago de vez en cuando, quizá visitar a mis padres unos días en Córcega. —Para que Jan no se diera cuenta de que aquello, quizá, no sonaba realmente genuino, decidí preguntar por él sin ni siquiera darle tiempo a decir nada—. ¿Y tú? ¿Un mes de ensueño y romance con Nathalie?

Levanté la mirada y me encontré con los ojos azules de Jan, medio entornados, analizando aquella pregunta. Se me escapó una sonrisilla.

Cuando lo molestaba, dejaba de pensar en mi desastrosa vida amorosa.

—Puede ser que vea a Nathalie, pero no va a ser un mes de ensueño y romance.

—Ah, ¿no? ¿Solo sexo?

Jan apartó la mirada y me dio la sensación de que le daba algo de vergüenza aquella situación.

—Eso no es asunto tuyo —repuso mientras recolocaba algunos frascos de esencias.

Apreté los labios con satisfacción.

—O sea, que no habéis hecho nada todavía. Porque si lo hubieras hecho, o planearas hacerlo, me lo restregarías para quedar como un buen hombre primitivo.

Él soltó una risa irónica y se dio la vuelta hacia mí.

—¿Acaso un hombre primitivo podría haber creado los perfumes que yo he creado?

Me encogí de hombros.

—Es algo instintivo.

Por un momento apareció Thomas en mi mente y su falta de deseo desde hacía muchísimo tiempo, pero enseguida lo espanté de mis pensamientos.

—Hay cosas más allá del sexo, Meuly.

Y siguió con su tarea.

—Mmm. —Me llevé la mano a la barbilla, como si acabara de darme cuenta de algo—. ¿Estás reflexionando sobre si deberías darle a ella tu virginidad?

Silencio. Jan dejó un frasco sobre una balda de la estantería y se giró hacia mí. Parpadeó un par de veces.

—De verdad, qué bien nos va a sentar este mes de vacaciones.

Yo me reí.

Y, por un momento, se me olvidó todo lo malo.

♥ ♥ ♥

—Genial, chicos —dijo Véronique en cuanto dejamos los tres frascos delante de ella, sobre su escritorio—. Cuando volváis en septiembre tendréis mi veredicto. Voy a aprovechar que habéis sido rápidos y así poder analizarlos con tiempo. Vamos sobrados de momento.

Jan y yo nos miramos.

—Por supuesto —respondió Jan.

—Espero que haya sido un proyecto interesante y que hayáis disfrutado de trabajar juntos —continuó Véronique.

Se me escapó una risita.

—Sí, interesante ha sido —dije.

Jan me miró y me dio la sensación de que su ceja izquierda comenzaba a elevarse.

—Os deseo que paséis un mes genial los dos —continuó ella—. Y nos vemos en septiembre.

—Igualmente, Véronique —respondí.

—Lo mismo te digo —dijo Jan.

Salimos de su despacho y caminamos juntos por el pasillo. Llegó un punto en el que nos teníamos que separar para ir a nuestros respectivos despachos.

Me giré hacia él.

—En fin —dije, sin saber muy bien cómo despedirme.

El trabajo estaba hecho —por el momento—, así que no teníamos nada más que hacer en la oficina. Cuando volviéramos en septiembre, tendríamos que volver a trabajar en el perfume, una vez tuviéramos las indicaciones de Maison Lagune sobre lo que teníamos que modificar. Si es que había que modificar algo.

—Pues… —comenzó Jan— me voy a mi despacho. A recoger. Ya… nos veremos en septiembre.

Asentí.

—Sí. Nos veremos.

—Espero que tengas unas buenas vacaciones.

—Lo mismo.

Jan se incorporó algo hacia adelante, y por un momento me dio la sensación de que me iba a dar dos besos. Quizá al verme paralizada se detuvo a medio camino. Se llevó la mano al pelo, supongo que para disimular aquella incomodidad extraña.

Carraspeé.

—Adiós, entonces —dijo.

—Adiós.

Le hice un gesto algo raro con la mano. No sabía qué me pasaba, por qué no me podía despedir de una forma normal de un compañero de trabajo.

¿Es que no quería despedirme de él? Volver a casa y enfrentarme a mi realidad era lo que menos me apetecía en el mundo. Incluso pasar tiempo con Jan me apetecía más que reencontrarme con Thomas.

Sí, no podía negarlo. La mañana se me había pasado volando. No había pensado demasiado.

Y me costaba aceptar que me daba un poco de pena tener que pasar un mes entero sin él.

Joder.

♥ ♥ ♥

Llegué a casa antes que Thomas.

Estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer. ¿Ver un rato la tele? No, no podría concentrarme.

De repente, el tiempo se me hacía eterno. Cada segundo era como una cuenta atrás que anunciaba el fin de mi vida tal y como yo la conocía.

Decidí ir abriendo armarios y cajones para reencontrarme con muchos objetos personales que posiblemente tenía ya olvidados y que pronto tendría que meter en cajas para hacer la mudanza. Algunos libros que hacía años que no tocaba, discos de música, una pequeña colección de frascos de perfumes antiguos.

Guau. Al parecer, yo tenía aficiones. Hacía cosas y las disfrutaba. Escuchaba música, coleccionaba algo. Era como si, años atrás, hubiera tenido una vida diferente y se me hubiera olvidado por completo mientras estaba con Thomas. Como si me hubiera dado un golpe en la cabeza y me hubiera dejado amnésica.

Saqué una caja que tenía en un armario, dentro de la habitación que utilizábamos como habitación multiusos. Almacenaje, plancha y cualquier otra cosa que no nos apeteciera hacer en el salón o en el dormitorio.

Miré por curiosidad lo que había dentro.

Se me aceleró un poco el corazón en cuanto vi mis discos de Lisa Monterrey[2], mi cantante favorita. Increíble, pero casi la había olvidado. ¿Hacía cuánto tiempo había dejado de escucharla en casa solo porque Thomas me había dicho que le molestaba?

Como el tema de los discos estaba ya algo desfasado, decidí conectar mi móvil a un altavoz inalámbrico que tenía Thomas en el salón. Busqué una canción de Lisa de su álbum *Xposed*, una que hablaba sobre empoderamiento, sobre fuerza, sobre independencia.

Justo lo que yo necesitaba en ese momento.

Y, joder, qué bien se sentía volver a escuchar esa melodía y esa voz.

¿Por qué había dejado de hacerlo si aquello me hacía sentir tanto? ¿Por qué se lo había permitido?

Subí el volumen y me dio exactamente igual cuando oí que Thomas entraba en casa. Ni siquiera me giré hacia él.

—Audrey, ¿vuelves con esa mierda? ¿No te había dicho hace tiempo que me molestaba?

Sentí que se acercaba por detrás, hasta que llegó al altavoz y lo apagó.

Silencio. Lisa dejó de cantar.

Entonces sí que me giré hacia él.

—Thomas, quiero que lo dejemos.

Él todavía sostenía la mochila que solía llevarse al trabajo. Se me quedó mirando y se recolocó las gafas.

—Que… ¿qué?

—Lo que has oído. No podemos seguir así.

Él frunció el ceño y negó con la cabeza. Tiró la mochila sobre el sofá.

—¿Esto es… porque te acabo de apagar el altavoz?

Entonces tuve más claro que nunca que Thomas no entendía nada. O no quería hacer el esfuerzo de entenderlo.

—No, Thomas. Que me hayas apagado el altavoz mientras estaba disfrutando de una canción me parece de gilipollas, pero no es un motivo de ruptura. Quiero que lo dejemos porque ya no estoy enamorada de ti. Ni tú de mí. Me parece una razón suficiente, ¿no crees?

Me fijé en sus ojos detrás de sus gafas rectangulares. Ni rastro de emoción. Nada.

—Pero… ¿por qué ahora? —Hizo una pausa—. ¿Hay… otro?

Se me escapó una sonrisa, pero quizá era para tapar el vacío que sentía dentro.

Claro, Thomas no podía aceptar que lo dejara si no había aparecido alguien mejor. Quizá eso era lo que le pasaba a él. Esperaba a que apareciera alguien mejor y, si no, pues mejor tener a alguien en casa que estar solo.

Pero yo ya no pensaba así.

—No —repuse con seguridad—. No hay nadie. Simplemente, quiero empezar una vida yo sola.

Thomas soltó todo el aire que llevaba dentro. Se sentó en el sofá. Y enseguida lo supe.

Se había rendido. Quizá desde un principio.

—Está bien —dijo—. Me iré a casa de mis padres esta noche. Y ya hablaremos de qué hacer con el apartamento.

¿Acaso tenía la esperanza de que quisiera luchar un poco por mí? No fue fácil ver cómo tu pareja después de doce años te dice simplemente «está bien» cuando le dices que quieres dejar la relación.

Pero ya estaba hecho.

Aquella fue la primera noche de mi nueva vida.

22

Jan

Un mes de vacaciones por delante. Teniendo en cuenta que no había parado de trabajar en toda la primera mitad del año para otras casas de perfumes, no estaba nada mal. Siempre venía bien apagar el olfato durante un tiempo para volver con más fuerza.

Mi plan era pasar tiempo en casa tranquilamente e irme un par de semanas a Antibes con mi hermana y mis sobrinos, para ver a mis padres y pasar algo de tiempo juntos. De paso, visitaría Grasse a la vuelta y vería a Yves Roussel, amigo y director de La Rosée.

Yves era un gran hombre al que yo admiraba. La perfumería era su vida entera. Tenía ya cerca de sesenta años, pero tuvimos una buena conexión cuando yo estudiaba en su escuela, a pesar de la diferencia de edad. Como era una escuela pequeña, tantos los alumnos como los profesores hacíamos bastante piña. Me llevé buenos amigos que trabajaban como perfumistas en diferentes partes del mundo y a los cuales veía cuando teníamos la oportunidad.

Al pensar en La Rosée, no pude evitar pensar en Audrey. Había renunciado a su sueño de estudiar allí por estar con su novio en París.

Y se arrepentía de ello.

Me dieron ganas de saber más, de saber cómo estaba su relación en ese momento, pero no quería cruzar demasiado la línea.

Audrey tan solo era una compañera de trabajo.

Un sonido de mi móvil me sacó de mis pensamientos.

Nathalie: ¿A qué hora nos vemos?

Había quedado con ella el sábado por la tarde para ir al parque Miribel Jonage. Algo de contacto con la naturaleza en una tarde de verano siempre estaba bien. Era un buen plan. ¿Por qué no hacerlo con ella? Lo había propuesto yo y Nathalie aceptó enseguida.

Jan: ¿En media hora en el parque?
Nathalie: Genial :)

Me arreglé y salí para allá. En cuanto llegué, Nathalie ya estaba allí, en una de las entradas al área natural.

Con tacones.

No es que tuviera nada en contra de ese tipo de calzado, pero no pude evitar que me llamara la atención.

A ella se le iluminó la cara en cuanto me vio.

—Ey, hola —me saludó.

—Hola. ¿Qué tal?

Nos dimos dos besos.

—Pues aquí, lista para dar un paseo.

Mis ojos descendieron hasta sus pies.

—¿Con esos zapatos? ¿Estás segura?

Nathalie se encogió de hombros.

—No te creas que tengo muchas opciones. Es lo que suelo llevar siempre, incluso al cole cuando voy a trabajar.

Fruncí el ceño.

—Ah.

Comenzamos a caminar hacia la entrada del parque.

—La verdad es que… —comenzó a decir ella— soy una persona bastante urbanita. Nunca había venido por aquí.

Levanté las cejas. Las dos a la vez. Por un momento me acordé de Audrey y su forma de odiarme cuando solo levantaba —involuntariamente— una de ellas.

—¿Vives en Lyon y nunca habías venido por aquí?

Nathalie negó con la cabeza.

—No. Es… una primera vez contigo.

Me dirigió una sonrisa bastante específica. Mis labios se curvaron también, pero de una forma bastante forzada.

—¿No te gusta ir a bañarte a Annecy ni a hacer senderismo por las montañas? —pregunté, con curiosidad—. Vivimos en un lugar privilegiado.

—No sé. Soy más de planes en la ciudad. Cine, restaurantes, compras. Ya sabes.

Soltó una risita.

—Entiendo. Si no te apetecía este plan, podrías haberlo dicho. No hubiera habido problema.

—No, no —se apresuró a decir—. Está bien hacer cosas diferentes. Sobre todo si es contigo.

Me miró a los ojos.

¿Cuánto tiempo podría durar aquella situación entre los dos?

Pasamos un rato agradable paseando entre naturaleza, aunque yo sufría por ver a Nathalie caminar con semejantes andamios en los pies.

—¿Sabes? —me dijo Nathalie, cuando nos paramos frente al lago para observar las vistas. O por lo menos yo las observaba, porque ella estaba más centrada en hablarme de moda—. Hace años que utilizo esa aplicación. Suelo encontrar gangas en bolsos de lujo. Maison Lagune es una de mis marcas favoritas.

—Ah, ¿sí? —repuse, pero no sentía demasiado interés.

Preferí no decirle que el nuevo perfume en el que estaba trabajando era para esa casa. Me daba la sensación de que Nathalie me suplicaría que le presentara a la directora ejecutiva —a pesar de que yo no la conocía— o que le consiguiera bolsos gratis.

—Sí —repuso ella—. Es elegancia, es sofisticación. Adoro su ropa y su maquillaje. Vale la pena ahorrar todo el año para darme algún capricho.

Se rio y yo sonreí, pero no estaba en la misma onda que ella. Que yo fuera perfumista y me dedicara a crear perfumes para una marca de lujo —en este caso, porque había creado otros perfumes para marcas de un nivel algo más bajo— no significaba que yo estuviera metido en el mundo del lujo.

Al revés. Me gustaba la simplicidad y la sencillez de la vida.

Nathalie siguió hablando de bolsos de lujo, pero algo captó mi atención junto al lago del parque. Una chica con piel tostada y media melena negra y ondulada, de espaldas. A su lado, había un chico. Ambos hablaban animadamente. Sentí un pequeño espasmo en mi vientre.

Por un momento pensé que era Audrey. Con su novio.

—…es un modelo que me encantaba, ¿sabes? —continuó Nathalie—. Y no hay forma de encontrarlo. Ni siquiera de segunda mano. A veces me planteo… ¿Jan?

La chica se giró y enseguida vi claramente que no era Audrey. Ni rastro de esos expresivos ojos oscuros y de esos labios carnosos. Además, sonreía demasiado como para ser Audrey.

Sacudí la cabeza.

—Eh, sí, perdona —dije—. Se me acaba de ocurrir una nota nueva para el perfume en el que estoy trabajando, lo siento.

—No tienes que disculparte —me dijo ella enseguida—. Eres un artista.

Me sonrió con coquetería. Yo me llevé la mano al pelo cuando aquella chica morena se alejó de nosotros acompañada de su amigo, pareja o lo que fuera.

Y sentí algo de alivio y decepción al saber que no era Audrey. A la vez. Alivio porque evité que me viera en esa «cita» con Nathalie. Y decepción…

¿Por qué una parte de mí quería que fuera ella?

23

Audrey

Ya estaba instalada en mi nuevo apartamento. Una planta alta con un bonito balcón lleno de flores y vistas al río. Nada mal para mí.

Y me había dado cuenta de una cosa: no era tan malo dormir sola. De hecho, apenas había diferencia entre dormir sola y dormir con Thomas. Bueno, sí. Tenía toda la cama para mí y no tenía que oír ronquidos.

Por esa parte, todo bien, pero eso no quería decir que no me estuviera costando adaptarme a vivir sola de nuevo después de una relación tan larga. Siempre es difícil dejar marchar, pero solo podía mirar hacia adelante.

Decidí colocar mi antigua colección de frascos de perfume en una de las estanterías del salón. Mientras sonaba la música de Lisa Monterrey.

Dios, eso se sentía bien.

♥ ♥ ♥

Esa misma tarde había quedado con Pauline para dar una vuelta junto al río y luego para tomar algo. Nos habíamos acercado un poco desde nuestra conversación en su casa. Me hacía sentir bien tener a una persona que se preocupaba por mis sentimientos. Tenía a mis padres, pero a ellos no les tenía muy al tanto de cómo iba mi relación con Thomas. Estaban contentos de que, simplemente, tuviera una relación estable con alguien. Todavía no les había contado que eso se había acabado, que Thomas se había ido a vivir con sus padres y que yo me había mudado a un apartamento nuevo.

Todo a su tiempo.

Me arreglé para salir.

Cuando me encontré con Pauline junto al río, enseguida me dio dos besos con una gran sonrisa.

—Te veo bien, Audrey —me dijo—. Eso es buena señal.

Sonreí, aunque me costó un poco.

—Bueno, son los primeros días. Es todo un poco raro.

—Claro, es normal. Vas a ser feliz, ya lo verás. Es mucho mejor no tener pareja que estar en una relación que no te aporta nada.

Asentí.

—Lo sé. He tardado mucho tiempo en darme cuenta.

—Lo importante es que has dado el paso.

Caminamos un rato junto al río y disfrutamos de las vistas y del ambiente de fin de semana.

Después, nos sentamos en una terraza para tomar algo.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté mientras comencé a dar sorbos a mi copa de vino tinto.

—Puf, tenemos un montón de proyectos ahora. Estamos investigando sobre sistemas de propulsión más sostenibles y sobre técnicas para mejorar el impacto de la aviación en el medio ambiente.

—Guau, me suena a otro mundo.

Pauline rio.

—Es mi mundo. A mí me apasiona, pero reconozco que no es para todos. Tú te dedicas a algo más popular.

Sonreí.

—Sí, bueno. ¿Qué sería de los cumpleaños sin un perfume como regalo? Ahí estamos nosotros, para eso vivimos.

Pauline rio de nuevo.

—Por cierto —dijo—, Étienne me ha dicho que tu compañero de proyecto es algo… particular.

Solté una carcajada irónica al pensar en Jan. Aunque una parte de mí supiera que se me haría raro no verlo en tanto tiempo después de haber trabajado un mes entero con él, los dos a solas en el laboratorio.

—¿Particular? —repetí con ironía—. Debería estar en un zoológico.

Pauline apretó los labios.

—Audrey… sé la historia del croissant.

Entonces comenzó a descojonarse. Yo también me reí.

—Veo que es una historia demasiado buena como para que Étienne guardara el secreto. No sé qué me pasó.

Ella se encogió de hombros y le dio un sorbo a su vino.

—Fue la frustración con tu vida la que habló en ese momento.

—Eso pensé yo.

—Pero, oye —continuó—, como presentación de un nuevo compañero de trabajo con el que vas a compartir proyecto… no está nada mal.

Nos reímos de nuevo.

La verdad es que Jan era un tío realmente particular. Una buena nariz, de las mejores de Francia —ya me había molestado en buscar sus perfumes para probarlos, y así era—, pero capaz de sacarme de quicio con cualquier comentario. Pero también era alguien que me ayudaba a desconectar y a no pensar en cosas negativas. Cosas más negativas que tener que trabajar con él, claro.

No sabía por qué, no me sentía del todo cómoda dedicando tanto tiempo a pensar en Jan, así que decidí cambiar de tema.

—Por cierto —comencé—, ¿alguna idea para tu boda? ¿Has empezado con los preparativos?

—Bueno… seguramente Étienne ya te habrá contado algo, pero queremos un evento sencillo e íntimo. Nada de invitar hasta a los compañeros de guardería con tal de hacer bulto. No creo que seamos más de treinta.

Aquello me sorprendió. ¿Y me habían invitado a mí?

Me arrepentía de no haber cuidado más mis amistades del instituto y de la universidad, y de haberme centrado solo en Thomas. Si gracias a la cafetería Poisy había conocido a Étienne y a Pauline, esta vez no iba a repetir mis errores y los iba a cuidar.

—Gracias por haberme invitado, de verdad —dije, con algo de incomodidad.

Una parte de mí sentía que no lo merecía, pero ella me miró a los ojos y sonrió con calidez.

—Eres nuestra amiga. Y también quiero que estés en mi despedida de soltera.

Eso sí que me pilló completamente desprevenida.

—¿Club de *striptease* y borrachera? —pregunté después de una risita, no demasiado convencida de que ese fuera un plan para mí.

Pero si Pauline tenía el detalle de invitarme, yo iría, por supuesto. Sin embargo, se rio.

—Para nada. No me van esos planes. Había pensado en un fin de semana en Chamonix, en algún resort de montaña. Y seremos pocos, unos cinco. ¿Qué te parece?

Asentí con la cabeza.

—Eso ya es otra cosa. Me parece un plan genial. ¿Dónde habías pensado quedarte?

Pauline se llevó la mano a la barbilla.

—He preguntado a mis amigos, pero ninguno ha sido capaz de recomendarme un sitio. ¿Tú conoces algún resort chulo?

—Mmm. Nunca me he quedado a pasar la noche en Chamonix. Pero no te preocupes, investigaré.

—Te lo agradezco.

Continuamos hablando sobre algunos detalles que ya tenía pensados para la boda hasta que la conversación se desvió de nuevo hacia mí.

—Oye —comenzó Pauline—, ahora que estás soltera, ¿no te planteas… ya sabes…?

Sí, sabía por dónde iba. Le había comentado a Pauline la falta de intimidad que teníamos Thomas y yo desde hacía bastante tiempo.

—¿Descargarme alguna aplicación para que alguien me dé lo que necesito?

Nos reímos.

—Sabes a lo que me refiero —siguió Pauline—. Reconectar con tu cuerpo de alguna forma.

—Ya. Llevo muchos meses anestesiada.

—Te vendría genial darte cuenta de que puedes volver a sentir cosas. No me refiero a meterte en otra relación, claro que no. Es demasiado pronto. Pero… te recomiendo que le des una vuelta a lo que te he dicho.

Asentí. ¿Cuánto tiempo habíamos pasado Thomas y yo sin…? ¿Cuatro, cinco meses? No lo recordaba.

—Reconectar con mi cuerpo —repetí, tal y como había dicho Pauline.

Ella me sonrió y dio un sorbo a su vino.

Quizá eso me podría ayudar a trabajar mejor. En la perfumería había un componente muy sexual. ¿Quién no ha sentido alguna vez esas ganas de tener a alguien después de oler su perfume obsesivo?

¿Cómo iba a crear yo algo tan potente si hacía meses que no lo sentía?

Entonces lo vi claro.

Quería volver a sentir para volver a crear. Y me di cuenta de que Jan tenía algo de razón. Quizá yo siempre había sido consciente de ello, pero mi forma de trabajar metódica y científica probablemente había sido una extensión de mi vida vacía.

Cuando me despedí de Pauline y volví a casa, reflexioné sobre ello en la ducha.

Tenía un cuerpo. Podía tocarlo y sentir cosas de nuevo. ¿Por qué había dejado de hacerlo? ¿Por qué había renunciado a sentir esa parte de mí?

¿Podría recuperar el tiempo perdido?

24

Jan

Llegué a Antibes a mediados de agosto para pasar allí un par de semanas con mis padres, mi hermana y mis sobrinos.

Fueron dos semanas increíbles. El sol, el mar, la familia. Mi madre que no paraba de decirme que me veía mucho más animado que la última vez que nos habíamos reunido. Las vistas al Mediterráneo desde la casa de mis padres. Los paseos en solitario por el centro del casco antiguo para disfrutar de los aromas provenzales. Las risas durante las cenas frente al mar.

Algo simple, pero tan necesario para el alma.

♥ ♥ ♥

—Cuídate, ¿vale? —me dijo mi madre después de darme un beso en la mejilla, el día que nos despedimos—. Te veremos entonces en octubre en Chamonix.

Asentí y di un abrazo a mi padre.

—Eso es —repuse.

—A ver si nos sorprendes con una nueva novia —dijo él, y me dio una palmada en el brazo.

Puse los ojos en blanco.

—Papá, vale ya. Tenéis dos nietos, a mí dejadme en paz.

Él rio y mi madre negó con la cabeza, pero con una sonrisa. Sabían lo mal que lo había pasado cuando Margot se fue, y estaban deseando volver a verme igual de feliz que cuando estaba con ella.

Pero quizá ya estaba cerca de volver a sentir esa plenitud. Y sin necesidad de estar en una relación con una mujer.

Me despedí de mi hermana y mis sobrinos, que se quedaron en Antibes un par de días más, y yo me subí en mi coche.

Rumbo a Grasse.

♥ ♥ ♥

Siempre era maravilloso volver a la ciudad de los perfumes. Campos infinitos de lavanda y rosas bajo un cielo azul. Conducir por aquellas carreteras siempre era una experiencia única y sensorial.

Hacía algo más de medio año que no volvía por Grasse. La última vez fue cuando me invitaron a un evento de perfumes, donde conocí a una periodista que se encargó de escribir un artículo sobre el encuentro. Fue la primera mujer con la que tuve… algún tipo de historia desde que Margot salió de mi vida, y la última desde entonces. Tan solo habían pasado seis meses

desde la ruptura en ese momento, así que yo no me encontraba preparado para poder sentir algo más. Ella me gustaba, pero le tuve que decir que no quería nos siguiéramos viendo. No era nuestro momento.

Y desde entonces… nada.

Era necesario estar bien primero conmigo mismo para poder darle todo de mí a otra persona. Si es que acaso llegaba ese momento algún día.

Llegué a casa de Yves poco antes de mediodía. Me había invitado a comer allí. Además de un gran perfumista, era un gran cocinero.

Vivía en una casa en el campo, rodeada de flores. Paredes de piedra y contraventanas pintadas de lavanda pastel.

Aparqué fuera y enseguida lo vi aparecer en el jardín. Un hombre canoso de mirada viva y con una actitud que le hacía rejuvenecer por lo menos veinte años. Camisa blanca de lino y un pañuelo floreado al cuello, atado con un nudo parisino, como siempre. Se acercó hacia mí sonriendo y abrió los brazos.

—Jan, amigo —dijo, y nos dimos un abrazo.

—Qué bueno verte de nuevo.

Yves no tenía familia, así que los exalumnos con los que había creado una relación más estrecha éramos, en parte, como un sustituto de ella.

Me ofreció una copa de vino y la bebimos en su jardín, disfrutando de los aromas que traían sus flores.

—¿Qué tal por Lyon? —me preguntó Yves.

—Genial, con mucho trabajo. Estoy trabajando en un proyecto muy potente.

—Ah, sí. Ya me dijiste que te habían llamado de Féerie Parfums.

—Eso es.

—¿Se puede hablar del cliente?

Sonreí.

—Maison Lagune.

Yves levantó una de las comisuras de los labios, transmitiendo algo de satisfacción y le dio un sorbo a su vino.

—Eso es un arma de doble filo —dijo—. Si lo haces bien, tienes un gran cliente asegurado. Si lo haces mal, estás jodido.

Asentí.

—Lo sé, Yves. Ya hemos entregado tres muestras. Pronto tendremos noticias.

—¿Habéis? Entonces… ¿no es un proyecto para ti solo?

—No. Me lo dijeron desde el principio, querían que trabajara con otra perfumista.

—¿Y ella es…?

Miré por un momento al cielo azul. Un par de nubes que se movían lentamente lo salpicaban.

Ella era una loca de los croissants de arándanos como yo, una perfumista científica que mezclaba esencias como quien mezcla solventes orgánicos, pero también alguien que soñaba con estudiar en La Rosée.

Alguien con unos bonitos ojos oscuros y unos labios carnosos que llamaban la atención.

Alguien que ocultaba algo triste tras una cortina de irritación y de mal humor.

Fruncí el ceño.

¿Por qué estaba pensando en eso?

—Ella es Audrey Meuly.

—Vaya —repuso Yves—. He olido algunas de sus creaciones. Tiene talento. Es una buena nariz.

Miré hacia mi copa y di un sorbo.

—Eso es verdad.

—Aunque nunca se la ha visto por ningún evento de perfumería. Ni siquiera le pongo cara.

Se me escapó una risa.

—Bueno, tiene… una cara. Normal.

Yves me miró, algo extrañado al principio, y luego rio.

—¡No me digas! Bueno, mientras tenga una nariz es suficiente. Haréis un buen trabajo.

Asentí y no dije nada más. No quise mencionar el sueño frustrado de Audrey, creía que eso pertenecía a su intimidad.

Un rato después, ayudé a Yves a servir la comida que había preparado. *Ratatouille*, pan con *tapenade*, quesos provenzales y ensalada *niçoise*.

Brindamos con una nueva copa.

—Por los perfumes —comenzó Yves—. Por Grasse. Por la vida.

Chocamos los cristales y tuvimos una agradable charla sobre todo en general.

—¿Cómo van las cosas por La Rosée? —pregunté.

Sabía que alumnos no le faltaban, porque siempre tenía candidatos de todas las partes del mundo interesados en estudiar en aquel pequeño rincón francés.

—La escuela va bien, Jan. Hay mucho talento. Pero no voy a durar mucho más como director.

Fruncí el ceño. Yves adoraba su trabajo.

—¿Por qué? Todavía eres joven para jubilarte.

Yves dio un trago a su copa y miró al campo lleno de flores.

—Parece que la vida tiene otros planes para mí.

No dije nada. No supe exactamente por qué, pero el gesto de Yves me dijo que no era el momento de preguntar detalles. No me imaginaba qué podía hacer Yves con su vida si no era dirigir La Rosée, pero tuve que detener mi curiosidad.

Pasamos una tarde increíble charlando, paseando entre flores, reviviendo recuerdos con una copa en la mano.

Cuando nos despedimos, Yves me cogió durante unos segundos por los hombros.

—Me gustaría volver a verte pronto, Jan —dijo con seriedad, pero enseguida sus labios se curvaron en una sonrisa.

No entendía muy bien por qué me lo decía, pero asentí.

—Claro que sí. Nos vemos pronto.

En cuanto salí de Grasse, mi cabeza se despejó un poco.

Faltaban solo unos días para volver al trabajo, solo unos días para conocer la opinión de Véronique sobre las muestras de perfume, y… solo unos días para volver a ver a Audrey.

25

Audrey

Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que desperté en la cama de otra persona.

Era domingo por la mañana y yo estaba en la cama de un chico que había conocido la noche anterior.

Étienne y Pauline habían organizado una cena en su casa con algunos amigos y me habían invitado. Por casualidad, me senté al lado de un amigo de Étienne. Comenzamos a charlar y bebimos un par de copas de vino. Nos reímos. Nos caímos bien.

Y cuando me propuso ir con él a su casa, le dije que sí.

Después de un breve cortocircuito cerebral que duró apenas unos segundos. Llevaba tantos años programada para rechazar a cualquier hombre que intentara algo conmigo, que se me hizo raro darme cuenta de que ya no tenía que negarme si me apetecía.

Era libre.

Y si había tenido una breve conexión con un chico y me apetecía acostarme con él aquella noche, podía hacerlo. Podía disfrutarlo.

No podía negar que había estado nerviosa. Hacía muchos años que unas manos que no eran las de Thomas me tocaban. Bueno, en realidad hacía mucho tiempo que no me tocaban unas manos, en general.

Pero me gustó la sensación. La intimidad, la sensibilidad, el placer. Sin esperar nada más, sin querer nada más, solo disfrutar del momento.

Cuando me giré en la cama por la mañana, él todavía estaba durmiendo. Me sentía tan bien que quise repetir lo que pasó la noche anterior. Decidí acercar mi cuerpo al suyo. Pasé mi brazo derecho alrededor de él y le acaricié el pecho. Me pegué a él todo lo que pude y acerqué mis labios a su cuello.

Él se llamaba Romain, tenía treinta y cinco años y se dedicaba al mundo audiovisual. Había coincidido con Étienne en el instituto y se habían hecho buenos amigos. Era moreno, tenía un bonito pelo negro y brillante, y una piel ligeramente bronceada.

Romain se movió y su respiración se aligeró un poco. Sentí un ligero chispazo en el vientre en cuanto lo vi sonreír, todavía con los ojos cerrados. Entonces abrió los ojos y me miró.

—Buenos días —susurró.

Yo no contesté, simplemente le besé y le expresé las ganas que tenía de volver a tenerlo entre mis piernas aquella mañana.

Romain me entendió enseguida. Se dio la vuelta y continuó besándome. Sus manos se enredaron en mi pelo y se colocó sobre mí.

Era maravilloso volver a reconectar con mi cuerpo y con mi sexualidad. Pero todavía estaba

en proceso de volver a conectar conmigo misma.

♥ ♥ ♥

Cuando llegué a mi nuevo apartamento, me senté en el balcón con un té verde frío y me entretuve observando el río.

Me sentía bien.

A veces parece que el sexo es algo incompleto. Que siempre deberíamos desear algo más.

¿Y si no era así?

No me importaría volver a ver a Romain, para nada. Pero no quería ninguna relación con él. Primero tenía que estar bien conmigo misma.

Y sabía que estaba en el camino correcto.

Puse música de Lisa Monterrey mientras disfrutaba de mi bebida en el balcón. ¿Cómo algo tan simple podía llenarme tanto?

Cerré los ojos y sonreí.

Me bebí mi último día de vacaciones como una bebida deliciosa, poco a poco. Al día siguiente, me tocaba volver a Féerie Parfums.

Me tocaba volver a ver a Jan.

26

Jan

Cuando llegué a la cafetería Poisy el lunes por la mañana, estaba algo nervioso.

—Buenos días, Jan —me saludó Étienne con una sonrisa amable.

—Qué pasa, Étienne.

—¿Cómo han ido las vacaciones? —me preguntó mientras ya se puso a preparar mi café y mi croissant.

—Muy bien, he pasado tiempo con la familia en Antibes. ¿Y tú qué tal?

—Eso suena genial. —Metió el croissant en una bolsa de papel y le puso la tapa a mi café para llevar—. Yo, bueno, no he tenido vacaciones como tal, pero me he asegurado de pasar un buen mes de agosto. Ya sabes, algo de naturaleza, escapadas a los lagos, cenas en casa.

Sonreí. Pero me faltaba algo.

—Un buen mes, entonces —dije, e hice una pausa mientras pagaba—. ¿No ha venido Audrey todavía?

Étienne miró un reloj que tenía colocado en la pared.

—No, todavía no. No creo que tarde.

Me hubiera gustado esperarla ahí, pero no quería que Étienne pensara nada raro.

¿Acaso había algo raro que poder pensar?

Sacudí la cabeza, algo confuso. Cogí la bolsa que me había preparado.

—Ya. Bueno. Nos vemos, Étienne.

—Hasta luego.

Salí de la cafetería y en cuanto llegué a la oficina de Féerie Parfums saludé a mis compañeros y charlamos un rato en la sala de estar.

Una parte de mí seguía esperando a Audrey de una forma algo ansiosa.

Me senté a charlar con un compañero del departamento de Comunicación cuando escuché su voz.

—Buenos días, compañeros.

Me giré y la vi.

Y la vi diferente.

Llevaba un pantalón ajustado de color rosa claro y una blusa blanca sin mangas. Bastante… ligera. Algo transparente. Me fijé en cómo esos tonos claros resaltaban su color de piel.

Audrey se dedicó a saludar a los compañeros que estaban en la sala de estar hasta que nuestras miradas se cruzaron.

Me levanté y me acerqué hacia ella. No sabía exactamente cómo saludarla. ¿Darle la mano? ¿Dos besos? ¿Un simple «buenos días» como al resto de compañeros?

Ni idea. Así que me bloqueé un poco y me quedé allí, frente a ella, con pinta de gilipollas, supongo.

—Hola, Jan —dijo Audrey finalmente, y me terminó de bloquear con el gesto que vi en su rostro.

Era una sonrisa. Pero una sonrisa tranquila y amable. Nada de ironía ni de mala hostia contenida. Parecía sincera.

Como había dicho, Audrey estaba diferente.

Tuve que forzarme a volver en mí.

—Hola. Estás… no sé. Veo que te han sentado bien las vacaciones.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno. Ha habido un poco de todo. ¿Y tú qué tal?

—No me puedo quejar.

No nos dio tiempo a seguir charlando, porque Véronique apareció en la sala.

—Buenos días a todo el mundo —dijo, sonriendo, y enseguida nos miró a Audrey y a mí—. Vosotros, os quiero en mi despacho en cuanto podáis.

Y salió de la sala.

Audrey y yo nos miramos. Me daba la sensación de que ella estaba pensando lo mismo que yo. Aquello no sonó demasiado bien.

Salimos de la sala de estar y fuimos al despacho de Véronique. Audrey tocó a la puerta.

—Adelante.

Entramos y nos sentamos frente a ella. Sobre su escritorio tenía las tres muestras que nosotros le habíamos entregado hacía un mes.

—¿Qué tal, chicos? —nos preguntó.

Audrey y yo nos miramos.

—Bien —dijimos a la vez.

—Me alegro.

—¿Y tú? —preguntó entonces Audrey—. ¿Has pasado unas buenas vacaciones?

—Sí, geniales. He pasado mucho tiempo en Annecy. Me he enganchado al kayak. Te veo muy guapa, Audrey. —Hizo una pausa y me miró a mí—. A ti tampoco te han sentado mal las vacaciones.

Audrey sonrió. Yo quería ir directo al grano.

—¿Y bien, Véronique? —pregunté—. ¿Qué han dicho en Maison Lagune de nuestras propuestas?

Ella carraspeó y cruzó los brazos sobre el escritorio.

—Verás, Jan. No han dicho nada porque no se las he enviado.

Fruncí el ceño e intenté procesar aquello. Miré a Audrey y ella me dirigió también una breve mirada.

—¿Por qué? —preguntó mi compañera.

Véronique inspiró hondo.

—Bueno, chicos. Los perfumes están bien. Están muy bien. Esto sería caviar para cualquier otra marca. Pero… no he querido enviarlas a Maison Lagune básicamente por una razón.

Me desesperé un poco, pero intenté disimular.

—¿Y esa razón es…?

Véronique me miró por un momento por encima de sus gafas.

—No encuentro la esencia de los dos, juntos, en ninguna de las tres propuestas, Jan —acabó

diciendo—. Es como si cada uno hubiera añadido su esencia por separado, pero esas esencias no se mezclan. No se hacen una sola. ¿Entendéis?

Miré a Audrey, que parecía tan confusa como yo. Ninguno de los dos esperábamos esto.

¿Véronique quería que Audrey y yo nos fusionáramos en una sola esencia? De repente, mi mente comenzó a vagar por las ideas que me provocaba ese concepto.

Fusionarme con ella, convertirnos en uno solo.

Dios.

Afortunadamente, Audrey habló.

—No lo entiendo, Véronique —dijo—. Son unos buenos perfumes. Hemos seguido el concepto de amor que nos pidieron. Son románticos, son invernales. Tienen calidad.

—No he dicho lo contrario —repuso Véronique—. Son unas propuestas muy, muy buenas. Pero si decidí que vosotros dos ibais a trabajar en este proyecto, es porque tenía claro que tenéis identidades muy diferentes. Quería oleros a los dos, juntos. No por separado.

Parpadeé.

—Está bien —respondí—. Volveremos a trabajar en ello. Todavía tenemos margen de tiempo.

Véronique asintió.

—Claro que sí. Confío en vosotros. —Se reclinó contra el respaldo de su silla—. Os daré una pista: encontrad eso que os une y convertidlo en un perfume que huela a amor.

Audrey y yo asentimos.

—De acuerdo —dijo ella—. Volvemos al trabajo, entonces.

Nos levantamos de las sillas, dispuestos a salir y a volver a trabajar en el laboratorio.

—Ah, chicos —nos llamó Véronique cuando estábamos a punto de salir—. Se me olvidaba. —Nos dimos la vuelta—. Maison Lagune está organizando un evento en París para la semana que viene. Os quieren allí. ¿Qué decís?

Espera, ¿qué?

—Eh… —comenzó Audrey, y clavó sus ojos oscuros en mí.

¿Cómo decir que no después de haber «decepcionado» a Véronique con nuestras propuestas?

—Iremos, Véronique, claro que sí —dije, totalmente convencido y sonriendo—. ¿Verdad, Audrey?

Usé su nombre y no apellido para parecer más amigable. Ella sacudió un poco la cabeza, como si no entendiera muy bien lo que estaba sucediendo.

—Pues… sí, claro. Será un honor.

Nos miramos de nuevo.

Joder, la que nos esperaba.

27

Audrey

Viernes por la mañana y estaba en la estación de Lyon-Perrache esperando a que apareciera Jan para irnos los dos a París.

¿Cómo había llegado a esa situación?

Tenía mi maleta junto a mí y miraba la hora cada, aproximadamente, treinta segundos. Faltaba todavía una hora para que saliera el tren, pero estaba nerviosa, no podía evitarlo.

Jan se había pasado toda la semana diciendo que me veía diferente. Que sonreía más, a pesar de haber tenido un pequeño fracaso —ambos lo habíamos tenido— en el trabajo.

Y puede ser que fuera verdad lo que él veía. No era fácil separarse de alguien después de tanto tiempo, de hecho todavía tenía mis momentos de bajón. Pero, en general, me sentía liberada. Ligera. En mi vida personal, al menos.

Por mucho que me hubiera fastidiado que nuestros perfumes no hubieran pasado el filtro de Véronique. Creía que ni Jan ni yo lo esperábamos.

¿Qué podría ser eso que nos unía a los dos y que podríamos convertir en un perfume?

Después de inspirar hondo por enésima vez, lo vi aparecer en la estación, también con una maleta. Vestido con un vaquero oscuro y una camisa gris remangada por los codos, como casi siempre.

—Buenos días, compañera —me dijo con un tono algo irónico—. Deseosa de pasar un fin de semana conmigo en París, ¿verdad? Ya te he visto mirar la hora desesperada desde lejos.

La mirada se me fue al techo de la estación.

—Sí, claro. Qué bien lo vamos a pasar.

Fuimos caminando hacia el acceso a las plataformas, para esperar a que nos llamaran para subir a nuestro tren. Nos sentamos.

—Tu novio no será celoso, ¿verdad? —me preguntó Jan, como quien no quiere la cosa.

Sentí un ligero tirón en el vientre. No me apetecía decirle que Thomas y yo nos habíamos separado al principio de aquellas vacaciones de verano.

—No —repuse con firmeza—. Solo se pondría celoso en caso de que me fuera a París con un compañero atractivo y simpático.

Lo miré de reojo. Él sonrió y soltó una risita.

—Por supuesto —dijo.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Y… ¿Nathalie? —me atreví a preguntar—. ¿Ya te has atrevido a dar el paso con ella?

Tuve que esconder una sonrisa. Sentí cierta satisfacción al ver el gesto de incomodidad y cierta vergüenza en el rostro de Jan. ¿Había echado yo de menos aquello durante las vacaciones?

Me temía que sí.

Él entonces se giró y clavó sus ojos azules en mí.

—Parece que estás deseando escuchar una escena erótica, a ver si la necesitada vas a ser tú.

Recordé mi noche con Romain y me reí en su cara.

—Perdona, pero de eso voy bien servida.

Era mentira, pero bueno. Solo lo había hecho dos veces en los últimos… ¿cuántos meses?

Jan estrechó un poco los ojos y me observó con atención. Luego volvió a mirar al frente.

Uf. Qué calor hacía de repente.

Estuvimos charlando sobre temas del trabajo durante un rato, hasta que empezaron a llamar a los pasajeros de nuestro tren a París. Nos levantamos y nos dirigimos al andén.

Mi corazón latía un poco más fuerte de lo normal, y no sabía si me gustaba aquello.

♥ ♥ ♥

Jan y yo no hablamos mucho durante el trayecto. Él sacó un libro sobre perfumería —¿A este hombre no le interesaban otros temas?— y yo me puse algo de música. El tiempo pasó relativamente rápido y a mediodía ya estábamos en París.

Jan y yo en París para un evento de gala de una marca de lujo. ¿Qué podía salir mal?

Pedimos un taxi hasta el hotel en cuanto salimos de la estación. Nos habían reservado dos habitaciones en uno de los mejores hoteles del distrito donde se iba a celebrar el evento. En cuanto llegamos, yo no podía dejar de mirar alrededor. Nunca me habían invitado a un evento así. Nunca había creado ningún perfume para ninguna marca del nivel de Maison Lagune. Nos llevaron las maletas hasta la recepción.

—Buenos días —nos saludó un joven recepcionista con cara de simpático—. ¿En qué les puedo ayudar?

—Tenemos una habitación para dos noches —dije.

El recepcionista asintió, sonriendo, y miró su pantalla.

—Claro, ¿a qué nombre está la reserva?

Jan y yo nos miramos.

Obviamente, el recepcionista pensó que éramos pareja.

Uf.

—Perdone, tenemos una habitación cada uno —aclaré—. Creo que no me he explicado bien. Nosotros dos no…

Me callé y solté una risita ridícula.

—Ah, sí, por supuesto —repuso el recepcionista, algo apurado—. Lo siento. Díganme sus nombres.

—Audrey Meuly y Jan Bauck —dijo Jan, y me miró con la ceja algo levantada.

Él siempre empeorando todo con ese gesto.

—De acuerdo, aquí les tengo —dijo el recepcionista.

—Perdone, ¿nos puede dar las habitaciones lo más separadas posible? —pregunté.

El recepcionista levantó la mirada y me miró algo extrañado, pero lo disimuló bien con una sonrisa amable.

—Eh… sí, por supuesto. No hay problema. Déjenme mirar. —Frunció un poco el ceño y fijó su vista en la pantalla del ordenador. Miré por un momento a Jan, quien tenía cara de «¿Qué coño haces?»—. ¿Una en la primera planta con vistas a la calle de Sèvres y la otra en la cuarta

planta con vistas a la calle du Cherche-Midi les parece bien?

—Perfecto —dije enseguida.

Jan negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—De acuerdo —repuso el recepcionista. Nos preparó las llaves y nos las dio—. Aquí tienen. Estamos las veinticuatro horas disponibles para cualquier cosa que necesiten. Bienvenidos y que pasen una agradable estancia.

—Gracias —dijimos a la vez.

Con nuestras llaves, nos dirigimos a los ascensores. Yo me bajaría en la primera planta y Jan continuaría hasta la cuarta. Entramos y las puertas se cerraron.

—¿Tan horrible sería tener una habitación justo al lado de la mía? —preguntó Jan, con las manos sobre el asa de su maleta, mirando al frente, a la puerta del ascensor.

Carraspeé. Sin quererlo, mis labios se curvaron.

—No. En realidad, no quiero que oigas cosas incómodas por la noche.

Jan se giró lentamente hacia mí y bajó algo la mirada para dejarla a la altura de mis ojos.

—Pero ¿tu novio no se ha quedado en Lyon? —preguntó como con precaución.

Me mordí el labio para aguantar una risa. Le aguanté la mirada.

—Jan, hay cosas que se pueden hacer sin novio. —Él levantó las cejas y abrió mucho los ojos. En ese momento se abrieron las puertas y yo salí en la primera planta. Me giré y casi me reí al ver su cara, todavía impactado—. ¿Nos vemos luego en el spa?

No le dio tiempo a reaccionar. Las puertas del ascensor se cerraron y yo me fui a buscar mi habitación.

Cuando la encontré, entré y dejé mi maleta. Ni siquiera me fijé en lo bonita y lujosa que era la decoración.

Lo que más me llamó la atención fue, de nuevo, lo deprisa que me latía el corazón.

28

Jan

De repente se me olvidó por qué estaba en un ascensor de un hotel en París. Me costó reaccionar en cuanto las puertas se abrieron en la cuarta planta.

Cuando llegué a mi habitación me senté en el borde de la cama. Tenía calor, pero no es que hiciera una temperatura excesivamente alta aquel día en París.

De repente, todo era extraño. Audrey y yo juntos en la capital para un evento de Maison Lagune. ¿Cómo se suponía que íbamos a pasar el tiempo libre? ¿Comeríamos juntos? ¿Saldríamos juntos a tomar algo? ¿Desayunaríamos juntos en el hotel? Eso es lo que harían dos compañeros de trabajo cualesquiera, ¿no?

Me recosté sobre la cama y miré el techo. Cerré los ojos durante un momento.

Pensé en lo que me había dicho Audrey, que de «eso» iba bien servida. Y no sabía exactamente por qué, pero no me gustó escucharlo. Y no me gustó el hecho de que no me gustara. Debería darme absolutamente igual. Pero no, no me daba igual.

Y entonces… me imaginé cómo sería oír a Audrey, en una supuesta habitación contigua a la mía, tocándose.

«Hay cosas que se pueden hacer sin novio», volví a oír dentro de mi cabeza.

Me sobresalté y me incorporé de la cama, alterado. Me pasé la mano por el pelo. Estaba algo húmedo.

Joder.

♥ ♥ ♥

Audrey y yo nos habíamos intercambiado los números de teléfono, por si nos teníamos que escribir para cualquier cosa. Había pasado la hora de comer y no había dado señales de vida, así que deduje que le apetecía estar sola. Yo pedí comida al servicio de habitaciones y aproveché para leer un rato en la habitación.

Recordaba que, en el ascensor, me había propuesto ir después juntos al spa del hotel. Todavía tenía la mente algo nublada, pero de eso sí que me acordaba. Yo había llegado a París preparado con mi ropa de baño, pero… no sabía exactamente por qué, pero me incomodaba ir con ella. Mi plan era pasarme un rato por la tarde y nadar algo para que aquello me ayudara a descansar mejor. Yo solo.

En fin. No le iba a decir que no.

Salí a dar una vuelta por París cuando me llegó un mensaje de Audrey. Preguntaba si me apetecía estar en media hora en el spa. Le dije que no había problema, que allí nos veíamos.

Inspiré hondo y volví al hotel. Preparé mis cosas para el spa y allá me fui. Me recibieron

amablemente en la recepción y me cambié en el vestuario. Cuando entré en el spa, me impresionó la decoración estilo terma romana. Piscinas de agua caliente y fría decoradas con mosaicos y esculturas. Algunos jacuzzis en una parte y, en la otra, la entrada a las saunas.

Recorrí la estancia con la mirada, pero todavía no había rastro de Audrey, así que me di una ducha y me metí en la piscina de agua caliente. Inspiré hondo y sentí cómo me iba relajando. Aproveché para nadar un poco, pues había poca gente.

Un par de minutos después, la vi entrar.

El albornoz medio abierto, el pelo negro recogido en lo alto de la cabeza, en un moño.

Me quedé inmóvil, con el agua a la altura de mi pecho. Los ojos se me fueron a la parte de cuerpo que quedaba visible bajo el albornoz. Llevaba un bikini de color rosa claro —parecía que sentía simpatía por ese color—, por lo que podía ver, pero enseguida se quitó el albornoz y lo dejó sobre una tumbona.

Tragué saliva.

Su mirada recorrió la piscina y enseguida me encontró. Me dirigió una breve sonrisa y se fue a la ducha.

¿Por qué no podía apartar los ojos de ella? ¿Por qué seguía con mi mirada el recorrido del agua cuando comenzó a caer entre sus pechos y a correr sobre su vientre, sus caderas y sus muslos?

Sentí que mis labios se entreabrían. Que algún tipo de corriente recorría mi vientre hacia abajo. Tuve que cerrar la boca en cuanto la vi girarse y meterse en la piscina. Extendió los brazos, se deslizó dentro del agua y en dos segundos ya estaba frente a mí.

—Bonito spa, ¿verdad? —dijo, mirando alrededor—. Parece que estemos en la antigua Roma.

Carraspeé.

—Eh… sí. —Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para continuar hablando sin parecer gilipollas—. Es… agradable.

—¿Dónde has comido?

—En la habitación. ¿Y tú?

—Qué soso. He salido a dar una vuelta y he comido fuera.

—Ya veo —repuse—. No te atrevías a pedirme que comiéramos juntos.

No sabía de dónde estaba sacando la lucidez para picarla. Mis ojos y mi mente querían desviarse constantemente del cuello de Audrey hacia abajo, hacia su pecho, que estaba medio sumergido en el agua.

Tenía que luchar para mantenerme firme y aguantar mi mirada en sus ojos.

—No quiero ir tan rápido —dijo Audrey, sonriendo, irónica—. Seguro que te asustas.

Negué con la cabeza.

—Claro. Es que luego no sabrías cómo explicar a tu novio que has estado comiendo con alguien como yo.

—¿Un compañero de trabajo raro, flipado y pesado? Sí, puede ser.

Audrey se desplazó hacia uno de los bordes de la piscina, en el cual había unos chorros de agua bastante potentes. Se colocó de forma para que los chorros le dieran en la espalda. Cerró los ojos por un momento y dejó escapar un ligero gemido, ligero, sí, pero audible a pesar del ruido de la piscina.

La cosa pintaba mal para mí. Me costaba tragar.

Pero lo peor fue cuando se incorporó un poco y dejó sus pechos algo por encima del nivel del agua. Y comenzaron a vibrar y a temblar por efecto de los chorros en su espalda.

Dios mío.

Instintivamente, me di la vuelta y me coloqué en otro borde de la piscina, algo alejado de ella.

—¿No quieres probar? —oí que decía por encima del murmullo del agua.

—No, gracias. Estoy bien.

Cerré los ojos durante unos instantes, haciendo como que me relajaba, pero en realidad estaba luchando por controlar mi cuerpo. Para que no pasara lo que temía que podía pasar en cuestión de segundos.

Pero no fui capaz. El cuerpo reacciona y muchas veces es imposible detenerlo.

Me estaba poniendo duro.

Abrí un poco los ojos para ver si Audrey seguía allí y, efectivamente, había echado un poco la cabeza hacia atrás y había cerrado los ojos.

Me gustaba su pelo recogido, sus pestañas dirigidas hacia abajo, sus labios carnosos. Su cuello, sus clavículas. Esos pechos que seguían moviéndose por efecto del agua.

Me pregunté cómo sería acariciarlos.

Joder.

En ese momento, Audrey abrió los ojos y me pilló mirándola. Tuve que disimular y hacer como que, en realidad, estaba mirando alrededor.

—¿Te vienes a la sauna? —me preguntó.

Ni de coña podía salir de la piscina con lo que tenía entre las piernas en ese momento.

—Eh… —me aclaré la voz— no me apetece ahora. Prefiero quedarme aquí.

—Eres un aburrido. Pero bueno, como quieras.

Audrey se dirigió hacia la escalera de la piscina y salió. Aunque la temperatura del spa era agradable, siempre había algo de contraste entre el agua cálida y el exterior. Me temía que aquel contraste de temperatura era lo que hizo que sus pezones se endurecieran y se marcaran bajo la parte superior del bikini.

Y yo estaba ya totalmente perdido.

Por suerte, Audrey se fue hacia las saunas y desapareció de mi vista.

Yo miré alrededor y me di cuenta de que nadie me estaba prestando atención. Entonces aproveché para salir de forma disimulada, intentando esconder aquello que había bajo mi bañador. Enseguida me acerqué a la tumbona donde había dejado mis cosas y me cubrí con una toalla. No quería parecer un pervertido de piscinas.

Cuando ya sentí que tenía la situación más o menos bajo control, inspiré hondo y me tumbé un rato, todavía con la toalla por encima.

En cuanto aquello se calmó un poco, me retiré la toalla y me fui de cabeza a la piscina de agua helada.

No me importó el frío paralizante. Al revés, lo agradecí. Sentí cómo poco a poco se iban entumeciendo mis músculos, cómo se iban apagando mis pensamientos.

Y, en cuanto salí de aquella piscina helada, hui del spa.

29

Audrey

Salí de la sauna y me di cuenta de que Jan había desaparecido del spa. No le costaba nada esperarme y decirme que quería irse, pero bueno, ya había asumido que Jan no era la persona más normal del mundo.

Decidí relajarme un rato yo sola en uno de los jacuzzis.

Había sido extraño, tenía que reconocerlo. Aunque solo había visto la parte superior del pecho de Jan —básicamente porque no había querido salir de la piscina—, no podía dejar de pensar en ello.

Jan, debajo de sus camisas remangadas y sus pantalones vaqueros, tenía un cuerpo.

Por supuesto, todos teníamos un cuerpo debajo de la ropa. Pero, no sabía por qué, me costaba materializar esa realidad en el caso de mi compañero. Era como si, dentro de mi cabeza, Jan ya hubiera nacido con su aspecto actual. Como si nunca fuera nada diferente de lo que es en el trabajo.

Pero no, obviamente, Jan también era una persona que se podía desnudar y meter en una piscina.

Cerré los ojos mientras disfrutaba de la temperatura cálida del agua y del reconfortante burbujeo del jacuzzi.

Pensé en los ojos azules de Jan, del mismo color que aquella preciosa piscina estilo romano. En cómo se había humedecido su pelo rubio oscuro y se había hecho de un tono castaño. En cómo se lo había echado hacia atrás, dejando más despejada su frente.

En cómo lo había pillado mirándome mientras yo me relajaba con los chorros de agua.

Porque sí, quizá mi mente quería negarlo, pero Jan me estaba mirando de una forma… diferente. De una forma diferente a la que me miraba cuando estábamos trabajando. Quiso disimular, pero yo ya lo había visto.

Y eso me ponía nerviosa.

Cuando salí, me cambié en el vestuario y volví a la habitación.

Me sentía algo incómoda como para pedirle a Jan que cenáramos juntos en algún sitio de París. Todo era muy raro. Y él seguía creyendo que yo tenía novio, lo que hacía la situación más rara aún. Así que, finalmente, decidí no escribirle. Pedí algo del servicio de habitaciones y luego me fui a la ducha.

Y volví a pensar en él. Y volví a sentir esa incomodidad, esos nervios que no sabría explicar mientras estaba desnuda en la ducha y, a la vez, pensaba en mi compañero de trabajo.

30

Jan

Sabía que había estado mal no decirle nada a Audrey, pero no me atreví a enfrentarme a la situación. Nunca me había pasado algo así con una compañera de trabajo. Había tenido eventos con anterioridad, había pasado noches en hoteles para acudir a actos relacionados con la perfumería, pero no me había visto en esa situación nunca.

Quizá sería porque hacía algo más de un año yo estaba enamorado de Margot. O quizá no. Porque desde que no estábamos juntos, nunca había tenido una reacción así al ver a otra mujer bañarse junto a mí, ya fuera en una piscina, en la playa en Antibes, o en el lago de Annecy.

Solo me había pasado con Audrey.

No volvimos a hablar después de habernos visto en el spa, y yo casi que lo agradecí. Cené algo en la habitación y, después, me fui a la ducha.

Cuando noté el agua caliente cayendo sobre mí, volví a sentir algo parecido a lo que había sentido en la piscina. Cerré los ojos y me imaginé que estaba allí de nuevo.

Sabía que no debía. Audrey era mi compañera de trabajo y, además, tenía pareja. No es que una mujer soltera se mereciera menos respeto, pero… no lo sabía exactamente. Tan solo sabía que era inadecuado.

Sin embargo, no pude controlarme.

Todavía con los ojos cerrados, pensé en qué hubiera pasado si me hubiera acercado a Audrey en la piscina. Cómo hubiera sido tocarla. Sentir esos labios en los que me fijé el primer día que la vi. Deslizar mis manos bajo el agua, sobre su cuerpo. Y luego bajo su bikini.

De nuevo, mi cuerpo reaccionó.

Un par de minutos después, de forma inconsciente, mi mano se fue directa a agarrar mi erección. Empecé a moverla hacia arriba y hacia abajo. Imaginé que era Audrey la que lo hacía.

Daba igual, ya estaba perdido.

Se me escapó un gemido al visualizar cómo sería tenerla en mi cama. Cómo sería estar entre sus piernas.

Dentro de ella.

Me hubiera gustado poder alargar el placer, pero no pude aguantar mucho más. Me tuve que apoyar con la otra mano en la pared de la ducha cuando sentí que iba a explotar.

Y, cuando lo hice, perdí la noción del tiempo y del espacio durante unos segundos.

Al salir de la ducha fue cuando fui consciente de lo que acababa de hacer.

¿Cómo iba a mirar a Audrey a la cara al día siguiente?

♥ ♥ ♥

El sábado teníamos comida, cena y evento de Maison Lagune. Me estaba arreglando cuando me llegó un mensaje.

Audrey: ¿Nos vemos en un rato en el desayuno?

Inspiré hondo.

Jan: Supongo que no puedo librarme de ti.

Tiré el móvil sobre la cama mientras terminaba de vestirme.

¿Por qué cojones había hecho lo que había hecho? ¿Masturbarme mientras fantaseaba con una compañera de trabajo con la que estaba de viaje en París? ¿Qué se me había pasado por la cabeza?

Cuando llegué al restaurante, busqué a Audrey con la mirada y enseguida la encontré. Se había sentado frente a un gran ventanal que daba al jardín interior que tenía el hotel. Ya tenía algo en el plato, un bol con avena y frutas, por lo que veía desde lejos.

Me senté frente a ella. Llevaba una blusa de color crema sin mangas y unos pantalones cortos de color beige. Se había hecho una coleta aquella mañana.

Dios, era mucho más preciosa que en mis fantasías.

Pero ¿por qué había tenido que pensar en ello?

—Buenos días —dijo, antes de darle un sorbo a su café.

—Buenos días. Deduzco que aquí no tienen croissants de arándanos.

Ella negó con la cabeza.

—Me temo que no.

Aunque la tradición francesa decía que los croissants nunca deberían ir rellenos, yo no me consideraba nada estricto en ese terreno. Todo lo purista que podía ser con respecto a los perfumes, no lo era con respecto a la cocina. Me hubiera comido un buen croissant de la cafetería Poisy con gusto.

—Bueno, supongo que iré a coger algo de comer.

Me levanté y me serví tostadas, algo de fruta, café y zumo. Cuando volví a mi sitio, Audrey clavó sus ojos oscuros en mí.

—¿Por qué te fuiste ayer del spa sin decir nada?

Tragué saliva.

—Eh… me empecé a sentir algo mal. Como mareado. Ya sabes, creo que es por la temperatura del agua. Quizá me bajó algo la tensión.

En realidad nada bajó en mi cuerpo, sino todo lo contrario.

—Pero si ni siquiera te metiste en el jacuzzi.

—Sí que me metí —mentí—. Cuando te fuiste a la sauna.

—Ah. Vale.

No parecía conforme, pero no podía hacer mucho más.

Dio el último sorbo a su café y cogió un plátano que tenía colocado en un lado de la mesa. Lo peló y se lo llevó a la boca.

Sentí que me mareaba un poco, y entonces era verdad.

Supuse que Audrey detectó que yo la estaba observando y me miró, con el plátano metido en la boca. Mordió, masticó, tragó y habló.

—¿Te pasa algo?

Me tuve que aclarar la voz. Negué con la cabeza.

—No, no. Claro. Sigue comiendo. O sea, quiero decir que… —me llevé la mano a la frente—, eso. Que sigas. Desayunando.

Bebí algo de zumo de naranja para cortar el contacto visual, pero enseguida volví a mirar a Audrey. Tenía el ceño fruncido y me observaba como si estuviera completamente loco.

¿Por qué había tenido que coger un plátano con la cantidad de frutas diferentes que había en el bufé? ¿No podría haber cogido una manzana? ¿Una naranja?

—De verdad —comenzó—, cuando pienso que no puedes ser más raro… me sorprendes.

—Yo siempre sorprendo, Audrey.

Si mi compañera me veía inseguro, estaba perdido.

El ambiente se relajó un poco y comenzamos a charlar sobre el día que teníamos por delante.

Decidimos ir a dar un paseo por el centro de París. Audrey me pidió que le hiciera algunas fotos frente a la torre Eiffel, y un par de chicas se ofrecieron a hacernos alguna foto juntos, porque probablemente pensaron que éramos pareja. Aquello me incomodó de una forma curiosa.

Cuando llegó la hora del almuerzo, nos recogió un coche de Maison Lagune. Nos llevó al restaurante donde nos invitarían a comer algo ligero, pues también nos invitaban a cenar y se habían asegurado de no sobrealimentarnos. Tuvimos ocasión de conocer a diseñadores de la marca, entre otros trabajadores, e incluso a la directora ejecutiva de Maison Lagune.

Definitivamente, fue un buen evento para establecer contactos con una de las marcas más potentes del país.

Cuando entró la tarde, nos llevaron de nuevo a nuestro hotel para que nos cambiáramos para la cena. Yo me había preparado un traje de color gris oscuro con unos zapatos Oxford. Algo clásico y que nunca fallaba. Pero no tenía ni idea de cómo iba a vestirse Audrey.

¿Por qué me la estaba ya imaginando?

Me senté en el borde de la cama, ya listo para salir, y comencé a mirar mi reloj. Audrey debería estar ya a punto, puesto que nos recogían a las ocho de la tarde.

Audrey: Estoy lista, cuando quieras bajamos a la recepción.

Estaba algo nervioso. Inspiré hondo, me levanté, y bajé a la primera planta del hotel para tocar a la puerta de Audrey.

Oí unos pasos y, segundos después, la puerta se abrió.

Allí me encontré a una mujer impresionante vestida con una blusa de encaje y una falda ajustada hasta la rodilla, ambas prendas de color granate. Llevaba un bolso negro a juego con unas sandalias con tacón bajo. Su pelo negro caía en ondas hasta la mitad de la espalda y se había maquillado de forma suave.

Tardé en procesar aquella imagen algunos segundos.

—¿Vamos? —me preguntó ella.

—Eh… sí. Vamos.

Sí, estaba espectacular. Pero esa belleza emanaba directamente de Audrey. No podía decir que estaba espectacular por la ropa que llevaba, eso sería una falta de respeto hacia ella, porque eso querría decir que lo espectacular era la ropa.

Y no, era Audrey.

Cuando bajamos los dos juntos en el ascensor, comencé a sentir que esa mujer podía ser mi perdición.

31

Audrey

Se supone que todos los hombres mejoran cuando llevan traje, así que no debería haberme sorprendido el hecho de que ver a Jan vestido así me había descolocado un poco.

Estaba… guapo. Bastante guapo. Atractivo. Y me fijé en que se llevó bastantes miradas de otros huéspedes del hotel.

No era para menos.

Aquel color gris del traje realzaba sus ojos y su pelo claro. Y le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida. Cada prenda abrazaba perfectamente su cuerpo.

Aun así, intenté no mirarlo demasiado. No quería que Jan pensara nada raro.

Enseguida nos recogió un coche de Maison Lagune y nos llevó a Manoir de l'Aube, un palacete del siglo XVIII en el centro de París con un jardín impresionante, lleno de flores. Era el lugar elegido por la marca para celebrar su cena de gala, y no podían haber hecho una mejor elección.

Nos recibieron con una pianista, con champán y con canapés. Estuvimos charlando con miembros del equipo.

¿Qué más se podía pedir para una noche de verano en París?

Cuando empezó a caer la noche sirvieron la cena. Jan y yo nos sentamos en una mesa con gente del equipo creativo de Maison Lagune.

—Estamos deseando oler vuestra creación —nos dijo una chica joven, una de las futuras encargadas en crear la campaña de marketing del perfume—. Va a ser increíble trabajar con un tipo de producto nuevo. Siempre he querido crear una campaña para un perfume.

—Así es —dijo otro compañero—. Un perfume es algo que nos va a dar mucho juego. Es como que en los anuncios de perfumes todo vale. Podemos dar rienda suelta a nuestra imaginación.

Jan y yo nos miramos, sonriendo, algo incómodos. Todavía no teníamos claro por dónde empezar con la nueva muestra que teníamos que crear, y el tiempo se nos agotaba poco a poco.

—Muy pronto lo tendremos listo —dije, no demasiado convencida, pero creo que no se me notó—. Estamos muy emocionados con el proyecto.

Jan asintió y continuamos cenando tranquilamente.

Cuando terminamos, nos pusimos a charlar con otros invitados al evento, mientras sosteníamos una copa de champán y el piano sonaba de fondo. Ya había oscurecido por completo.

Jan y yo nos quedamos momentáneamente solos cuando se acercó a nosotros Maëlle N'Diaye, la directora ejecutiva de Maison Lagune. Una mujer con ascendencia africana, al igual que yo.

Podría ser una tontería, pero me gustaba verla en un puesto como el suyo. En lo más alto de una firma tan importante.

—¿Cómo lo estáis pasando? —nos preguntó, amablemente. Era cercana y educada a la vez—. Es un honor teneros aquí.

—Es un honor para nosotros —repuso Jan—. De verdad, es un orgullo poder ser los creadores del primer perfume de Maison Lagune.

Maëlle sonrió.

—Confío mucho en Féerie Parfums. Hacía tiempo que mi equipo y yo le estábamos dando vueltas, y estaba segura de que era la casa de perfumes adecuada. Sé que no me vais a decepcionar. —Dio un pequeño sorbo a su copa—. Por cierto, vamos a extender nuestro mercado en Estados Unidos. Supongo que lo sabéis, pero Maison Lagune siempre ha estado enfocada en Francia sobre todo, y también en Europa. Pero hemos decidido expandir horizontes.

—Eso es genial, Maëlle —dije, emocionada—. ¿Llegará nuestro perfume al otro lado del océano para San Valentín?

—Todo parece indicar que sí. Estamos trabajando con Crestview Creative, una de las mejores agencias de publicidad del país.

—Qué bien —repuse, y miré por un momento a Jan, que había bajado la mirada hacia su copa. Enseguida volví a mirar hacia Maëlle—. Esperamos estar a la altura.

—No tengo dudas de ello.

—¿Me disculpáis? —dijo entonces Jan, y se alejó de nosotras.

Lo seguí durante unos segundos con la mirada y lo vi salir al jardín. Aquello me desconcertó un poco, pero seguí charlando con Maëlle durante unos minutos más.

Después, ella se disculpó y se fue a charlar con otros invitados. Y yo lo agradecí, porque sentí la necesidad de saber por qué Jan había salido solo al jardín.

Y allí que me fui.

Salí fuera. Era una agradable noche de verano. Olía a flores. A rosas, especialmente, pues estaba rodeada de rosales por todas partes.

Bajé las escaleras de piedra y vislumbré las piernas estiradas de Jan detrás de un arbusto repleto de flores. Eran rosas rojas. Lo rodeé y me encontré con él, sentado en unos escalones que dirigían a otra puerta del palacete, entonces cerrada.

Había cogido una rosa y la estaba oliendo. Levantó su mirada en cuanto me vio aparecer y… tan solo sentí tristeza emanando de él.

No supe qué decir.

—¿Agobiado por no tener todavía una idea clara sobre el perfume? —acabé diciendo, pero estaba convencida de que no era por aquello.

Él me dedicó una media sonrisa.

—Para nada. Confío en nosotros. Sé que lo vamos a conseguir.

Sus palabras me reconfortaron un poco.

—¿Entonces?

Jan se encogió de hombros.

—Me apetecía disfrutar un poco del jardín yo solo. No entiendo por qué nadie sale aquí si no es para fumar.

Me crucé de brazos, pero se me escapó una sonrisa.

—¿Tú solo? Vale, ya me voy.

Hice un ademán de darme la vuelta.

—No —dijo Jan enseguida, y nuestros ojos se encontraron—. Quédate.

Hizo un gesto con la cabeza, como señalando a su izquierda. Quería que me sentara a su lado.

Me costó reaccionar al principio, pero eso hice. Me senté junto a él en los escalones y observé la rosa que tenía entre las manos.

—¿Me lo vas a contar? —pregunté tras unos segundos.

Jan levantó la mirada de nuevo hacia mí e inspiró hondo. Por un momento miró el cielo nocturno de París, pero las luces de la ciudad impedían ver las estrellas.

—He recordado a Margot —dijo brevemente—. Lo llevo bastante bien últimamente, pero, a veces… es imposible no reaccionar.

Tragué saliva.

Margot.

Aquel nombre no me decía nada al principio, pero tardé un par de segundos en atar cabos.

Margot era el amor trágico de Jan, ese amor que él quería convertir en un perfume cuando nos conocimos.

—¿Qué… qué es lo que te ha hecho recordarla?

Me sentía extraña preguntando a Jan por su vida privada de una forma seria, pero me daba la sensación de que él estaba por la labor de abrirse conmigo.

—Ella trabaja para Crestview Creative —repuso, con algo de resignación—. De hecho, fue el motivo por el que me dejó.

No podía engañarme a mí misma, quería saber más.

—¿Te dejó por un trabajo?

—Sí. Es creativa publicitaria y le ofrecieron un puesto en Estados Unidos. Entiendo que fuera su sueño, incluso hubiera entendido que me hubiera dejado para irse si de verdad lo quería, pero… no pude soportar la forma en la que lo hizo. —Hubo un breve silencio y yo simplemente esperé a que él continuara—. Estuvo dándole vueltas durante semanas, se fue alejando de mí poco a poco, nuestra relación se fue enfriando… hasta que un día, cuando me desperté, ella ya no estaba.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que no estaba?

—Se había ido al aeropuerto.

Parpadeé un par de veces, intentando procesar aquello.

—¿Sin decirte nada?

—Así es. Yo insistía en hablar con ella, pero me decía que todo estaba bien entre nosotros, que no me preocupara. Sin embargo, al parecer, ni siquiera me merecía una despedida.

Joder. Nadie merecía eso. Me sentí mal por Jan, porque me había reído de él en algún momento por no tener pareja. Porque pensé que nadie sería capaz de aguantarlo.

Y la verdad es que parecía que había estado realmente enamorado de alguien que le había hecho daño.

—Yo… —comencé— de verdad, lo siento. Tiene que haber sido muy duro. Siento si alguna vez he bromeado sobre tu vida sentimental.

Jan me miró y me dedicó una leve sonrisa.

—Tú no lo sabías.

Entonces volvió a mirar la rosa que tenía entre las manos, como si analizara cada pétalo.

—¿Cuánto… llevabais juntos?

—Desde el instituto. No he tenido ninguna otra relación.

—Guau. Eso es mucho tiempo.

—Lo es.

—Es una putada, Jan. ¿De verdad… de verdad que no había otro hombre? Me cuesta creer que alguien pueda hacer algo así, de esa forma.

Él soltó una risita.

—Eso pensaba yo al principio, pero no. Estoy completamente seguro. De hecho, durante un tiempo deseé que de verdad hubiera habido otro. Todo hubiera tenido más sentido en mi cabeza.

Lo medité durante unos segundos.

—¿Cuándo pasó esto?

—Hace un año. Crees que ya debería haberlo superado del todo, ¿no?

—Para nada. Cada persona tiene sus tiempos.

—Lo he pasado muy mal intentando entender por qué ni siquiera se dignó a decirme adiós.

—Jan, está claro. Es una cobarde. No se atrevió a decirte que no te quería lo suficiente.

Jan clavó de nuevo sus ojos azules en mí. Estaban ligeramente húmedos. A mí se me hizo un nudo en la garganta.

Entonces me tendió la rosa lentamente, como si dudara. Yo la cogí. Y la olí. Aquel perfume era uno de los más preciados para nosotros, los perfumistas, desde hacía miles de años. Cerré los ojos por un momento y lo disfruté.

Cuando los abrí, Jan todavía seguía mirándome.

—Margot me llamó por teléfono cuando llevaba más o menos un mes en Nueva York —dijo entonces.

Me gustó que quisiera seguir hablando conmigo.

—¿En serio? ¿Para disculparse por esa huida ruin?

Sus labios se curvaron un poco en una sonrisa irónica.

—No. Para pedirme que le enviara un disco firmado por Lisa Monterrey que se había olvidado en nuestra casa. Todavía lo tengo en una caja con muchas otras cosas de ella.

Sentí un leve pinchazo en el vientre. ¿A la exnovia de Jan le gustaba la misma música que a mí?

¿La exnovia de Jan tenía un disco firmado por Lisa?

Qué hija de puta.

—¿Estás de broma? —fue lo primero que pude decir.

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

No lo pude evitar, me salió una risa ligera.

—Mira, Jan, tu ex puede ser una cobarde, pero la jodida tiene un gran gusto musical.

Mi compañero frunció el ceño y me miró horrorizado.

—No me jodas. ¿Tú sabes las tardes que me daba con esa música? No es que la odie, pero una voz tan potente como la de esa tía… no sé, te acaba penetrando en el cerebro.

Me reí.

Un momento, había dicho «penetrando». Pero no era el momento de pensar en penetraciones.

Jan sonrió y yo sentí satisfacción al ver ese gesto.

—Lisa Monterrey es mi cantante favorita desde que soy pequeña —dije, sin poder reprimir mi emoción—. He crecido con su música. Tiene una canción perfecta para cada situación, para cada sentimiento. Cuando escucho su música siento que… —inspiré hondo, sin saber muy bien cómo explicar aquello— no sé, como que hay algo más allá. Algo más allá de lo que podemos entender. Como un perfume. Te puede hacer sentir algo a un nivel superior. Y, además… Lisa

me flipa como ser humano.

Dios, era maravilloso volver a sentir emoción al hablar de algo que me apasionaba. Con Thomas era imposible.

Había comparado la música de Lisa Monterrey con los perfumes. Al final, quizá no solo eran fórmulas químicas, sino que podían ser… efectivamente, una forma de contar historias y de atesorar recuerdos.

Yo también fui a aquel concierto que Lisa dio en París en 2007, pero tuve que ir sola. No tenía a nadie interesado en acompañarme, por lo que no me atreví a pasarme horas fuera del hotel de Lisa esperando para que me firmara un autógrafo. Sentí una punzadita de envidia hacia esa tal Margot. Había tenido a Lisa frente a ella.

Jan parpadeó un par de veces.

—Vaya. Nunca me imaginé que podríais tener eso en común.

—Parece que tu ex es una cobarde y tiene mal gusto con los hombres, pero no con la música.

Mi compañero mantuvo la mirada en mí y entonces se rio. Y fue una risa auténtica, relajada. Me gustaba cómo sonaba. Me di cuenta de que todavía quedaba algo de dolor dentro de Jan, pero era placentero sacar la parte divertida de aquello.

—Eres imposible, Audrey.

Apreté los labios. Sentí que mis mejillas se calentaban un poco.

Había usado mi nombre.

Y eso me hizo sentir que estábamos un poquito más cerca el uno del otro. No a nivel físico. A otro nivel.

—Solo a veces —repuse, reprimiendo una sonrisa, e hice una pausa—. ¿Dices que todavía tienes el disco firmado?

—Sí. No he querido abrir las cajas que todavía conservo.

—Mmm. Me lo tienes que enseñar. Quiero tocar algo que ha tocado Lisa Monterrey.

Jan puso los ojos en blanco.

—¿Por qué te lo habré dicho?

—Como tú me dijiste a mí, sabes que inspiro confianza.

Volvió a sonreírme.

—¿Sabes? Creo que justo este detalle del disco no se lo he contado a nadie.

Nos quedamos un par de segundos mirándonos, hasta que me di cuenta de que aquello era algo incómodo.

Pero en el buen sentido.

Yo tampoco recordaba haberle contado a nadie que había renunciado a mi plaza en La Rosée por estar con Thomas.

—Quizá sea hora de dejarlo ir —acabé diciendo.

Jan inspiró hondo.

—Lo sé. —Hubo un silencio en el cual ambos mirábamos la rosa, todavía entre mis manos—. Tú… —comenzó entonces— ¿cuánto tiempo llevas con tu novio?

Mi corazón dio un pequeño salto. Casi había olvidado que Jan no sabía que Thomas ya no estaba en mi vida.

¿Qué sentido tenía ocultárselo?

—Estuvimos juntos doce años —dije, y lo miré a los ojos.

Jan era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que había utilizado un tiempo verbal en pasado.

—¿Estuvisteis? —dijo, abriendo algo más los ojos y levantando un poco las cejas.

Y en ese momento no me molestó ese gesto tan suyo. Porque era un gesto genuino de sorpresa y… de interés por mí, y por mi vida. Y no me desagradaba en absoluto. Todo lo contrario.

—Nos separamos el mes pasado.

Él frunció un poco el ceño.

—¿En serio? ¿Por qué?

Me dio la sensación de que se le amontonaban las preguntas, pero quizá no quería ir demasiado lejos por si cruzaba algún límite que un compañero de trabajo no debería cruzar.

—Porque nuestra relación estaba completamente muerta. Me parecía una buena razón para terminarla.

Solté una risa seca e irónica.

—Y… ¿por qué seguías hablando de él como tu pareja?

Me encogí de hombros.

—No es fácil contarlo.

Hubo unos segundos de silencio.

—Entiendo.

Recordé algo. Nuestro primer encuentro. El mío con Jan.

—¿Sabes? —dije, sin poder reprimir una ligera sonrisa—. Creo que aquel primer croissant en la cafetería Poisy fue el detonante. Si había reaccionado de forma tan desproporcionada, tenía que ser por algo. Aquello me hizo despertar.

Jan me miró como si fuera un poco bicho raro.

—¿Despertar de qué, exactamente?

—Del letargo y la sedación en la que llevaba sumida años, sin darme cuenta. No sentía absolutamente nada. Y, aquel día… comencé a sentir de nuevo. Cosas buenas, malas. Malas contigo, sobre todo. —Solté una risita—. Pero sentir, al fin y al cabo. Me di cuenta de que estaba viva y de que no podía seguir perdiendo el tiempo metida en algo que no me hacía feliz.

Mi compañero sonrió y bajó algo la mirada, hacia la rosa. Fue una sonrisa algo… dulce.

—¿Ves? Al final te hice un favor.

No dije nada. Volví a oler la rosa y cerré los ojos.

Quizá Jan tenía razón.

—¿Qué te parece si volvemos dentro? —propuse, y me levanté, con la rosa en la mano.

Jan hizo lo mismo.

—Vamos.

Volvimos dentro del palacete y continuamos con la velada, charlando con los invitados de Maison Lagune.

Disfrutando de una noche en la que, aunque costara reconocerlo, nos acercamos un poquito más.

Guardé aquella rosa en mi bolso y, en cuanto llegué a mi habitación por la noche, le arranqué los pétalos y los guardé en una pequeña bolsita de tela que tenía en mi neceser.

Un recuerdo olfativo de una noche especial.

32

Jan

Fue extraño sentarme en el tren de vuelta a Lyon junto a Audrey. Era como si algo hubiera cambiado entre nosotros. Probablemente, así era.

Le había hablado del abandono de Margot. De las cajas que todavía guardaba con sus cosas. Del disco de Lisa Monterrey.

De cómo todo aquello me había hecho sentir.

Los ojos se me iban de vez en cuando al frente, en el tren, donde ella estaba sentada. Tenía apoyada la cabeza contra la ventana, los ojos medio cerrados, y escuchaba música con auriculares.

No era necesario preguntar qué cantante estaba escuchando.

Y ella me había contado que era una mujer soltera desde hacía poco más de un mes. No sabía cómo me tenía que sentir al respecto. ¿Debería sentirme de alguna forma?

Bajé rápidamente la mirada hacia mi libro de perfumería en cuanto ella abrió un poco los ojos y me vio mirándola. Pero luego volví a subir la mirada.

Ya me había pillado, ¿para qué disimular?

Me dirigió una sonrisa algo extraña y volvió a centrarse en su música. Y yo en mi libro.

Así, entre silencios y miradas algo incómodas, llegamos de vuelta a Lyon.

♥ ♥ ♥

—Bueno —me dijo Audrey, una vez en la estación—. Ha sido un buen fin de semana a pesar de todo, ¿no?

—¿A pesar de todo?

—A pesar de que haya sido contigo —repuso, y me sonrió, algo divertida—. Nos vemos mañana, ¿vale?

Los dos cogimos nuestras respectivas maletas en la entrada de la estación.

—Sí. Nos vemos mañana. Vamos a hacer ese perfume de una maldita vez.

Audrey asintió y, tras una última mirada, se perdió en la multitud.

En cuanto llegué a casa, me sentí ligero. A gusto.

Inspiré hondo, dejé la maleta en mi dormitorio y salí al jardín. Me fui directo a la caseta de herramientas, donde guardaba todavía las cosas de Margot.

Dos cajas llenas de ropa y de objetos personales que ella ya no quería.

Salvo una cosa.

Abrí una de ellas y sentí el perfume que tenía miedo de sentir. Olía a ella. ¿Y qué? Ella era el pasado. Es cierto que yo había creado algo que siempre estaría ligado a Margot. Un perfume que

se había metido en lo más profundo de mi ser.

Por eso amaba mi profesión.

Pero habría más perfumes, habría más recuerdos.

Más perfumes que, en un futuro, quizá me recuerden para siempre a otra persona.

Empecé a sacar ropa para llevarla directamente al contenedor de donaciones. Saqué objetos y los metí en bolsas. Un pañuelo de seda, unas cuantas entradas de cine viejas, una postal de Nueva York —entonces tenía más sentido que nunca, ella amaba esa ciudad—, un par de novelas policíacas.

Y no, no fue tan terrible. Tan solo eran recuerdos.

En cuanto llegué al fondo de una de las cajas, me encontré con el disco de Lisa Monterrey, firmado por ella.

Inexplicablemente, aquello me hizo sonreír.

Recordé la ilusión con la que Margot se fue a París en 2007, con diecinueve años, para ver en directo a aquella cantante. Cuando volvió con el disco firmado por ella, lo cuidó como un tesoro. Había estado esperando con sus amigas durante horas a Monterrey en el hotel en el que se alojaba hasta que lo consiguió. Y me llamó eufórica para contármelo.

Al parecer, se fue de mi vida con tanta prisa que se le olvidó algo tan importante para ella. Y ahora lo quería de vuelta. Lo llevaba esperando meses, pero yo no me había atrevido a abrir aquella caja.

Sin embargo, ya no dolía.

Me deshice de todo y guardé el disco en casa para llevarlo al día siguiente a alguien a quien le iba a hacer mucha ilusión tenerlo en las manos.

33

Audrey

Nueva semana en el laboratorio. Jan y yo nos quedábamos sin tiempo para crear el perfume que nos había encargado Maison Lagune. Y sentía ya la presión de Véronique sobre nosotros.

Estaba en la sala de estar de la oficina, comiendo mi croissant de todos los días y oyendo la conversación de fondo de dos compañeros de trabajo, pero sin escucharlos activamente.

Me quedé mirando por la ventana y mi mente comenzó a divagar un poco. Quería concentrarme en notas olfativas, pero mi cerebro fue dando saltos de concepto en concepto, hasta acabar en una piscina y en unos ojos azules.

Fruncí el ceño en cuanto me di cuenta de lo lejos que estaba de concentrarme en lo que me tenía que concentrar.

Entonces entró él. Pude vislumbrar sus piernas antes de levantar la mirada.

Pantalones grises, una camisa de color azul claro, remangada por los codos. Cabello rubio oscuro, bien peinado, ojos brillantes a juego con la camisa y una ligera sonrisa.

Sentí un leve cosquilleo en el estómago, pero lo intenté ignorar.

—Buenos días —me saludó Jan, y se sentó junto a mí a comerse su croissant de arándanos.

También sacó su café recién comprado en la cafetería Poisy.

—Buenos días —repuse—. Un día intenso por delante, ¿verdad?

Solté una risita irónica. Jan dio un bocado a su croissant y se encogió de hombros.

—¿Acaso tú y yo tenemos algo en común como para reflejarlo en un perfume?

Suspiré. Aun habiéndonos acercado un poquito durante aquel fin de semana en París —algo que, visto lo visto, intentábamos disimular—, Jan y yo seguíamos siendo personas completamente diferentes. Sobre todo, a la hora de trabajar.

¿Cómo encontrar un punto en común sobre el que crear un perfume? Y, sobre todo… ¿un perfume que oliera a amor?

—Está claro que no —repuse, y le di otro bocado a mi croissant, que era igual que el de Jan —. Hoy los arándanos están especialmente jugosos, ¿verdad? —comenté, sin demasiadas pretensiones.

Jan asintió.

—Sí. Tu amigo Étienne tiene muy buena mano para la panadería y la repostería.

Asentí. Era mi amigo el encargado de preparar muchos de los productos que se iban a vender a lo largo del día en la cafetería.

—Eso es cierto —respondí—. No hay nada más placentero que entrar en Poisy por las mañanas y sentir ese aroma de café y arándanos, ¿verdad?

Jan me miró con ironía.

—No me digas que eres capaz de distinguir la nota de arándanos entre tanto café y pan recién hecho.

Carraspeé y le di un sorbo a mi café.

—Perdona, ¿con quién te crees que estás hablando? Soy perfumista. Llevo años en esto. Y los arándanos son mi fruta favorita. ¿Cómo iba a poder ignorar ese aroma?

Jan me miró fijamente y también sorbió su café con leche. Lo dejó entonces en la mesita que había junto a él.

—También son mi fruta favorita —comentó.

Hubo un momento de silencio. Nos quedamos mirándonos. Algunos compañeros hablaban de fondo, pero de repente fue como si Jan y yo estuviéramos dentro de una burbuja.

No existía nada más.

Entonces nos sonreímos a la vez.

Lo entendimos.

—¿Cuándo empezamos? —pregunté, sin poder ocultar mi emoción.

♥ ♥ ♥

En apenas diez minutos ya estábamos con las batas en el laboratorio.

—¿Por qué no se nos había ocurrido antes? —preguntó Jan mientras cogía los frascos de esencias con los que íbamos a empezar nuestra nueva versión del perfume.

Me encogí de hombros.

—Estábamos tan obcecados en lo que nos separa, que no nos habíamos dado cuenta de que había algo que nos unía.

Jan se giró y me miró a los ojos.

—Buena observación, Meuly.

Sonreí mientras colocaba los frascos en la mesa. Apreté los labios porque tenía la sensación de que mi sonrisa era demasiado… ¿coqueta? ¿Tímida? Y no quería que mi compañero me viera así.

Había vuelto a usar mi apellido. Aquello quería decir que estaba poniendo una barrera emocional entre nosotros. Pero eso… también tenía su punto.

En fin. Había que centrarse en el trabajo.

Jan y yo nos dimos cuenta de que teníamos algo en común: nuestra afición por el café y los frutos rojos. Básicamente, nuestra «relación» había surgido entre esos aromas, así que decidimos utilizarlos para crear algo romántico para Maison Lagune.

Notas de arándanos, café, praliné para darle algo de cremosidad y de dulzura. Por ahí íbamos a comenzar.

Pasamos un par de horas entre mezclas, mediciones, pruebas, hasta que tuvimos que parar para que nuestras narices descansaran. Pero la cosa no pintaba mal, nada mal.

Era como recrear nuestro primer encuentro dentro de un frasco. ¿Cómo de irónico era aquello?

—Esta vez vamos a triunfar, lo sé —comentó Jan en cuanto se sentó en la sala de estar de la oficina.

Me gustaba su confianza, pero no le dije nada al respecto.

—¿Te das cuenta de que si te hubiera tocado trabajar con cualquier otro perfumista nunca hubieras podido crear lo que estás creando? —pregunté, con ganas de molestar un poco.

Jan levantó la mirada. Y también la ceja.

Dios.

—¿Te das cuenta de que yo podría decir exactamente lo mismo?

Reprimí una sonrisa. Tenía razón. Éramos dos perfumistas amantes del café y los arándanos. Dos perfumistas que habían tenido un primer encuentro poco común.

—¿Qué planes tienes para el fin de semana? —continué preguntando, con curiosidad.

Jan hizo un gesto de indiferencia.

—No lo sé todavía. Quizá me dedique al jardín.

—¿Siempre eres tan soso?

—¿Siempre eres tan impertinente?

—Solo a veces. ¿No haces planes interesantes?

Jan se llevó la mano a la barbilla.

—El jardín es interesante para mí. Cada persona tiene sus aficiones, ¿no crees?

—Vale, ¿planes con otras personas? ¿Con… Nathalie?

Mi compañero llevó su mano desde la barbilla a la frente.

—¿Otra vez? ¿Tanto te interesa mi vida sentimental?

—Cuando a alguien le va peor que a mí en el terreno sentimental, me siento más integrada en la sociedad.

Me reí.

—Qué simpática —repuso mi compañero—. Pues, para tu información, sí, puede que quede con ella este fin de semana.

Mi sonrisa se apagó un poco de repente y, en cuanto me di cuenta, intenté forzarla de nuevo.

—Ah. Genial. Así podrás usar alguna parte de tu cuerpo que no sea la nariz.

Tragué saliva porque, durante una milésima de segundo, me imaginé la escena en mi cabeza. Jan, con Nathalie, usando una parte de su cuerpo que no era la nariz.

Y no me gustó aquella imagen.

Él, en cambio, se me quedó mirando fijamente y parpadeó un par de veces.

—Meuly, estás mal.

Solté una risita, pero sentí la necesidad de cambiar de tema.

—¿Qué tal están tus sobrinos?

—Ah, bien. Nos vemos muy a menudo. El mes que viene planeamos irnos a Chamonix, a pasar unos días en la montaña. Mis padres también vendrán.

Algo hizo clic en mi cabeza. Recordé la proposición de Pauline para pasar allí unos días, como despedida de soltera.

—Ah… ¿sí? —Fingí algo de desinterés, pero, en realidad, me interesaba mucho la información que Jan me podía dar—. ¿En qué fechas te vas?

—Del 7 al 9, seguramente. Confío en que ya hayamos terminado el perfume.

Las mismas fechas que Pauline. Carraspeé un poco.

—Y… —comencé, como quien no quiere la cosa— ¿ya sabéis dónde alojaros? Hay mucha oferta en Chamonix, ¿verdad?

Deseé que Jan no se diera cuenta de que había un interés oculto en mí.

—Sí, pero siempre solemos ir al mismo resort.

Hubo un silencio. Maldito Jan, ¿tanto le costaba decirme el nombre?

—¿A… cuál?

—Alpino Zen. ¿Por qué? ¿Te interesa?

Jan me miró con curiosidad, y yo disimulé.

—Eh, no sé, quizá se lo comente a Pauline, la novia de Étienne. Quería pasar allí unos días y me pidió recomendaciones.

—Pues ese resort está genial.

—Tomo nota.

Pasamos un rato más charlando de otros temas, antes de volver al laboratorio.

Me sentí un poco ridícula al desear, en lo más profundo de mí, coincidir con Jan en Chamonix. En un entorno que no tuviera nada que ver con el trabajo.

¿Podría, acaso, forzar yo esa «casualidad»?

♥ ♥ ♥

—Necesitamos un praliné un poco menos dulce —comentó Jan mientras olía una tira de papel impregnada con el perfume en el que estábamos trabajando—. Algo más equilibrado, ¿sabes? ¿Qué piensas? ¿Meuly?

Sacudí la cabeza. El hecho de que Jan pronunciara mi apellido me hizo salir de mi ensimismamiento.

No sabía por qué, pero me había quedado mirando fijamente la nariz de Jan. Era recta, elegante. Ni demasiado grande ni demasiado pequeña. Y sus aletas se movían ligeramente cada vez que inhalaba el aroma.

Eso me gustaba. Podría pasarme horas observando cómo trabajaba con su nariz. ¿Tenía nombre aquel trastorno?

—Eh, ¿sí? —pregunté en cuanto reaccioné, sintiéndome algo ridícula.

Jan frunció el ceño.

—¿Me estabas mirando la nariz?

Fingí sorpresa y extrañeza.

—¿La nariz? ¿Qué dices? Estaba mirando la tira de papel, no seas flipado.

—Ya, claro. ¿Has oído lo que he dicho?

—Eh… ¿algo del praliné?

—Sí. Necesitamos algo un poco menos dulce. Creo que podemos compensar el dulzor con los frutos rojos. ¿Qué piensas?

Me pilló desconcentrada.

—Sí, vale. Probemos.

Hicimos un par de cambios en las cantidades y concentraciones de las esencias.

Me eché un poco en una muñeca y lo olí.

Guau.

Era potente y con personalidad. Un perfume que no podía dejar indiferente a nadie. Si aquello no convencía a Véronique, directamente Jan y yo nos tendríamos que dedicar a otra cosa. Y eso que ni siquiera estaba terminado.

Levanté la mirada hacia Jan.

—¿Quieres olerme? —le propuse, con tono juguetón.

Sentí satisfacción al ver que se ponía algo rojo.

—Dejémoslo para otra ocasión. ¿Qué te parece?

—Me encanta. Pero… —volví a inspirar hondo sobre mi muñeca— le falta…

—Las notas románticas —terminó Jan por mí—. La historia de amor.

Nos miramos. Yo no lo hubiera expresado de una forma tan poética, probablemente, pero eso

era justo lo que quería decir.

Todavía le faltaba ese punto romántico y sensual.

—Eso es —susurré, y enseguida me sentí algo de vergüenza al no haber usado un tono de voz normal, pero Jan no hizo ningún comentario.

—Todavía tenemos tiempo para encontrar esa historia de amor. Está claro que entre nosotros no va a surgir, así que… tendremos que inventarla.

Solté una risa irónica, pero el corazón me dio un saltito.

—Y me alegro de que así sea, Jan.

Le tiré un paquete vacío de tiras de papel y él se rio.

—¿Te parece bien que terminemos por hoy? —me preguntó.

—Sí, por favor. Demasiadas horas juntos.

Comenzamos a quitarnos las batas y a recoger los frascos.

—Aunque… voy a pedirte cinco minutos más —me dijo Jan cuando estaba colocando unos frascos en la estantería, y se dio la vuelta.

Me quedé mirándolo y parpadeé.

—¿Cinco minutos más? ¿Para qué?

—Quiero enseñarte algo.

Tosí. Se me había metido el aroma de arándanos en la garganta y me picó de repente.

En otra situación se podría haber interpretado otra cosa. Los dos solos, en un laboratorio. Quitándonos las batas.

«Quiero enseñarte algo».

Ay.

Tragué saliva.

—¿Y bien?

—Vamos a mi coche.

Jan salió del laboratorio y me esperó en la puerta. Me giré como dentro de un sueño.

—¿Estás de coña?

Él me miró como si fuera una demente.

—¿En qué estás pensando, Meuly? No soy un pervertido como tú. Vamos.

Me encogí de hombros y lo seguí.

—Pues vamos —respondí, fingiendo que no me había puesto nerviosa.

Salimos del edificio donde se encontraba la oficina de Féerie Parfums. Jan tenía el coche en la manzana de al lado. Abrió la puerta del copiloto y entonces abrió la guantera.

Y ya recordé lo que probablemente me quería enseñar.

Sacó el álbum *Xposed* de Lisa Monterrey, firmado por ella, y me lo tendió. Yo lo cogí como si fuera tan delicado como una amapola.

Ahí estaba, una firma estampada con rotulador negro sobre la portada del disco, una portada en la que Lisa aparecía con su icónico maquillaje oscuro y su pelo rojo cayendo sobre su pecho.

Me emocioné, pero lo intenté ocultar. Aquel disco lo había tocado la propia Lisa, y en ese momento lo estaba tocando yo.

—Guau —pude decir—. Ojalá tuviera yo algo así. Te parecerá una tontería, pero es una pasada poder tocar algo que ha tocado una persona a la que admiras tanto.

Levanté la mirada hacia Jan, que se había apoyado contra su coche y me miraba con una curiosa sonrisa.

—Te refieres a mí, ¿no? —dijo, y su sonrisa se acentuó.

Me reí.

—Eso quisieras tú. —Volví a mirar el disco—. Gracias por enseñarme esto, Jan. Pero creo que es hora de que vuelva a su dueña.

Nos miramos y Jan asintió.

—Lo sé. —Cogió el disco de vuelta y lo guardó, entonces se giró de nuevo hacia mí—. ¿Quieres… que te lleve a casa?

Tragué saliva. Se me calentaron las mejillas. Me incomodaba la idea de meterme en el coche de Jan.

—No, gracias. Me voy en metro. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Como quieras. Hasta mañana, Meuly.

Apreté los labios y Jan desapareció de mi vista.

Entonces no pude reprimir una sonrisa para mí misma, porque sentía un dulce cosquilleo en el estómago que hacía mucho, mucho tiempo no sentía.

34

Jan

Sábado por la mañana. Había pasado toda la semana trabajando intensamente con Audrey, buscando añadir una pizca de amor al perfume que estábamos cocinando.

No lo habíamos conseguido todavía. Todo lo que probábamos no nos terminaba de convencer, pero todavía teníamos algo de tiempo. Creía en nosotros.

Aproveché para hacer algo de trabajo en el jardín, pero no me concentraba del todo. Constantemente me venían a la cabeza recuerdos del fin de semana en París con Audrey.

Su cuerpo en la piscina. Su belleza deslumbrante durante la cena de Maison Lagune. Y no solo durante la cena. El resto del tiempo, también. Su sonrisa en cuanto pudo tocar el disco firmado por su cantante favorita.

No sabía qué cojones me estaba pasando.

Quise desconectar de aquellos pensamientos, así que decidí hacer lo correcto cuanto antes y acabar, por fin, la historia de Margot.

Terminé de regar y me fui a empaquetar el disco, el cual había dejado en el salón. Tenía que escribir la dirección de Margot en Nueva York, y para eso tenía que abrir nuestra última conversación de WhatsApp.

Inspiré hondo y eso hice. Abrí el chat llamado «Margot». Último mensaje de hacía casi un año. Y ese mensaje era su dirección para que le enviara el disco que se había olvidado en nuestra casa.

Escribí la dirección en el sobre y me fui a enviarlo a una oficina de correos.

En cuanto salí, me sentí como una persona nueva.

Ya estaba, ya había acabado todo.

Ya se había cerrado el círculo.

♥ ♥ ♥

Por la tarde había quedado con Nathalie para tomar algo por el centro. ¿Por qué? Pues… porque me caía bien. Porque era agradable pasar algo de tiempo con ella.

Y porque necesitaba saber si, estando con otra mujer, era capaz de dejar de pensar en Audrey. No era utilizarla. De verdad pensaba que podríamos ser amigos. El único problema era que… a Nathalie parecía interesarle otra cosa primero. Si seguía ese camino, no tendría más opción que terminar con aquello.

Estábamos a punto de entrar en otoño, así que me puse unos vaqueros grises, una camisa negra y una chaqueta.

Cuando trabajábamos, los perfumistas no llevábamos perfume para no distraer a nuestras

narices, pero aquella vez sí que decidí ponerme una de las creaciones de mi compañero de profesión y amigo Yves Roussel. Algo elegante, pero que no era demasiado… sensual. No quería confundir a Nathalie. Yo sabía muy bien cómo de poderoso podía ser un perfume.

Como de costumbre, ella se había puesto de punta en blanco para nuestro encuentro. Un vestido azul oscuro que contrastaba con su pelo rojizo y unos tacones altísimos.

—Hola, Jan —me saludó con una sonrisa coqueta.

Yo se la devolví, pero sin querer mostrar nada más allá.

—¿Qué tal?

Habíamos quedado en un pub quizá algo íntimo para mi gusto, pero el ambiente era agradable. Luz tenue, música jazz, murmullo de la gente.

Nathalie y yo pedimos cócteles y comenzamos a charlar sin demasiadas pretensiones. Yo le hablé de mi fin de semana en París —sin mencionar a Audrey— y ella me contó cosas del trabajo y de su tiempo libre.

Era una chica agradable. A esas alturas, yo ya tenía claro que no iba a surgir ninguna historia de amor entre nosotros. Ni de amor ni de sexo. No sentía atracción por ella, pero me caía bien, por muy diferentes que fuéramos. ¿Debía entonces dejar de salir con ella? No estaba seguro. Lo que sí que sabía es que tenía que dejarle claras mis intenciones, porque era obvio que ella quería algo más conmigo. Más que nada porque se había encargado de manifestarlo.

Y de aquella noche no iba a pasar. Lo tenía que saber. No iba a jugar con ella.

Cuando me di cuenta, ya eran casi las once de la noche. Una hora en la que… bueno, cualquier persona que está interesada en otra propondría salir del pub e ir a casa de uno de los dos. Y eso fue lo que sucedió.

Nathalie cogió su móvil. Ya llevábamos dos cócteles cada uno.

—Vaya, es algo tarde. —Lo guardó en el bolso y me miró—. ¿Te apetece… tomar otro —señaló la copa vacía— en mi casa?

Tragué saliva. ¿Qué se supone que debía decir? ¿Acaso no se decía siempre que éramos los hombres los que creíamos que no podíamos ser amigos de una mujer?

—Eh… pagamos y salimos, ¿vale? —propuse.

Ella aceptó de buena gana.

Salimos del pub y dimos un paseo, en principio, sin rumbo. Pero mi intención era volver —solo— a casa en taxi. Y que Nathalie hiciera lo mismo. Caminamos cerca del río Ródano. Las luces de los edificios se reflejaban en el agua. Era una situación demasiado romántica para dos personas entre las que no iba a suceder nada, y eso me incomodaba.

No quería quedar como un flipado que piensa que todas las mujeres se enamoran de él, pero necesitaba ser sincero.

Me giré hacia ella.

—Nathalie, yo… —comencé, pero ella no me dio tiempo.

Alzó sus brazos, me cogió por la nuca con ambas manos y me besó.

Durante un par de segundos, no pude reaccionar. Después, tan solo un pensamiento apareció en mi cabeza.

Audrey.

Pero no, aquellos labios no eran los de Audrey. No los había probado, pero no era necesario. No era ella.

Y si no era ella, no quería continuar.

Me separé de Nathalie en cuanto ella separó sus labios para profundizar el beso.

—Nathalie, no —dije, mirándola a los ojos—. No puedo.

Ella todavía tenía los labios entreabiertos. Tardó un poco en reaccionar. Quizá no se esperaba el rechazo.

—¿Por qué no?

Inspiré hondo. Tenía la sensación de que era más difícil rechazar a alguien siendo hombre.

—No estoy interesado en ti de esta manera.

Pude ver la decepción en sus ojos, pero Nathalie no se rindió tan fácilmente.

—Jan… —comenzó, y se volvió a acercar a mí—, no te estoy pidiendo nada serio. Ya sabes a lo que me refiero.

Mi corazón se aceleró un poco, no porque Nathalie me excitara, sino por la intensidad de la situación. Su mano se acercó hasta mi cuello y bajó hasta el primer botón de mi camisa.

No me gustó tener que hacerlo, pero tuve que retirar su mano con toda la delicadeza con la que fui capaz.

—No, Nathalie —repuse, tajante—. Tampoco estoy interesado en esto.

Ella se alejó un poco de mí y entrecerró los ojos. Le había dolido.

—¿No te gusto? Entonces, ¿qué estamos haciendo? ¿Por qué estamos aquí?

Me encogí de hombros.

—Me caes bien. Eres agradable. Siento si he sido confuso.

Nathalie arqueó las cejas con incredulidad y desdén.

—¿Te caigo bien, Jan? No me jodas, creo que esto estaba bastante claro. ¿Ni siquiera valgo para echar un polvo?

Decidí ser sincero.

—Eres guapa y simpática, Nathalie, pero… —suspiré— tengo a otra persona en la cabeza.

Era la primera vez que reconocía aquello, y no sabía muy bien cómo me sentía al respecto.

Nathalie resopló.

—Vaya mierda de excusa.

Me pareció curioso que Nathalie llevara tan mal un rechazo, pero no quería decir nada inoportuno.

—Eres libre de pensar lo que quieras. Tan solo te digo que no estoy interesado en acostarme contigo. Si eso es lo que esperas de mí, es mejor que nos despidamos y que no volvamos a vernos.

Ella se cruzó de brazos.

—Pues claro que no nos vamos a volver a ver.

Una parte de mí quiso que Nathalie no se sintiera mal por haber sido rechazada.

—No te pierdes nada, de verdad —dije—. Soy eyaculador precoz.

Fue la primera estupidez que se me pasó por la cabeza.

Nathalie levantó las cejas y luego chasqueó la lengua con asco.

—Y gilipollas también.

Asentí.

—Probablemente.

Dicho aquello, Nathalie se dio la vuelta y desapareció en la noche de Lyon. En apenas unos segundos, dejé de oír sus tacones en la calle.

Y allí me quedé yo, intentando asimilar que acababa de rechazar a una mujer guapa porque era incapaz de dejar de pensar en mi compañera de trabajo.

Qué fácil hubiera sido acostarme con ella y pensar que estaba con Audrey. Cerrar los ojos e

imaginar que el cuerpo de Nathalie era el suyo, que sus labios eran suyos, que estaba entre sus piernas. Pero Nathalie no se merecía eso, ni ella ni cualquier otra persona. Y qué difícil podía llegar a ser rechazar una noche de sexo siendo un hombre. Como si nosotros siempre tuviéramos que estar dispuestos.

Pero yo no lo estaba. Era absurdo, sí, pero si no era con Audrey, en aquel momento de mi vida no me interesaba ninguna otra persona.

35

Audrey

Pasé la tarde en casa de Pauline y Étienne. Ella había invitado a su amigos más cercanos, con los que iba a pasar su despedida de soltera en Chamonix. Me pareció una buena idea, así ya los conocía antes del evento. Eran dos chicas y un chico. Dos amigos de la infancia y una compañera de trabajo. Tomamos algo y charlamos animadamente. Estuve a gusto, pues eran los tres muy simpáticos y en ningún momento me sentí como si yo no perteneciera al grupo. Al revés, era como una más.

—¿Un poco más de vino, Audrey? —me propuso Étienne.

—Bueno, venga, pero ya la última.

Mi amigo rellenó mi copa y yo me recosté en la silla. Estaba cómoda y relajada. El jardín de Étienne y Pauline siempre era un lugar agradable en el que pasar un buen rato con amigos.

—Eso de «ya la última» no lo dirás en la despedida de soltera de Pauline —me dijo su amigo, antes de darle un sorbo a su copa.

Me reí.

—Bueno, Pauline me había prometido un plan tranquilo —repuse, divertida, echándole una mirada.

Ella sonrió.

—Ya, eso dicen todas al principio —comentó su compañera de trabajo, la cual también trabajaba en el Departamento de Ingeniería Aeronáutica.

—Pero ni siquiera tenemos alojamiento todavía —dijo la otra amiga—. Pauline, al final nos veo celebrando tu despedida aquí.

La novia de Étienne se llevó una mano a la cabeza.

—Lo sé, estamos hasta arriba de trabajo en el departamento. —Su compañera asintió, mirando su copa. Pauline me miró a mí—. Estoy en varios proyectos de investigación y llevando el trabajo final de un alumno que quiere diseñar aviones con alas plegables para poder aparcarlos más fácilmente, y eso me está quitando la poca salud mental que tengo. —Negó con la cabeza y nosotros nos reímos—. Audrey, ¿se te ha ocurrido alguna idea de alojamiento en Chamonix? Todavía no es temporada alta de esquí, creo que todavía tenemos opciones.

Inspiré hondo. Sí, sí que tenía alguna idea. Me sentía algo infantil por el simple hecho de proponerle a Pauline quedarnos en el mismo resort que Jan. Pero es que… ansiaba encontrarme con él fuera del trabajo. Sí, lo deseaba, por raro que fuera.

Aunque… si tanto lo deseaba, ¿por qué no le proponía a Jan directamente vernos fuera para tomar algo?

No, definitivamente no. Mucho mejor idea era la de forzar un encuentro «casual» en un resort

de montaña, claro que sí. Era patético, pero la sola idea de proponerle algo a Jan me paralizaba un poco, y no estaba preparada para sentir algo así.

¿Cómo había pasado de no poder soportarlo en el trabajo a querer encontrarme con él fuera?

En fin. Volví al momento presente.

—Pues… —comencé, algo dubitativa, aunque sabía que ni Étienne ni Pauline iban a sospechar nada—, estuve hablando con mis padres. Me han recomendado un resort llamado Alpino Zen.

Pauline cogió su móvil y supuse que hizo una búsqueda rápida.

—Quedan algunas habitaciones para octubre. —Hizo una pausa y deslizó con su pulgar en la pantalla—. Eh, está chulo. Bonitas vistas. Parece muy acogedor.

Étienne y sus amigos se acercaron y echaron un vistazo. Yo ya había estado viendo fotos.

—¿Y bien? —pregunté como quien no quiere la cosa.

—Me gusta. —Pauline dio unos cuantos toques con su pulgar—. Ya está, reservado.

Sentí un cosquilleo dentro de mí.

—Pero todavía estamos a tiempo de contratar un *stripper* —comentó su amigo.

Nos reímos.

—Vamos a hacer actividades en la naturaleza, Fabien.

—Eso también puede ser una actividad en la naturaleza —repuso él—. Étienne no es celoso, ¿verdad?

Mi amigo negó con la cabeza.

—Haced lo que os dé la gana. Yo estaré ocupado en la panadería haciendo croissants.

Terminamos la noche entre risas y conversaciones sobre bodas, montañas y sobre todo lo que podía pasar en un fin de semana en un resort.

Y, dentro de mí, yo ya sabía lo que quería que pasara.

♥ ♥ ♥

Cuando llegué a casa, me duché y me puse el pijama. Me fui a mi habitación y me solté el pelo. Me miré en el espejo que había sobre mi cómoda y sonreí. Me sentía bien conmigo misma.

Antes de meterme en la cama, bajé la mirada y me encontré con una bolsita de tela sobre la cómoda. La había dejado ahí después de volver de París y no la había vuelto a abrir.

Era la bolsa donde había metido los pétalos de la rosa que me había dado Jan.

Decidí cogerla y abrirla. Los pétalos ya estaban marchitos, pero el olor se mantenía intenso. Me los llevé hacia la nariz e inspiré hondo.

Entonces sentí algo. Sí, era perfume de rosa, un perfume que, lógicamente, conocía a la perfección. Pero, aquella vez, sentí algo más. Algo que iba más allá.

Pude sentir una historia de amor que se desarrollaba desde mi nariz, hacia mi cabeza, y acababa en mi pecho. Dos personas sin rostro, sin identidad, tan solo amándose.

Cerré los ojos para poder sentir aquello con más intensidad. Al final lo vi tan claramente que casi se hacía real.

¿Quién decía que los perfumes eran solo fórmulas químicas? ¿De verdad había sido yo?

¿Cómo no había sido capaz de sentir algo así hasta entonces?

♥ ♥ ♥

Recuerdo que me desperté en mitad de la noche. No sabía qué hora exactamente era, pero no

sentía le necesidad de comprobarlo. Era la madrugada del domingo, así que no me preocupaba el hecho de tener que madrugar para ir a trabajar.

Hacía calor.

Volví a cerrar los ojos y caí en un sueño algo ligero al principio, pero que enseguida se profundizó.

De repente, estaba en el laboratorio, frente a una de las estanterías, ordenando unos frascos de aromas dulces. Chicle, algodón de azúcar, galleta, caramelo, dulce de leche, miel.

Miré alrededor. El laboratorio estaba algo cambiado, la distribución era diferente y había un gran ventanal con vistas a un lago de agua cristalina. Volví a concentrarme en mi tarea.

Hasta que sentí una presencia detrás de mí.

—¿Todavía quieres que te huela, Meuly? —dijo una voz masculina.

Me quedé inmóvil durante unos instantes, pero me giré.

Era un hombre alto, de cabello rubio oscuro bien peinado, ojos azules ligeramente estrechados, nariz recta y perfecta. Me miraba con una curiosa sonrisa.

—¿Qué… qué quieres? —pregunté en un susurro.

Él se adelantó un paso. Acercó su rostro a mi cuello. Yo me coloqué contra la estantería. Mis pulsaciones se dispararon.

—A ti —respondió él con simpleza.

Sentí su aliento contra mi piel. Una ola de calor recorrió mi entrepierna hasta mi pecho.

Yo también lo deseaba.

—Nos van a oír —dije, apurada, pero en el fondo me moría por sentirlo.

—No queda nadie en la oficina, Meuly.

Mi respiración se paró durante unos segundos en cuanto sentí su nariz en mi cuello. Lo oí inspirar hondo, llenándose de mí.

—¿Te gusta? —pregunté, aunque la respuesta no era necesaria.

Era obvio. Pero quería escucharlo.

—Me vuelve loco —susurró contra mi piel.

Abrí la boca y dejé escapar un gemido. Notaba humedad entre las piernas. Me aferré a su cuerpo cuando él me cogió por la cintura. Me dio la vuelta y me empujó contra una de las mesas en las que hacíamos las mezclas.

Al apoyarme, tiré un frasco al suelo. Pude oír claramente el sonido del cristal al romperse.

Y, entonces, un fuerte aroma a rosa inundó la estancia.

Lo sentí metiéndose en mi pecho, a la vez que el hombre de mi sueño deslizaba sus manos por debajo de mi blusa. Acarició mis pechos y acercó sus caderas hacia mí.

Sentí algo duro contra mi muslo.

Y yo quería más. Llevé mis manos hacia el cinturón que sujetaba sus vaqueros. Lo desabroché y me metí bajo su ropa interior.

Cuando pude agarrar eso duro y palpitante que había notado contra mi muslo, alcé la mirada y me encontré con unos ojos azules que me miraban de una forma que casi quemaba.

Me besó y me retorcí bajo su cuerpo, sobre la mesa. Quería más de él, así que lo atraje hacia mí con las manos.

Lo quería dentro.

Yo estaba húmeda y caliente, pero él también. Entre gemidos de necesidad, lo sentí entrar en mí. Me retorcí porque era la única forma de expresar que quería más de él.

Llegó un momento en el que sentí que ya no podría soportarlo más. Me iba a correr. Arqueé la

espalda y quise coger su rostro entre mis manos, pero él ya no estaba allí.

Y, en el punto de máximo placer, todo se desvaneció.

Abrí los ojos y me di cuenta de que había estado en una realidad dentro de otra realidad. Mis manos estaban aferrando las sábanas de mi cama.

Porque, obviamente, no había salido de mi habitación.

Estaba húmeda de verdad y el corazón me latía a toda prisa. Y casi sentía todavía el intenso aroma a rosa. Parpadeé e intenté volver en mí.

¿De verdad acababa de soñar con Jan?

Estaba jodida.

36

Jan

—Ya me ha contado Nathalie lo que pasó anoche —me dijo mi hermana mientras tomábamos té en el jardín de mi casa y mis sobrinos jugaban alrededor de nosotros.

Puse los ojos en blanco.

—De verdad, Lena, es la última vez que me buscas una cita.

—¿Por qué seguiste quedando con ella si no te gustaba?

Parecía realmente molesta, como si fuera mi culpa.

—¿Y cómo quieres que sepa si me gusta si no quedo con ella?

Mi hermana se calló por un momento.

—Está bastante dolida. Me dijo que tenía la esperanza de que pudiera surgir algo entre vosotros.

Se me escapó una sonrisa, la cual intenté ocultar detrás de mi taza de té. Nathalie solo estaba interesada en una cosa, al menos, en principio. Y le había jodido que un hombre le dijera que no.

—Ya, claro —repuse, sin demasiado interés en seguir esa conversación.

Me quedé mirando un rato a mis sobrinos jugando a ser jardineros con mis plantas, pero mi hermana continuó.

—Nathalie me dijo que tu excusa fue que tenías a otra persona en la cabeza, ¿a quién quieres engañar? Sé perfectamente que desde Margot no te ha interesado ninguna otra mujer.

Me encogí de hombros. No le había hablado de la breve historia que había tenido unos meses atrás, pues yo mismo supe enseguida que aquello no iba a ninguna parte.

—Puede que eso esté empezando a cambiar.

Sí, lo estaba reconociendo en voz alta, delante de mi hermana. Lena me miró extrañada, con el ceño fruncido.

—Espera, ¿qué? ¿No te ha molestado que haya pronunciado el nombre de tu ex?

Sonreí con tranquilidad.

—No. Margot es historia.

Entonces ella abrió los ojos al máximo.

—¿Has conocido a alguien? —preguntó, con un gesto de deliciosa curiosidad.

—Bueno. Digamos que he olvidado a alguien.

—¿Así? ¿Tan… fácilmente? Has sufrido mucho por ella, Jan.

Inspiré hondo.

—Lo sé. Por eso, ya he perdido demasiado tiempo de mi vida.

—Sigues sin responder a mi pregunta —insistió mi hermana—. ¿Hay otra chica?

No sabía si decirle la verdad. O es que ni siquiera yo lo sabía. ¿Había otra chica sí o no?

—Estoy disfrutando de mi soledad, Lena. Pero… bueno, digamos que hay alguien que… —no sabía muy bien cómo definir a Audrey— que ha roto mis esquemas. —Me llevé la mano a la barbilla—. Sí, eso.

Audrey era una mujer impertinente y molesta a veces, sí, pero también era inteligente, mordaz y tenía talento. Con mal carácter a menudo —y ya sabía por qué, porque había estado años en una relación que no la hacía feliz—, pero también con un curioso sentido del humor. Y era atrevida. Y pensaba en ella a menudo cuando no estábamos juntos. Además de que era absolutamente preciosa. Esa melena negra hasta la mitad de la espalda, ese tono de piel tostado, esos ojos grandes y oscuros, sus pestañas, sus labios carnosos.

Y más partes del cuerpo en las que no quería pensar en presencia de mi hermana y mis sobrinos.

—¿Quién es? —preguntó entonces Lena, sonriendo y mordiéndose el labio, como una adolescente cotilleando sobre chicos con sus amigas.

¿Para qué esconderlo? No tenía sentido.

—Una perfumista con la que tengo la suerte y la desgracia de trabajar.

Mi hermana parpadeó.

—¿Tu compañera de proyecto? Pensaba que la odiabas.

Me reí por lo bajo.

—Nunca la he odiado, sino todo lo contrario. Tengo que reconocer que discutir con ella sobre si añadir una gota más o menos de una esencia es uno de mis momentos favoritos del día.

Lena levantó las cejas y dio un sorbo a su taza.

—¿Ella siente lo mismo?

Sentí como si una pequeña burbuja explotara en mi interior.

—Me llamó gilipollas a los treinta segundos de conocerme, ¿eso qué te hace pensar? —Mi hermana rio, ella ya conocía la historia del croissant de la discordia—. No creo, Lena —dije entonces, en serio—. Se separó hace poco. Ha estado bastantes años en una relación.

—Bueno. Quizá sea lo mejor, ¿no crees que te podría ocasionar problemas en el trabajo?

Lo visualicé durante un par de segundos. ¿Audrey y yo…? Bah, tonterías. Borré aquella visión de mi mente de un plumazo.

—Mi contrato acaba en cuanto acabe el perfume. Después, se terminó nuestra relación laboral. Pero da igual, no es importante —dije, aunque yo mismo no me lo creería—. Lo importante es que empiezo a ser feliz yo solo.

Mi hermana sonrió.

—Me alegro, Jan. Me alegro tanto.

37

Audrey

La rosa era la respuesta.

¿Por qué no se nos había ocurrido antes? Habíamos probado diferentes notas florales, pero no la rosa. Quizá porque, inconscientemente, la considerábamos demasiado clásica. Demasiado tradicional, puede ser.

Pero no. Estaba convencida de que iba a funcionar en nuestro perfume. Le daría algo de frescura y equilibrio a la parte dulce.

Ya era lunes por la mañana y acababa de llegar a la oficina con mi café y mi croissant. Étienne me había dicho que Jan ya se había pasado por allí, así que decidí ir directamente a la oficina.

Lo encontré en la sala de estar, dando sorbos a su café con leche mientras miraba por la ventana.

Me limité a observarlo durante un par de segundos mientras intentaba procesar la vergüenza que sentía al recordar el sueño que había tenido el sábado por la noche.

¿Cómo poder seguir trabajando con una persona con la que has tenido… ese tipo de sueño?

Joder, lo peor no era eso. Lo peor es que me había encantado.

Lo peor es que, cuando me desperté, me jodió darme cuenta de que solo había sido un sueño.

Sacudí la cabeza y mostré una seguridad que quizá no sentía del todo. Entré en la sala de estar.

—Rosa —dije simplemente.

Jan se giró hacia mí, primero me miró con desconcierto y, tras unos segundos, me dedicó una breve sonrisa que me hizo sentir un ligero cosquilleo en el vientre. Me vino a la mente una escena de mi sueño, pero intenté bloquear mi cerebro. No era fácil.

—¿Rosa? —repitió él, algo escéptico.

—Sí. Lo tengo claro.

—¿Y de dónde viene esa seguridad?

Tragué saliva y me senté junto a él.

—París —dije, mirándolo a los ojos—. La cena de Maison Lagune. El jardín. —Iba a añadir «tú y yo», pero sonaba demasiado… ¿romántico? Así que me detuve a tiempo—. Se supone que teníamos que encontrar aromas que nos unieran, ¿no?

Jan asintió con seriedad y dio un sorbo a su café. Parecía que se lo había terminado, así que se levantó y tiró el vaso a la papelera.

—Desayuna, yo voy al laboratorio a prepararlo todo —me dijo, y salió de la sala de estar.

Sonreí, emocionada. Le había gustado mi idea.

♥ ♥ ♥

Sentí que se me secaba un poco la boca en cuanto llegué al laboratorio y vi a Jan con la bata puesta, preparando frascos de esencias. ¿Por qué me afectaba, si ya lo había visto montones de veces así vestido? ¿Era por el puto sueño del sábado? ¿Cuándo se iba a acabar esta incomodidad? No me gustaba. Jan era más tímido que yo, aunque no lo pareciera. Yo era la que lo ponía nervioso a él, ¿no? No iba a permitir que fuera al revés.

—Vamos a ello —dije, y me puse la bata.

Estuvimos un buen rato haciendo diferentes mezclas con rosa, probando, oliendo, mezclando, probando de nuevo, descansando y volviendo a probar.

De vez en cuando mi cabeza, se iba al maldito sueño del sábado. Me imaginaba que Jan dejaba los frascos en la mesa para ponerme contra la estantería.

Por Dios, tenía que parar.

Un par de horas después, habíamos llegado a un punto en común. Tocaba probar la muestra. Habíamos añadido una rosa intensa, fresca, que se fundía perfectamente con las otras notas del perfume.

Vertí el perfume en un frasco pequeño con atomizador. Di un par de pulsaciones en mi muñeca, lo dejé secar unos segundos y me lo llevé a la nariz.

Inhalé.

Y sentí que me enamoraba. ¿De qué, o de quién? Que me enamoraba, en general.

Cerré los ojos y disfruté de aquel aroma entre dulce y floral que habíamos creado.

Hasta que comenzó a evolucionar. Normalmente los perfumes van transformándose con el tiempo, no huelen de la misma forma cuando los pulverizas por primera vez, que cuando lo sientes al quitarte la ropa al final del día.

Durante su primera evolución noté que algo faltaba, alguna nota. La última nota, la que traería la sensualidad al perfume. Pero teníamos tiempo.

Abrí los ojos y miré a Jan. Y me sentí dentro de mi sueño.

Deseaba que se acercara a mí y me oliera, pero, lógicamente, no lo hizo.

—¿Y bien?

Se me escapó una sonrisilla de emoción.

—Es increíble.

Jan cogió una tira de papel y pulverizó dos veces el perfume. Lo aireó un poco antes de acercárselo a la nariz. Me gustaba observar cómo hacía ese pequeño ritual, algo tan normal y rutinario para cualquier perfumista, pero… en él, era algo que me gustaba ver.

Inspiró hondo y… sonrió. De una forma que me dejó bien claro que habíamos acertado. Me miró a los ojos.

—Rosa —dijo simplemente, como yo a primera hora de la mañana.

Asentí.

—¿Lo ves? ¿No te dan ganas de enamorarte con este perfume?

Jan levantó las cejas, con ironía.

—No de ti.

Puse los ojos en blanco.

—Y doy gracias. ¿De Nathalie, quizá?

Apreté los labios mientras esperaba su respuesta.

Él dejó el frasco sobre la mesa y me miró, con un gesto que no supe descifrar.

—¿Por qué no?

Sentí un pinchazo en el vientre, pero no me quise dejar ver vulnerable.

—¿Has quedado con ella este fin de semana, entonces?

—Sí.

Aquello me molestó. Quise cortar el contacto visual, así que me puse a recoger los instrumentos que habíamos utilizado para la mezcla.

—Vaya, qué bien —contesté, fingiendo indiferencia—. Así que le gustas a alguien más a aparte de a tu ex, esa mujer de gran gusto musical. Curioso.

Me giré hacia él. Jan se cruzó de brazos y me miró de arriba abajo.

—¿Tan raro resulta que yo le pueda gustar a alguien?

Me encogí de hombros.

—Bueno. Digamos que eres un poco… excéntrico. Raro. Nunca se sabe exactamente qué es lo que se te pasa por la cabeza. —Hice una breve pausa—. Ya sabes, como esos psicópatas que salen en las noticias. Esos cuyos vecinos siempre dicen «parecía simpático, siempre saludaba», pero que luego se descubre que tenían un cuerpo cortado a trocitos en su congelador.

Jan soltó una risa seca y dio un paso hacia mí.

—Meuly —dijo con un tono algo más bajo de lo habitual, y eso me hizo sentir un leve cosquilleo en el estómago—, no todos los raros somos psicópatas y no todos los psicópatas son raros. Te aseguro que, si te invitara a mi casa, tu cuerpo no acabaría dentro de mi congelador. Puedes estar tranquila.

Tragué saliva, pero me costó.

Tenía la oportunidad perfecta para demostrarle que él a mí no me ponía nerviosa, sino que era al revés.

Aunque me temblaran un poco las piernas.

Yo también di un paso hacia él.

—Ah, ¿no? —pregunté, de una forma algo seductora—. Y ¿dónde acabaría mi cuerpo, Jan?

Hice lo posible por no pensar en mi maldito sueño porque, si Jan me veía tímida o nerviosa, perdería el juego.

Pude ver que su nuez se movió de forma algo dubitativa. Sus ojos bajaron por un momento a mis labios. Y los suyos se entreabrieron.

—¿Qué…? —comenzó, pero no le dejé continuar.

—¿Sabes? Supongo que te habrás dado cuenta de que algo falta en nuestro perfume. Todavía no es redondo.

Lo vi tragar saliva.

—Lo sé —dijo en voz baja—, pero…

—Sabes lo que es, ¿verdad? —Parecía que iba a responder, pero no le di tiempo—. Falta la sensualidad, el deseo… —me acerqué incluso más a él, tanto que parecía que Jan daría un paso atrás por la incomodidad, pero no lo hizo—, falta… el sexo —acabé casi susurrando y mirándolo a los ojos.

Mi vergüenza por el sueño se desvaneció en un instante, en cuanto vi que su nuez se movía un poco.

Estaba nervioso.

Yo lo ponía nervioso, y eso me encantaba. Yo estaba ganando el juego.

Reprimí una sonrisa.

—Yo… —comenzó, y sentí que su voz vibraba ligeramente—, sé que todavía no es redondo. Pero tenemos tiempo.

—¿Cómo vamos a buscar esa nota que nos falta?

—Pues…

—Tú eres el de convertir historias en perfumes. ¿Cómo llevarías al nuestro esa… necesidad? ¿Esas ganas de… —hice una pausa y se me escapó un suspiro— de sentir el cuerpo de otra persona? —Jan parpadeó, inmóvil—. ¿De querer tocar, acariciar… de abandonarte a tus instintos más primarios? ¿Cómo transformar los gemidos, el placer, el tacto de la piel en un aroma, Jan?

Él se quedó paralizado. La piel de su rostro estaba de un color ligeramente rojizo. Casi pude sentir el calor que emanaba de él.

Parpadeó de nuevo.

—Audrey… —comenzó, en un susurro—, ¿qué haces?

Intenté ignorar que se me había puesto el vello de punta.

Me había llamado por mi nombre.

Entonces me separé de él.

—Eh, estamos intentando encontrar la última nota de nuestro perfume, ¿no? —Le dediqué una sonrisa burlona—. Creo que tenemos suficiente por hoy.

Me quité la bata y salí del laboratorio sin mirar a Jan, caminando con firmeza, pero, en realidad, estaba temblando.

38

Jan

¿Aquello había pasado de verdad?

¿De verdad Audrey se había puesto a menos de diez centímetros de mi cara y me había…? ¿Qué es lo que había hecho exactamente? Era como si tuviera un agujero en el cerebro. La recuerdo muy cerca de mí, hablándome sobre el… deseo y… no sé. Sobre la última nota que le faltaba a nuestro perfume.

Joder. Probablemente había reaccionado como un imbécil, porque me había quedado paralizado. Lógico. Su presencia a pocos centímetros de mí era embriagadora. No podía pensar en otra cosa.

Pero ¿por qué Audrey hacía eso? ¿Acaso lo hacía con otras personas? ¿Con otros… hombres? ¿Se acercaba y jugaba con ellos de esa forma? No la había visto pedirle a Étienne un café de esa forma. Ni hacer consultas así sobre su última nómina a ningún compañero contable.

Quizá lo hacía en la intimidad. Quizá le gustaba gustar. Audrey era una nueva soltera y quizá disfrutaba torturando de esa forma a los hombres.

No tenía ni idea.

Pero no me había dejado indiferente.

Cuando Audrey salió del laboratorio, yo me quedé solo, confuso, con el corazón latiendo rápidamente y con gran parte de mi volumen de sangre concentrándose en un lugar concreto de mi cuerpo.

El caso es que, en cuanto toda esa sangre volvió a mi cerebro, me di cuenta de que Audrey tenía razón.

Efectivamente, la nota de rosa había sido un acierto. Habíamos dado en el clavo. Nuestro perfume daba ganas de enamorarte. Era algo entre el dulzor y la frescura. Pero sí, nos faltaba algo.

La sensualidad.

Los dos creíamos que a un perfume para San Valentín no le podía faltar esa parte. Necesitaba ser un perfume sensual, adictivo, que despertara la parte primitiva en el cerebro de las personas que lo olieran puesto sobre una mujer.

Por un momento me imaginé cómo sería oler nuestra creación en el cuello de Audrey. Qué era lo que necesitaba nuestro perfume para despertar esa parte salvaje de mí.

Y llegué a la conclusión de que, probablemente, no necesitaba ningún perfume para que aquello sucediera.

♥ ♥ ♥

Seguimos trabajando en nuestro proyecto, buscando la última pieza de aquel puzle sensorial.

Sin demasiado éxito.

Audrey y yo llegamos a la conclusión de que no queríamos usar las notas que tradicionalmente se usan para crear aromas sensuales. Sándalo, ámbar, canela… no. Necesitábamos algo más especial, más… nuestro.

Algo que nos uniera. Pero ¿qué podía unirnos a mí y a Audrey en ese terreno?

♥ ♥ ♥

Sin tenerlo todavía claro, llegó octubre. El fin de semana en Chamonix que iba a pasar con mi familia.

Tanto mi hermana —junto con mis sobrinos— como mis padres irían por su cuenta hasta Chamonix, así que cogí el coche el viernes por la mañana y me puse a ello. Me esperaban unas dos horas y media de carretera hasta llegar a nuestro destino.

Disfruté de conducir hacia los Alpes. Chamonix era una pequeña comuna a los pies del Mont Blanc. Un lugar del que siempre había disfrutado con mi familia, en plena naturaleza, rodeado de montañas imponentes.

En cuanto llegué al hotel, mi habitación no estaba todavía lista, así que hice algo de tiempo dando un paseo por los alrededores. Hacía frío y ya se veía nieve en las cumbres, pero el cielo era azul intenso. Aproveché para disfrutar de aquel tiempo para mí mismo, ya que, en cuanto mi familia llegara, no podría disfrutar de esos paseos. Teníamos que adaptarnos siempre a mis sobrinos, lógicamente.

Mi hermana y mis padres llegaron alrededor del mediodía. A mi hermana y a mis sobrinos los veía a menudo, pero mis padres habían venido desde Antibes y no nos veíamos desde nuestras vacaciones juntos en agosto.

—Jan, hijo, ¿no vas demasiado fresco? —me dijo mi madre nada más verme, después de abrazarme—. Abrígate, que hace frío.

—Mamá, llevas veinte años diciéndome lo mismo. Estoy bien.

Decidimos irnos a comer a un restaurante en el centro de Chamonix. Pedimos platos típicos de Alta Saboya: *tartiflette*, *poulet aux morilles*, *raclette* y *potée savoyarde*. Comida ligera y sin apenas calorías, vaya.

—Bueno, hijo, ¿cómo va el trabajo? —preguntó mi padre mientras nos servía un poco del vino que había pedido.

—Bien, papá, nos queda poco para terminar el perfume en el que estamos trabajando ahora.

Era verdad, pero esa última nota se nos resistía.

—Tu compañera de proyecto es muy simpática, ¿verdad? —comentó Lena, mirándome con una sonrisa picarona.

Qué agradable era mi hermana.

—Sí, es la simpatía personificada —repuse—. Tú céntrate en dar de comer a tus hijos, Lena.

Mis sobrinos estaban jugando entre ellos y no parecían tener mucha intención de comer.

—Vaya, eso está genial —comentó mi madre—. Siempre es bueno tener un ambiente relajado en el trabajo.

Lo que había entre Audrey y yo era de todo menos relajado, pero en fin.

Estuvimos charlando mientras comíamos y planificamos lo que haríamos durante el fin de semana. Decidimos subir a la Aiguille du Midi aquella misma tarde. A mí también me apetecía

hacer algo de senderismo por la montaña, pero mis sobrinos eran demasiado pequeños y mis padres quizá demasiado mayores para seguirme el ritmo. Así que decidimos que saldríamos mi hermana y yo solos el sábado por la mañana. Lena estaría encantada de poder librarse durante un rato de sus dos pequeños bichos. Y mis padres encantados de quedarse con ellos.

En cuanto nuestras habitaciones estuvieron listas, dejamos nuestros equipajes y nos preparamos los seis para ir a la Aiguille du Midi. Tendríamos que coger un teleférico hasta una altura de casi cuatro mil metros.

—Bueno, bueno, y ¿qué tal con tu compañera? —me preguntó Lena, en plan cotilla, mientras nuestros padres caminaban tranquilamente llevando a mis sobrinos, todavía en el hotel—. ¿Hay algún avance?

Una pequeña parte de mí se arrepentía de habérselo contado. Tendría que haberme dado cuenta de que se pondría en plan hermana mayor pesada y cotilla.

—¿Qué avance esperas que haya, Lena? Estamos trabajando. Y nos está costando un poco llegar al lugar donde queremos llegar.

—¿Un perfume difícil?

—Bueno. Es una marca con la que no nos la podemos jugar. Y nuestras primeras muestras no pasaron el filtro de la directora de Desarrollo. Tenemos que crear algo perfecto.

—Vaya. Ya veo que no os aburrís.

—No, claro que no. Además, es imposible aburrirse con Audrey.

Era cierto. Si no estábamos concentrados creando, estábamos discutiendo. Y si no, estábamos… ¿qué era lo que estábamos haciendo últimamente en laboratorio? Mejor dicho, ¿qué era lo que hacía Audrey conmigo?

—Anda, así que se llama Audrey.

Fruncí el ceño.

—Sí. ¿Por qué?

Lena soltó una risita infantil.

—No, por nada.

A veces me costaba creer que mi hermana estuviera más cerca de los cuarenta que de los treinta.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada, Jan. Es que no sé si te das cuenta, pero cuando la nombras, te cambia hasta la voz.

—No seas ridícula.

—Sabes que es cierto. Te gusta.

Inspiré hondo. Llegamos al vestíbulo del hotel.

—No sé qué es lo que me pasa exactamente, Lena —reconocí. Miré de reojo a mis padres, pero estaban demasiado ocupados con sus nietos—. Pero sí que es verdad que no puedo dejar de pensar en ella.

Mi hermana hizo como que daba una palmada de emoción, en silencio. De verdad, era igual que a los quince años.

—Ay, Jan, me alegra tanto que vuelvas a sentir esas cosas por una mujer.

Miré alrededor en el vestíbulo. Estábamos a punto de salir.

—No sé, es como que siento que la quiero ver por todas partes —dije—. Cada vez que veo una chica morena. Mira —señalé con la cabeza a una chica con una melena oscura similar a la de Audrey, que estaba a unos metros de nosotros, charlando con un par de amigos—, siento que esa

de ahí podría ser Audrey. O esa. —Señalé, de nuevo con la cabeza, a otra chica similar—. O esa otra de ahí.

Volví a señalar, pero me giré de nuevo hacia esa última chica automáticamente.

Parpadeé un par de veces para enfocar mejor.

Porque sí, por muy increíble que me pareciera, aquella última chica era Audrey.

39

Audrey

A primera hora de la tarde ya estábamos en Chamonix.

El hotel era una pasada. De madera, con un tejado inclinado que parecía querer competir con las montañas, una fachada llena de los balcones de las habitaciones, y todo decorado cálidamente con tejidos de lana, ramas de abeto y chimeneas.

Era como sentirse en casa, pero a lo grande.

Habíamos llegado los cinco en dos coches. Pauline, su compañera de trabajo y yo en el coche de la futura novia, y sus dos amigos de la infancia en otro coche.

Fuimos directamente a la recepción para registrarnos.

—Bueno, ¿cuándo empezamos a beber? —preguntó Fabien, el amigo de Pauline.

—Fabien, por favor, contrólate —contestó Pauline—. No hemos venido a eso.

—Perdona, pero yo he aceptado venir a una despedida de soltera. No a una reunión de la comunidad.

—Qué pesado —dijo Isabelle, su amiga—, vamos a hacer un montón de cosas en la naturaleza. Va a hacer buen tiempo, hemos tenido suerte.

—Bueno, yo sigo insistiendo en lo del *stripper* —repuso él.

—Chicos, ¿os apetece ir al glaciar esta tarde? —propuso Sabine, la compañera de trabajo de Pauline en cuanto ya tuvimos las llaves de las habitaciones.

—A mí me parece un buen plan —respondí, animada.

Estaba de buen humor y me apetecía hacer planes. Había pasado tanto, tanto tiempo en una pareja completamente marchita que necesitaba sentir que era un ser social de nuevo.

—Venga, vamos a dejar las cosas y lo pensamos —dijo Pauline, y cogió su maleta.

Yo también cogí mis cosas y nos dirigimos hacia el ascensor del hotel.

Era curioso, había estado pensando toda la mañana en que, probablemente, me cruzaría con Jan. En eso consistía mi plan infantil de haberle propuesto a Pauline ese mismo hotel.

Pero, en ese instante con Pauline y sus amigos, se me olvidó. Estaba centrada en planear y en disfrutar con ellos.

Hasta que me lo crucé de frente.

Ahí estaba Jan, tan bien peinado y afeitado como siempre, con una gruesa chaqueta invernal de color gris, vaqueros y unas botas de montaña.

Me costó procesar la imagen al principio. Era como si hubieran cortado la cara de Jan y la hubieran pegado en el cuerpo de un modelo de un catálogo de ropa invernal. Algo completamente diferente a lo que él solía llevar en la oficina. Igual que en el spa. Como si no pudiera asimilar que Jan podría tener otros aspectos diferentes.

En cuanto superé el aturdimiento inicial, reaccioné.

—Uy, vaya —dije, y fui consciente de que soné algo gilipollas—. Eh… ¿hola?

Jan me miró como si no fuera real.

—Bueno, bueno, Meuly. Qué agradable sorpresa.

Enseguida me di cuenta de que quería ser irritante e irónico como en el trabajo, pero era obvio que estaba sorprendido por el encuentro «casual».

Miré a su izquierda y vi que iba acompañado de una chica. Durante una milésima de segundo pensé que podría ser Nathalie. Pero no, recordé que me había dicho que pasaría el fin de semana con su familia. Y aquella chica era similar a él. El mismo pelo rubio oscuro, recogido en coleta alta, los mismos ojos azules y un rostro parecido al de Jan, incluso su misma nariz recta, pero todo ello feminizado, lógicamente. Tenía que ser su hermana. Y, algo detrás, vi a una pareja de algo más de sesenta años con dos niños pequeños. Deduje que eran sus padres y sus sobrinos.

—Hola —saludé a la chica, sonriendo—. Soy Audrey.

Ella me dedicó entonces una amplia sonrisa y miró momentáneamente a Jan.

—Ay, Audrey. Encantada. Soy Lena, la hermana de Jan.

—Encantada también.

Lena me tendió la mano y yo se la estreché. Miré a Jan.

Todavía estábamos los dos en proceso de asimilar ese encuentro, sobre todo él, seguro. Yo, al menos, sabía que él estaría en ese hotel.

—Así que… una casualidad, ¿no? —dijo entonces Jan, levantando una ceja—. Porque anda que no hay hoteles en Chamonix. ¿O acaso me preguntaste por el lugar en el que me iba a quedar con mi familia para venir aquí a propósito?

Me reí exageradamente, irónica, pero sentí un poco de ganas de que me tragara la tierra.

—Perdona, pero ha sido Pauline la que ha elegido el sitio, ¿verdad? —dije, me giré hacia ella, y ella asintió—. Es la novia de Étienne, y sus amigos. Es su despedida de soltera.

Jan los saludó a todos con un gesto de la mano, y ellos respondieron.

—Vaya, qué… interesante, Meuly. Espero que os lo paséis muy bien. —Hubo un breve silencio en el que parecía que Jan dudaba sobre qué decir—. Supongo que coincidiremos por el hotel, así que… nos vemos. Qué remedio.

Hizo un leve gesto con la cabeza y se alejó.

—Nos vemos, Audrey —me dijo su hermana.

Le sonreí.

—Adiós.

Me quedé en blanco durante un par de segundos hasta que la voz de Pauline me sacó de mi ensimismamiento.

—Audrey, ¿ese era… tu compañero de trabajo? —preguntó, y sus tres amigos se acercaron a nosotras y formaron un pequeño corrillo.

—Sí, ¿por qué?

—Joder —dijo Isabelle—, es guapísimo.

—¿Qué hay que hacer para ser perfumista? —preguntó Fabien—. Yo siempre he tenido muy buen olfato. Enseguida detecto si alguien ha comido cebolla.

Me reí.

—¿En serio? —repuse, fingiendo indiferencia—. Ni me había fijado.

Era cierto que Jan me producía tanto rechazo al principio, que ni siquiera lo había podido ver como… un hombre. Había sido solo una nariz para mí. Y una nariz que me sacaba de mis

casillas.

Pero eso estaba comenzando a cambiar.

—Oye, ¿y Étienne no te había dicho que tenía esa clase de cliente? —le preguntó Sabine a Pauline.

Ella levantó las cejas y negó con la cabeza.

—¿Cómo va a decirme mi novio que tiene un cliente en la cafetería que está así de bueno?

—Pues deberías tener derecho a esa información —repuso Fabien, muy convencido.

—Tiene que ser difícil concentrarse en un perfume cuando tienes a semejante hombre al lado —comentó Isabelle.

Me estaba empezando a poner nerviosa.

—Eh… no te creas. Es un poco imbécil. —Carraspeé—. ¿Vamos a las habitaciones, chicos?

—Un momento —dijo Pauline, y se detuvo en seco. Clavó sus ojos en mí—. A ti te gusta.

Sus amigos me miraron y asintieron a la vez.

Y yo me sentí como un animal indefenso, como un cervatillo en una carretera que de repente se cruza con las luces largas de un coche.

—Por Dios, Pauline —contesté, como ofendida, quizá de forma algo exagerada, pero la actuación no era lo mío—. No sabes lo que dices. Ya te conté que era bastante rarito.

—Uy, le gusta, le gusta —dijo Sabine.

Los cuatro se rieron. Al final yo también.

¿Acaso podía hacer otra cosa?

♥ ♥ ♥

Los cinco pasamos una tarde genial explorando un glaciar escondido entre las montañas. Después, para entrar en calor, decidimos tomar algo caliente en una cafetería en el centro de Chamonix. Más tarde, jugamos al billar en el hotel. Podría ser una despedida de soltera algo atípica, pero yo la estaba disfrutando mucho más que una tradicional.

Al día siguiente me desperté algo temprano. Apenas eran las seis y media de la mañana. Supuse que Pauline y los demás estarían todavía durmiendo, así que decidí vestirme y salir a dar un paseo. Era una buena oportunidad para poder ver el amanecer entre las montañas.

Serían sobre las siete cuando bajé al vestíbulo del hotel. El cielo ya comenzaba a clarear. Di los buenos días al recepcionista que había en ese momento y me cerré bien la chaqueta, preparada para un gélido paseo que despejaría a cualquiera.

—Vaya, Meuly, ahora no tengo más remedio que saludarte —dijo una voz masculina detrás de mí, justo cuando estaba a un par de metros de la entrada del hotel—. No puedo pretender que no te conozco.

Sentí una presión en el pecho. Me giré hacia él.

Jan estaba vestido de nuevo con ropa invernal, lógicamente, por mucho que me costara acostumbrarme a esa imagen de él. Me miraba con cierta sorna e ironía, como solía hacer.

—Eso quisieras tú, ¿no? —respondí—. No conocerme.

Me sonrió e hizo un gesto con los labios que me desconcentró demasiado, como si se los mordiera. Costaba apartar la vista de ahí, pero lo conseguí al final.

—En realidad no —dijo—. ¿Con quién discutiría entonces?

Se me escapó una risita algo tonta. Un par de segundos de silencio.

—Eh… ¿sales a pasear? —pregunté, ya que Jan iba ya vestido para salir al exterior.

Él asintió.

—Sí. Vamos a aprovechar para disfrutar del amanecer.

—¿Con tu hermana?

—Sí, la estoy esperando. ¿Y tú? ¿Dónde están tus amigos?

—Me temo que todavía durmiendo.

—¿Se os fue de las manos la despedida de soltera? ¿Demasiado alcohol y sexo con hombres aleatorios?

Sonreí. Nuestra escapada en Chamonix estaba siendo todo lo contrario, y me estaba encantando. Pero eso Jan no lo sabía.

—Exacto —repuse con ese tono seductor que solía poner nervioso a Jan—. Y más te vale no decirle nada a Étienne cuando lo veas en la cafetería. Lo que pasa en Chamonix se queda en Chamonix.

Jan me observó y sentí que casi podía ver a través de mí.

—Vaya —dijo con aparente indiferencia—. Veo que a ti no se te dio muy bien la noche entonces. Estarías durmiendo como ellos si hubieras triunfado con algún tío.

Solté una risa seca.

—Es que soy un pájaro madrugador, listo. Puedo sobrevivir con pocas horas de sueño. Incluso después de mucha… actividad.

La nuez de Jan se movió ligeramente.

—Ya —dijo, y entonces se aclaró la voz—. Claro. Lo que tú digas. —Hizo una pausa—. Entonces… —comenzó, y me dio la sensación de que dudaba—, ¿sales sola?

Asentí con la cabeza.

—Sí. También quiero disfrutar del amanecer. Así que… con tu permiso, me voy. Ya nos veremos por el hotel. Qué remedio, como dijiste tú.

Pensé que Jan me devolvería algún gesto burlón, pero tan solo me observó antes de que yo saliera del hotel.

Aquello me desconcertó un poco, pero me quise centrar en aquel amanecer impresionante que teñía de color naranja las cumbres nevadas de los Alpes.

40

Jan

Audrey estaba alojada en el mismo hotel que yo. Exactamente durante el mismo fin de semana. Y nos habíamos visto. Habíamos hablado.

Y, aquella vez, nuestro encuentro no tenía nada que ver con el trabajo. Estábamos… en otro contexto. Ya no éramos dos perfumistas, éramos, simplemente, Audrey y Jan.

Qué raro era todo.

Intenté concentrarme en aquel paseo durante el amanecer con mi hermana, pero no me fue fácil.

—Te comportas con ella de una forma estúpida y pedante —me dijo mi hermana mientras caminábamos por el centro de Chamonix, de camino hacia la falda de las montañas, para poder apreciar la vista desde arriba.

Me encogí de hombros.

—Probablemente así es como soy.

—No, Jan. Tú eres amable y cariñoso, y lo sabes.

Me incomodaba un poco aquella charla de hermana mayor.

—Da igual, Lena. No va a pasar nada entre Audrey y yo. En cuanto terminemos el perfume, quizá ni siquiera vuelva a verla.

Y me di cuenta en ese preciso momento de que era la primera vez que pensaba en ello.

¿Qué iba a pasar cuando entregáramos nuestro perfume? Audrey era una trabajadora habitual en Féerie Parfums, pero no yo. Yo siempre iba allá donde estuviera el proyecto más interesante.

Pero es que no me gustaba esa sensación que me provocaba el pensamiento de no volver a verla en la cafetería Poisy por las mañanas con su café solo y su croissant de arándanos. De no volver a reírme por lo bajo al ver su gesto malhumorado cuando le llevaba la contraria en el laboratorio. De no volver a sentir… que me quedaba sin respiración cuando se acercaba a mí y me hablaba con esa voz con la que podría fantasear toda mi vida. De no volver a ver esos ojos oscuros, esa melena, esos labios que, no podría negarlo, me moriría por besar.

¿De verdad acababa de pensar eso? En fin.

En cuanto vi la luz anaranjada del amanecer acariciando las cumbres nevadas de las montañas, me di cuenta de que mis pensamientos estaban yendo demasiado lejos y demasiado rápido.

Mi hermana había cambiado de tema y me estaba contando algo sobre mis sobrinos, pero mi mente estaba en otra parte.

El tiempo con Audrey se agotaba lentamente.

Una parte de mí deseaba volver a verla en las inmediaciones del hotel, o incluso por el centro de Chamonix. Sin embargo, entendí que estaba allí con otras personas.

De despedida de soltera. No, la que se casaba no era Audrey, sino el barista de la cafetería Poisy con su novia. Pero no podía evitar pensar en Audrey pasándolo bien, bebiendo, con otros hombres. Que me parecía genial que lo hiciera, porque, según me había contado ella misma, había pasado muchos años en una relación muerta. Tenía todo el derecho del mundo a pasarlo bien y a disfrutar. Pero sí, los humanos somos incoherentes e ilógicos a veces, y yo comenzaba a sentir cierta molestia al imaginarla con otro.

Por mi bien, aparté esos pensamientos de mi cabeza.

Después de un paseo increíble bajo la luz naranja del amanecer entre los Alpes, pasamos el día entero con nuestros padres y con los niños. Fuimos al glaciar, al parque, a comer, a pasear. Un buen día en familia.

Y, de vez en cuando, no podía evitar pensar en lo que estaría haciendo ella.

Y es que la curiosidad y las ganas parecían ser más fuertes que yo.

♥ ♥ ♥

Cuando llegué por la noche a mi habitación, me di una ducha caliente y relajante y me senté en uno de los sillones. Puse la televisión, pero no le hice ni caso.

Llevaba horas aguantando ese impulso. Quería escribir a Audrey, no podía evitarlo. Cogí el móvil y busqué mi conversación con ella. Leí nuestros últimos mensajes, de hacía apenas un par de días.

Audrey: Llego unos minutos tarde, ¿vale?

Jan: Qué pena, ya me hacía ilusiones de un día sin ti en el laboratorio.

Audrey: *emoji con los ojos en blanco*

Leer aquello me sacó una sonrisa.

Y entonces inspiré hondo, preparado para enviar un nuevo mensaje. Deseé que Audrey no tuviera la aplicación abierta en ese momento, para que no pudiera ver que estaba indeciso entre escribir y no escribir. Seguro que pensaría algo raro si veía el mensaje de «Escribiendo…» apareciendo y desapareciendo.

Le di un par de vueltas antes, ya por última vez. ¿Por qué era tan difícil hacerlo? No paraba de pensar en Audrey saliendo a ver el amanecer ella sola.

Y me acabé lanzando a escribir.

Jan: Los amaneceres en los Alpes son mágicos, ¿no? ¿Sabes que serían incluso más bonitos durante un paseo conmigo? ¿O no te atreves a comprobarlo?

Enviar.

Inspiré hondo y bloqueé la pantalla del móvil. Lo dejé sobre el escritorio, me levanté y estiré los brazos. Estaba nervioso, así que no quería tener el móvil en la mano para comprobar constantemente si había leído mi mensaje. Si acaso estaba interesada en mi propuesta, ya me respondería. Di una vuelta por la habitación.

Treinta y cuatro años y me sentía como un adolescente que escribe a una chica para pedirle una cita. Porque aquello, no podía negarlo, era una especie de cita. No era un viaje por trabajo. No era un encuentro accidental.

Le estaba pidiendo ir juntos a hacer algo.

Juntos.

Audrey y yo.

Me senté en el sofá para ver un rato la tele. De nuevo, mis ojos miraban la pantalla, pero ni siquiera sabía qué programa estaba viendo ni de qué estaban hablando. Ya podría haber sido un debate político o dibujos animados, no lo sabía. Mi cabeza estaba contando el tiempo que pasaba mientras mi móvil no recibía una notificación.

Un par de minutos después, llegó ese sonido. Miré mi móvil sobre el escritorio. ¿Me levantaba ya para cogerlo y comprobar si había sido ella?

La respuesta era obvia, claro que me iba a levantar. Yo mismo me sorprendí de lo rápido que hacía latir mi corazón el estar pendiente de una respuesta de una compañera de trabajo.

Cogí el móvil y abrí la aplicación. Era ella.

Audrey: ¿Eso sería antes o después del café?

Jan: Antes.

«Escribiendo…»

Mi mano izquierda se fue a agarrar la tela de mi pantalón, en el muslo, con nerviosismo. Estaba expectante acerca de su respuesta. ¿Nuestra relación laboral sería igual de recibir un no?

Audrey: Eso es una idea absolutamente ridícula.

Leí una, dos, tres, cuatro veces esa respuesta. No había nada más. Estaba bastante claro, no le apetecía pasar tiempo conmigo fuera del trabajo. De repente sentí que mi cuerpo pesaba una tonelada y que me hundía en el suelo.

Sin embargo, Audrey seguía en línea.

Inspiré hondo y me sentí de nuevo ligero y esperanzado cuando vi que volvía a escribir.

Audrey: Y supongo que yo soy lo suficientemente ridícula como para decir que sí.

Y sonreí, casi tanto que sentí cómo tiraban mis mejillas. Nos intercambiamos un par de mensajes para acordar la hora y el lugar.

Y entonces me tiré sobre la cama y me quedé mirando el techo.

Tenía una especie de cita con Audrey, y aquello podría ser catastróficamente emocionante.

41

Audrey

No fue fácil dormirme sabiendo que había quedado con Jan al amanecer. Intenté no darle demasiada importancia, ya que no quería tener otro sueño… digamos «incómodo» como el que ya había tenido con él.

Incómodo y placentero a la vez.

Pero, joder, tenía que apartar esos pensamientos de mi cabeza.

No tenía ni idea de cómo sería ver un amanecer en los Alpes junto a Jan, en un contexto completamente diferente al del trabajo. Pero a eso habíamos venido. Bueno, al menos esa era mi intención cuando se me ocurrió la brillante idea de proponer a Pauline quedarnos en el mismo hotel donde estaría Jan.

Así que, ya en la cama, cerré los ojos e intenté desconectar.

Pero, inexplicablemente, la nariz de Jan no dejaba de aparecer en mi cabeza.

Oliendo la esencia de café. La de praliné. La de arándanos. La de rosa.

¿Cuál era esa última nota que nos faltaba…?

Entonces en mi imaginación visualicé la nariz de Jan oliéndome a mí. Mi cuello. Casi sentí su respiración en mi piel. Su nariz subiendo hasta casi rozar mis labios.

Y… me sumí en un profundo sueño.

♥ ♥ ♥

A las siete de la mañana ya estaba lista para bajar a la recepción. No podía negar que había algo de tensión en mi estómago. Me puse mi chaqueta bien gruesa para el otoño en las montañas y bajé por las escaleras.

Cuando estaba en la segunda planta, escuché a una pareja hablando en voz baja. O no era una pareja, porque identifiqué la voz de Jan.

—Sabes que yo también soy adulto, ¿no, Lena? —dijo su voz.

Por un momento no supe qué hacer, pero enseguida me hice una bola y me escondí en un rincón de la escalera para cotillear. Sí, así era yo.

—Lo sé, pero no me gustaría que la cagaras —dijo la voz femenina.

Era su hermana. Recordaba su nombre y su voz.

—¿Puedes dejar de meterte en mi vida e irte al spa de una vez? ¿Cuántas veces crees que vas a tener la oportunidad de librarte un rato de los gemelos y de relajarte en un spa tú sola?

—Muy pocas. Pero ese no es el tema. El tema es que rechazaste a Nathalie por esta chica.

—Y porque no me gustaba —dijo Jan.

—Bueno, pero eso es secundario.

—¿Secundario, Lena?

—Ya sabes lo que quiero decir. No la cagues. Puedes tener una oportunidad.

—Bah. Disfruta en el spa.

—Ya me contarás.

Oí unos pasos que se acercaban a la escalera y reaccioné enseguida. Bajé corriendo a la recepción.

Unos segundos después, apareció Jan. Enseguida me vio. Yo hice como que ya llevaba un buen rato esperando.

—Vaya, así que no te has rajado a última hora —me dijo.

—No tienes tanta suerte.

Apenas había tenido tiempo para asimilar lo que había oído. Ni siquiera me había planteado si estaban hablando de mí.

—¿Vamos?

Asentí. Miré de reojo a Jan en cuanto salimos al exterior. No me acostumbraba a verlo vestido con ropa de montaña, pero tenía que reconocer que no le quedaba nada mal.

Carraspeé.

—Bueno… —comencé, sin estar muy segura de lo que decir para romper el hielo—, ¿y esa brillante idea de invitarme a salir? ¿Tanto me echas de menos que no puedes pasar ni un fin de semana sin tu dosis?

Él soltó una risita irónica.

—Para nada, simplemente me diste pena ayer. Saliste sola a ver el amanecer. Un poco triste, ¿no?

Fruncí el ceño.

—¿Acaso eso es malo? Todos necesitamos momentos de soledad.

—Bueno, vale. Me has pillado. Quería saber si antes del café tenías el mismo humor que siempre. Me preguntaba si podía ser incluso peor.

Sonreí.

—Claro —repuse, irónica.

Aunque por dentro no pude reprimir cierta satisfacción. Jan quería verme también fuera del trabajo.

Me propuso subir un poco hacia la falda de una de las montañas, donde había un pequeño claro entre los árboles con una buena perspectiva hacia el este.

De camino, comenzamos a charlar.

—Bueno, ¿qué tal la despedida de soltera? —me preguntó Jan—. ¿Mucho alcohol?

Me reí. Probablemente tan solo me había tomado una cerveza y un vino.

—Lo estoy pasando muy bien. Los amigos de Pauline son majos. Y este lugar… —miré alrededor—, no está nada mal, ¿no?

—No. Nada mal. ¿Cuándo se casan Pauline y Étienne?

—En febrero. Pauline trabaja en la Universidad de Lyon y ahora hay vacaciones escolares, por eso hemos venido estos días. Supongo que lo sabrás por tus sobrinos.

—Exacto. Por eso estoy aquí con ellos, Meuly.

Apreté los labios. Me fijé por un momento en los ojos azules de Jan mientras nos alejábamos del centro y nos adentrábamos en un sendero entre abetos verdes y frondosos. El cielo ya clareaba por el este.

Me gustaría saber más sobre él. ¿Qué es lo que había más allá de su nariz? Apenas sabía nada

sobre su vida. Una hermana, dos sobrinos, una historia de amor que le hizo sufrir. Pero ¿qué más?

—Curioso eso de casarse, ¿verdad? —comenté—. Prometer amor eterno a una persona. ¿Qué piensas?

Vi cómo Jan levantaba un poco las cejas, pero mantuvo la mirada fija en el sendero.

—Quizá ese concepto esté cambiando poco a poco. Ya sabemos que el amor, normalmente, no es eterno. Los dos lo sabemos bien, ¿no crees?

Tenía razón.

—Sí… lo sé, Jan. ¿Tú… tenías planes de casarte con Margot?

No sabía si iría demasiado lejos con mis preguntas, pero quería saber más.

Jan frunció un poco el ceño, sin mirarme, pero no pareció incómodo.

—Sí. Mi intención era pedírselo, pero, bueno… ya sabes cómo acabó todo. ¿Y tú con tu exnovio?

—Supongo que siempre tuve la esperanza de que Thomas quisiera hacerlo algún día. Como si eso significara algo, ¿no? Sé que es absurdo, pero es, no sé… como una forma de decirle a la otra persona que le importas de verdad. Que quiere estar contigo. Que significas algo.

Jan asintió.

—Eso es. Y, sin embargo… míranos ahora, nosotros dos, en medio de un bosque en los Alpes, cuando ni siquiera ha salido el sol. En algún universo paralelo estaríamos preparando nuestras respectivas bodas, ¿no?

Me reí.

—Que a nosotros no nos haya salido bien no quiere decir que no exista, ¿verdad?

Hubo un breve silencio.

—Supongo que puede existir. A alguien le tiene que salir bien.

No lo pude evitar, me salió una risita.

—Joder, Jan, estamos creando un perfume que tiene que oler precisamente a eso.

Levantó la mirada del sendero hacia mí. Y entonces me di cuenta de que, aunque ya llevábamos un buen rato de paseo, no era del todo consciente de que estábamos completamente solos. En un sendero en medio del bosque. Un poco antes del amanecer.

Jan, yo y los sonidos y aromas de los Alpes en otoño.

—¿Crees que podremos crearlo sin saber si existe? —me preguntó, con una ligera sonrisa irónica—. A lo mejor por eso se nos resiste la última nota.

Recordé algo.

—¿Sabes dónde podríamos ir para buscar algo de inspiración?

Me pareció curioso lo seductora que había sonado mi pregunta, a pesar de ni siquiera haber tomado el primer café de la mañana.

—Sorpréndeme —repuso Jan.

—Al Pont des Amours.

Él soltó una risa seca.

—Vaya, Meuly, al final vas a ser una romántica y todo.

—Por supuesto, Jan, hay muchas cosas sobre mí que todavía no conoces.

Se me quedó mirando.

—¿Acaso el tal Thomas y tú os besasteis en el puente?

Inspiré hondo y miré hacia arriba. Copas de abetos que se recortaban sobre un cielo cada vez más claro.

A veces me costaba recordar que Thomas había estado en mi vida. Me sentía tan sola con él que ya no notaba la diferencia entre vivir juntos y estar soltera.

—No —repuse—. Nunca. Supongo que Thomas era algo pasota. No daba importancia a los detalles. —Hubo un breve silencio. Apenas se oía nada, tan solo nuestros pasos en la tierra—. ¿Y… Margot y tú?

Jan suspiró.

—Sí. Sorpresa, la leyenda del puente no se cumplió.

Me miró con una sonrisa algo triste que me estremeció un poco.

—Seguro que hicisteis algo mal —dije, para quitarle intensidad a la situación.

Él rio, y aquello me hizo sentir bien.

—Puede ser —repuso—. Quizá algún día lo pruebe con otra persona.

Recordé la conversación que había tenido con su hermana en la puerta de su habitación.

—¿Con…?

Dudé, pero Jan me interrumpió.

—No digas Nathalie. No he tenido nada con ella y, probablemente, nunca lo tendré.

Hice un gran esfuerzo por reprimir una gran sonrisa. ¿Por qué lo que acababa de decir Jan me producía felicidad?

—Entonces… —comencé, haciéndome la desinteresada—, ¿por qué me hacías creer que sí?

Se encogió de hombros.

—¿No es eso lo que solemos hacer los hombres? —Me reí—. Quedamos algunas veces, pero… no funcionó.

Carraspeé.

—Y… ¿por qué no?

—Pues… porque no. —Hizo una pausa y me miró—. Eres una curiosa impertinente, Meuly.

Me mordí el labio y me callé la infinidad de preguntas que me venían a la mente.

¿De verdad Jan había rechazado a Nathalie porque le gustaba otra persona?

¿De verdad… esa persona podría ser yo?

42

Jan

Llegamos al claro en el bosque un par de minutos antes de la salida del sol.

Audrey se abrazó a sí misma mientras observaba el horizonte. Después de un buen rato caminando, en ese momento sentíamos el frío más intenso. Mi mirada se fue a sus ojos oscuros, a su nariz y a sus labios. Temblaban ligeramente.

Cómo me hubiera gustado hacer que dejaran de temblar. Se me ocurría una manera perfecta para ello.

—Ahí está —susurró entonces, y su voz se mezcló con el sonido de las copas de los abetos al mecerse con el aire.

Miré hacia el horizonte y pudimos ver cómo se alzaba el sol y cómo pintaba de naranja las montañas.

Tras un par de minutos observando cómo se llenaba de luz el paisaje, Audrey y yo nos miramos.

No dijimos nada. Disfrutamos del silencio y de los sonidos de la naturaleza.

Y yo, por lo menos, me di cuenta de que ese momento era uno de los más perfectos que había vivido nunca.

Ojalá hubiera podido capturarlo y meterlo en un frasco, convertido en un perfume.

♥ ♥ ♥

Cuando llegamos de vuelta al hotel, sentí que no me apetecía nada despedirme de ella.

—Bueno —dije, sin saber muy bien cómo decirle adiós—, pues… no ha sido tan desagradable como pensaba.

No sabía si nos volveríamos a ver durante el resto del día, o ya directamente al volver al trabajo al día siguiente.

Audrey me sonrió.

—Es que tenías una idea muy equivocada de mí, Jan —repuso.

Inspiré hondo. Era verdad, me costaba dejarla ir. Pero ambos teníamos planes diferentes para el resto del día. Yo con mi familia, ella con su grupo.

—Ahora solo nos faltaría el café y el croissant —dije.

—Mañana.

Asentí con la cabeza.

—Mañana —repetí.

—Supongo que mis amigos se despertarán pronto. Pasaremos la mañana juntos y… de vuelta a Lyon.

Miré el reloj.

—Yo creo que mis sobrinos ya están activos. Pronto iremos a desayunar. —Hice una pausa, y la miré a los ojos—. Entonces… hasta mañana.

—Hasta mañana.

Audrey se giró y subió las escaleras del hotel. Y yo me quedé allí, en el vestíbulo, pensando que la maldita tenía razón.

Era como si, efectivamente, necesitara mi dosis de ella.

♥ ♥ ♥

Después de comer, mi hermana, mis sobrinos y yo dimos un paseo por el centro de la ciudad. Aquella vez era el turno de mis padres para usar el spa. Yo no lo haría. Tenía un recuerdo algo agridulce de mi última vez en un lugar similar.

—Entonces, ¿has pasado un rato agradable con Audrey? —me preguntó Lena mientras bebía el chocolate caliente que habíamos pedido en una cafetería. Los gemelos estaban jugando a su aire cerca de nosotros—. Nada mal para una primera cita, ¿eh? Un amanecer en los Alpes.

Aquello me puso nervioso. Sonaba… raro.

—¿Una primera cita? Lena, ves demasiadas películas románticas para adolescentes.

—La próxima vez invítala a cenar o algo así, ¿no?

Fruncí el ceño.

—¿Puedes frenar un poco ese entusiasmo edulcorado? Audrey es solo una compañera de trabajo.

Lena soltó una carcajada exagerada. Un par de clientes se giraron para mirarla.

—Ya, claro, Jan. Solo una compañera.

Me jodía un poco reconocer que tenía algo de razón. Algo. Solo un poco.

Charlamos un rato y nos divertimos con los gemelos por el centro, cuando me llegó un mensaje.

Automáticamente miré a mi hermana en cuanto leí el nombre de Audrey en la pantalla. Ella ya tenía ese gesto picarón que tanta rabia me daba.

—Debe de ser por un asunto de trabajo, ¿vale? —dije, pero en realidad no lo sabía.

Abrí la conversación.

Audrey: ¿Te puedes creer que el motor del coche de Pauline ha sido elegido por unas marmotas alpinas como lugar perfecto para comenzar su hibernación? Se han comido varios cables.

No tenía ni idea de qué me estaba hablando.

Jan: ¿Te encuentras bien, Meuly? ¿No os habréis pasado con el whisky? Luego te olisquearé, por si acaso.

Audrey: No es eso, idiota. Te estoy preguntando si tienes una plaza libre en tu coche para volver a Lyon esta tarde.

Tragué saliva y alcé la vista hacia mi hermana. Seguía con la misma mirada ansiosa de cotilleo.

—Temas de trabajo, ¿eh? —dijo, irónica.

La ignoré.

Audrey me estaba pidiendo que la llevara de vuelta a Lyon por la tarde. ¿Y acaso esa excusa absurda de las marmotas no sería, precisamente, una excusa?

Mis dedos temblaron ligeramente al responder.

Jan: Patética excusa para pasar tiempo conmigo, pero haré una excepción esta vez. ¿A qué hora nos vamos?

—¿Por dónde íbamos? —le pregunté a Lena, como si no me hubiera puesto para nada nervioso al pensar en que iba a pasar más de dos horas junto a Audrey en mi coche.

Mi hermana se rio y terminamos lo que había sido un gran fin de semana en familia.

♥ ♥ ♥

Quedé con Audrey a las cuatro de la tarde en el vestíbulo del hotel. Mis padres y mi hermana ya se habían marchado. Nuestra próxima reunión familiar todos juntos sería, seguramente, en Navidad.

Fingí indiferencia cuando la vi aparecer con su maleta.

—Vaya, ¿cuánto tiempo has tardado en buscar la excusa de las marmotas? —pregunté mientras nos dirigíamos al aparcamiento del hotel.

Salimos al exterior. Seguía haciendo frío, pero el cielo estaba despejado, con algunas nubes salpicadas sobrevolando la cima de las montañas.

—¡Es verdad! —repuso Audrey, ofendida—. Pauline ha intentado arrancar el coche sin éxito y se ha llevado una sorpresa al abrir el capó. Así que hemos quedado en que ella volvería con sus amigos a Lyon y que ya se apañaría para reparar el coche.

—¿Y estabas tan segura de que yo iba a aceptar llevarte?

En ningún escenario le hubiera dicho que no a Audrey, pero eso ella no lo sabía.

—Por supuesto, Jan. Seguro que lo estabas deseando.

Llegamos hasta mi coche y abrí el maletero. Le iba a ofrecer ayuda a Audrey para cargar su maleta, pero no hizo falta, la metió ella sola.

—No deberías haber estado tan segura. ¿Qué hubieras hecho sin mí?

Ella se encogió de hombros mientras nos subíamos. Arranqué el motor y salimos del aparcamiento.

—Irme en autobús —repuso—. No hubiera sido el fin del mundo.

—Pero me has preferido a mí.

La miré y ella me dedicó una sonrisa forzada a propósito.

—Solo a veces.

No pude evitar sonreírle. Miré al frente.

Me sentía mal por la novia de Étienne, pero agradecí a aquellas marmotas alpinas que le hubieran comido medio coche.

♥ ♥ ♥

Cuando llegamos a la altura de Bonneville, me desvié hacia la izquierda.

—¿Qué haces? —me preguntó Audrey en cuanto me vio tomar la salida, confusa.

—¿En serio querías volver a Lyon sin pasar por nuestra ciudad?

No podía mirarla, porque estaba demasiado concentrado en la carretera, pero estuve seguro de que no se esperaba aquello.

Habíamos estado hablando de trabajo durante la mitad del trayecto. Comentando posibles notas, posibles combinaciones. Hablando sobre Véronique, sobre Maison Lagune. Apenas nos quedaban dos semanas de margen para crear algo que convenciera a ambas partes. Si no, estaríamos bien jodidos. Habríamos perdido nuestra reputación como perfumistas.

Así que no me pareció mal hacer una pequeña parada en Annecy para dar un paseo antes de continuar hacia Lyon.

—¿Un amanecer y un atardecer contigo, Jan? No sé si podré con ello.

Sonreí.

—Siempre puedes volverte en autobús.

Audrey suspiró.

—No me lo digas dos veces.

Cuando llegamos a Annecy, aparqué cerca del lago. En cuanto salimos, los dos nos giramos para admirar la belleza de nuestra ciudad a principios de otoño. Los árboles comenzaban a volverse dorados. Las hojas temblaban con el ligero aire otoñal. Y el lago, como siempre, imponente, cristalino, frente a un fondo infinito de montañas.

—Es increíble haber nacido en este paraíso, ¿verdad? —dije, admirando el paisaje frente a nosotros.

Caminamos en dirección al lago.

—Lo es —repuso Audrey, mientras se colocaba un mechón de pelo oscuro por detrás de la oreja. El aire se lo había revuelto un poco y le daba un aspecto… demasiado irresistible como para no querer mirarla todo el rato—. En eso no te puedo llevar la contraria. Me quedo sin argumentos.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos. Inexplicablemente, no me sentía incómodo. Era como si absorbiéramos toda esa belleza otoñal, esos aromas.

El sol estaba a punto de tocar el horizonte, por detrás del casco antiguo. Un pedacito de ciudad de ensueño, lleno de canales y casas de colores cálidos y vivos. Las nubes sobre el lago se hicieron rojizas. Incluso las hojas doradas de los árboles parecían entonces de un color más intenso.

Caminamos en dirección al casco antiguo. Miré a Audrey por un momento. Supuse que ella también era consciente, pero… estábamos a punto de cruzar el Pont des Amours. O lo cruzábamos, o nos tocaría rodear todo el Canal du Vassé para llegar al centro.

Sin embargo, Audrey seguía caminando de frente, firmemente. No hacía ningún amago de girar a la derecha.

Ninguno. Seguía, y seguía… hasta que ya estuvimos frente al puente.

Me quedé inmóvil durante unos segundos, y Audrey me adelantó. Pero yo no podía seguirla.

Ella se dio la vuelta, y… me sonrió.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves? —me preguntó, coqueta.

Los árboles que rodeaban el canal temblaban con el ligero aire que corría. Algunas hojas cayeron sobre Audrey.

Y me quedé allí, incapaz de reaccionar.

Audrey sonriéndome de una manera irresistible mientras el aire movía su cabello y caían hojas doradas sobre ella.

¿Podía haber una imagen más perfecta que aquella?

—¿Jan?

Parpadeé y reaccioné a la fuerza. Me acerqué a ella y caminamos sobre el puente. Audrey se paró a la mitad del recorrido y se apoyó en la barandilla, en el lugar exacto donde estaba escrito «Pont des Amours».

Yo miré alrededor. Detrás, el Canal du Vassé rodeado a ambos lados por árboles dorados. Al otro lado, Audrey, apoyada en la barandilla, observando el lago cristalino que se extendía frente a nosotros.

La miré de espaldas. Su pelo negro moviéndose con el aire, una chaqueta otoñal, unos ajustados pantalones marrones y unas botas. Me parecía que no podía ser más bella.

Me acerqué y me apoyé en la barandilla, junto a ella. Qué situación tan irónica.

Los dos, juntos, en el Pont des Amours.

Me giré para mirar a Audrey. Su gesto era de paz, de tranquilidad. La vi inspirar hondo y cerrar los ojos, mientras las hojas doradas seguían cayendo sobre nosotros.

—¿Sabes? —comenzó ella—. A veces venía aquí yo sola cuando era adolescente. —Hizo una pausa, y no dejó de mirar el lago frente a nosotros—. Soñaba… con encontrar mi amor perfecto. —Noté el pulso en mi garganta, y tragué saliva para intentar calmar, también, lo que sentía, pero no era fácil—. Me apoyaba aquí mismo y me quedaba mirando el lago y las montañas al fondo. Y me preguntaba cómo sería enamorarse de verdad de alguien. —Se giró hacia mí y su mirada oscura y profunda me hizo quedarme casi sin aliento—. Cosas de adolescentes, ¿no crees?

Aquello reactivó un recuerdo en mi memoria. Y no supe muy bien cómo reaccionar.

Miré al frente.

—Yo también venía aquí cuando era adolescente —acabé reconociendo, sumergiéndome en mis propios recuerdos—. Antes de enamorarme de Margot. —Volví a mirar a Audrey, frunciendo el ceño—. Surrealista, ¿no crees, Meuly?

Ella parpadeó un par de veces. Y me dio la sensación de que su mirada bajaba un poco. Primero se paraba en mi nariz, y luego en… ¿mis labios? Después, volvió a mirarme a los ojos.

—Así que… —comenzó, y se acercó un poco más a mí—, los dos soñábamos con el amor, y ahora estamos luchando por crear un perfume que huela precisamente a eso que deseábamos.

Me quedé sin habla por un momento. Audrey estaba demasiado cerca. Tan cerca que pude ver a la perfección todos los detalles de su rostro. Sus iris oscuros clavados en los míos, sus pestañas largas y rizadas, la forma ideal de sus labios. Los mechones de cabello que caían sobre su rostro debido al aire.

De nuevo, Audrey parecía querer hacerme perder la cordura. ¿Qué clase de juego era ese?

—Y… ¿qué es lo que nos falta? —dije, y apenas me salió un susurro.

Ella se mordió el labio inferior.

No, no me podía estar haciendo aquello.

—Quizá no deberíamos darle tantas vueltas —susurró ella también—. Quizá… sea más simple de lo que pensamos.

Había gente caminando sobre el puente, hablando, riéndose. Pero, entonces, todo desapareció.

Audrey dio un paso más hacia mí.

—Eres un peligro, ¿lo sabes? —murmuré, mirando sus labios.

En ese momento se curvaron en una sonrisa juguetona.

—No me digas que no te encanta —dijo en voz baja.

Y entonces perdí de vista sus labios, porque se acercaron tanto a mí que cerré los ojos.

Audrey me iba a besar.

En el Pont des Amours.

Casi pude sentir su roce en mis labios, cuando una suave corriente de aire se coló entre nosotros.

Y aquello la hizo detenerse.

Por un momento maldije aquella interrupción, pero yo también lo sentí.

Vi cómo Audrey fruncía el ceño y olfateaba algo. ¿Aquello era…?

—¿Tú también lo hueles? —me preguntó, todavía a pocos centímetros de mi rostro.

Tragué saliva. Sí, lo olía.

—¿Musgo? —dijimos entonces los dos a la vez.

Audrey se separó de mí, con los labios entreabiertos. Mi corazón iba a toda velocidad, pero sí.

Era musgo. Un musgo fresco, profundo y terroso que venía directamente de los árboles que nos rodeaban y de la orilla del lago.

Me quedé inmóvil, sin poder dejar de mirarla, hasta que la luz rojiza del sol desapareció de las montañas que teníamos enfrente. Aquello me hizo girar la cabeza.

Había atardecido.

El lago nos había regalado la nota que faltaba en nuestro perfume.

43

Audrey

¿De verdad había estado a punto de besar a Jan? ¿En el Pont des Amours?

Dejando de lado enajenaciones mentales, el lago de Annecy nos regaló la última nota de nuestro perfume. Todavía no la habíamos probado, pero Jan y yo sabíamos que funcionaría. El musgo nos daría algo de profundidad, misterio, oscuridad, humedad y sensualidad. Podría conectar nuestro perfume con un plano más primitivo de nuestros instintos.

Estaba deseando probarlo.

Pero, un momento, ¿había casi besado a Jan? ¿No había sido una alucinación provocada por el exceso de estímulos en el puente?

Cuando me dejó en mi casa, en Lyon, todavía no lo había asimilado.

—Bueno —dijo entonces Jan, visiblemente incómodo, en cuanto aparcó cerca de mi edificio —. Entonces… nos vemos mañana.

Habíamos pasado el trayecto de Annecy a Lyon hablando animadamente sobre nuestro proyecto, porque sentíamos que ya lo teníamos hecho. Haciendo como que no había estado a punto de pasar algo. Pero al llegar, apenas parecía querer mirarme. Y ya no tenía la excusa de que tenía que centrarse en la carretera.

—Sí —repuse—. Mañana va a ser un día intenso. —Jan carraspeó, sin dejar de mirar al frente —. Quiero decir —dije enseguida—, intenso… laboralmente hablando.

—Lo había entendido.

—Ya.

—Pues…

—Eso. Hasta mañana.

—¿Te ayudo con tu maleta? —me propuso.

—No hace falta.

Abrí la puerta del coche, y le dirigí una breve mirada antes de salir. Entonces, Jan me la devolvió fugazmente. Sentí presión en la boca del estómago.

Ignorando aquello, abrí el maletero y cogí la maleta que me había llevado a Chamonix. Le hice un gesto algo torpe a Jan con la mano, ya fuera del coche, a modo de despedida. Él me hizo lo mismo y arrancó enseguida, como si tuviera prisa.

En cuanto entré en mi edificio, sentí que tenía que respirar profundamente.

Y, cuando por fin llegué a casa, me tuve que tirar en mi cama durante unos minutos. Podía ver cómo mi pecho se movía debido a los fuertes latidos de mi corazón.

Porque sí, Jan era un tío arrogante y a veces me sacaba de quicio, pero también había descubierto que, detrás de esa nariz, había un hombre. Y ese hombre me ponía muchísimo, y ya

no podía negar lo evidente.

♥ ♥ ♥

Al día siguiente, ya en el laboratorio, seguía con esa sensación de aleteo en el estómago. Me había incluso costado comerme mi croissant de todas las mañanas.

—Bueno —dije cuando me puse la bata—, vamos allá. No podemos fallar.

Jan asintió. Estaba menos irritante de lo normal. Le costaba mantenerme la mirada y, en el fondo, tenía que reconocer que eso me gustaba. Adoraba ponerlo nervioso. Afluía en él una timidez que lo hacía… sí, incluso más atractivo.

—Voy preparando los frascos —comentó él, y se dirigió a una de las estanterías.

La nota de musgo nos daría una base terrosa y húmeda para anclar la fragancia, ya que era una nota bien apreciada por su longevidad en los perfumes. Confiaba en que esa conexión con la naturaleza, ligeramente oscura y misteriosa, convertiría finalmente nuestro perfume en la explosión romántica y sensual que estábamos buscando.

Probamos, medimos, olimos, diluimos, descansamos, y volvimos a probar. No fue fácil concentrarse en el trabajo cuando los ojos azules de Jan se cruzaban con los míos, pero, algunas horas después, llegamos a pulir lo que ambos teníamos en mente.

Un perfume que combinaba jugosidad, dulzura, profundidad, misterio, y… sí, sensualidad. Todavía no lo habíamos probado en piel, pero aquello tenía pinta de ser una bomba a punto de estallar.

—¿Y bien? —me preguntó Jan, cruzándose de brazos, mirándome con una ligera sonrisa—. Dame las gracias por la última nota.

Puse los ojos en blanco. Demasiado estaba tardando.

—¿Gracias a ti por qué?

—Porque la idea de ir hasta Annecy fue mía.

—¿Y?

—Quizá nunca hubiéramos pensado en ello si no hubiéramos estado frente al lago.

—Nunca lo sabremos. A lo mejor, otros motivos nos hubieran llevado allí. Además, no te atribuyas todo el éxito, Jan. Yo lo olí primero —acabé diciendo en un tono más bajo.

Jan negó con la cabeza.

—Lo olimos los dos a la vez. Recuerda que estábamos…

No continuó la frase. Supe enseguida qué era lo que estaba rememorando. Porque yo también lo hice.

Me vino a la mente aquel momento. Sobre el Pont des Amours, con las hojas doradas cayendo sobre nosotros. La confesión de Jan de que él también acudía allí soñando con encontrar el amor. Las ganas de besarlo que no pude contener. Aquella corriente de aire que se coló entre nosotros, cuando nuestros labios estuvieron a punto de tocarse, y que nos trajo el aroma húmedo y profundo del musgo.

Y me sentí allí de nuevo. Y volví a sentir esas ganas de acercarme a él. Dejó, de nuevo, de ser solo una nariz para mí.

Era mucho más.

Cogí el frasco en el que habíamos vertido la mezcla final. Le coloqué un atomizador.

Entonces levanté la mirada y clavé mis ojos en los de Jan. Él me la mantuvo, entre expectante y nervioso. Podía sentirlo, y me encantaba.

Me acerqué un poco a él y presioné dos veces el atomizador… sobre mi cuello. En una zona entre mi oreja y mi clavícula. Sin apartar mis ojos de los de Jan.

Él tragó saliva y fijó su mirada en aquel punto de mi cuello.

—¿Te atreves? —susurré.

Y sí, recordé el sueño que tuve con él. Ese sueño en el que olía mi cuello allí, precisamente en el laboratorio, justo antes de empujarme contra una de las mesas y…

No podía seguir pensando en aquello. Tenía que mantenerme profesional, por mucho que comenzara a sentir una dulce punzada que iba desde mi vientre hasta algún lugar entre mis piernas.

Jan levantó la mirada y me volvió a mirar a mí. Vi cómo su cuello vibraba ligeramente. Estaba intentando tragar. Por un momento pensé que no se atrevería, que olería el perfume directamente sobre una tira de papel, con la excusa de que los perfumes olían de manera diferente en cada persona. Lo cual era cierto.

Pero no. Aquella vez, Jan no apartó la mirada.

Dio un paso hacia adelante y se colocó a apenas unos centímetros de mí. Me miró intensamente a los ojos. Y luego bajó. Miraba mis labios, y después… bajó hasta mi cuello de nuevo.

El corazón me latía rápidamente, pero no quería parecer nerviosa delante de él.

Yo dominaba la situación, no Jan.

Pero, por un momento, sentí que me podía hacer perder el control.

Sus labios se entreabrieron, y aquello me hizo sentir un espasmo en el estómago.

¿Qué…?

Casi no me dio tiempo a pensar qué era lo que iba a hacer, porque enseguida lo supe. Sopló un poco sobre mi cuello, sobre el lugar donde había pulverizado nuestro perfume, para aligerar aquella primera salida de alcohol.

Después de soplar, volvió a mirarme intensamente durante un par de segundos.

Tragué saliva, intentando ignorar que comenzaban a temblarme las piernas.

Y volvió a inclinar la cabeza hacia mi cuello. Se acercó, y se acercó un poco más… hasta que sentí la punta de su nariz rozando mi piel.

Ahogué un gemido. Tuve que hacer tal esfuerzo en no emitir ningún sonido que me pareció obvio que Jan se había dado cuenta de ello.

Pero él… parecía ocupado. Y concentrado. En mí, en mi piel. En olerme. En oler nuestra creación sobre mi cuerpo.

Inspiró hondo… y sentí cómo se llenaba del aroma que habíamos creado juntos. Y no lo hizo una sola vez, sino que exhaló y volvió a rozarme el cuello. Su nariz se movió apenas unos milímetros hacia arriba y luego hacia abajo, dejando un rastro ardiente en mi piel. Y el aire que salió me rozó como si fuera fuego.

Pero lo que casi me hizo perder el control de verdad fue un ligero gruñido que salió del fondo de la garganta de Jan. Casi imperceptible. Y el hecho de que fuera algo tan ligero, tan efímero… me dejó con ganas de más. De saber cómo sonaría de verdad cuando sintiera placer.

Más placer, porque era obvio que se estaba deleitando en mi cuello.

Pero había que ser profesional. Todavía éramos compañeros de trabajo.

Aquello se hizo tan intenso que tuve que ser yo la que se separara un poco. Me eché hacia atrás apenas un par de centímetros. Y Jan levantó la mirada hacia mí.

Me dio la sensación de que se estaba conteniendo. De que se moría por hacer lo que hizo en

mi sueño. Sus párpados se cerraron ligeramente y sus labios se entreabrieron. Me miraba de una forma en la que, quizá, nunca me habían mirado. Me fijé en su pecho, bajo la bata blanca. Respiraba de forma profunda.

Me aclaré la garganta, pero, aun así, sabía que mi voz iba a salir ligeramente temblorosa.

—¿Y bien? —pregunté en un susurro, deseosa de saber qué pensaba sobre nuestro perfume.

Y sobre mi piel.

Jan carraspeó ligeramente, sin despegar sus ojos de mí.

Entonces dijo algo que supuso un punto de inflexión en nuestro trabajo y… en nosotros:

—Salvajemente obsesivo.

44

Jan

Por algo amaba la perfumería. Era algo capaz de crear recuerdos imborrables. Había aromas que se te metían dentro y que se quedaban allí para siempre. Incluso había aromas que olvidabas por completo, hasta que un día te reencuentras con ellos. Los inspiras hondo y… te traen un millón de historias consigo. Un millón de recuerdos.

Y eso es lo que me pasaba con Audrey.

Arándanos en una cafetería, una rosa en París, musgo en el Pont des Amours.

Y todo ello formó nuestro perfume.

Pero lo que olí en su cuello fue de otro mundo. El perfume que habíamos creado sumado al olor personal de Audrey. Jugoso, fresco y dulce a la vez, *gourmand*, profundo, oscuro, misterioso y… sí, salvajemente obsesivo, como le había dicho a Audrey cuando la olí. Un perfume intenso que me hizo querer abandonarme a mis instintos más primarios.

Quizá Audrey no se imaginaba que me atrevería a oler el perfume directamente en su piel, pero quería demostrarle que, si a ella le gustaba jugar, pudiera ser que a mí también me gustara.

Y lo que sentí… lo guardaré para siempre a modo de aroma en mi cabeza. Esas ganas de seguir recorriendo su piel, no solo con mi nariz. Con mis labios también. Y con mi lengua. Y, después…

No, no podía seguir, por mi propia salud mental y por respeto a mi compañera de trabajo.

Pero ya estaba, ya habíamos terminado nuestro perfume. Por nuestra parte, no había nada más que hacer, a menos que Maison Lagune quisiera alguna pequeña modificación.

Lo habíamos creado, Audrey y yo. Una bomba de amor y sexo metida en un frasco de cristal.

♥ ♥ ♥

Aquella primera noche apenas pude dormir. Tan solo me limité a dormitar entre periodos de tiempo en los que daba vueltas en la cama, imaginando cómo sería tener a Audrey allí conmigo. Una fantasía que ya era recurrente en mi cabeza.

Porque sí, Audrey era una compañera de trabajo, una nariz excepcional, y también alguien fácilmente irritable —por mí—, impertinente, malhumorada, demasiado metódica en su trabajo… y alguien a quien le gustaba, de vez en cuando, jugar y provocar. Y comenzaba a volverme loco aquello. La maldita conseguía lo que pretendía.

Ponerme nervioso.

Sí, Audrey era todo eso, y también una mujer que despertaba en mí un instinto tan salvaje como nuestro perfume. Y el hecho de que para ella quizá fuera solo un juego y una manera de añadir algo de adrenalina a su vida… no sabía todavía hasta qué punto me podía afectar.

♥ ♥ ♥

El resto de la semana nos limitamos a hacer pruebas de calidad con el perfume. No tocamos ni un ápice con respecto al aroma, tan solo lo haríamos si nos lo pedían desde Maison Lagune. Lo cual ninguno de los dos queríamos, pero lo haríamos, lógicamente, si era una petición del cliente.

Cuando llegó el viernes, decidimos que el perfume estaba preparado para presentar a Véronique. Ella se encargaría de reunirse con los responsables de la marca para hablar sobre la primera propuesta del proyecto.

—En fin —dijo Audrey, mirando el frasco que habíamos preparado con el perfume, para llevarlo al despacho de Véronique—. Supongo que esto ha sido todo. Casi cuatro meses después… aquí está lo mejor que hemos sido capaces de crear.

Me crucé de brazos.

—¿Solo cuatro meses? Contigo me han parecido cuatro años.

Audrey me miró como si fuera un chicle pegado en la suela de su zapato.

—Yo podría decir lo mismo. Espero que este haya sido el primer y último proyecto en el que trabajamos juntos. Nunca me había devanado tanto los sesos para llegar a donde tenía que llegar.

Sonreí.

—Eso puede ser positivo, ¿no? —le dije—. Te he aportado nueva energía creativa.

Ella frunció el ceño.

—Exasperación es lo que me has aportado.

Se me escapó una ligera risa.

—Reconoce que echarás de menos querer empujarme contra la estantería al discutir sobre la intensidad de la nota de café.

Audrey inspiró hondo.

—Bueno. Digamos que… —se quedó durante un par de segundos mirando el frasco de nuevo, y entonces volvió a mirarme a mí—, será raro volver a trabajar sola. O… con otra persona.

Tragué saliva, y sentí cierto picor en la garganta. Y en los ojos.

Aquello era como la materialización del fin de nuestra relación. Si Maison Lagune aceptaba el perfume tal y como era, quizá Audrey y yo no volveríamos a vernos más. Yo no tenía ningún otro proyecto firmado para ninguna casa de perfumería, por el momento. Y no era porque no me llegaran montones de ofertas. Simplemente quería estar seguro de que dedicaba mi tiempo a proyectos ambiciosos que podrían ser un reto para mí.

Así podría definirse mi trabajo para Féerie Parfums.

Y también mi relación con Audrey.

—Parece que estamos de acuerdo en algo, Meuly. Para mí también será raro —reconocí—. Pero no te acostumbres a que te dé la razón.

Audrey se acercó un poco a mí.

—Jan, no sé si eres consciente, pero esto se acaba aquí —dijo, mirándome intensamente a los ojos—. Ya no habrá muchas más ocasiones en las que puedas darme la razón.

Le aguanté la mirada. Sí, me dolía pensar en eso. Pero quería mantener el ambiente ligero.

—Acabarás llamándome y pidiéndome consejo para tu próximo perfume, y lo sabes —le dije.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ay, no. Estás levantando la ceja otra vez.

—Sabes que tengo razón.

—Quizás me llames tú a mí —dijo con cierta burla.

—En tus sueños.

Audrey parpadeó un par de veces y apartó la mirada de mí durante un instante.

—En mis sueños pasan cosas más interesantes.

Tardé en procesar aquello un par de segundos. Se podía interpretar de muchas maneras. De muchas… muchas maneras.

—¿Por ejemplo? Algo interesante conmigo, ¿verdad?

Yo también podía jugar. O por lo menos intentarlo. Quizá sin llegar a su nivel. Yo no iba a insinuar que me masturbaba en la habitación de al lado, como ella había hecho conmigo en París. Bueno, eso era algo que, en realidad, acabé haciendo. Y pensando en ella.

Me esperaba una reacción de gato arisco enfadado, pero no fue así. En cambio, Audrey me miró de una manera indescifrable. Y luego apartó la mirada de mí.

¿Acaso no era ella la provocadora?

—Es hora de hablar con Véronique —dijo simplemente.

Se quitó la bata, cogió el frasco y salió del laboratorio. Tardé en reaccionar, pero la seguí en cuanto pude volver a usar mi cerebro con normalidad.

Audrey tocó a la puerta de Véronique.

—Adelante. —Entramos los dos. Véronique estaba ocupada con su ordenador y una carpeta llena de papeles. Enseguida levantó la mirada y nos sonrió—. Bueno, bueno. Estoy deseosa de oler eso que traéis ahí, chicos.

—Aquí tienes —dijo Audrey, y le tendió el frasco y un par de tiras olfativas de papel.

Véronique lo observó primero durante unos segundos. Lo cogió entonces y pulverizó en una de las tiras un par de pulsaciones. Aireó la tira para bajar la salida de alcohol y luego se la llevó a la nariz.

En ese momento sentí mi corazón latir fuertemente contra mi pecho. Miré a Audrey. Ella me miró a mí. Estaba igual de expectante que yo.

Volvimos a mirar a Véronique cuando inhaló el perfume.

Entonces ella cerró los ojos, con gesto serio. Exhaló el aire y volvió a inhalar.

Y, poco a poco, una sonrisa se fue formando en su rostro.

—Lo habéis hecho, chicos —dijo, mirándonos, sin dejar de sonreír—. Esto es lo que necesitaba que me dierais. Sois un gran equipo.

Audrey y yo nos volvimos a mirar. Pude ver cómo respiraba hondo, como si hubiera estado aguantando la respiración.

—Nos alegramos de que te guste, Véronique —dije—. Ha sido un gran reto para nosotros.

—Tanto profesional… como personal —añadió Audrey, y me dirigió una breve mirada.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

Véronique se rio.

—Eso me gusta de vosotros dos —dijo—, que chocáis en todos los aspectos en los que pueden chocar dos compañeros de proyecto. Y habéis sido capaces de encontrar eso que os une. Enhorabuena. Voy a contactar con el equipo de Maison Lagune para reunirnos la semana que viene. Estarían completamente locos si quieren hacer algún cambio a este perfume, pero os informaré de ello.

Audrey y yo asentimos.

—Gracias, Véronique —dijo Audrey.

Nos despedimos y salimos de su despacho. Caminamos hacia la sala de estar de la oficina. Y nos paramos en la puerta.

—Bueno, pues… —comenzó ella.

Me encogí de hombros.

—Esto ha sido todo por el momento. Hasta que no tengamos la respuesta de Maison Lagune… ya no hay nada que hacer. Por lo menos para mí.

Yo había firmado un contrato para llevar a cabo ese proyecto, nada más, pero Audrey era una perfumista habitual en Féerie Parfums.

—Yo quizá comience a trabajar en otros proyectos que Véronique tiene para mí. Así que…

—Eso. Nos vemos… cuando tengamos la respuesta de Maison Lagune.

—Vale. Nos vemos entonces.

Me miró durante un par de segundos. No sabía muy bien por qué, pero me dio la sensación de que no estaba demasiado convencida.

—Pues… —dije en un suspiro— adiós.

Carraspeé y me fui al despacho a coger mis cosas. Salí con mi chaqueta y vi que Audrey todavía estaba ahí, en el pasillo. Me miró una última vez antes de que yo me girara para salir de la oficina.

¿Por qué era tan difícil decirle adiós? ¿Por qué era tan difícil proponerle salir a tomar algo juntos?

Con esas preguntas rondando en mi cabeza, salí de la oficina, con ganas de más dosis de Audrey.

♥ ♥ ♥

Me pasé el fin de semana tentado, a veces con el móvil en la mano, a invitar a Audrey a salir a algún lugar. No era como en Chamonix. Allí no me pareció tan, tan difícil. Porque vi cómo Audrey salía sola a ver el amanecer y pensé que podríamos compartir ese momento. Pero lo de invitarla a tomar algo así, fuera de contexto… no era nada fácil para mí.

Lo que me frenaba era que nuestra relación laboral todavía no estaba del todo terminada. Y, aun así… quizá temía un rechazo. Quizá temía que esa forma de jugar conmigo y de provocarme fuera tan solo un entretenimiento para ella. Que, a la hora de la verdad, yo tan solo fuera un compañero de trabajo que la sacaba tanto de quicio que tuviera que torturarme para tenerme callado un rato.

No lo sabía.

Pasé un fin de semana solitario, de jardinería, de lectura, de naturaleza… pensando en todo aquello.

♥ ♥ ♥

El lunes recibí un mensaje de Véronique para informarme de que se reuniría el martes con las personas responsable de Maison Lagune para valorar nuestro perfume. De esta forma, nosotros nos reuniríamos el miércoles con ella.

Se me hizo tan, tan raro pasar aquel lunes y aquel martes sin ir a trabajar. Sin mi café y mi croissant de la cafetería Poisy. Sin crear en el laboratorio.

Sin ver a Audrey.

Por eso, estaba incluso nervioso cuando llegó el miércoles. Cuatro días sin verla y ya estaba deseoso de encontrármela aquella mañana.

Y cuando la vi bostezando mientras Étienne le hablaba en la cafetería, sentí algo en el

estómago que hacía mucho tiempo no sentía. Como si alguien me lo estrujara, como si fuera un trapo al que quieres eliminar el exceso de agua.

No era la definición más poética, pero sentía exactamente eso.

Sin embargo, tenía que disimular.

—Buenos días —saludé a los dos.

—Ey, Jan —repuso Étienne—. Enseguida te preparo lo de siempre.

—Gracias. —Miré a Audrey—. ¿Preparada para la respuesta de Maison Lagune?

Ella sopló un poco sobre su café.

—Preparada. Pero como tengamos que hacer algún cambio en el perfume… no sé si podré aguantar más tiempo trabajando contigo.

Me salió una ligera sonrisa. Creía firmemente que nuestro perfume era perfecto, pero… más días trabajando con Audrey, pues… no sonaba del todo mal.

—Lo estás deseando en el fondo.

—Jan, por Dios, es demasiado temprano para esto.

Solté una risita de satisfacción.

La había echado de menos. Solo en cuatro días. ¿Cómo era posible?

Salimos de la cafetería y terminamos de desayunar en la sala de estar de la oficina. Poco después, Véronique nos buscó para que fuéramos a su despacho.

Y allí que fuimos, Audrey y yo, expectantes por saber la respuesta de Maison Lagune sobre nuestro perfume.

Véronique se sentó en su escritorio y nos miró. No pudo alargar mucho el misterio, porque se le escapó una sonrisa.

—Es perfecto, chicos —dijo, visiblemente satisfecha—. Se han enamorado. Qué orgullosa estoy. Por cierto, os veo muy guapos a los dos. Os ha sentado bien trabajar juntos. Que no os sorprenda que Maison Lagune solo quiera contar con vosotros dos para sus próximos perfumes.

Audrey y yo nos miramos. Ella no pudo ocultar una sonrisa deslumbrante. Nada de ironía, nada de mal humor… simplemente una sonrisa que podría alegrar el día a cualquier persona.

—Eso es lo que pretendíamos, Véronique —dijo Audrey—. Que se enamoraran. Es un perfume para San Valentín, ¿no?

Véronique asintió, todavía sonriendo, y me miró a mí.

—No ha sido fácil trabajar con Meuly —la miré fugazmente, levantando una ceja—, pero ha valido la pena.

—Por supuesto, Jan —repuso Véronique—. Tenéis química. Mucha, muchísima. Más de la que imagináis. Fue todo un acierto haceros trabajar juntos. No voy a quitarme ese mérito.

Tenía razón. Sin la propuesta de Véronique, probablemente yo nunca hubiera trabajado con Audrey. Quizá nunca la hubiera conocido. Nunca había coincidido con ella en ningún evento de perfumería, y no sabía si eso hubiera pasado algún día.

Pero ya estaba, el huracán Audrey ya había cruzado por mi vida y ya no había vuelta atrás.

♥ ♥ ♥

Pasamos el jueves y el viernes completando la ficha técnica del perfume para que pudieran fabricarlo a gran escala utilizando exactamente los mismos ingredientes, en las mismas proporciones.

—Espera, creo que la concentración de rosa está mal —dijo Audrey, leyendo la ficha—.

Vamos a repasarlo una última vez.

Ya era la tarde del viernes y Véronique nos estaba esperando.

—¿Otra vez, Meuly? Ya lo hemos repasado diez veces. Está bien. Estoy empezando a creer que estás buscando excusas para alargar el tiempo conmigo aquí en el laboratorio.

Levanté una ceja a propósito, para molestarla. Ella negó con la cabeza, mirando hacia arriba.

—Eres un idiota. Quiero que esté todo perfecto, ya está.

—Está todo perfecto. La rosa está bien. Déjame ver, de todas formas —le dije, y le tendí la mano para que me diera la hoja de la ficha.

La cogí y repasé de nuevo los ingredientes, las cantidades, las concentraciones. Todo estaba bien. Levanté la mirada y vi que Audrey me observaba con curiosidad. Carraspeé.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, todo correcto. Podemos ir a entregársela a Véronique.

Ella inspiró hondo. Parecía que algo la retenía en el laboratorio, así que decidí salir yo primero. Ella me siguió.

—Genial, chicos —me dijo Véronique en cuanto le entregué la ficha—. Vuestro perfume estará en las tiendas más exclusivas para el próximo San Valentín. ¿Será mi marido capaz de regalarme de nuevo un perfume creado por la compañía en la que trabajo? Supongo que es capaz. —Se rio ella sola, y nosotros sonreímos—. Audrey —dijo, mirándola—, te veré pronto para hablar contigo sobre nuevos proyectos. Y Jan… —me miró entonces a mí—, no te alejes demasiado de nosotros. Tu nariz no tiene precio.

Me salió una sonrisa de satisfacción.

—Gracias.

Véronique se levantó y me estrechó la mano afectuosamente.

Cuando salimos los dos del laboratorio, algo había cambiado entre nosotros. Ya no nos unía nada. Lo único que habíamos creado juntos ya estaba en manos de Maison Lagune.

—Pues… —comenzó Audrey, mirándome.

¿Se estaba despidiendo de mí? ¿Había llegado ya ese momento? No podía dejarla escapar tan fácilmente. Era entonces o nunca.

Tenía que hacerlo.

—Audrey —dije, antes de que ella comenzara a hablar.

—¿Sí? —me repuso, confusa.

Solía estarlo cuando la llamaba por su nombre, y eso me parecía curioso. Me miró con el ceño fruncido, pero apretando un poco los labios, como con impaciencia.

El corazón me latía a toda prisa. Así que utilicé esa adrenalina para lanzarme al vacío, aun sin saber qué podría encontrarme en el fondo.

—Quiero una cita contigo.

45

Audrey

—¿Qué? —pregunté tras un par de segundos de estupefacción, aunque lo había oído perfectamente.

Jan bajó la mirada durante un instante, como si no fuera capaz de aguantármela.

—Eso. Ya sabes… para celebrar el éxito de nuestra creación. Quiero que nos veamos fuera.

Negué con la cabeza. No entendía nada.

¿Jan me estaba proponiendo una cita? ¿Así, tan directo?

—¿Fuera?

—Sí. ¿Haces algo mañana? Podríamos ir a Annecy.

—¿A Annecy?

Se le escapó una sonrisa.

—¿Puedes dejar de repetir todo lo que digo?

Fruncí el ceño.

—Jan… ¿te encuentras bien? ¿Has vuelto a oler el frasco de pachuli? Ya te dije que tuvieras cuidado, que está tan concentrado que te puedes marear.

—No he olido nada de pachuli últimamente.

—Entonces… ¿va en serio?

—Claro. Ya no somos compañeros de trabajo. —Hubo un silencio, ya que yo no supe qué decir—. Dame ese pequeño placer, Meuly. Me lo merezco por haber aguantado tu mal humor.

Intentando ignorar lo rápido que comenzó a latir mi corazón, me hice la interesante. No quería que Jan viera de una forma tan obvia que me moría por verlo fuera.

Por eso quería alargar nuestro tiempo en el laboratorio todo lo posible. Por eso era tan difícil decirle adiós.

—Pequeño placer, ¿eh? —repetí, sonriendo y mordiéndome el labio.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Es que tú solo piensas en eso? Por muy básica y primitiva que seas, sí, me gustaría que diéramos un paseo juntos por nuestra ciudad. Y, si no aceptas… pues siempre te quedará la duda de si soy tan encantador fuera del laboratorio como lo soy dentro.

Me salió una risita irónica.

—Encantador, ya. Te recuerdo que nos vimos en Chamonix.

—Y estás deseando repetirlo. Admítelo.

Tragué saliva.

Sí, deseaba repetirlo. Deseaba más de Jan.

Pero no sabía exactamente en qué sentido. Y eso me hacía sentir insegura. Sin embargo,

después de muchos años sumida en un letargo emocional… quería volver a sentir. Moría por sentir.

Fuera lo que fuera.

—Vale —dije simplemente—. Recógeme mañana.

♥ ♥ ♥

Me sorprendí a mí misma maquillándome cuidadosamente, aunque de forma ligera y suave, para mi cita con Jan.

Mi cita con Jan.

Guau. Todavía no había asimilado el nivel de surrealismo de aquella situación.

Decidí ponerme un vestido marrón de punto, medias oscuras y unas botas hasta la rodilla. Me dejé el pelo suelto, con mis suaves ondas cayendo hasta la mitad de mi espalda. Me miré en el espejo de mi habitación y no me vi nada mal. Se me escapó una sonrisilla nerviosa, y me hizo gracia verla en el espejo.

Adoraba volver a sentir eso que hacía mucho que no sentía. Ilusión, nervios, ganas de ver a alguien.

Porque sí, estaba tan nerviosa que apenas había podido comer. ¿Por qué, si había pasado mucho tiempo con Jan a solas desde el mes de julio? ¿Por qué entonces era diferente?

Quizá no quería aceptarlo, pero, obviamente, era diferente.

Ya no éramos compañeros que se sacan de quicio a veces, ya no teníamos que trabajar en un proyecto común.

Jan y yo éramos, entonces, dos personas que… ¿qué exactamente? Todavía no quería ponerle nombre a aquello.

Cuando fui al baño, poco antes de la hora acordada con Jan, me agobié por un momento al no recordar si mi zona más íntima estaba en las condiciones óptimas para…

Dios, ¿para qué, Audrey? ¿Qué se me pasaba por la cabeza que podía suceder aquella noche?

La respuesta era obvia, pero no me atrevía a reconocerlo. Ansiaba eso con lo que incluso había soñado.

Casi se me salió el corazón por la boca en cuanto me llegó un mensaje de Jan. Ya me estaba esperando. Teníamos por delante una hora y media hasta llegar a Annecy.

Una hora y media en la que Jan me pondría de los nervios con sus comentarios sarcásticos, pero también sería una hora y media en la que desearía que detuviera el coche y que me arrancara la ropa.

♥ ♥ ♥

—Hemos quedado un poco pronto, ¿no crees? —dije, mirando la carretera por la ventanilla—. Parecemos dos adolescentes.

Había algunas nubes, pero el sol todavía estaba alto.

Jan siguió con la vista fija en la carretera. Tenía que reconocerlo, estaba muy guapo. Un jersey gris oscuro y unos vaqueros también azul oscuro. Aquellos tonos hacían resaltar el rubio de su pelo y sus ojos claros.

—Ten en cuenta que tardaremos en volver a Lyon —repuso—. ¿A qué hora quieres volver? ¿A las cinco de la mañana?

Negué con la cabeza.

—¿Es que tu mamá te obliga a acostarte pronto, Jan?

—Venga ya.

Me mordí el labio. Había comentado en alguna ocasión con Jan que mis padres seguían teniendo su casa de toda la vida en Annecy.

Y yo tenía las llaves.

Y, aquel día, me aseguré muy bien de llevarlas en el bolso.

Pero no se lo iba a decir directamente a Jan. «No te preocupes por la hora, podemos ir a mi antigua casa familiar por si acabamos echando un polvo». Mmmm. Quizá no era lo más adecuado.

Dejé de mirar la carretera a mi derecha para mirarlo de reojo a él, mientras conducía.

Cómo me gustaba su nariz. Tan recta, tan perfecta. Diseñada especialmente para oler y para crear nuevos olores. ¿Podía una nariz considerarse una parte erótica del cuerpo? Para mí lo era. Quizá por nuestra profesión.

Me pregunté cómo sería Jan bajo la ropa. Tan solo había visto la parte superior de su pecho en la piscina. No sabía realmente por qué ni siquiera quiso salir para ir conmigo a la sauna. Pero quizá era mejor así, así podría mantener el misterio en mi imaginación.

También pensaba a menudo en cómo sería… en la intimidad. ¿Cómo me miraría? ¿Cómo olería? ¿Cómo me besaría? ¿Cómo me tocaría? ¿Cómo sonaría? Sí, todo aquello pasaba por mi cabeza mientras él estaba al lado conduciendo. Si hubiera sido verano y yo llevara ropa más ligera, no estaría segura de poder mantener seco al cien por cien el asiento de su coche.

Uf.

Me había emocionado demasiado en cuestión de segundos.

Jan comenzó a hablar sobre algunos de los perfumes que había creado en el pasado, y también me preguntó por antiguos proyectos míos. Aquello me distrajo un poco y, casi sin darme cuenta, llegamos a Annecy.

Mi ciudad de ensueño, con su lago cristalino, y con las hojas doradas de los árboles cayendo delicadamente.

¿Podía ser más perfecto?

—Bueno, ¿cuál es el plan? —pregunté en cuanto salimos del coche.

—¿Qué te parece empezar con un paseo? La ciudad se pone preciosa en otoño.

—Ya lo sé, Jan. Soy de aquí. No tienes que hacer de guía turístico.

—A veces se me olvida.

Caminamos a lo largo del lago.

—¿Por qué me siento tan rara? —pregunté, mirando a Jan por un momento. El aire suave movía su pelo rubio oscuro, y sus ojos resaltaban entre los colores cálidos del otoño—. Tú y yo, aquí… cuando ya no tenemos nada que nos una… laboralmente.

—Tú lo has dicho. Laboralmente. Somos los dos de Annecy, somos perfumistas. Nos encantan los arándanos.

—Y no nos soportamos mutuamente.

Jan negó con la cabeza, sonriendo.

—¿Ves? Otra cosa más que tenemos en común. Aunque sabes que, en el fondo, me tienes algo de aprecio.

—Muy, muy en el fondo.

Uy, cómo había sonado aquello. Por mi salud mental, debía mantener mis pensamientos en orden, pero, con Jan al lado, no era fácil. Se había puesto una gruesa chaqueta que imitaba al

cuero y eso lo hizo verse incluso más atractivo.

El casco antiguo estaba precioso. Los rayos del atardecer, que se filtraban a través de las nubes, incidían sobre los tonos coloridos de las fachadas entre los canales.

—¿Comemos algo? —propuso Jan—. ¿Conoces el Bistrot Nuage?

—Sí, pero nunca he ido. Ya sabes. No es que hiciera demasiados planes con mi ex, así que… me he perdido muchas experiencias durante los últimos años de mi vida.

Solté una risa irónica.

—Pues es una buena oportunidad para conocerlo, entonces. ¿Vamos?

—Venga.

El Bistrot Nuage estaba algo escondido entre las callejuelas del casco antiguo. Aquello lo hacía un poquito más inaccesible a los turistas y, por lo tanto, más tranquilo e íntimo.

Pedimos algo de comer y nada de alcohol. Estaba claro, Jan tenía pensado conducir para volver a Lyon en cuestión de… ¿dos, tres horas? No era tiempo suficiente para mí. Me decepcioné un poco, pero todavía podía hacer algo al respecto.

—¿Algún proyecto en mente? —me preguntó Jan en cuanto pedimos, apoyando los codos sobre la mesa y mirándome con interés.

—En realidad, todavía nada concreto. Pero Véronique siempre tiene algo preparado para mí, así que… seguir trabajando para Féerie Parfums, como llevo haciendo tanto tiempo. ¿Y tú? ¿Próximo perfume?

—Todavía no lo sé. Intentaré fluir hasta que encuentre un proyecto como mínimo igual de desafiante y ambicioso que el nuestro.

Me dirigió una breve sonrisa que me puso nerviosa.

Continuamos hablando sobre planes futuros, aunque, en el caso de Jan, nada estaba confirmado. No sabía para qué casa de perfumes trabajaría en su próximo proyecto. Y aquello me ponía algo triste. Sería raro que desapareciera por completo de mi vida.

—Así que… —comencé, cuando uno de los camareros nos trajo el *carpaccio* y el *foie gras* que habíamos pedido. Era una pena no pedir champán con aquello—, el alumno favorito de Yves Roussel, ¿eh? Seguro que eras un pedante pelota.

Jan sonrió mirando su plato.

—¿Ya no te molesta hablar sobre La Rosée?

Me encogí de hombros. Ni siquiera me había dado cuenta. Había sido un tema doloroso para mí, pero se había calmado desde que Thomas ya no estaba en mi vida. No podía volver atrás en el tiempo, ¿para qué angustiarme? Además, hablar sobre ello lo había hecho más ligero. Había sido positivo el hecho de verbalizar el dolor que tenía ahí guardado.

—Parece que no. Ya he asumido que se escapó mi oportunidad de vivir la experiencia allí. —Hice una pausa y aparté la mirada por un momento de los ojos de Jan—. Dime, ¿es Yves tan excéntrico como se dice en el mundo de la perfumería? ¿Es verdad que siempre lleva un pañuelo en el cuello con un nudo parisino? ¿Y que habla con las plantas aromáticas?

Jan soltó una carcajada.

—Completamente cierto. Es un tío peculiar, pero un gran perfumista, un gran profesor y un buen amigo.

Inspiré hondo.

—Me gustaría conocerlo algún día.

¿A cuántos eventos de perfumería había renunciado por estar con Thomas? Él no quería que yo viajara. Quién sabe, quizá hubiera incluso coincidido con Jan en alguno de ellos.

—Podemos ir a visitarlo a Grasse algún día si quieres —dijo entonces Jan—. Vive en una villa preciosa en medio del campo. En primavera está espectacular.

Arqueé una ceja.

—¿Me estás proponiendo un viaje juntos?

Él se encogió de hombros, pero parecía algo inseguro.

—¿Por qué no? Seguro que a Yves también le gustaría conocerte. Admira tu trabajo.

Espera, ¿qué?

—¿Yves?

—Sí.

—¿Conoce mi trabajo?

Jan se rio en plan burlón.

—Por supuesto, Meuly. La perfumería es su profesión de toda la vida. Y tú, aunque me vuelva loco tu forma de trabajar, tienes talento. He de reconocerlo. Yves conoce tus perfumes. De hecho, cuando le dije que compartíamos proyecto, sabía que haríamos un buen trabajo.

Sentí esa presión de nuevo en la boca del estómago. Demasiadas emociones juntas.

—Vaya —repuse, intentando disimular que aquello me había emocionado—. No me lo esperaba.

—¿No estabas tan segura sobre ti misma? ¿Ahora dudas de tu talento?

Lo medité durante un instante.

—No. No dudo. Para nada. Pero siempre está bien tener el reconocimiento de una personalidad del sector.

Jan me miró fijamente a los ojos. Me estremeció un poco, no lo podía negar.

—Te lo mereces —dijo, serio, como quien dice una obviedad—. Y siento que no hayas podido estudiar en La Rosée, pero, sinceramente… no creo que esa escuela te hubiera hecho mejor perfumista de lo que eres ahora. Eso es imposible.

Ay, me picaron un poco los ojos. Enseguida desvié la mirada de Jan y me centré en mi plato.

Nunca nadie me había dicho nada así. Nunca nadie me había valorado tanto, ni siquiera Véronique.

—Bueno, Jan —repuse, fingiendo indiferencia—, has llenado el cupo de buenos comentarios sobre mí por hoy. Ya puedes empezar a ser tú mismo de nuevo.

Él soltó una risita.

—¿Ves? Si es que en el fondo te encanta cómo soy. Disfrutas provocándome.

Lo miré a esos enigmáticos ojos azules. Parpadeó y bebió agua.

Se había dado cuenta de que aquello tenía doble sentido. Sí, disfrutaba provocándolo.

Más de lo que me gustaría admitir.

¿Por qué no hacerlo entonces? Esa arrogancia y prepotencia —ciertamente exagerada y teatralizada— contrastaba con una timidez casi adolescente cada vez que le hacía algún comentario sugerente. Y eso me parecía irresistible en él.

—¿Sabes? —dije, en tono seductor—. Creo que voy a pedir una botella de champán.

Jan me miró, irónico, durante un par de segundos.

—¿Qué parte de «Hay que volver conduciendo a Lyon» no has entendido?

Pestañeé de la forma más provocativa que pude. Me acerqué un poco hacia él.

—¿Y quién ha dicho que tengamos que volver a Lyon?

Los ojos de Jan se abrieron un poco más. Luego negó con la cabeza, brevemente. Parecía que había visto algo sobrenatural. Me hizo gracia, pero no me reí. Quizá porque disfrutaba

demasiado de eso.

—¿Qué insinúas? —preguntó con voz insegura.

Aproveché que nuestro camarero pasaba por allí para pedirle una botella.

—¿No recuerdas que todavía tengo mi casa aquí? —le dije, sonriendo inocentemente.

Se puso nervioso rápidamente y yo me tuve que morder el labio inferior. Me encantaba que fuera así. Si Jan hubiera sido el típico tío flipado que se cree que puede tener a cualquier mujer, hubiera huido de él en cuanto hubiéramos dejado de trabajar juntos. Me hubiera dado una pereza extrema. Pero es que él era todo lo contrario a eso.

—¿Ir a tu casa después de la cena? ¿En serio? —Estoy segura de que quiso sonar despreocupado, pero no lo consiguió, y eso me hacía disfrutar como una perra—. Pensé que eras más sutil, Meuly.

Entonces llegó el camarero y nos sirvió una copa de champán a los dos. Jan no parecía muy convencido de aquello, pero yo cogí mi copa y le di un sorbo sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Es que no me sale ser sutil contigo.

Lo vi tragar saliva. Siguió con sus ojos el lugar donde yo había posado mis labios al beber hasta que apoyé la copa en la mesa.

Y entonces volvió a mirarme. Él todavía no había cogido su copa.

—Audrey, no sé qué…

Sonreí. Había usado mi nombre. Se estaba desmoronando.

—¿Es que te incomodaría pasar la noche en mi casa? —lo corté—. No te preocupes, soy bastante silenciosa. A no ser que me des motivos para ser lo contrario —acabé diciendo en voz baja y algo grave.

Su frente parecía un poco brillante. Estaba sudando. Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para hablar—. ¿Acabar conmigo? ¿No tener competencia?

Aquello me hizo soltar una carcajada, pero por dentro sentía un dulce placer.

—¿Tanto te afecta esto, Jan?

Me miró como si estuviera loca.

—¿Que si me afecta? Joder, Audrey, soy humano. ¿Tú te has mirado en un espejo? Y… no es solo eso. Es… mucho más.

¿Acaso él podía también ponerme nerviosa a mí? Aquellas palabras me hicieron sentir un pequeño nudo en la garganta. Y no sabía cómo gestionar esa vulnerabilidad que yo también podía sentir estando con él.

Bajé un poco mi mirada. Su copa seguía intacta. Si no la tocaba, es que todavía tenía intención de conducir para volver a Lyon. Y si la cogía y bebía… es que ya había tomado una decisión.

Volví a mirarlo. No quería mostrarme débil ante él, aunque sintiera esa debilidad. Había salido de una relación larga —y muerta— hacía relativamente poco. No podía permitirme el lujo de volver a pasarlo mal.

Quería disfrutar. Y podía ver en los ojos de Jan que él me deseaba también. Lo sabía, lo sentía. Era irónico, pero la vida era irónica en general.

Insulta a tu compañero de trabajo el primer día que lo conoces, pelea con él a diario para sacar adelante vuestro proyecto, y… acabarás deseando que te ponga contra la pared y te haga sentir eso que llevas mucho tiempo sin sentir.

Porque el sexo con Romain había estado genial, sí. Y lo volvería a tener sin problemas. Pero, con Jan… había algo más allá. Y me moría por descubrirlo.

—Y… —comencé, en el mismo tono bajo, sin estar muy segura de a dónde nos llevaría esa conversación—, ¿qué es lo que hay, exactamente?

Él me mantuvo la mirada durante un par de segundos. Y, entonces, su mano izquierda fue a coger la copa de champán. La levantó lentamente, como si lo estuviera meditando todavía.

Y le dio un sorbo.

Sentí un calor intenso que emanaba de mi estómago, hacia arriba, hacia mi boca, y también hacia abajo, hacia algún lugar entre mis piernas.

—¿Que qué hay? —dijo entonces, con una ligera sonrisa, pero sentí que le costaba mantenerme la mirada—. Además de intentar no perder la cordura cuando te tengo delante… no demasiado.

Volvió a dar otro sorbo.

¿Cuánto tiempo iba a poder mantener aquella tensión que comenzaba a matarme por dentro?

Lo deseaba, y lo deseaba en ese instante. Pero, conociendo un poco a Jan, no me lo iba a poner tan fácil. No tenía pinta de ser uno de esos hombres que lo quieren todo rápido y en el momento.

Así que, por mi bien mental, decidí echar un poco el freno y disfrutar de la cena.

—Por lo que veo… —comencé, revolviéndome un poco en mi silla, como si me estuviera recolocando—, soy algo más que una simple perfumista malhumorada y cuadriculada, ¿no?

No pude evitar una ligera sonrisa mientras esperaba su respuesta.

—¿Podemos cenar tranquilamente? ¿O vas a seguir torturándome?

Apreté los labios, sin dejar de sonreír.

Jan había pensado lo mismo que yo. No era la mejor situación para seguir explorando aquello que… ¿parecíamos sentir los dos? Además, también era placentero poder alargar aquella tensión un poco. Pero solo un poco. No sabía si yo aguantaría mucho más.

Lo quería aquella misma noche.

♥ ♥ ♥

Salimos del Bistrot Nuage cuando ya era completamente de noche. Se oía el murmullo de la gente en el casco antiguo y también el agua correr por los canales. Las coloridas luces de las casas y de los restaurantes en la orilla se reflejaban en el agua.

Nos habíamos bebido un par de copas de champán cada uno. Estaba claro que Jan no iba a conducir aquella noche. ¿Qué podía pasar? Eso sí que no lo sabíamos ninguno de los dos.

Ambos nos pusimos nuestras chaquetas. El aire otoñal soplaba ya bastante frío en octubre. Por un momento, la situación se hizo algo incómoda.

¿Dónde íbamos?

Carraspeé y decidí aligerar un poco la situación. Busqué entre mis recuerdos en los cuales el lago de Annecy era uno de los protagonistas. Algo me vino a la mente, algo en lo que no había pensado durante mucho, mucho tiempo.

—¿Sabes qué? —comencé. Jan se giró y me miró con expectación—. Recuerdo que tuve mi primera cita con un chico del instituto la noche del festival de los fuegos artificiales. Fue el primero con el que tuve algo, el que me hizo descubrir… —suspiré, cuando me sumergí en aquellos recuerdos—, ya sabes, el amor, el placer. Las primeras veces. —Jan no dijo nada, pero parecía inmóvil, dando la impresión de que no sabía por dónde iba a ir yo—. Nuestra relación no duró mucho, pero lo recuerdo con cariño. Aquella noche fue algo especial. Los fuegos artificiales sobre el lago inmenso. Se me quedó grabado para siempre su perfume en mi cabeza. Y me di

cuenta… de que los perfumes pueden ser frascos para guardar recuerdos.

Jan se paró en seco y yo me di cuenta un segundo después, cuando no lo vi caminando a mi lado.

Me di la vuelta y lo vi observándome con una sonrisa enigmática.

—Así que Audrey Meuly es mucho más artística y sensible que una licenciada en Química cualquiera, ¿eh? ¿Quién dijo que los perfumes tan solo son fórmulas?

Tardé un poco en procesarlo. Tenía razón. Hacía años que no volvía a aquella noche en el lago, tanto tiempo atrás. Estaba redescubriendo cosas sobre mí misma. No me imaginaba que podía llegar tan lejos. Había vuelto a descubrir mi amor por la música y por Lisa Monterrey, pero ¿volver atrás a mi primera cita en el lago con mi amor adolescente? ¿Recordar que ese momento se quedó grabado en mi memoria gracias a un perfume? ¿Darme cuenta de que, seguramente, por aquello mismo decidí ser perfumista?

¿Dónde había estado esa Audrey tantos años?

Le devolví al sonrisa a Jan.

—Tú ganas —dije, divertida.

Continuamos caminando. Nos acercábamos cada vez más al lago. Era una gran masa oscura, con algunos reflejos de las luces que había en la orilla. Apenas podían verse las montañas que había al fondo, puesto que se fundían con el cielo estrellado.

—¿Sabes? —siguió Jan—. Hace poco yo también sentí que deseaba embotellar un momento para siempre.

Aquello me picó la curiosidad.

—¿Qué momento?

Los tres segundos que tardó en responder se me hicieron eternos.

—El amanecer en Chamonix. No es fácil reconocerlo, Meuly, pero fue una bonita casualidad.

Sentí que a mi corazón se le olvidaba latir durante unos segundos. ¿Cómo mantener la compostura después de aquello?

¿Debía confesar?

Me mantuve en silencio durante unos instantes.

Y entonces me di cuenta de que habíamos llegado al Pont des Amours. Nos paramos los dos justo en el centro, donde estaba la placa con el nombre del puente.

Por un momento nos quedamos mirando la inmensidad oscura del lago.

—No fue una casualidad —dije entonces, girándome hacia él.

Jan puso gesto de extrañeza.

—¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—Le recomendé ese hotel a propósito a Pauline —solté, con simpleza—. Sabía que tú ibas a estar allí.

Un soplo de aire frío se coló entre nosotros y movió las hojas de los árboles alrededor. Unas cuantas cayeron sobre nosotros.

Jan me miró como si no fuera real.

—Espero que no sea una broma de mal gusto.

—¿Por qué iba a serlo?

—¿Qué esperabas que pasara allí, Audrey?

Cerré los ojos un momento y, en cuanto los abrí, observé el lago delante de nosotros.

—Quería verte en un contexto que no fuera el trabajo. Quería ver si eres capaz de relajarte y

de pasarlo bien como una persona… normal, fuera del laboratorio.

Ya está, lo había soltado. No necesitaba esconderlo por más tiempo.

—¿Y no era más fácil proponerme hacer algo juntos, directamente?

Sonreí.

—Parece que no.

Un momento de silencio. Jan me miraba con curiosidad.

—Una parte de mí sospechaba que pudiera, efectivamente, no haber sido una casualidad —dijo—. Así que… me mentiste cuando te lo pregunté en el vestíbulo. —Soltó una ligera carcajada—. Pequeña mentirosa… vas a volverme loco.

Mi corazón, de nuevo, comenzó a bombear con más potencia.

—Eres un engreído, Jan Bauck.

Él me sonrió y… se mordió el labio inferior.

De repente sentí euforia, calor… como si estuviera dentro de un sueño que me gustaría alargar lo máximo posible.

—¿Sabes? No pienses que me gustan las mujeres que se callan y que no dicen lo que piensan, sino todo lo contrario. —Por un momento no entendí de lo que me estaba hablando—. Pero reconozco que a veces… —se acercó un poco más a mí—, te cerraría esa boca impertinente —dijo, casi en voz baja, mirándome a los ojos.

Fruncí el ceño.

—¿Cerrarme la boca tú a mí? ¿Cómo crees…?

No me dio tiempo a terminar la pregunta.

Jan cogió mi rostro entre sus manos, con fuerza, y me besó.

Y todo se paró a mi alrededor. No me importó que hubiera algunas personas cruzando el puente mientras nosotros estábamos allí, no me importó lo que pudieran pensar. Porque todo desapareció. Yo cerré los ojos y me dejé llevar por ese huracán.

La boca de Jan era un refugio cálido, ardiente, en aquella noche de otoño junto al lago. Sus labios me presionaron, su lengua invadió mi boca, como si realmente quisiera poseerme.

Me aferré a su cuello, como si no quisiera que se alejara de mí nunca. Quería quedarme allí para siempre. Entre la humedad de su boca y el sonido irresistible de los ligeros gemidos que se le escaparon cuando sus manos bajaron por mi pecho para cogerme por la cintura con fuerza.

Me gustaba su sabor suave a champán. Quise olerlo, pero me hubiera ahogado por la intensidad. Apenas podía respirar.

Apenas… aquello fue tan intenso, tan animal, que sentí que era más poderoso que yo. Que algo salía de mi cuerpo y me abandonaba. Me sentí débil en los brazos de Jan.

Y creí que me iba a caer al lago.

Me agarré más fuerte a su cuello y me separé unos milímetros de su boca, aunque no fue fácil.

Levanté la mirada hacia él. Sus ojos azules, aun de noche, tan solo me transmitían deseo.

—¿Quién quiere acabar con quién? —pregunté casi sin aliento—. ¿Acaso quieres que me ahogue en el lago?

Jan me observó como si fuera lo más increíble que hubiera visto en su vida. Me apretó más contra su cuerpo. Tanto que pude sentir su excitación bajo los pantalones. Y entonces casi me desmayé de verdad.

—No te suelto, Audrey —me susurró, mirándome fijamente.

Cerré los ojos y deseé que ese instante no se acabara nunca. ¿Cómo guardarlo para siempre en mi memoria?

Hundí mi cabeza en el cuello de Jan e inspiré hondo. Quise llenarme de su aroma, para poder volver a aquel momento cuando volviera a olerlo. En ese momento no concebía que, quizá, llegara un momento en el que no pudiera sentir su aroma.

Porque ese beso había sido como nuestro perfume: salvajemente obsesivo.

46

Jan

¿Cómo continuar con la vida después de ese momento?

Era como si me hubieran atropellado, como si me hubiera impactado un meteorito, como si el mundo se hubiera deshecho a nuestro alrededor y solo existiéramos nosotros. ¿Cómo iba a seguir viviendo después de aquel beso?

—¿Cuánto tiempo has estado deseando esto? —me preguntó Audrey, con su frente pegada a la mía.

Entonces levantó la mirada y me encontré con esos ojos oscuros.

—Más del que me gustaría reconocer —repuse.

Mi respiración todavía estaba agitada. Poco a poco volví en mí, como después de un profundo sueño. Miré alrededor y me ubiqué de nuevo en el espacio y en el tiempo. Era una noche de octubre y estábamos en el Pont des Amours. Por un momento, todo aquello había desaparecido de mi mente.

Solo existía el beso.

Sentir a Audrey de esa forma había sido… intenso, dulce, profundo, algo oscuro, primitivo.

Como nuestro perfume. Había sido como materializar nuestro perfume en nuestros labios. ¿No le gustaba jugar? Había reunido el valor suficiente para demostrarle que yo también sabía jugar a veces, y que podía anticiparme a ella.

Pero ¿qué pasaba entonces?

Mi cuerpo había reaccionado de forma acorde a mi excitación, y estaba seguro de que Audrey se había dado cuenta. Era bastante… evidente. Yo estaba deseando hacer realidad aquello con lo que fantaseaba desde hacía tiempo, por supuesto. Pero también tenía que reconocer que una parte de mí sentía miedo después de aquel subidón de adrenalina.

¿Miedo de qué? No estaba del todo seguro. De decepcionar a Audrey, de necesitarla más de una vez y no tenerla. No lo sabía. No sabía qué podía pasar después de aquella noche.

—¿Dónde vamos? —me preguntó ella entonces, suavemente, con el deseo desbordando en su mirada.

Sí, Audrey me deseaba. Estaba claro, podía verlo en sus ojos. Se había quedado sin respiración al igual que yo. No era solo un juego o un entretenimiento como a veces había pensado. Y verme, de repente, frente a esa mujer, que esperaba algo muy concreto de mí… me ponía nervioso.

—No puedo conducir —dije simplemente.

Sabía que estaba jugando en un terreno peligroso en cuanto decidí beberme esas dos copas de champán, y ahora tenía que enfrentarme a lo que yo solo me había buscado. Y que, obviamente,

también deseaba.

Audrey dibujó una sonrisa irresistible con esos labios carnosos que ya había podido probar.

—¿Te hace un paseo hasta Annecy-le-Vieux? —preguntó.

Levanté una ceja y aquella vez Audrey no puso gesto de fastidio.

—Así que… hemos sido vecinos bastante tiempo, ¿no?

Comenzamos a caminar en aquella dirección.

—¿También vivías en Annecy-le-Vieux?

—Sí —dije—. Y, créeme, si hubiera coincidido contigo en algún lugar… creo que no me hubiera quedado indiferente.

Vi de reojo que ella sonreía.

—Anda ya. Tenías… —calló por un momento—, otras cosas en la cabeza.

Supe que no quería mencionar a Margot, pero lo entendí. Aunque yo tuviera pareja, si me hubiera encontrado con Audrey en alguna parte, estaba seguro de que me hubiera provocado algo.

No podías encontrarte con Audrey Meuly y no sentir absolutamente nada.

—Incluso así —respondí—. Si me hubiera cruzado contigo… hubieras llamado mi atención. Probablemente, me hubieras insultado, y yo hubiera pensado que eras una demente, increíblemente bella, pero demente. Como cuando nos vimos la primera vez en la cafetería.

La miré. Audrey miró al suelo, como si le diera vergüenza recordar aquel momento ridículo, pero luego levantó la mirada y me sonrió de nuevo.

—No se juega con mis croissants.

Me reí.

Por un momento el ambiente se aligeró, pero yo tan solo pensaba en que estábamos acercándonos cada vez más a la antigua casa de Audrey.

Y que ella quería lo que quería de mí. Y yo también lo quería. Y podía pasar en cuestión de minutos.

Fue un paseo tenso, en el buen sentido, bajo la luz de las farolas junto a la orilla del lago. En aproximadamente media hora, Audrey se paró frente a una casa tras un jardín algo descuidado. En una calle por la que yo había pasado montones de veces durante mi infancia y adolescencia.

Y ella había estado ahí, todo ese tiempo.

—Adelante —me dijo.

Cruzamos el jardín y Audrey sacó unas llaves de su bolso. En cuanto la metió en la cerradura, mi corazón se aceleró. Deseaba y temía lo que estaba a punto de pasar ahí dentro.

La puerta de madera crujió un poco, Audrey encendió la luz y pasamos a un salón acogedor con un sofá y unos sillones, una mesa de café de madera desgastada, estanterías llenas de libros y pequeños recuerdos y una chimenea en el rincón.

Así que Audrey había pasado ahí su infancia y su adolescencia.

—Bueno, pues… —comenzó ella—, esta es mi casa familiar.

Se quitó el bolso y el abrigo y los tiró sobre uno de los sillones.

Yo asentí. ¿Podían los nervios y la incomodidad superar a la excitación y a las ganas?

—He deducido eso por mí mismo, Meuly.

También me quité la chaqueta y la dejé sobre un sillón, al igual que ella.

—¿Quieres… tomar algo? —me propuso—. Afortunadamente, el alcohol no caduca.

—¿Acaso quieres emborracharme?

Ella me dedicó una sonrisa burlona y seductora a partes iguales.

—¿Para qué? Ya te tengo donde quería, y por tu propia voluntad.

Se acercó a mí y levantó la mirada. No podía con esos ojos negros, eran superiores a mí.

Tragué saliva.

Miré alrededor de ella por un momento. Me hubiera encantado sentarme en el sofá y preguntarle por las fotos de las estanterías, por los recuerdos de los viajes, por cómo había sido su infancia junto a esa chimenea durante los fríos inviernos de Alta Saboya. Hablar con ella horas y horas.

Pero Audrey quería lo que quería de mí. Y yo también lo quería, pero también quería más que solo eso. Y me daba la sensación de que Audrey no pensaba en nada más allá.

Cerré los ojos un momento. ¿Cómo mi cabeza podía ir a toda velocidad teniendo a semejante mujer frente a mí, deseosa de que la besara y la tocara? Si es que Audrey tenía razón cuando me llamó gilipollas la primera vez que me vio en la cafetería, había dado en el clavo.

Lo era.

Y, por otra parte, Audrey me había buscado fuera del trabajo. Había provocado un encuentro en Chamonix. Porque quería descubrirme y no sabía hacerlo de una forma más… ¿adulta? ¿Madura? Esa pequeña posibilidad de que su aparición en el mismo hotel no fuera casual voló por mi cabeza, pero no me atrevía a tomármela en serio.

Hasta que ella misma me lo confirmó.

Por lo tanto, Audrey también debía de sentir algo. Por mínimo que fuera.

Sin embargo, no me dio demasiado tiempo para seguir pensando, lo cual agradecí, porque estaba entrando en un bucle frenético y peligroso.

Audrey se acercó a mí y deslizó sus manos por debajo de mi jersey. Mi vientre se contrajo con el tacto de su piel. El aire que estaba aguantando dentro de mí se escapó entre mis labios.

—¿Qué? —susurró Audrey—. ¿Vuelves a ser el chico arrogante, pero tímido de antes?

Intenté aclararme la garganta, pero fui incapaz.

Al ver que no reaccionaba, me atrajo con sus manos hacia ella y me besó. En ese momento, era imposible no reaccionar. Me dejé llevar en la humedad de su boca, de su lengua y de sus labios. Hundí mis manos en su cabello negro, cogí con fuerza varios mechones y ella soltó un gemido.

¿Qué me hacía esa mujer?

Mi cuerpo reaccionó enseguida. Audrey se dio cuenta y me empujó contra el sofá. Levanté la mirada y la vi, a punto de sentarse sobre mí, acalorada, excitada, con los labios entreabiertos. Y me pareció la visión más increíble que había tenido nunca.

—Desde que te vi en la piscina —dije, con la voz algo ahogada por la excitación, respondiendo a la pregunta que me había hecho en el Pont des Amours, cuando había querido saber desde hacía cuánto tiempo la deseaba—. O quizá incluso antes.

Ella alzó una ceja.

—¿París? —preguntó, y se colocó a horcajadas sobre mí, dejando su entrepierna muy cerca de mi erección.

Su vestido se subió un poco y dejó al descubierto sus muslos perfectos cubiertos por unas medias oscuras.

—Sí —repuse, rememorando aquella visión perfecta en el spa—. Odié lo insoportablemente preciosa que eres.

Audrey pegó su rostro al mío, me agarró la mandíbula con su mano derecha y clavó sus ojos en mí.

—Tú tampoco estás nada mal, Jan —susurró, y vi cómo sus ojos bajaban por mi nariz, paraban un par de segundos, y luego llegaban hasta mis labios—. No me hubiera importado que esa misma noche, en París, hubieras llamado a mi habitación.

Cerré los ojos un momento, casi sin respiración.

—No te hubiera importado, ¿eh? ¿O lo hubieras deseado?

Audrey sonrió y comenzó a frotarse contra mí. Incluso con ropa comenzaba a ser exasperantemente placentero.

—Puede ser —repuso, mirándome fijamente mientras basculaba su cadera sobre mi pelvis—. Creo que hubiera estado muy bien, pero… me lo vas a demostrar ahora, ¿no?

Ella misma se encargó de coger mis manos y de posarlas en sus nalgas. Estaba claro que deseaba más acción por mi parte, así que eso intenté hacer. Apreté sus nalgas con fuerza y deslicé mis manos hacia arriba, por sus caderas, su cintura, y el perfil de su pecho. Su vestido iba subiendo con ayuda de mis manos, y dejó al descubierto su vientre. Entonces la agarré fuerte del cuello y retiré su pelo oscuro. Quería olerla. Sin la presión del laboratorio, sino con total libertad.

Audrey no se esperaba ese movimiento. Jadeó, excitada por la fuerza de mis manos. Y entonces me acerqué a ella y deslicé mi nariz desde su oreja hasta su clavícula.

Como perfumista, aquello era éxtasis y abatimiento. Éxtasis porque era el aroma más perfecto, más adictivo que jamás hubiera olido. Abatimiento porque era una esencia que nunca podría capturar, un perfume que nunca podría recrear yo solo.

Era Audrey en sí misma.

Nuestras bocas volvieron a encontrarse. Sentía a Audrey tan excitada y tan hambrienta que incluso notaba sus dientes, como si quisiera morderme. Gimió en mi boca mientras sus manos se dirigieron a la cremallera de mi pantalón. En ese momento, yo estaba duro como una roca. Una reacción normal cuando tienes a esa mujer sobre ti.

Desabrochó el botón y bajó la cremallera. Yo aproveché un momento para levantar su vestido todo lo que me fue posible y acariciar sus pechos. Como había fantaseado por primera vez en la piscina.

Llevaba ropa interior negra de encaje. Cuando metí mis manos por debajo de su sujetador, todavía sin querer desabrocharlo, Audrey arqueó la espalda hacia atrás. Sus pechos eran suaves, firmes, y sus pezones estaban duros.

¿Cuánto tiempo podía durar ese placer agónico?

En ese momento, se acercó de nuevo a mí y metió su mano debajo de mi pantalón. Agarró mi erección con fuerza, por encima de la tela de la ropa interior.

—Joder —oí que se le escapaba en un gemido.

Y levantó la mirada y nos encontramos durante unos segundos. Una ráfaga de pensamientos me atravesó en apenas unos instantes.

Quería que Audrey fuera más que una noche de placer. Quería más de ella, seguir descubriéndola.

Como si fuera un perfume. Lo que estábamos haciendo era como las notas de salida, ese primer impacto vibrante y efímero. Deseaba sentir que el perfume evolucionaba, deseaba también sentir las notas de corazón, una vez el perfume se asentaba, y también las notas de fondo, las más duraderas y profundas.

Lo quería todo.

Pero algo me decía que, para Audrey, aquello era tan solo una efímera nota de salida y nada más. Y eso no supondría un problema para mí… si no fuera ella. Con Audrey quería el perfume

entero.

Cuando nos volvimos a besar, con mis manos todavía en sus pechos, sentí una especie de desconexión de mi cuerpo. Algo comenzaba a cambiar en la dureza y en la tensión que tenía entre las piernas. Audrey no podría notarlo, ya que sus manos estaban entonces bajo mi jersey. Pero algo no iba como debía ir.

Comencé a sentir vacío y pesadez, como si una corriente eléctrica se hubiera cortado abruptamente. Me quedé entonces paralizado, intentando analizar qué era lo que me estaba pasando.

Los labios de Audrey se despegaron de mi cuello lentamente, como si ella también intentara entender qué había pasado.

Se incorporó sobre mí. Yo la miré. Despeinada, acalorada, labios hinchados, ojos llenos de deseo.

Me deseaba a mí, y sentí que le iba a fallar.

—¿Qué pasa? —susurró—. ¿Estás bien?

—Sí —mentí. Me salió la voz ronca—. Ven aquí.

La atraje de nuevo hacia mí. Volví a besarla, pero Audrey ya no estaba receptiva. Se separó enseguida.

—¿Qué pasa, Jan?

Intenté volver a conectar con mi cuerpo, pero me fue imposible. Un sentimiento de decepción conmigo mismo —y de decepción a Audrey—, y también de vergüenza comenzó a invadir mi pecho.

¿Estaba viviendo el momento más ridículamente vergonzoso de toda mi existencia? Probablemente.

Cerré los ojos un momento. Intenté aferrarme al cuerpo de Audrey para que me hiciera sentir lo que me hacía sentir unos segundos atrás.

Pero nada.

—Es… —comencé, pero no sabía qué decir—, no sé. No sé qué me pasa. Es la primera vez —añadí, en un intento desesperado por no hacer creer a Audrey que aquello era normal en mí, porque no lo era.

Ella miró hacia abajo, hacia mi entrepierna, y enseguida se dio cuenta de lo que pasaba. Me miró de nuevo a mí y en sus ojos tan solo había incertidumbre.

Por dignidad, me cerré la bragueta y me eché hacia atrás en el sofá, devastado.

—¿No… no te gusto? —preguntó Audrey en un susurro, y enseguida se retiró de encima de mí, se bajó el vestido y se sentó a mi lado en el sofá.

Aquella pregunta me pareció tan ridícula que se me escapó un bufido.

—¿Estás loca? ¿Cómo puedes pensar eso?

—Por… eso.

Señaló «la zona» con la cabeza. Deseé morir en ese momento, desaparecer, que me tragara la tierra. ¿No podría haberme pasado con otra mujer? ¿Tenía que ser con ella?

—Quizá haya sido el alcohol.

No lo creía, pero no sabía qué excusa poner para no perder completamente la dignidad. Nunca había tenido problemas para funcionar después de un par de copas.

—¿Tanto te afectan dos copas de champán? —preguntó Audrey, escéptica, mientras bajaba más su vestido para cubrirse las piernas—. Necesito que seas sincero conmigo, Jan.

Todavía recostado contra el respaldo del sofá, me tapé la cara con las manos y solté todo el

aire que tenía dentro.

La humillación me impactó como una ola implacable. Sentí que la piel de mi cara ardía, y ya no era de excitación. Los ojos de Audrey me quemaban, sabía que me estaba mirando y esperando una reacción, pero no podía girarme para mirarla. Me sentí vulnerable y débil, y odiaba ese sentimiento.

—No lo sé —acabé murmurando—. Puede ser… —cogí aire—, que sienta que esto está pasando demasiado rápido.

Ya está, lo había soltado.

Por fin me giré y miré a Audrey. Su gesto me indicó que no entendía nada.

—¿Demasiado rápido? No lo entiendo, Jan. ¿Cómo quieres que vaya?

—Creo que mi cuerpo se ha bloqueado por eso. Siento que… que contigo me gustaría tenerlo todo. No solo esto. Podría hacerlo con cualquiera, pero no contigo.

Audrey frunció el ceño.

—Es la primera vez que un hombre me dice algo así.

Se me escapó una risa irónica.

—¿Has estado con muchos desde que dejaste a Thomas?

No podía negarlo, algo de curiosidad sí que me producía aquello. Ella se quedó pensando por un momento.

—Ese no es el tema. El caso es que me pediste una cita. Me has besado en el puente. Has venido hasta mi casa. —Hizo una pausa, como si estuviera analizando sus propias palabras—. ¿Qué cojones esperabas que iba a pasar aquí, Jan? ¿Que íbamos a jugar a las cartas? ¿Es que necesitas que nos casemos primero?

Negué con la cabeza. Supuse que no era fácil de entender. Ni siquiera me entendía a mí mismo. ¿Cómo podía haber podido fallar, en un momento así, con una mujer así?

—Audrey… mira, a mí no me gustaría que esto empezara y acabara esta noche. Me moriría por estar contigo si… —no era fácil abrirme de esa manera, temía hacer incluso más aún el ridículo con alguien que comenzaba a importarme— si supiera que mañana ibas a seguir estando ahí.

Audrey me miró como si estuviera intentando resolver un enigma.

—Eh… verás, Jan —comenzó, y aquello no me dio muy buena espina—, he salido de una relación muy larga hace menos de tres meses.

Esas palabras confirmaron mis miedos. Ella no quería nada más que el placer de una noche conmigo. Tragué saliva.

—Lo sé —dije, con dificultad—. Por eso. Creo… que no es nuestro momento. Ahora. No quisiera quedarme solo con esto. Quisiera tenerte entera.

Por un momento me dio la impresión de que los ojos de Audrey se humedecían.

—Pero yo, Jan… no puedo prometerte nada. —Hizo una pausa—. Y ¿sabes qué? Que tú a mí tampoco. Esto forma parte de lo que significa abrirse a alguien, ¿no? Que no sabemos cómo puede evolucionar.

Asentí. Sí, lo que Audrey decía tenía sentido. Nadie sabe qué puede pasar después de una noche de sexo. Puede no significar nada… o puede ser el comienzo de todo. Pero mi cuerpo me había fallado por algo.

Todavía tenía miedo. Miedo a pasarlo mal, miedo a que me abandonaran otra vez.

Y era mi trabajo curar esa herida. Audrey no tenía nada que ver con ello.

—Es cierto —repuse—. No debería haberte pedido ninguna cita, ni debería haberte besado en

el puente. Tenías razón desde el principio, Meuly. Soy un gilipollas y probablemente no querrás volver a verme. Será mejor que me vaya. Dormiré en otro sitio.

Hice amago de levantarme, pero Audrey me cogió del brazo.

—Quédate —dijo simplemente—. De verdad. He disfrutado mucho esta noche. Quiero decir —puso los ojos en blanco por un momento—, podría haber disfrutado mucho más, pero… —me sonrió con algo de burla, y eso hizo que el ambiente se aligerara un poco, por muy ridículo que me hiciera sentir— me ha encantado cómo me has cerrado mi boca impertinente —acabó añadiendo en un susurro.

Tragué saliva mientras me permití a mí mismo poder ahogarme por unos segundos en esos ojos oscuros. Maldije a mi cuerpo una vez más por no poder satisfacer a Audrey como yo deseaba hacerlo y como ella también deseaba y esperaba de mí.

Negué con la cabeza, sonriendo ligeramente.

—Te lo merecías. —Callé por un momento y me di cuenta de lo incómoda que estaba siendo aquella situación—. Entonces… ¿qué hacemos?

Audrey se encogió de hombros y se levantó. Yo hice lo mismo.

—Ya te lo he dicho, quédate. Yo voy a dormir arriba, en mi antigua habitación. —Cogió el bolso que había tirado sobre uno de los sillones y se dio la vuelta hacia mí—. Si oyes gemidos, no te asustes. Significa que estaré terminando yo sola lo que hemos empezado juntos.

Tuve que apretar los labios y respirar hondo, con las manos en las caderas, pero aquello me sacó una sonrisa, no pude evitarlo.

—Maldita seas, Meuly.

Audrey me sonrió también. Se dirigió hacia la puerta y me miró de nuevo.

—Ah, por cierto —dijo—. Mañana… seguiré estando aquí.

Apenas me dio tiempo a responder, puesto que salió del salón. La oí subir las escaleras y cerrar una puerta.

Y allí me quedé yo, en proceso de asimilar que había vivido algo completamente surrealista y humillante, pero que, a pesar de ello, Audrey había conseguido sacarme una sonrisa. No me había echado a patadas de su casa.

Lo tenía claro. Quería superar ese miedo que todavía rondaba en mi cabeza. Y si, por algún milagro, Audrey todavía seguía de verdad interesada en mí… me aseguraría de que acabara la noche suplicándome que parara.

47

Audrey

Si me hubiera hinchado de ayahuasca, no hubiera alucinado tanto.

En menos de veinticuatro horas había tenido una cita con Jan en Annecy, nos habíamos besado en el Pont des Amours, habíamos venido a mi casa familiar, habíamos… ¿qué era lo que habíamos hecho en el sofá? Nos habíamos tocado, habíamos estado a punto de hacer eso que —ambos— deseábamos desde hacía tiempo.

Desde París.

Y, entonces… todo se evaporó en el aire. De todas las situaciones que podrían haberse dado, quizá esa me parecía la más surrealista de todas. Cuando estaba ya empapada perdida, muriendo por que Jan me arrancara la ropa y me follara allí mismo en el sofá… todo se vino abajo.

Literalmente.

Después del desconcierto inicial, sentí preocupación. Llegué a pensar que no le excitaba lo suficiente, pero, al principio, aquello estaba como el mástil de un barco. Porque yo lo había tocado. Y luego sentí rabia. Me iba a quedar sin eso que tanto deseaba. Hasta que lo acabé aceptando. Era lo que había, sin más. Una especie de duelo eréctil que había durado un par de minutos.

Ver a Jan tan avergonzado y tan angustiado me había dolido incluso a mí.

«Quisiera tenerte entera», me había dicho.

¿De verdad esas palabras habían salido de la boca de Jan Bauck? ¿El mismo con el que tenía que pelear a diario en el laboratorio? ¿El que quería hacerme creer que su forma de trabajar era superior a la mía? ¿El mismo que disfrutaba sacándome de quicio con sus comentarios arrogantes?

Al parecer, ese Jan Bauck era el mismo que se había quedado mirándome en el spa de París, el mismo que se había abierto a mí durante aquella velada, mostrándose vulnerable, el mismo que soñaba con encontrar el amor sobre el Pont des Amours. El mismo que me había pedido una cita, el mismo que me había besado sobre ese puente, el mismo que me había comenzado a tocar como nadie lo había hecho. El mismo que me había olido como si fuera el elixir más delicioso del mundo.

Me fui a la cama dándole vueltas a todo aquello. Él no quería que «nosotros» nos acabáramos esa misma noche. Y yo tampoco, pero ¿por qué retrasar ese momento que ambos deseábamos? ¿Por miedo?

Entonces, ¿para qué vivir?

Después de haber malgastado mucho tiempo de mi vida en una relación infeliz, yo no podía permitirme el lujo de tener miedo. Quería vivirlo todo, y si me daba una hostia, pues me la daba.

Pero, al parecer, él no quería dar un paso sin estar seguro de que, al menos, podríamos seguir conociéndonos. Sin embargo, yo no podría saber eso. Ni él tampoco.

Jan tenía razón en eso de que no estábamos en el mismo punto.

Y esa inseguridad que sentía había hecho que sufriera un boicot por su propio cuerpo. Había bromeado con él con el hecho de que me iba a tocar, pero no. No paraba de darle vueltas a todo. Mi último pensamiento de aquella noche, antes de dormirme, fue el estupor que sentí al ver que de verdad comenzaba a importarle.

♥ ♥ ♥

Cuando me desperté, tenía la sensación de que todo aquello podría haber sido algún tipo de sueño provocado por el hecho de dormir en la habitación de mi infancia. Al abrir los ojos y darme cuenta de que estaba en mi casa de Annecy, tuve que rebobinar en mi cerebro para ser consciente de lo que había pasado. Y ni siquiera había bebido tanto como para no acordarme, tan solo un par de copas de champán. Simplemente, es que… era demasiado bizarro todo. Como un sueño de una noche de fiebre.

¿Jan seguiría abajo? ¿Se habría ido, hundido por la vergüenza? ¿Debería bajar y comprobarlo?

¿Cómo nos íbamos a saludar?

Me levanté de la cama, fui al baño y me di una ducha rápida. Las cañerías viejas resonaban por las paredes, y ese sonido me retrotraía a mi infancia. Me puse algo de ropa cómoda que tenía en el armario, para las pocas ocasiones en las que había dormido ahí durante toda mi relación con Thomas. Un jersey rosa palo algo viejo y unos leggins negros.

Sentía mucha presión en el estómago, pero era hora de bajar y ver si Jan seguía ahí. Carraspeé al salir de mi habitación para que él pudiera oírme en caso de que estuviera presente. Bajé la escalera e inspiré hondo antes de entrar al salón.

Todo se veía de otra forma con la luz del día, sin embargo… ni rastro de Jan. Saqué el móvil por si acaso me había escrito algo, pero no.

¿Se había ido sin decir nada?

Miré por una de las ventanas del salón, ya que oí un ruido sospechoso muy cerca. Fruncí el ceño y vi el palo de un rastrillo.

Pero ¿qué?

Me acerqué a la ventana y pude ver que Jan estaba rastrillando hojas secas en el jardín. ¿Este hombre no podía parar de sorprenderme?

Salí de la casa y me encontré con él, fuera. En cuanto me vio, me dirigió una breve mirada y siguió a lo suyo.

—Buenos días —me dijo—. Tienes el jardín hecho un desastre.

Fruncí el ceño.

—¿Se puede saber qué haces?

—Ayudar un poco.

—Jan, no vivo aquí. Me da igual cómo esté el jardín. Deja el rastrillo.

Alargué la mano para quitárselo, pero Jan se giró y me lo impidió.

—Alguien debería hacerlo. Es una pena, tienes mucho potencial aquí.

—¿De qué vas? —Por fin se lo pude quitar de las manos—. Deja esto. —Lo apoyé contra la pared de la casa y miré a Jan. A él parecía costarle aguantarme la mirada—. Pensé que… quizá te habrías ido.

Él se encogió de hombros.

—Alguien tiene que llevarte de vuelta a Lyon.

Estuve a punto de sonreír. En ese momento, me pareció incluso un hombre dulce.

—Puedo coger un autobús, no sería ningún drama.

Jan se pasó las manos por el pelo. Parecía incómodo. Muy incómodo. En su lugar, seguramente yo también lo estaría. Y después de lo que había pasado la noche anterior, no estaba muy segura de cómo relacionarme con él.

—Preferiría llevarte yo —dijo—. Aunque todavía estás a tiempo de echarme y no volver a verme.

Fruncí el ceño. Se me ocurrió, de repente, algo infinitamente mejor.

—¿Echarte? ¿Y quién me va a ayudar a volver a Lyon cargada de productos frescos del mercado? Venga, date una ducha si quieres, desayunamos por el centro, vamos al mercado y volvemos a Lyon. ¿Te parece un buen plan?

Jan hacía como que se lo pensaba un segundo.

—Bueno. Pero porque eres tú, Meuly.

Entró en casa sin mirarme y supuse que iba a darse una ducha, como le había sugerido. Yo me quedé allí, en el jardín, terminando la tarea que había comenzado Jan. Cogí el rastrillo y me puse a recoger hojas secas. Iba muy bien para no pensar demasiado.

Me imaginé que esa era la razón por la que él lo estaba haciendo.

♥ ♥ ♥

Dimos un paseo hasta el casco antiguo. Era una bonita mañana de otoño. El cielo estaba despejado y el color azul contrastaba con el dorado de los árboles. Desayunamos en una cafetería del centro para poder aprovechar enseguida el mercado. Otro de los pequeños placeres con el que hacía mucho tiempo que no me reencontraba. Salir a comprar al mercado de los domingos de Annecy. ¿Por qué estando tan cerca había pasado tanto tiempo sin hacerlo?

Después de la incomodidad inicial, Jan y yo charlábamos como si no hubiera pasado nada entre nosotros la noche anterior.

—Hacía mucho que no venía a este mercado —me dijo.

—A mí me encantaba comprar aquí. También es la primera vez que vengo desde hace mucho tiempo. Voy a coger algo de fruta, ¿vale?

Me acerqué a uno de los puestos y compré uva, higos y peras. Mucha mejor calidad que la fruta que vendían en los supermercados de Lyon. Jan también se llevó un par de plantas aromáticas de otro puesto.

—Hora de volver, me imagino —me dijo, mientras paseábamos hacia el lugar donde había aparcado su coche la tarde anterior.

¿Cómo había cambiado todo en apenas unas horas?

—Sí, venga —repuse. Miré por un momento dentro de mi bolsa de frutas, admirándolas—. ¿Has visto qué buena pinta tienen las peras? Y están justo como me gustan, no están blandas. A mí es que me gustan bien duras.

Seguí caminando tan tranquilamente, hasta que me di cuenta de que Jan se había parado un par de metros atrás. Me di la vuelta y lo vi estrechando los ojos. Me acerqué a él y me dirigió una mirada como si quisiera asesinarme.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada.

—¿En serio, Meuly? ¿Estás de coña?

—¿Qué pasa?

No entendía nada.

—¿Te gustan bien duras? —dijo, algo irónico, levantando una ceja.

—Sí, están más cruj… eh, espera. —Me di cuenta justo en ese momento—. No lo decía por ti. Eh, bueno. Ya sabes… por lo de anoche.

—Ya —repuso Jan, no muy convencido.

Hacía frío, pero sentí que mis mejillas se calentaron al pensar en la situación de la noche anterior.

Seguimos caminando hacia el coche de Jan, pero algo me decía que, inevitablemente, iba a haber mucha tensión entre nosotros.

♥ ♥ ♥

—Bueno, pues… —comencé, una vez Jan había aparcado cerca de mi apartamento en Lyon.

Después de ese comentario sobre la dureza de las peras, nos había costado volver un poco a la comodidad en nuestras conversaciones.

Jan se giró y me miró.

—Supongo que… —empezó a decir— podemos vernos en otra ocasión, ¿no? Si todavía quieres, claro —añadió antes de que me diera tiempo a responder.

Me encantaba incordiar a Jan en cuanto tenía la oportunidad, pero, aquella vez, se le veía realmente avergonzado y humillado. Me imaginaba que lo que le había pasado, como hombre, lo había hundido bastante. No sabía hasta qué punto bromear sobre ello podría ser una buena idea.

—Mira, Jan, hace unas semanas no me imaginaba diciendo esto, pero… me lo pasé muy bien. —Él me miró de una forma que me hacía pensar que no se lo creía del todo—. De verdad. Así que creo que podría hacer un esfuerzo y volver a verte.

A Jan se le escapó una ligera sonrisa genuina.

—Me alegra oír eso —respondió—. Tan solo espero que no hables sobre peras la próxima vez.

Aquello me hizo soltar una carcajada. Me dieron ganas de responderle «Espero que la próxima vez haya algo más duro que las peras», pero no quise echar leña al fuego. Bastante tenía Jan con la humillación que había tenido que vivir la noche anterior.

—Y yo espero que empieces a vivir el momento, Jan —repuse, con sencillez.

De verdad lo deseaba. El presente es lo único que tenemos.

Entonces, él me miró fijamente con esos ojos azules. La primera vez que me miraba de esa forma desde que estuvimos en el sofá. Y eso me hizo volver a ese momento. Sus labios y sus manos sobre mí, yo sentada sobre él.

Me entró algo de calor repentino. Abrí la puerta del coche, dispuesta a salir.

—Nos vemos, Audrey —dijo Jan.

Le hice un gesto con la mano y salí. Me di la vuelta cuando cerré la puerta y me quedé mirando su coche mientras se alejaba.

Inspiré hondo.

Tenía el sentimiento de que no sabía qué iba a pasar entre nosotros. Y esa incertidumbre no le gustaba a una pequeña parte de mí, porque a mí Jan también comenzaba a importarme.

48

Jan

No fue fácil recomponerme después de lo que había pasado con Audrey en Annecy. Había sido humillante. Tenía la oportunidad de demostrarle cuánto la deseaba, de darle todo el placer que quería darle, y la había cagado. El miedo me había bloqueado. Había fallado como hombre.

Aun así, ella quería seguir viéndome. Eso me hacía pensar que yo no solo era un hombre aleatorio que la podía penetrar. Bueno, es que ni siquiera había podido. Pero aquello, el hecho de que quisiera que siguiéramos viéndonos, me daba algo de esperanza. Aunque tuviera que lidiar con la vergüenza y la tensión cada vez que de su boca salía algo con doble sentido.

Habían pasado tres semanas desde la escapada a Chamonix y una semana desde nuestra cita en Annecy. Mi hermana me había propuesto vernos, ya que no nos habíamos vuelto a ver desde el fin de semana que pasamos junto a nuestros padres, y yo había aceptado con gusto. Sería bueno desconectar un poco de esos pensamientos destructivos y humillantes a los que me enfrentaba constantemente desde la noche en la que fallé con la mujer que me volvía loco.

Aquel domingo era lluvioso y ventoso, así que Lena, yo y los gemelos nos quedamos dentro de casa. Después de comer, Adam y Gabriel se entretuvieron jugando en la alfombra de mi salón y cogiéndome libros de las estanterías, mientras que yo preparaba un té para mi hermana y para mí.

Estuvimos charlando de temas sin demasiada relevancia hasta que, obviamente, Lena me preguntó por lo que ella quería saber.

—Bueno, ¿qué tal el perfume entonces?

Sabía que aquello era una simple excusa para acabar preguntándome por Audrey. Lena nunca había estado tan, tan interesada en mi trabajo.

—Genial, a la marca le ha encantado. Estará disponible para comprar en San Valentín.

—Me alegro un montón. —Hizo una pausa para dar un sorbo a su té y yo supe que era una pausa necesaria para que no se la viera demasiado desesperada por preguntar por Audrey, pero era inminente—. Y con tu compañera… ¿qué tal?

Bingo.

—Pues… bueno, quedamos en Annecy cuando entregamos la versión final del perfume.

Lena esperó, ansiosa, a que continuara.

—¿Y?

Aquello me hacía sentir algo incómodo. Al fin y al cabo, era mi hermana mayor, aunque siempre había sido una cotilla.

—Eh, nada. Cenamos y eso.

Silencio. Sentía la desesperación de Lena.

—¿Vas a contarme algo más o te tengo que estrangular para sacarte información?

—He pasado tanto tiempo en una relación estable que ahora te mueres por saber detalles de mi vida sentimental, ¿no?

Se me escapó una sonrisa antes de llevarme la taza de té a los labios.

—¡Exacto! ¿Me vas a contar si ha pasado algo con Audrey?

Inspiré hondo y dejé la taza sobre la mesa. De repente oí el ruido de una hoja de papel al rasgarse. Miré hacia adelante y vi a Adam «jugando» con uno de mis libros de perfumería.

—¿No piensas hacer nada, Lena?

Mi hermana parecía evadirse durante esos momentos de cotilleo y se olvidaba de que tenía dos gemelos, a veces, fuera de control.

—¿Eh? —Miró a Adam—. Cariño, deja el libro del tío. —Hizo una pausa—. Bueno, mejor sigue jugando mientras no se decida a contarme lo que me tiene que contar.

Puse los ojos en blanco.

—Eres una cotilla, joder. Sí, pasó algo.

Lena se llevó las manos a la cara.

—¡Cuenta!

—¿Qué quieres que te diga? Nos besamos, y… —lo visualicé por un momento, esa sensación salvaje y obsesiva— ya está.

Lógicamente, ni de coña le iba a contar nada a mi hermana sobre mi fracaso viril.

—¿Ya está? ¿Nada más?

Lena parecía decepcionada. Quería más salseo.

—Nada más, no seas pesada.

—Bueno, vale. ¿Os vais a seguir viendo?

Me encogí de hombros.

—Ella dice que sí.

Mi hermana me miró con extrañeza por un momento.

—No pareces muy convencido.

Suspiré.

—No sé, Lena… creo que he olvidado por completo a Margot, pero… sigo teniendo miedo al abandono. Audrey… —me costó, pero me animé a ser sincero— me gusta de verdad.

Lena me miró con cierta dulzura.

—Mira, yo no soy experta en parejas, sabes que no duro ni dos meses con nadie. Y ahora menos, que salen corriendo en cuanto saben que tengo a estos dos bichos a cargo. —Señaló a los gemelos con la cabeza y a mí me sacó una sonrisa—. Pero… es un riesgo que hay que asumir, supongo. Nada está garantizado. Aunque te pases un año entero conociéndola sin lanzarte del todo… podría desaparecer al día siguiente de darte cuenta de que estás completamente enamorado de ella, ¿sabes? O… hacerlo tú.

—Lo sé —repuse.

Si yo la teoría me la sabía, pero, en la práctica, mi cuerpo me había fallado. Nuestro cuerpo está conectado con nuestra mente mucho más de lo que creemos.

—El tiempo dirá, Jan. Relájate y disfruta del proceso. Pasará lo que tenga que pasar con Audrey.

Pasamos el resto de la lluviosa tarde charlando. Lena me contó que su amiga Nathalie había vuelto con su ex. Aquello me hizo sonreír irónicamente, aunque deseé que fuera feliz. Después, nos pusimos a jugar con los gemelos. Fue una buena tarde.

En cuanto mi hermana y mis sobrinos se fueron, cogí un libro sobre plantas aromáticas y me senté en el sofá. Me encantaba relajarme mientras oía la lluvia cayendo de fondo.

Por un momento se me cerraron los ojos. Y pensé en Audrey. En sus labios, en su pelo, en cómo había sido tocarla bajo la ropa. Incluso podría decirse que me alegré momentáneamente de que el sábado por la noche no hubiéramos llegado al final, porque todavía podía alargar el placer. El placer de imaginarla desnuda, porque todavía no la había visto. Tan solo la había tocado, y no todo lo que me gustaría tocar. Todavía podía imaginar cómo sería tenerla debajo de mí —o encima, o a mi lado—, cómo sería sentir sus piernas rodeando mis caderas, sus uñas clavándose en mi espalda. El calor y la humedad entre sus piernas al hundirme en ella.

Mi cuerpo comenzó a reaccionar. Aquello era buena señal. Tan solo necesitaba que durara en el tiempo, y que fuera con Audrey.

Empecé a deleitarme en lo que estaba imaginando. Cuando sentí que la cremallera de mi bragueta comenzaba a apretarme demasiado, alguien me llamó por teléfono.

Qué momento tan oportuno.

Por un momento quise ignorarlo, pero siempre tenía la sensación de que podría ser algo importante. Así que me levanté y cogí el móvil, que estaba en la mesa frente a la televisión.

Leí el nombre de Yves Roussel en la pantalla, y aquello me extrañó. No solía llamar con frecuencia. Afortunadamente, al leer su nombre, la tensión que había entre mis piernas comenzó a desaparecer. Hubiera sido extraño hablar con él teniendo eso… así, de esa forma.

—Hola, Yves.

—Hola, Jan, amigo. ¿Qué tal todo?

Sonaba jovial y animado, como siempre.

—Me pillas en casa… leyendo.

Ejem.

—No me digas más, un libro sobre notas olfativas, ¿verdad?

—Sí, eso.

No era del todo mentira, lo había estado haciendo hasta hacía relativamente poco tiempo.

—Ay, nunca cambiarás. ¿Cuándo te darás cuenta de que ya lo sabes todo sobre perfumería?

Me reí.

—Ya me conoces, Yves. Nunca es suficiente.

Me hubiera gustado preguntarle por el motivo de su llamada, pero no quería sonar maleducado. Siempre era un placer hablar con él. De todas formas, Yves se me adelantó.

—Te llamo para proponerte algo.

—Dime.

Me imaginé algún tipo de proyecto personal, algún perfume para él o para algún amigo suyo.

—¿Te apetecería pasar una temporada en Grasse?

No me esperaba aquello. Fruncí el ceño a la vez que miraba la lluvia a través de la ventana.

—Pasar tiempo en Grasse siempre es bienvenido, pero… ¿por algo en concreto, Yves?

—Sí —dijo con despreocupación—. *En apenas unos meses estaré muerto. ¿Te parece una buena razón para venir?*

Soltó una risita. Yo no entendí nada.

—¿Perdón?

—Lo que oyes. Me muero, Jan. Los médicos me han dicho que no hay nada que hacer. ¿Qué mejor manera de terminar mi vida rodeado de mis amigos?

Seguía sin poder procesar aquello. Las palabras de Yves me impactaron como un tren en

medio de la noche.

—¿Lo dices en serio?

—*Por supuesto.*

Sentí que la angustia se apoderaba de mi pecho.

—No puede ser.

—*Esto es lo que hay, Jan.*

—Eres joven todavía.

—*Joder, Jan, no tengo todo el día. ¿Vas a venir o no?*

Volvió a soltar una risa. Ese hombre era imposible.

—Eh… de verdad, Yves, me esperaba cualquier cosa menos esto.

—*Tampoco hay mucho que pensar. Sí o no.*

Inspiré hondo. Tenía la sensación de que aquella conversación no era del todo real. Me llevé la mano que tenía libre a la frente, y luego la pasé por mi pelo.

—Eh… sí, claro que sí. Si es lo que quieres, estaré allí.

Casi pude sentir la sonrisa de Yves al otro lado del teléfono.

—*Genial. No sé si serán algunas semanas o meses, pero lo pasaremos lo mejor que podamos, te lo prometo. Vente en cuanto puedas.*

Seguía sin poder procesar todo aquello.

—De acuerdo. Vamos hablando.

Nos despedimos y colgué el teléfono.

Me tuve que dejar caer en el sofá. Me quedé mirando el techo.

No entendía nada. Yves era joven y lleno de vida. No me había dicho que estaba enfermo. Era tremendamente injusto. Pero, por supuesto, si él deseaba que yo fuera a Grasse para disfrutar de sus últimos momentos juntos, lo haría sin dudar. Era un honor que pensara en mí.

¿Cómo podía una simple llamada de teléfono cambiarlo todo? Hacía apenas unos minutos, mis pensamientos estaban en un lugar completamente diferente. En ese momento, tan solo deseaba llegar a Grasse, abrazar a Yves y disfrutar al máximo el tiempo que le quedaba.

Todavía no sabía exactamente cómo lo iba a hacer, aunque supuse que debería alquilar una casa en Grasse cuanto antes. Sabía que Yves me ofrecería, sin duda, la suya, pero yo era esa clase de persona que necesitaba su intimidad. Así que quedarme en casa de mis padres en Antibes tampoco era una opción, por muy cerca que estuviera de Grasse.

Los pensamientos se amontonaban en mi cabeza, de forma desordenada, hasta que uno de ellos me terminó de descolocar por completo.

Tenía que decirle adiós a Audrey.

49

Audrey

Habían pasado dos semanas desde nuestro beso en el Pont des Amours. Desde entonces, Jan y yo apenas habíamos compartido unos cuantos mensajes para preguntarnos qué tal estábamos. Algo me decía que lo que había entre nosotros se estaba enfriando. Quizá Jan no sería capaz de superar la vergüenza que experimentó en mi casa de Annecy. En ese momento, todo era posible.

Sin embargo, el viernes me llegó un mensaje suyo. Me propuso quedar el sábado a mediodía en la cafetería Poisy. El lugar donde nos habíamos conocido. El lugar donde él se llevó el último croissant de arándanos y yo lo llamé gilipollas.

Me encontré a mí misma bastante nerviosa mientras me arreglaba para salir. Ropa otoñal cómoda y casual, en tonos tostados. La ciudad todavía estaba mojada debido a la lluvia del día anterior, y eso le daba un encanto especial.

Étienne no estaba trabajando aquella mañana, pero sus compañeros también me conocían bastante, así que una de ellas me preparó mi café y mi croissant. Pude ver de reojo que Jan ya estaba sentado en una de las mesas, en el rincón más íntimo de la cafetería. Sentí un ligero nudo en el vientre en cuanto nuestras miradas se cruzaron y él me sonrió ligeramente.

—Hola —me saludó, todavía con esa ligera sonrisa, en cuanto llegué a la mesa con lo que había pedido.

—Vaya —repuse, haciendo como que no se me retorcía el estómago de nervios y de ganas al verlo tan guapo con esos jerséis de otoño que llevaba—. ¿Te ha llevado dos semanas superar una cita conmigo?

La sonrisa de Jan se amplió y le dio un sorbo a su café dulce.

—Necesitaba algo de tiempo, ¿vale? ¿Qué tal el trabajo?

Yo había seguido yendo cada día a Féerie Parfums, como siempre.

—Bien, estoy trabajando en otro proyecto que me ha ofrecido Véronique. Algo más pequeño y simple que el nuestro, pero… —inspiré hondo— eso. Trabajando a mi ritmo. ¿Y tú?

No me atreví a decirle que echaba de menos nuestras discusiones en el laboratorio. Desarrollar un perfume yo sola se me hacía, de repente, un poco aburrido y vacío.

—Bueno, bien —repuso—. Aprovechando el tiempo para leer y estar con mi hermana y mis sobrinos. De momento, no tengo pensado meterme en ningún otro proyecto. —Hizo una pausa y me miró con una intensidad que me hizo retorcerme un poco en la silla—. ¿Me echas de menos en el laboratorio?

Apreté los labios, pero se me escapó una sonrisa.

—Para nada. Ya había olvidado lo que era trabajar en paz.

—Ah, claro.

Me quedé enganchada por un momento en esos ojos azules. De una forma completamente diferente a aquella primera vez, en esa misma cafetería, a principios de verano. En nuestro primer encuentro.

Sin embargo, noté algo diferente a Jan. Y no me gustó.

—¿Va todo bien? Pensé… —decidí ser sincera— que nos veríamos más a menudo.

Él parecía algo incómodo. Se centró en su taza de café.

—No fue fácil para mí.

Levantó la mirada y se mostró vulnerable por un momento.

—¿Te crees que para mí sí?

—Venga ya. Tú no hiciste el ridículo. Lo estabas dando todo de ti.

Mis mejillas se calentaron pensando en lo excitada que estaba, sentada sobre él.

—¿Me vas a hacer pensar en eso aquí, Jan?

Se le escapó una sonrisilla encantadora, pero enseguida se apagó un poco.

—Quizá no sea la mejor idea —dijo.

No sabía muy bien cómo empezar a conversar de una forma en la que ambos nos sintiéramos a gusto. Se suponía que los dos teníamos ganas de volvernos a ver, de conocernos más poco a poco.

—Tienes razón —repuse—. Sería mejor empezar por otro tipo de plan, ¿no crees? No sé. —Hice una pausa y elevé la mirada, pensando—. ¿Qué te parece una escapada al bosque? Me encanta el bosque en otoño.

Su reacción me dejó algo fría. Tan solo elevó un poco las comisuras de los labios.

—Me encantaría —repuso, mirándome—. De verdad, me encantaría salir al bosque contigo. O cualquier otra cosa. En serio, Audrey —añadió, al ver que yo no decía nada, porque ese tiempo verbal condicional me pareció bastante extraño—. Cualquier plan contigo, incluso estar hablando, sin hacer nada especial. Eso ya sería especial.

Jan me habló como pocas veces lo hacía. Completamente sincero, abierto, sin sarcasmos, sin ironías. Era como llegar al fondo de su ser, quitando todas esas capas superficiales. Que, siendo sincera, también me gustaban.

Me gustaba todo él, incluso cuando me volvía loca y cuando me desesperaba.

Tragué saliva.

—Entonces, ¿por qué hablas en condicional? —pregunté.

Sentía que algo estaba cambiando en él. Esperé nerviosa la respuesta.

Jan dio otro sorbo a su café y me miró.

—Me voy a Grasse —repuso, y se me quedó mirando, expectante.

No lo entendía.

—¿Y? ¿Un fin de semana? ¿Unos días?

Jan inspiró hondo.

—No lo sé. Quizá unas semanas, quizá unos meses.

Me costó procesar sus palabras.

—¿Qué? ¿Por qué?

Por un momento pensé que aquello podría tener algo de relación con su exnovia, aunque no tenía demasiado sentido. Ella vivía en Nueva York, pero fue lo primero en lo que pensé. Que quizá ella hubiera vuelto y que Jan hubiera decidido volver con ella. Ese pensamiento cruzó mi mente como un relámpago.

—Mira —comenzó Jan, y yo ya me esperaba lo peor—, conozco lo suficientemente bien a

Yves Roussel como para saber que no le molestaría que te hablara de su situación.

Fruncí el ceño.

—¿Yves?

—Sí. Me llamó anoche. —Hizo una pausa y desvió por un momento la mirada—. Se muere. —Aquello me hizo sentir un pinchazo en el estómago—. No sé si lo sabes, pero no tiene familia. Solo tiene a sus amigos. Y, por suerte, algunos de sus alumnos hemos conseguido llegar a ser amigos. Quiere pasar sus últimos momentos con nosotros.

Parpadeé, pensando qué podía decir ante eso.

—Joder, Jan. Qué duro. Pobre hombre, no es tan mayor, ¿no?

—Para nada.

—Qué pena. De verdad. Me hubiera encantado conocerlo. Sé que es un gran perfumista, pero, por lo que cuentas, también es una buena persona. Merece pasar sus últimos días con la gente que quiere, seguro.

Jan asintió y me dedicó una breve sonrisa.

—Totalmente. —Hizo una pausa y se le escapó un suspiro—. Así que… mi plan es alquilar una casa allí. Aunque mis padres viven en Antibes, no es buena idea quedarme con ellos. No me apetece que mi madre me vuelva a decir que no me abrigo lo suficiente.

Me salió una risa, no lo pude evitar.

—Eso solo como último recurso —dije.

—Exacto.

Nos miramos durante unos segundos que casi se me hicieron eternos.

—Entonces… ¿qué pasa con…?

Estuve a punto de decir «nosotros», pero ¿realmente había un «nosotros»?

—No soy la típica persona que desaparece sin dar ninguna explicación y luego no da señales de vida —me dijo entonces Jan—. Ya me han hecho eso a mí y sé lo que duele. Por eso… quería verte en persona y decírtelo. Necesito hacer esto, Audrey.

Asentí, enseguida.

—Lo entiendo.

—Quizá pueda venir a Lyon de vez en cuando.

—No, Jan —dije de forma tajante—. Vive lo que tengas que vivir.

Pensándolo bien, me gustaba que Jan no renunciara a pasar las últimas semanas de vida de un amigo por estar conmigo. Eso demostraba mucho de él.

Jan era una buena persona.

Yo podía esperar, Yves no.

—Y tú —dijo entonces—. Ya sabes. —Se encogió de hombros, parecía algo incómodo—. Entre tú y yo… en realidad… no hay nada. ¿No? Eres libre. Puedes hacer lo que quieras… con quien quieras.

Era cierto, en parte. Había algo, pero no lo suficiente como para no seguir con nuestras vidas con total libertad.

—Tú también —repuse, con sencillez.

Jan no respondió enseguida.

—Si crees que te voy a olvidar tan fácilmente… te equivocas. Por desgracia —añadió.

Eso me hizo sonreír.

—Venga ya, Jan. Estarás en la tierra de los perfumes, con el director de la mejor escuela del país, con otros perfumistas increíbles. ¿Cómo vas a pensar en mí?

Él me miró, serio, por un momento.

—Aunque vaya a estar en la tierra de los perfumes, ninguno será tan salvajemente obsesivo como el tuyo. Y no me refiero a lo que creamos juntos, sino al tuyo propio, el de tu piel sin nada más.

Sentí que se me olvidaba cómo respirar.

—Si empiezas así, no te vas a ir tan fácilmente —repuse, y me mordí el labio.

Parecía que Jan se sonrojaba algo, y eso me parecía adorablemente sexy.

—No vayas por ahí, Meuly —dijo, sonriendo—. Dejemos esto… para un poco más adelante. Si, ya sabes… todavía…

—Deja de pensar tanto en el futuro —respondí, cortándolo—. Céntrate en el presente, ¿vale? Podremos hablar, no estamos en la Edad Media. Existen formas para comunicarnos. ¿Cuándo te vas?

Jan me mantuvo la mirada.

—En un par de días. Ya tengo una casa fichada.

Asentí, pero, aunque ya comenzaba a asimilar que Jan se iba de Lyon, era duro darme cuenta de que esa era la última vez que nos veíamos. Y que no sabía cuándo nos volveríamos a ver.

—De acuerdo. Eso significa que… no te veré en un tiempo. —Hice una pausa y, por un momento, me centré en mi taza vacía de café—. Pero nada es tan grave, soportaré tu ausencia en el laboratorio.

Y en mi vida. Porque no tenía otra opción.

—Por lo menos ya sabes que los perfumes pueden contar historias.

Puse los ojos en blanco.

—¿No vas a parar nunca?

—Nunca —repuso, sonriendo irónicamente.

Nos miramos un momento y continuamos charlando sobre otras cosas, sobre trabajo, sobre nuestras familias, hasta que decidimos que era hora de salir de la cafetería. Nos despedimos de los camareros y salimos a la calle.

Una corriente de aire otoñal nos recibió. Yo me encogí por un momento. Mi pelo voló libremente durante unos instantes y me gustó ver que Jan se me quedaba mirando, como si fuera algo especial.

—Bueno —dijo entonces él, algo incómodo—. Te escribiré en cuanto llegue, ¿vale?

—Y me enviarás fotos. Y saludarás a Yves de mi parte, aunque no me conozca personalmente.

Jan asintió.

—Lo haré. Entonces… es un hasta luego.

—Eso es.

—Pues… me voy a por el coche.

Jan señaló con la cabeza en la dirección opuesta a la que yo debía ir.

—Yo me iré dando un paseo.

—Cuídate mucho, Audrey.

Me gustó que usara mi nombre entonces. Sentía que, cuando más conectaba conmigo emocionalmente, era cuando me llamaba Audrey. O cuando su muro de prepotencia fingida se desmoronaba. Cuando quería incordiarme con sus comentarios arrogantes, me llamaba Meuly.

—Tú también. Cuida a Yves en lo que puedas, ¿vale? Disfruta el tiempo que le quede. Espero que sea lo máximo posible.

—Yo también lo espero. Entonces… adiós.

Jan me dirigió una breve sonrisa, algo incómoda, y me hizo un breve gesto con la mano. Yo lo imité.

—Adiós.

Ambos nos giramos en sentidos opuestos.

Di un paso, dos, tres. Hasta que me di cuenta.

¿Qué forma de despedirse era esa? ¿De una persona que me había hecho sentir tanto durante los últimos meses de mi vida? Sentir, precisamente lo que necesitaba después de años de letargo emocional.

Me di la vuelta y vi a Jan de espaldas, caminando hacia su coche. Y fui detrás, caminando más rápido que él.

Hasta alcanzarlo.

Lo agarré del brazo y apenas me dio tiempo a fijarme en su gesto de sorpresa en cuanto se giró, porque cogí su rostro entre mis manos y lo besé como nunca había besado a nadie.

Con deseo, con furia, con dulzura, con tristeza, con esperanza. Quise transmitirle que sí, que éramos libres, pero que sabía que ambos nos esperaríamos de una forma u otra. Jan respondió a mi beso y nuestras lenguas se encontraron. Sabía a café, a amargura con un punto de dulzura, a despedida. Primero sus manos se aferraron a mi cintura y luego subieron por mi espalda, hasta que se hundieron en mi pelo.

Eso me volvía loca.

Y entonces nuestros labios se separaron y sentí la punta de la nariz de Jan en mi cuello. Exhalé todo el aire que había en mi pecho.

—Gracias —susurró en cuanto nuestros ojos se encontraron de nuevo—. Necesitaba olerte una vez más. Lo necesitaba para guardar tu perfume en mi memoria.

Apreté los labios.

—De nada, Jan Bauck —repuse, y le sonreí—. Recuerda lo que te dije. Estaré aquí.

Le dirigí una última mirada con la que le quise transmitir todo lo que sentía y me di la vuelta.

Caminé de vuelta a casa pensando en que, en las semanas o meses que tenía por delante, me iba a dedicar completamente a mí misma. A hacer lo que me hacía feliz, a pasar tiempo con la gente que me apreciaba.

No sonaba mal, ¿no?

50

Jan

Conduje hasta Grasse todavía con la sensación ardiente del beso de Audrey en mis labios. Cuando pensaba que no podía sentir nada más intenso que lo que pasó en el Pont des Amours, llegaba ella y me demostraba que estaba equivocado.

¿Cómo alguien podía hacerme sentir tanto?

Sí, conocí a aquella periodista en Grasse medio año después de que Margot se fuera a Nueva York. Ella me gustaba. Hablábamos, nos reíamos, nos sentíamos a gusto. Nos acostamos —sin ningún tipo de incidente por mi parte—. Pero no era un huracán como Audrey. Y tampoco era el momento. Mi herida estaba todavía demasiado abierta.

«Estaré aquí», dijo Audrey.

Me intenté aferrar a esas palabras, pero era el momento de centrarme en mi referente, profesor, amigo Yves.

Afortunadamente, tenía una situación económica que me permitía alquilar una casa en Grasse sin tener que vender ni alquilar mi casa de Lyon. Había elegido una pequeña casita con jardín —algo prácticamente esencial para mí— a unos diez minutos a pie de la casa de Yves. Algo vieja y descuidada, pero no me importaba. Estaba en medio de robles y cipreses, tenía una fachada de piedra y unas contraventanas pintadas en tono verde pastel. La hiedra que cubría parte de la fachada se había puesto de color rojizo, y eso le daba mucho encanto.

Era perfecta para mí.

Dejé todo lo que había traído para aquellas semanas o meses, sin ordenar. Ya habría tiempo para ello, lo primero era ir a ver a Yves.

Era una mañana de otoño fresca y tranquila, y casi se podía sentir el aroma del Mediterráneo. Decidí ir dando un paseo, pero antes de salir de mi nueva casa, le hice una foto y se la envié a Audrey.

Unos diez minutos después, había llegado a casa de Yves. Vi un par de coches aparcados que no eran el suyo. Aquello me produjo algo de emoción. ¿Con quién me iba a encontrar?

Crucé la valla y entré en su jardín. Ver la casa de Yves siempre me producía alegría, incluso en aquel momento, cuando ya sabía que aquello tenía un fin muy próximo.

—¡Jan, amigo! —gritó Yves desde el porche.

Como siempre ataviado con ropa colorida y su habitual pañuelo al cuello.

Había dos personas más que, casi con seguridad, conocía.

Nos abrazamos en cuanto llegué al porche. Estaba tan lleno de vida como siempre. Ni rastro de cansancio ni de abatimiento en sus ojos verdes, sino todo lo contrario.

—Me alegro de verte tan bien —dije, sonriendo.

—Lo mismo digo.

—Mira quién ha venido a verme también —dijo, señalando a sus otros dos invitados.

Eran dos compañeros míos de estudios en Grasse.

Aiko, una perfumista que había llegado desde Japón a propósito para estudiar en La Rosée, hablando el francés justo y que se había convertido en una gran profesional. Acabó hablando perfectamente el idioma y creando fragancias únicas con su toque oriental. Una buena amiga con la que había compartido momentos geniales durante nuestros estudios, y que también se había ganado un hueco en el corazón de Yves.

El otro era Nathan, un estadounidense grandote sobre el que muchos dudaron que tuviera talento para la perfumería, pues parecía cualquier cosa menos delicado. Nada más lejos de la realidad, tenía un talento increíble para crear fragancias modernas y potentes, y trabajaba a caballo entre Estados Unidos y Francia.

Los abracé a los dos.

—Cuánto tiempo, chicos —dije, emocionado también por verlos a ellos—. ¿Cuándo fue la última vez?

—Por lo menos siete u ocho meses —dijo Aiko, sonriendo dulcemente—. Nos vimos en la última Fête des Arômes, ¿no?

—Cierto —repuse—. Pero a ti, Nathan, no te veo desde hace por lo menos dos años.

—Ya sabes, el trabajo —respondió él, sonriendo—. No paro de viajar de un lado a otro.

—Ya lo sé, eso siempre es buena señal —dije.

Yves nos miró a los tres.

—¿Os apetece comer? Hace un buen día para hacerlo al aire libre. ¿Quién me ayuda a cocinar?

Nos ofrecimos los tres para ser la ayuda de Yves en la cocina.

Conocía bien a mi amigo, no quería ver caras tristes. Ninguno mencionó su enfermedad.

En ese momento, tan solo éramos un grupo de excompañeros de estudios que se habían reunido con un antiguo profesor para charlar, reír, compartir anécdotas y, en general, disfrutar de la vida.

Quedara lo que quedara.

♥ ♥ ♥

Aquella misma noche, nos quedamos Yves y yo solos un rato. Aiko y Nathan se habían ido, ya que ella vivía en Mónaco y Nathan tenía un apartamento en Niza.

Si hubiera sido verano, nos hubiéramos quedado en el porche hasta las tantas, pero ya hacía frío, así que Yves encendió la chimenea del salón y sacó una botella de vino.

—Por fin tengo una excusa para beberme todo lo que tengo en la bodega —dijo, mientras servía dos copas.

Aquello me pareció algo extraño. No habíamos mencionado nada durante la comida ni la sobremesa, pero, quizá sin intención, se me escapó un comentario sobre ello.

—Y… —comencé, sin darme cuenta—, ¿crees que esto es bueno… en tu situación?

Yves se sentó en uno de los sillones del salón, y me miró por un momento de forma divertida antes de estallar en una carcajada.

—Y ¿ahora qué importa, Jan? —dijo, sonriendo, y le dio un sorbo a su copa—. Ya no tengo nada que perder.

Aquel comentario me sacó una sonrisa.

—Supongo que tienes razón.

Brindamos y bebimos.

—No quiero ver caras tristes, ¿vale? —me dijo—. Estoy feliz.

Intenté no mostrarme demasiado sorprendido ante ese comentario.

—Bueno… me alegro de que sea así.

—Claro. Hay gente que vive menos tiempo que yo, y hay gente que vive más tiempo, pero de peor calidad. Yo he llevado la vida que he querido, Jan. Me he dedicado a mi pasión, he viajado, y tengo buenos amigos con los que voy a pasar mis últimos días. ¿Por qué no iba a estar feliz?

Asentí, con un ligero picor en los ojos y en la garganta, provocado por sus palabras.

Comenzamos a charlar un poco de todo. Era agradable estar ahí, con el chisporroteo de la chimenea de fondo.

—Bueno —dijo Yves, y apoyó su copa en la mesa—, háblame del perfume que has creado con Audrey Meuly.

Sentí un tirón en la boca del estómago al oír su nombre. Tuve que disimular delante de Yves y restarle importancia.

—He traído un frasco de muestra, ¿quieres olerlo?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto, lo estoy deseando.

Me había llevado a casa de Yves una pequeña muestra del perfume, ya que no sabía si viviría hasta que Maison Lagune lanzara oficialmente nuestra creación al mercado.

Y no solo por eso, sino también para recordar a Audrey. Había capturado el aroma de su piel en mi memoria, pero volver a sentir nuestro perfume era también una forma de volver a ella.

Me levanté y cogí la muestra que había dejado en la entrada de la casa. Un pequeño frasco de cristal con atomizador, sin ninguna decoración, directamente sacado del laboratorio.

—Aquí tienes.

Se la tendí a Yves.

—Alcánzame algunas tiras de papel, anda. Tengo por toda la casa.

Cogí un par que había en una estantería del salón y se las di. Yves entonces pulverizó un par de veces el perfume, lo aireó y se lo llevó a la nariz.

Por muy seguro que estuviera de mi talento y del de Audrey, siempre sentía algo de nervios en cuanto Yves Roussel olía una de mis creaciones.

Inspiró hondo el perfume y cerró los ojos por un momento.

—Esto es una bomba, Jan —dijo cuando los abrió—. Los arándanos abren el perfume con un estallido vibrante, le dan frescura y jugosidad, es dulce y provocador a la vez. Despierta los sentidos, como si te prometieran una aventura romántica. El café tiene el punto justo de amargura, es como una invitación a la intimidad, un momento de calma después de la excitación de la nota frutal. Añade cierta sofisticación al perfume y ancla la fragancia en una sensualidad más terrenal. Combina perfectamente con el praliné, cálido y reconfortante, el cual es prácticamente una caricia. En el corazón siento una rosa elegante y profunda, pero también terriblemente romántica y clásica, en el mejor de los sentidos. Esta nota eleva el perfume a un nivel sublime. Es voluptuosa y aterciopelada, conecta íntimamente con la esencia de un romance. Y, entonces… —volvió a inhalar— siento que se despliega un musgo oscuro, que evoca la naturaleza, lo primitivo, lo más sensual, una conexión con nuestros instintos. Tiene algo de humedad, tierra y bosque, algo profundo, una forma deliciosa de anclar la experiencia olfativa y de fusionar el romance con la sensualidad más ancestral. —Levantó la mirada hacia mí—.

Enhorabuena a los dos. Estoy deseando saber cómo va evolucionando.

Su descripción de nuestro perfume me había emocionado. Solo Yves podía describir un perfume de esa forma.

—No te imaginas lo feliz que me hacen tus palabras, Yves. Audrey y yo hemos trabajado muy duro para conseguir esto.

—Me lo creo. El resultado es excepcional. Maison Lagune va a tener un tesoro. En serio, dale la enhorabuena a Audrey Meuly de mi parte.

Eso me hizo feliz, que Yves reconociera también el talento que tenía ella, no solo el mío.

—Por supuesto.

Después de un buen rato de charla con Yves, volví a la que se había convertido en mi nueva casa. Dando un paseo. La noche otoñal en Grasse era fresca y algo húmeda. El aroma terroso flotaba en el ambiente y las hojas caídas crujían bajo mis pies.

En cuanto me dejé caer en la cama, me giré hacia la mesita de noche. Había dejado ahí la muestra de nuestro perfume. Lo cogí y pulvericé un poco sobre la almohada. Entonces hundí la cara ahí e inhalé.

Era como tener a Audrey a mi lado. Mientras nuestro perfume no estuviera a la venta, era como algo íntimo que nos pertenecía a ella y a mí, algo solo nuestro.

Así, sintiéndola a mi lado, fue cómo me dormí a lo largo de muchas noches.

51

En algún lugar de la ciudad de Nueva York

Había caído una ligera nevada sobre la ciudad de los rascacielos. Apenas faltaban unos días para Navidad, así que aquello fue una buena noticia para los amantes de esa época mágica en una ciudad aún más mágica.

Esa noche de mediados de diciembre, en su apartamento de Upper East Side, había una chica mirando por la ventana del salón. Tenía el pelo castaño y caía hasta sus hombros. Era alta, delgada y llevaba un sofisticado jersey negro de cuello alto y unos vaqueros. Sus ojos verdosos estaban perdidos en el movimiento de la calle y en los tejados nevados de la ciudad.

Volvió a mirar hacia su izquierda. Sobre una mesa que tenía colocada frente al sofá, había una caja de una marca con la que estaba trabajando. Estaba encargada de supervisar una campaña de publicidad de un perfume francés.

La marca era Maison Lagune. Y uno de los perfumistas era Jan Bauck.

Ella era francesa y una de las mejores en su trabajo, así que ¿quién mejor que ella para ese proyecto? Sin embargo… todavía no se había atrevido a abrir la caja y a oler el perfume. Y la campaña tenía que estar lista para San Valentín.

Supuestamente, aquel perfume debía oler a amor.

Amor.

Inspiró hondo y volvió a mirar a través de la ventana.

Ella era feliz, ¿no? Tenía el trabajo de sus sueños, vivía en la ciudad de sus sueños. Había conocido a alguien nuevo y se había enamorado. ¿Verdad? Había dejado atrás su vida anterior. Y no la echaba de menos.

Nunca.

Y como no la echaba de menos nunca, en un arranque de valor, decidió que tenía que hacerlo. No podía ser tan grave, tan solo era un perfume. Los perfumes solo eran fórmulas químicas que olían bien, y ya está. Su trabajo era publicitarlo. Un perfume o cualquier otro producto. No tenía por qué sentir nada, no tenía por qué apreciar lo que tenía que publicitar. Un buen publicista podía crear una excelente campaña sin creer en lo que estaba publicitando.

Así que se acercó a la caja. El diseño y el nombre del perfume eran provisionales, pero a ella… le traían recuerdos. Recuerdos que quizá no le apetecía rememorar.

Pero tenía que hacerlo.

Abrió la caja y cogió el frasco. Leyó de nuevo el nombre provisional del perfume. Le evocaba tantos recuerdos en su ciudad natal.

Presionó el atomizador de pera que traía el frasco y pulverizó un poco sobre su muñeca izquierda. La agitó un poco para suavizar el primer impacto del aroma y se lo acercó a la nariz.

En cuanto inhaló y sintió la primera salida del perfume, notó que algo se rompía dentro de ella. Como si algo se desmoronara. Algo que, quizá, había construido sobre arenas movedizas. Sin una base sólida.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Y, de repente, le costaba tragar.

Pero no sabía identificar exactamente qué le estaba pasando.

Y cuando no entendía sus propios sentimientos, necesitaba escuchar la voz de alguien. Se acercó a su móvil y conectó los altavoces del salón. Eligió una canción de Lisa Monterrey. Intensa, triste, romántica.

Cerró los ojos y dejó que la melodía y la voz de Lisa la inundaran.

Él había tenido el detalle de enviarle el disco firmado que había olvidado durante el frenesí de su «huída» a Nueva York. Lo había colocado en una de las estanterías del salón, para que fuera bien visible. No todo el mundo podía presumir de tener un disco firmado por la mismísima Lisa Monterrey.

Pero él había tardado meses en enviarlo.

Y, durante esos meses en los que él no había dado señales de vida, ella había imaginado que, quizá, algún día ese disco sería una excusa para volver al que había sido su hogar y así reencontrarse con aquellos ojos azules.

Y entonces lo recibió por correo. Y sintió que aquello era el fin de todo. Ya no había vuelta atrás, se había terminado para siempre.

Allí se quedó durante unos minutos, mirando los tejados nevados a través de la ventana y a través de sus lágrimas, hasta que alguien entró en el apartamento.

—Hola, mi amor —dijo una voz masculina, y se acercó hasta el salón después de dejar el abrigo y las botas en la entrada—. Menudo frío hace, aunque el ambiente fuera es increíble. ¿Te apetece dar una vuelta por Rockefeller Center? —Ella no respondió, sino que siguió con la mirada perdida en la ciudad—. ¿Margot? ¿Estás bien?

Margot entonces se giró hacia su novio, todavía con los ojos húmedos.

—Eh… sí, claro —dijo, y se apresuró a secárselos—. Vamos a dar una vuelta. Es Navidad y estamos en Nueva York, Tyler. Sería un delito no disfrutar de la ciudad.

Forzó una sonrisa, pero aquello no convenció a Tyler.

—¿Qué te pasa? —preguntó él—. ¿Estabas llorando?

Margot sabía que no podía disimular y se encogió de hombros.

—Bueno, he pensado en mi ciudad, ya sabes. En mi familia. Los echo de menos. Están tan lejos.

Tyler sonrió de forma dulce y Margot forzó una sonrisa.

—Ya. Claro. Ven aquí. —La cogió de los brazos y la atrajo hacia él. Se fundieron en un abrazo—. Sé que yo no puedo sustituirlos, pero piensa que ahora yo soy como tu familia. Somos una familia.

Cuando Margot estuvo segura de que Tyler no podía ver su rostro, no se reprimió y dejó caer más lágrimas.

Era irónico que tuviera que trabajar en una campaña publicitaria de un perfume que olía a amor, y que había sido creado, junto a otra perfumista, precisamente por su primer amor.

Ese amor que ella había dejado ir para perseguir el sueño de su vida: trabajar como publicista en Nueva York.

Pero… ¿y si había sido un error? ¿Y si no había sido lo suficientemente valiente como para enfrentarse a él y decirle que se iba para no volver? ¿Y si… se arrepentía?

¿Por qué no sentía lo mismo con Tyler? Era dulce y encantador, pero no, no era lo mismo.

Y todo eso llevaba tiempo escondido en algún rincón de su cabeza, sin embargo, había sido el perfume el que lo había traído a la superficie.

Quizá no era tan feliz como ella quería creer.

Pero daba igual. Ya era demasiado tarde.

52

Audrey

Pensé que el tiempo iba a pasar lentamente, así que me sorprendí a mí misma en cuanto vi en el calendario que quedaba poco para la Navidad. El frío intenso había llegado, aunque todavía no habíamos visto ni un copo de nieve.

Hacía ya más de un mes que Jan se había ido a Grasse. Durante ese tiempo, yo me había dedicado al trabajo, a socializar todo lo que podía, y también a mí misma. Es cierto que al principio el laboratorio se me hacía demasiado grande para mí, pero enseguida recuperé la motivación para trabajar yo sola en un perfume.

Me habían encargado dos proyectos durante noviembre y diciembre, ambos bastante juveniles. Cuando me quise dar cuenta, estaba creando en mi cabeza una historia, la clase de historia que las jóvenes —o no tan jóvenes— que llevaran esos perfumes podrían vivir. Una tarde de verano con amigos, sin preocupaciones, tan solo disfrutando del presente. Una fragancia que podría quedarse en sus memorias olfativas para siempre y que les hiciera volver a esos momentos de juventud cada vez que sintieran mi perfume. El otro, un aroma inocente y dulce que recuerde a los primeros momentos del amor, un paseo por el parque en primavera, con un punto chispeante que te lleve a las primeras caricias y a los primeros besos.

Fue una buena experiencia volver a crear tras haber conectado con esa parte de mí misma que ya casi había olvidado.

Y que Jan había hecho que saliera de nuevo a flote.

♥ ♥ ♥

Había estrechado lazos con los amigos de Pauline. Desde que estuvimos juntos en su despedida de soltera en Chamonix, habíamos quedado más veces. Me arrepentía profundamente de haber descuidado mis amistades cuando estaba con Thomas, así que me prometí a mí misma no volver a anteponer una relación a una amistad. Podía tener tiempo para cuidar ambas cosas.

También decidí que quería tener mis propias relaciones, así que me apunté a clases de yoga para poder tener una actividad que hacer en mi tiempo libre y conocer gente por mí misma. Una de las mejores decisiones que había tomado en mi vida.

En cuanto al sexo… ¿de verdad le debía fidelidad a una persona con la que no tenía una relación? Eso era algo a lo que le di muchas vueltas, sinceramente. Hacía mucho tiempo que no sentía a un hombre en mí. ¿Contaba lo que había pasado con Jan en mi casa de Annecy? ¿Qué pasaba si realmente deseaba hacerlo con alguien? ¿Eso significaba que estaba traicionando a Jan? ¿Significaba que me gustaba menos? ¿Que me importaba menos?

No estaba segura, pero algo me decía que no. Que yo era libre, y que Jan también lo era. No

éramos pareja. Yo no le había prometido nada, ni él a mí tampoco. ¿Me importaría si él se acostaba con otra chica en Grasse? Bueno, sentiría ciertos celos si fuera capaz de mantener esa dureza y potencia que había sentido debajo de sus pantalones hasta el final. Y, en general, no me haría demasiada ilusión, pero ¿acaso Jan era de mi propiedad? No nos debíamos nada.

Así que, después de darle millones de vueltas, me fui con Romain después de una cena en casa de Étienne. Y pude comprobar, en primera persona, que no sentía lo mismo. Que Romain me hacía sentir placer físico, y que no había nada más allá. No sentía esas ganas de quedarme a su lado, ni sentía que el corazón se me salía del pecho cuando me besaba. Lo cual no era nada malo, tan solo era diferente.

Pero nada parecido a lo que podía llegar a sentir con Jan.

♥ ♥ ♥

En cuanto entregué el segundo proyecto que me habían encargado, le pedí a Véronique unos días libres. Después, llegaría Navidad y volvería a trabajar en enero.

La pregunta era: ¿qué iba a hacer? ¿Me quedaría en Lyon o me iría a algún sitio?

La respuesta la encontré cuando estaba haciendo limpieza en mi casa.

Saqué todo lo que tenía en una estantería del salón y se me cayó al suelo un viejo álbum de fotos que hacía, probablemente, años que no abría. Al caerse, una foto se despegó y se salió fuera.

Cuando fui a cogerla, le di la vuelta y vi que era una foto mía con mis padres en Córcega. Allí era donde nosotros solíamos pasar los veranos y donde mis padres decidieron irse a vivir cuando se jubilaron. Nosotros tres, sonrientes, frente a la playa de Ajaccio. Agua azul turquesa, palmeras y un cielo despejado. Pura esencia mediterránea.

De repente, un torrente de recuerdos me invadió.

Los veranos eternos, explorando las playas con mis amigos locales, paseos en barco, comidas bajo los olivos y cenas llenas de risas junto a los vecinos tras el atardecer. Recordé el olor del mar, de la maquia, esa mezcla de romero, lavanda y lentisco, el olor de los pinos, del aceite de oliva.

¿Cuánto tiempo hacía que no volvía a Córcega? ¿Por qué nunca recordaba aquellos veranos? ¿Por qué siempre permitía que fueran mis padres los que tuvieran que ir a Annecy para reunirnos?

Cerré los ojos un momento y casi pude oír las palabras de Thomas.

«Córcega es un aburrimiento, ¿por qué no nos quedamos en Lyon?».

«¿Cómo voy a jugar a mis juegos desde allí?».

«En esa isla no hay nada interesante que hacer, paso de ir. Vete tú sola si quieres».

«No voy a malgastar mis vacaciones en medio de la nada».

«No me gusta la playa, Audrey, ya deberías saberlo».

«No me gusta la montaña, Audrey, ya deberías saberlo».

«Hay demasiados mosquitos. Prefiero quedarme en casa jugando».

¿Por qué? ¿Por qué se lo permití? ¿Por qué le permití hacerme perder tanto tiempo de mi vida?

No valía de nada lamentarse, el pasado era pasado. Lo que podía cambiar era el presente.

Cogí mi portátil y reservé un vuelo para Córcega.

♥ ♥ ♥

Mis padres se sorprendieron tanto con el viaje imprevisto que pensaban que me había pasado algo. Sabían que me había separado de Thomas, pero creyeron, por un momento, que estaba pasando por una depresión o algo similar.

—Todavía no me puedo creer que estés aquí, Audrey —dijo mi padre en el coche, una vez me había recogido en el aeropuerto—. ¿Cuándo fue la última vez que vinisteis Thomas y tú? ¿Cuatro años? ¿Cinco?

—Creo que más, papá —repuse, mirando el paisaje a través de la ventanilla.

Incluso en invierno se respiraba esa atmósfera mediterránea de sol y playa. Mis padres vivían en la zona este de la isla, un refugio de paz alejado de las zonas más turísticas.

Mi padre era un profesor jubilado y mi madre había sido enfermera. Ambos eran amantes de la tranquilidad, la naturaleza y la playa. Habían encontrado en Córcega su refugio perfecto para vivir. No es que no les gustara Annecy, todo lo contrario —por eso habían decidido no vender nuestra casa, para poder ir frecuentemente—, pero siempre habían sentido predilección por la isla.

Llegar a nuestra vieja casa de vacaciones fue reencontrarme cara a cara con los veranos de mi infancia y adolescencia.

—Qué ganas tenía de que vinieras a visitarnos —me dijo mi madre en cuanto entré en la cocina, después de darme un abrazo—. Tu padre y yo te estábamos haciendo un estofado de jabalí. Estará listo enseguida.

Nos sentamos a comer en el jardín, bajo el sol de la tarde, los tres juntos. Hablamos sobre mi ruptura con Thomas, aunque no di demasiados detalles. No solía hablar tan abiertamente sobre mi vida amorosa, pero era obvio que mis padres se dieron cuenta de que estaba mucho más feliz. Les hablé también sobre el perfume que habíamos creado para Maison Lagune, y mencioné a Jan tan solo de pasada. Por el momento… no había demasiado sobre él para contar a mis padres.

Allí nos quedamos, charlando después de la comida, con unas copitas de licor de mirto. Vimos el atardecer tras las montañas. El cielo se hizo rojo, con la luz del sol filtrada a través de unas pocas nubes.

Sonreí, todavía mirando al cielo.

Era feliz.

♥ ♥ ♥

Pasé un mes increíble rememorando mi infancia y adolescencia. Comidas y cenas con vecinos y antiguos amigos de la isla. A algunos de ellos no los veía desde que era pequeña, pero, sorprendentemente, no nos habíamos olvidado. Fue bonito recordar historias.

Y mis padres no cabían en sí mismos de felicidad al tener la oportunidad de celebrar la Navidad conmigo en Córcega.

El último día antes de volver a Lyon, me quedé mirando el cielo rojizo después del atardecer. Inspiré hondó y me llené del aroma fresco y resinoso de los pinos y los cedros que había alrededor de la casa.

Entonces me prometí a mí misma que no renunciaría a todo aquello nunca más.

53

Pont des Amours, Annecy, Francia, otoño de 2004

Era una tarde de principios de otoño. El cielo era azul, pero algunas nubes lo salpicaban. El sol aparecía y se escondía tras ellas, haciendo cambiar la luz sobre el lago cristalino y sobre los árboles dorados.

Una chica adolescente, de piel tostada y melena oscura se acercaba caminando al Pont des Amours. Le gustaba el sonido de las hojas al crujir bajo sus pies. Había quedado con una amiga para estudiar, pero quiso disfrutar del paseo hasta su casa. Se permitió un momento para pararse en el puente y admirar el lago ante ella, y las montañas al fondo.

El Puente de los Amores. Ella apenas tenía quince años, pero quería saber qué se sentía al enamorarse de verdad. ¿Cómo sería? ¿Como en los libros? ¿Como en las películas? ¿Como en las canciones de amor?

Sumida en sus pensamientos, se quedó mirando el lago y las montañas unos minutos. Una corriente de aire otoñal la rodeó entonces, y algunas hojas de los árboles que había junto al puente comenzaron a caer sobre ella. Alzó la cabeza y se quedó mirando el movimiento de las ramas, recortadas sobre un fondo azul. Cerró los ojos durante un par de segundos y, cuando los abrió, vio cómo una hoja se cayó de una de las ramas, giró varias veces en el aire, y acabó cayendo junto a su hombro derecho, hasta el suelo del puente.

Al observar la hoja caída, vio que alguien se había colocado a su lado. Levantó la mirada y se encontró con un chico aproximadamente de su edad, con el pelo rubio oscuro, unos ojos azules y una nariz recta y perfecta, en su opinión. Vestía un jersey marrón y unos vaqueros.

Sus ojos se encontraron. Él la miró de una forma algo tímida y curiosa, aunque ella no lo conocía de nada. Nunca lo había visto ni en el instituto, ni en la ciudad. Si lo hubiera visto, probablemente lo hubiera recordado.

Por un momento, sintió ganas de hablar con él, pero quizá era demasiado raro. ¿Una desconocida que te habla mientras observas el paisaje desde el puente? No, mejor no. Era hora de ir a casa de su amiga.

Cuando emprendió la marcha para cruzar al otro lado del puente, el chico le dirigió una brevísima sonrisa, tan solo levantando un poco las comisuras de los labios. Ella se quedó un segundo mirándolo e imitó el gesto.

Entonces cruzó el puente y siguió su marcha.

Lo que ella no sabía es que aquel chico fue al Pont des Amours soñando con lo mismo. Cuando se quedó mirando el lago y las montañas al fondo, él también fantaseaba con cómo sería enamorarse de verdad.

Y, durante unos instantes, ambos lo habían hecho a la vez, mientras las hojas de otoño caían

sobre ellos.

Ella estuvo pensando en él durante unos días. Sintió algo de arrepentimiento por no haberle dicho nada. Él también pensó en aquel breve y curioso encuentro con una desconocida con la que ni siquiera cruzó ni una palabra. Era bastante guapa, pero él era tímido. Tan solo se le escapó una sonrisa a la que ella respondió.

Con el paso del tiempo, ambos olvidaron aquel encuentro. Sus rostros se difuminaron poco a poco en sus recuerdos. Ese momento en el Pont des Amours quedó relegado en algún rincón escondido de sus memorias, como el aroma de una carta perfumada que un día volverían a leer.

54

Jan

Mientras estaba en Grasse, me reuní los días clave de Navidad con mi familia para celebrar juntos las fiestas en Antibes, en casa de mis padres. Sabía que a Yves no le importaría, todo lo contrario, me animó a que pasara todo el tiempo posible con ellos.

Recuerdo esa etapa en Grasse como una vorágine de felicidad, de cenas con amigos, de comidas, de paseos por la ciudad, por el campo, de hablar de temas profundos y de temas superficiales. De plenitud, simplemente.

Era cierto que veía a Yves un poquito peor cada día. De salud, pero nunca de ánimo. Como si su cuerpo se fuera deteriorando un poco cada día. Conocía a mi amigo, y él estaba feliz de poder vivir mientras la medicación se lo permitiera. Aunque no lo había hablado con él, porque era un tema que solo le pertenecía a Yves, tenía la sensación de que no iba a permitir que su enfermedad acabara con él, sino que él mismo sería más rápido.

A mediados de enero, una vez ya había pasado el torbellino de la Navidad, Yves organizó una cena en su casa. No solo había exalumnos de La Rosée, sino también otros perfumistas y otras de sus amistades, de otros círculos. Todas aquellas experiencias en casa de mi amigo me parecían increíblemente enriquecedoras, pues podía conocer gente nueva constantemente, aprender de ellos y descubrir qué era lo que les unía a Yves.

Era ya cerca de medianoche cuando tan solo quedábamos unos pocos en la mesa, y estábamos charlando animadamente.

—¿Esa no era la mujer que te dijo que solo le apetecía acostarse con su marido si él llevaba tu perfume? —le preguntó Yves a Aiko, entre risas, antes de darle un sorbo a su copa de vino.

Aiko rio.

—Es verdad, no lo recordaba —repuso—. Y eso que fue una de mis primeras creaciones.

—Un brindis por los perfumes que salvan matrimonios —dije, riéndome.

Choqué las copas con Yves y con los demás. Los que podían beber, porque otros habían sido designados chóferes oficiales.

—Hablando de perfumes memorables —comenzó Nathan—, ¿recordáis cuando en la escuela nos pidieron como ejercicio un perfume inspirado en la India y aquello acabó oliendo como un puesto de comida rápida londinense?

Nos reímos de nuevo.

—Se os fue un poco de las manos el tema especias —comentó Yves.

Seguimos charlando unos minutos más hasta que nos quedamos solos. Se había hecho bastante tarde y algunos de los invitados tenían que volver a Niza o a Mónaco.

Nos mudamos al salón. Yves encendió la chimenea.

—Bueno —dijo en un suspiro, y se sentó en uno de los sillones—. Háblame de tus próximos proyectos.

Yo me senté también junto al fuego.

—Puf. No tengo nada previsto ahora mismo, Yves —repuse—. Y… no sé exactamente por qué, siento que no me apetece meterme en nada nuevo.

Decidí ser totalmente sincero. Había comenzado a sentir una especie de resaca creativa tras mi trabajo junto a Audrey para Maison Lagune. Después de un proyecto tan exigente, algo en mí decía que debía darme un tiempo de parón.

—Entiendo —respondió Yves—. No es fácil volver a crear después de trabajar en algo tan grande, ¿no?

Sonreí, mirando mi copa de vino. El fuego se veía por detrás del cristal, y hacía que el líquido rojo en su interior brillara de una forma inquietante.

—Me lees el pensamiento, amigo. Ha sido… intenso.

No se me ocurría una mejor forma de describir mi experiencia con Audrey. Intensa. Tanto en lo profesional, como en lo personal.

—Pues siento tener que seguir siendo intenso, Jan, pero hay algo de lo que me gustaría hablarte.

—Soy todo oídos.

—Nariz y oídos, ¿no? —repuso él, riendo, y dio otro sorbo a su copa.

Yo asentí, sonriendo.

—Eso mismo.

Yves posó la copa en la mesa frente al sillón y me miró fijamente.

—Voy a ser directo —me dijo, y yo asentí—. Cuando me muera, ¿te interesaría quedarte a cargo de la escuela?

Sentí que la copa de vino temblaba de repente en mi mano.

—¿Perdón?

—Jan… no se me ocurre nadie mejor que tú. Y si me dices que necesitas un tiempo antes de volver a crear perfumes, ¿qué mejor manera que desconectar que esta?

Tragué saliva, nervioso.

—Yves, no sé…

—Sabes de sobra que eres capaz. Y también sabes que te lo mereces.

Me llevé la mano derecha a la frente y me quedé por un momento mirando el fuego. La Rosée era una de las mejores escuelas de perfumería del país, y me atrevería a decir del mundo. Y era lo más preciado que tenía Yves. Esa escuela había sido su vida entera. Empezó siendo un pequeño taller artesanal fundado por su madre, la cual poco a poco lo fue transformando en una academia de renombre, sin perder ese toque familiar que lo caracterizaba.

Y, cuando Yves ya no estuviera, no había ningún familiar directo que pudiera seguir dirigiendo la escuela.

—¿Por qué no se lo propones a la subdirectora? —pregunté, intrigado.

Ella es la que estaba llevando toda la carga de trabajo desde que Yves había decidido dedicar todo el tiempo que le quedaba a sí mismo.

—Porque le quedan apenas dos años para jubilarse. Quiero a alguien joven y con fuerza.

Lo medité.

—Pero… ¿tú lo has pensado bien?

Yves rio.

—Tengo todo el tiempo del mundo para pensar, pues claro que lo he pensado bien.

Me quedé en silencio.

—Necesito…

—No me digas que necesitas tiempo, Jan, no me jodas. Tiempo es lo que necesitaría yo, y no tengo. Cada vez menos. Dame una respuesta cuanto antes. Tengo que mover el tema con mi abogado.

Inspiré hondo y me eché hacia atrás, en el sillón. Todavía no había asimilado del todo aquella proposición.

—De acuerdo, Yves. Esta noche voy a darle vueltas.

—Así me gusta, amigo.

Seguimos hablando, aunque yo ya no estaba concentrado en la conversación. Unos minutos después, decidí que era hora de volver a casa.

Mientras caminaba hacia el que era mi nuevo hogar, después de pasar varios minutos pensando en la proposición que me habían hecho, me di cuenta de que aquellas últimas semanas con Yves no eran en absoluto tristes, sino todo lo contrario. Estábamos disfrutando como nunca.

Irónicamente, era feliz.

Y si era feliz sin Audrey… aquello significaba que podía ser feliz con Audrey. Que si pasaba algo entre nosotros y al día siguiente ella desaparecía, todavía tenía otros motivos en mi vida para ser feliz.

Seguí pensando en Audrey hasta que llegué a casa. Y me di cuenta de algo.

Ella se merecía estar allí. Merecía conocer a Yves, vivir algo parecido a la experiencia en Grasse que deseó y que no pudo tener.

♥ ♥ ♥

Al día siguiente, cuando estaba con mi café en el salón, mirando el jardín a través de la ventana, decidí enviarle un mensaje a Audrey. No estábamos hablando a menudo, pero sabía que había viajado a Córcega con sus padres para pasar la Navidad. Me había enviado algunas fotos.

Abrí la conversación y se me escapó una sonrisa al ver su foto de perfil. Se la había cambiado y se había puesto una de ella en la playa de Ajaccio. Estaba deslumbrante.

Jan: Meuly, probablemente ya necesites descansar de tanta tranquilidad sin mi presencia, ¿por qué no vienes a visitarnos a Grasse? Espero tu respuesta, aunque no acepto un «no».

Lo envié. Utilicé la forma en plural para añadir a Yves a la ecuación. No quería que sonara como un plan íntimo entre Audrey y yo, aunque también podría serlo. Quería que conociera a uno de los mejores perfumistas del país, y que conociera la escuela en la que ella había soñado con estudiar.

Y, si de paso surgía algo entre nosotros de nuevo… pues no lo evitaría. De hecho, lo deseaba. Me dormía todas las noches pensando en ella, oliendo nuestro perfume.

Bloqueé el móvil y me terminé el café.

Entonces alguien llamó al timbre.

Me levanté y abrí la puerta. Era un mensajero con un paquete.

—¿Jan Bauck? —preguntó.

—Sí.

—Es para usted. Firme aquí.

Me dio un bolígrafo.

—¿Dónde?

—Donde pone «firme aquí».

Estampé mi firma, recogí el paquete y me despedí del mensajero.

Ya sospechaba lo que sería. Desde Maison Lagune me habían contactado para pedirme mi dirección. Querían enviarme el perfume que Audrey y yo habíamos creado, ya en su frasco y en su caja, completamente preparado para lanzar al mercado.

Entré de nuevo en la casa y dejé la caja en la mesa del salón. Yo me senté en el sofá y me quedé mirándola.

Me hubiera encantado abrir aquella caja con Audrey. Descubrir juntos el resultado final de lo que habíamos creado. Pero, siendo sincero, era demasiado impaciente. Necesitaba abrirlo en ese mismo momento.

Desembalé la caja y aluciné con el nivel de Maison Lagune.

Era una caja cuadrada, en tonos burdeos, con un relieve dorado del logotipo de Maison Lagune, una luna creciente pegada a unas suaves ondas que representaban el agua de, efectivamente, una laguna. En el centro, el nombre de la marca. Me fijé en cómo se abría. Tenía una especie de broche dorado en la parte derecha, como una pequeña joya. Cada detalle estaba cuidado al máximo.

Abrí la caja, y era como abrir un libro.

Y me quedé impactado con lo que vi.

En la parte izquierda de la caja abierta, una ilustración en los mismos tonos burdeos y dorado de lo que parecían ser dos siluetas besándose sobre un puente. Miré a la izquierda. El frasco del perfume estaba metido en un hueco, forrado con terciopelo, y tenía forma de corazón y un atomizador de pera, de los vintage. En el centro del frasco, en el propio vidrio, había un relieve de unos labios.

Y, por fin, pude leer el nombre que habían elegido para el perfume. Estaba escrito con una caligrafía elegante en el frasco. Tuve que leerlo un par de veces, porque me costaba creerlo.

El perfume que Audrey y yo habíamos creado se llamaba Un baiser sur le pont[3].

55

Audrey

Cuando volví a Lyon después de la Navidad, mi ciudad de acogida me recibió bajo un manto blanco de nieve. Siempre era agradable ver la ciudad de esa forma, y también estaba deseando hacer una escapada a Annecy para poder ver el lago gélido con las montañas blancas al fondo.

Llegué a casa por la tarde. Deshice mi maleta y salí por un momento al balcón. Me gustó ver los tejados nevados. Me abracé a mí misma e inspiré hondo.

Jan me había escrito el día anterior para invitarme a Grasse y todavía no le había respondido. No sabía qué pensar al respecto. Era cierto que no nos habíamos comunicado demasiado durante las últimas semanas, tan solo nos habíamos enviado algunas fotos y nos habíamos preguntado qué tal nos iba. Supuse que ambos habíamos entendido que íbamos a estar centrados en otras cosas. Él en disfrutar junto a Yves Roussel y sus otros amigos todo el tiempo posible. Yo en recuperar algo de lo que había perdido durante mi relación con Thomas. Amigos, ejercicio, música, familia.

Y tenía la sensación de que nos había ido bien de esa forma. Apreté los labios y mis mejillas congeladas me dijeron que era hora de volver al interior de mi casa.

Me senté en el sofá con un té y puse la tele de fondo mientras le daba vueltas. Sí, tenía ganas de volver a verlo. Habían pasado dos meses desde aquel último beso.

Y qué beso.

Pero también sentía algo de nervios. ¿Cómo serían las cosas entre nosotros? ¿Me quedaría a dormir en su casa? ¿Era eso viable? Sin embargo, me había propuesto conocer a Yves. Una persona a la que yo admiraba desde que comencé en el mundo de la perfumería.

En el fondo sabía que le iba a decir que sí.

Cogí el móvil.

Audrey: Tentadora proposición. Esta vez diré que sí, pero porque sé que estás con alguien a quien me apetece mucho conocer. ¿Debería reservar una habitación de hotel para evitar situaciones incómodas? Te prometo que no hablaré de fruta.

Sonreí y tiré el móvil encima de uno de los cojines del sofá. Por un momento cerré los ojos y me retrotraje a esos momentos de intimidad con Jan, a esa sensación de sentir que estás quitándole el envoltorio a un bombón antes de comértelo. De disfrutar incluso antes de acariciar el chocolate con la lengua.

Lo necesitaba. Necesitaba llegar al final con él.

Cuando sentí que mi piel comenzaba a calentarse, abrí los ojos. Miré alrededor. Quizá sería buena idea empezar a hacer algunas cosas en casa y en preparar mi ropa para el día siguiente en

el trabajo. Me levanté y entonces me di cuenta de que había un pequeño papel en la entrada de mi casa, en el suelo. No me había dado cuenta cuando había entrado.

Era una notificación de que tenía un paquete pendiente de recoger. Sonreí, porque ya me imaginaba lo que era. Me puse el abrigo y me fui a la empresa de paquetería.

Media hora después, estaba de vuelta en casa casi temblando de emoción. Me dio pena no poder compartir ese momento con Jan, pero estaba deseando ver el resultado de nuestro trabajo.

Me senté en el sofá y abrí el paquete. Una caja preciosa en tonos burdeos y dorados, ideal para San Valentín, con un cierre dorado en un lado.

Pero cuando la abrí, casi me desmayé al leer el nombre del perfume.

Un beso en el puente.

Parpadeé, porque era incapaz de procesarlo. Por un momento pensé que Jan podría haber hablado con el equipo de marketing de Maison Lagune para que vendieran algún tipo de historia romántica basada en nosotros. Pero… no, Jan no haría eso. No tenía ningún sentido. Él no trabajaba para Maison Lagune y no pintaba nada decidiendo sobre un producto que les pertenecía a ellos.

Medité un par de posibles explicaciones más, pero ninguna tenía sentido. Así que deduje que había sido, simplemente, una bella casualidad.

Un beso en el puente. Nuestro beso, nuestro puente, nuestra historia, capturada para siempre en un frasco de cristal.

♥ ♥ ♥

Después de un proyecto rápido y sencillo que me había encargado Véronique, me escapé a Grasse para el fin de semana. Decidí irme en coche, porque en tren tenía que hacer transbordo en Marsella y no me apetecía demasiado.

Estaba nerviosa. Iba a ver a Jan de nuevo, pero lo más importante es que iba a conocer a Yves Roussel. Sabía que era un momento delicado, pero Jan me había confirmado que estaba genial de humor y que él también quería conocerme, lo cual era un honor.

Al final me decidí por reservar una habitación en un pequeño hotel a las afueras de Grasse. Era solo una noche y creía que quedarme en casa de Jan no era una buena idea. Por lo menos mientras no supiéramos qué era lo que había entre nosotros.

El corazón me latió a mil cuando lo vi esperándome fuera del hotel, en cuanto ya había llegado y dejado mis cosas. La temperatura era fría, pero en Grasse el cielo era azul y brillaba el sol, lo cual contrastaba con el paisaje blanco de Lyon.

—Vaya, por fin Grasse recibe a un referente en el mundo de la perfumería como Audrey Meuly —me dijo nada más verme, en tono irónico, pero enseguida me di cuenta de que no podía ocultar una sonrisa genuina.

Estuve tentada de darle un beso, pero me contuve. Hacía casi tres meses que no nos veíamos.

—Que sepas que no he venido a verte a ti —le dije, levantando una ceja, coqueta.

Él bajó la mirada por un momento, como con timidez.

—Eso es lo que tú dices. ¿Vamos?

Nos subimos en su coche y pusimos rumbo a la casa de Yves. Sentía el calor y la presión subiendo desde mi vientre al mirar a Jan, sentado a mi izquierda, conduciendo.

Recordé una cosa bastante importante.

—¿Es que no piensas hablar del nombre de nuestro perfume? —pregunté, curiosa por su

reacción.

No lo habíamos mencionado a través de mensajes. Quizá estábamos esperando a vernos en persona para hablar sobre ello.

Jan sonrió de una manera demasiado irresistible, sin apartar su mirada de la carretera.

—Puede ser que nos hayan estado espiando desde Maison Lagune.

Solté una carcajada.

—Claro, mejor espiar a los perfumistas que han creado su perfume antes que pensar un nombre ellos solitos.

—Meuly, tú crees que todo el mundo es tan creativo como yo, y no es así.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y yo no lo soy?

Jan me dedicó una mirada fugaz.

—Bueno. Estás aprendiendo.

Después de una risita por mi parte, comenzamos a charlar sobre nuestras estancias en Grasse y en Córcega. Jan parecía realmente interesado en lo que yo tenía que contar, y parecía encantado de escuchar mis anécdotas de la infancia en la isla donde en ese momento vivían mis padres.

—Era como reconectar conmigo misma, ¿sabes? —le dije, cuando subíamos la ladera de la montaña a través de carreteras estrechas y curvas.

—Eso es importante. Me alegro de que ya no estés atrapada en una relación muerta.

Asentí, meditando rápidamente sobre lo que había supuesto mi ruptura con Thomas.

Había vuelto a vivir.

—Yo también me alegro. No estoy dispuesta a que pase nunca más. Si se ha acabado, se ha acabado, en todos los sentidos.

—Así es.

Miré a Jan de reojo. Deseaba que no se sintiera mal con aquella conversación, que no le recordara a Margot.

—Y tú… ¿qué tal estos meses en Grasse? —pregunté, para que se diera cuenta de que él también me interesaba y para cambiar el rumbo de la conversación.

—Muy bien. Yves está genial, dentro de lo que cabe, claro. Comidas y cenas con amigos, paseos por la ciudad y por el campo, escapadas de vez en cuando a Antibes para visitar a mi familia… no puedo pedir más.

—Me alegro de que lo estés pasando bien. De verdad.

Jan me miró, de nuevo de forma fugaz, y me sonrió de una manera dulce y encantadora. Como pocas veces lo había hecho.

—Ya hemos llegado —anunció en cuanto llegamos a una preciosa casa de piedra con contraventanas de color lavanda. Había plantas por todas partes, y me imaginé que en primavera aquello sería una explosión de flores de colores.

Sonreí con emoción cuando Jan aparcó y bajamos del coche. Había un camino que llevaba hasta la casa.

Y allí lo vi, al fondo, en el porche. Un hombre de pelo blanco, sonriente, con un jersey azul cielo y un pañuelo al cuello anudado con nudo parisino. Jan y yo nos acercamos e Yves abrió los brazos, como si me conociera de toda la vida.

—Por fin te conozco, Audrey Meuly —me dijo, y me dio un abrazo.

Me costó reaccionar, porque no me esperaba ese recibimiento. Me esperaba que me estrechara la mano, con distancia y formalidad. Pero me gustó.

Le sonreí en cuanto me separé de él. Pude apreciar que algo en él se estaba apagando poco a poco, pero sus ojos verdosos brillaban como si tuviera veinte años y le quedara toda la vida por delante.

—Me alegro tanto de conocerlo —le dije, emocionada.

Yves negó con la cabeza.

—No consiento que nadie me trate de usted, por favor, Audrey, tutéame. Estoy yo ahora como para andar con formalidades.

Me reí.

—De acuerdo, Yves.

—Jan, ¿me ayudas a terminar de preparar la mesa?

—Claro —repuso él.

—¿Os ayudo en algo? —propuse enseguida.

—Por supuesto que no —dijo Yves—. Ven con nosotros, pero solo para que veas las hierbas aromáticas que tengo en la cocina. Eres una invitada.

Entré en casa de Yves. Era una casa provenzal antigua, con las paredes decoradas con papel de flores. Había muchos espejos dorados que reflejaban la suave luz invernal. Me hizo un pequeño recorrido por el salón comedor y por la cocina, acogedora, y la cual, efectivamente, olía a hierbas provenzales.

En unos pocos minutos todo estaba listo para comer en el jardín, bajo el sol. Era agradable y reconfortante sentarse bajo ese cielo azul en invierno.

—Tu casa es preciosa —le dije a Yves—. No me importaría nada vivir aquí.

—Gracias, Audrey. He pasado muchos años viajando por el mundo y trayéndome cosas para que fuera única. Está llena de recuerdos.

—Yves siempre ha sido un hombre de mundo —comentó Jan—. A veces nos traía flores de países exóticos para que conociéramos nuevos aromas.

—Un buen perfumista tiene que viajar y explorar el mundo, siempre os lo he dicho —añadió Yves.

Había preparado para comer estofado de carne con hierbas de la Provenza, verduras asadas, un buen vino rosado de la región, y de postre ya nos había dicho que había tarta Saint-Tropez. Yves parecía todo un sibarita, no solo con los perfumes.

Estuvimos charlando sobre mis estudios y mi experiencia mientras comíamos, y me sorprendió gratamente que Yves conociera mis perfumes.

—¿En serio recuerdas las notas de Nectar de diamants? —pregunté, sin salir de mi asombro.

Fue uno de los primeros perfumes que creé para una buena marca.

—Oye, no menosprecies a Yves —añadió Jan—. Es una enciclopedia olfativa.

Yves soltó una carcajada.

—Pues claro que las recuerdo. Es un viaje aromático en una noche seductora. La menta despierta los sentidos, y la lavanda calma el espíritu. La dama de noche aporta misterio y sensualidad, y el punto de nocturnidad. El sándalo ancla la fragancia en la tierra y el pino da el punto justo de frescura. Es como un paseo por un bosque nevado.

Me quedé sin palabras por un momento.

—Guau. Nadie había descrito así ninguno de mis perfumes.

Jan sonrió ligeramente.

—Ah —añadió Yves—, quería darte la enhorabuena por Un baiser sur le pont. Ya se lo dije a Jan, pero quería decírtelo a ti también. Un perfume excepcional.

—Muchas gracias.

—¿Cómo ha sido trabajar con Jan?

Nos miramos momentáneamente.

—Eh… ¿intenso?

Yves rio.

—Me hubiera sorprendido si hubieras dicho algo diferente. Este chico tiene un talento increíble, pero, a veces, puede llegar a ser un poco insufrible en el laboratorio.

Jan puso los ojos en blanco.

—Vaya, gracias.

Yo me tuve que aguantar una risa.

—Creo que te entiendo, Yves —dije.

—Por cierto, me encanta el nombre que ha elegido Maison Lagune —añadió él—. Es muy evocador. Cuando lo hueles y lo sientes evolucionar, es un perfume que te hace pensar en una historia de amor intensa y pasional. Me viene a la mente justo esa escena, la de dos amantes besándose en un puente, ajenos a todo el mundo alrededor.

Jan y yo nos miramos un segundo, y fue suficiente para saber que esa historia podría ser la nuestra.

—Es que la gente de Maison Lagune tiene muy buena imaginación para los nombres —dijo Jan, quitándole importancia, y continuó con su comida.

Me salió una risita.

—Sí, tienen un equipo de marketing muy bueno —añadí yo.

Yves nos miró a los dos y nos sonrió de forma enigmática.

Continuamos charlando durante la comida. Después del postre, Yves nos propuso enseñarnos todo su jardín. Además, dimos una vuelta por los alrededores. Grasse era una ciudad entre colinas suaves, con unas bonitas vistas al Mediterráneo en la distancia. Había huertos y campos de olivos. Daban ganas de volver en primavera, porque aquello sería una bomba de flores y aromas.

Por algo era la ciudad de los perfumes.

♥ ♥ ♥

Aquella misma noche, Yves había organizado una cena con amigos y con exalumnos de La Rosée. Estaba muy emocionada. Pude conocer a gente interesante y compartir buenos momentos con ellos. En ningún momento me sentí que estuviera fuera de lugar, sino todo lo contrario. Algunos de ellos conocían mi trabajo y se interesaban por mí, y yo por ellos.

Fue una buena noche. Fue… como casi haber vivido la experiencia en La Rosée que no pude vivir.

Y todo gracias a Jan.

Cuando ya era casi medianoche, los invitados comenzaron a marcharse. Yo no iba a ser menos.

—¿Te acompaño a tu hotel? —me propuso Jan, en cuanto volvió de la cocina, después de ayudar a Yves a recoger la mesa.

Me encogí de hombros.

—Vale.

—¿Te apetecería… pasar antes por mi casa? —Jan miró de reojo a Yves, que estaba

recogiendo unas botellas de vino y parecía no hacernos caso—. Me gustaría hablar de algo.

No sabía qué podía esperarme.

—Está bien. Volveré a Lyon mañana por la mañana, así que… no puedo decirte que no.

Él asintió.

—Nos vamos cuando quieras.

Miré a Yves, y él se giró hacia mí.

Tenía que despedirme de él. Y no era una despedida cualquiera, sabía que aquella despedida era para siempre.

Pero no quería ser dramática. Yves no lo era, así que intenté ser lo más natural posible, aunque por dentro sintiera que una lágrima estaba a punto de asomar en mis ojos.

—Ha sido un honor conocerte —le dije, mirándolo a sus ojos verdosos—. Ojalá hubiera podido estudiar en tu escuela.

Yves me sonrió con calidez.

—Audrey Meuly, tú ya eres una gran perfumista. Recuerda que el talento no se enseña en las aulas, ni en las de La Rosée, ni en las de ninguna otra escuela. Y tú lo tienes.

Tuve que hacer un esfuerzo para mantener esas lágrimas dentro de mis ojos.

—Gracias, Yves.

Me dio un abrazo como si me conociera de toda la vida. Un abrazo que nunca iba a olvidar.

Y una mirada que no iba a olvidar. Porque, antes de salir, Yves nos miró a Jan y a mí como si supiera algo de nosotros, algo que ni siquiera nosotros mismos sabíamos.

En cuanto Jan y yo salimos de su casa, Yves se despidió por última vez con el brazo, desde su porche, cuando nos subíamos en el coche. Cuando Jan arrancó y pusimos rumbo a la casa que había alquilado en Grasse, tuve que inspirar hondo para tragar toda esa emoción.

—Bueno, ¿qué te ha parecido Yves? —me preguntó Jan cuando comenzamos a recorrer esas carreteras curvas en medio de una noche invernal.

—Parece un gran hombre. Es una pena.

—Él está feliz.

—Me cuesta creerlo, pero… genial por él.

En unos pocos minutos, llegamos a la casa que había alquilado. En la oscuridad de la noche, apenas podía verla, tan solo iluminada por un par de farolas, pero parecía pequeña y algo vieja, con cierto encanto.

Aunque… ¿de qué quería hablar Jan conmigo? ¿Había conocido a otra chica en Grasse? ¿Una antigua compañera?

—Pasa —me dijo Jan en cuanto abrió la puerta principal.

Me guio hasta una pequeña sala de estar.

—Bueno, quizá no sea la mejor hora para enseñarme tu casa, Jan —dije, mirando alrededor—. ¿No sería mejor invitarme a una hora en la que se puedan distinguir los colores?

Jan soltó una risita y se sentó en uno de los sillones. Me invitó a hacer lo mismo.

—Quería contarte algo —me dijo.

—Venga, dispara.

—Yves me ha propuesto quedarme a cargo de la escuela.

Me quedé en blanco por un momento.

—¿Qué escuela?

Jan puso los ojos en blanco.

—El Instituto de Tecnología de Massachusetts, Meuly. ¿Qué escuela va a ser? La Rosée,

evidentemente.

Entonces, todo tenía sentido. Claro. ¿Qué iba a pasar con la escuela una vez Yves ya no estuviera? ¿Quién la iba a dirigir?

—Guau. Y… ¿qué le has dicho?

—Que me lo iba a pensar.

—Tampoco tienes mucho tiempo para hacerlo.

—Lo sé —dijo, y suspiró—. Me gustaría saber tu opinión.

—¿Mi opinión?

—Sí. —Hizo una breve pausa y me miró fijamente—. Me importa, Audrey.

Tragué saliva. La mirada de Jan, iluminada tenuemente por una de las lámparas de la sala de estar, me desconcentraba.

Si Jan se quedaba a cargo de la escuela, eso significaba probablemente que se instalaría definitivamente en Grasse. Eso significaba… que, probablemente, lo perdería.

—Tú… ¿te ves en ese rol? ¿Te apetecería?

Él pareció pensárselo durante unos segundos.

—Sí. Es un reto. Me gustan los retos. Sería algo completamente nuevo y diferente en mi carrera. Sería, también, pertenecer a un trocito de historia de la perfumería francesa.

Sentí de nuevo esa presión en la garganta, como si tuviera un nudo, al igual que cuando me había despedido de Yves.

—Pues ya tienes la respuesta —respondí, y me tuve que aclarar la voz—. Dile que sí. Seguro que lo haces genial, Jan.

Si él lo quería, yo no era nadie para decirle que no aceptara ese reto. Aunque eso significara que saldría de mi vida. Parecía que lo tenía bastante claro, simplemente quería que alguien ratificara su decisión, o al menos esa era la sensación que me daba.

Él asintió, como si todavía lo estuviera meditando.

—Mañana hablaré con él. Tenemos que reunirnos con su abogado.

—Pero, recuerda —le dije, y me salió una breve sonrisa—. Llevar una escuela no es crear un perfume. No hay que contar una historia, hay que ser metódico y cuadriculado. Como yo.

Mi sonrisa se amplió y Jan respondió con el mismo gesto.

—Totalmente, Meuly. Tan metódica y cuadriculada que eres capaz de revolucionarlo todo, dentro del laboratorio y fuera de él.

Apreté los labios, ocultando una sonrisa que quizá era demasiado coqueta para la situación.

—¿No echarás de menos crear perfumes? —le pregunté—. Si te dedicas a tiempo completo a La Rosée, será difícil volver a los laboratorios.

Jan me mantuvo un momento la mirada y se echó hacia atrás en el sillón. Se apoyó en los reposabrazos y sus rodillas se separaron un poco. Aquello me pareció algo provocador, como una invitación a que me sentara encima de él.

Pero no, no era el momento.

—De una forma u otra, siento que he perdido un poco la motivación.

Fruncí el ceño.

—¿La motivación para qué?

—Para crear perfumes.

Me costó procesarlo.

—¿Cómo? ¿Jan Bauck no vuelve a los laboratorios?

Se le escapó una ligera sonrisilla.

—Quizá algún día, pero no pronto.

—¿Tanto te ha afectado trabajar conmigo?

Jan cerró los ojos un momento, sin dejar de sonreír. Cuando los abrió, se incorporó un poco en el sillón.

—Por muy difícil que me lo hayas puesto en el laboratorio, no me has hecho dejar de amar la perfumería.

Levanté una ceja, como solía hacer él.

—¿Entonces?

—Simplemente… desde que te olí, sin nada, siento que ya no puedo superar ese perfume.

Sentí que mi ceja bajaba. La suave sonrisa que se me había formado, se difuminaba.

Quería besarlo, pero sabía que no era el momento para Jan. Su profesor, mentor, amigo… se estaba muriendo. No era el momento para pensar en nosotros.

Además, cabía la posibilidad de que Jan se mudara a Grasse muy pronto. Y no sabía entonces qué podría pasar, si es que podía pasar algo.

—Creo que es hora de que me vaya, Jan —dije, y me levanté del sillón—. Mañana tengo que salir pronto para llegar a Lyon. He quedado con Pauline para ayudarla a ultimar unos detalles de su boda.

Él inspiró hondo y también se levantó.

—De acuerdo. Te llevo a tu hotel.

Hicimos todo el trayecto en silencio. Unos pocos minutos después, Jan paró frente al pequeño hotel donde iba a dormir.

Nos miramos. De nuevo, tocaba despedirse sin saber cuándo volveríamos a vernos.

¿Cuándo llegaría nuestro momento? ¿Llegaría alguna vez?

—Gracias por haberme invitado —le dije, totalmente sincera—. Me ha encantado poder conocer a Yves y a vuestros amigos. Me has hecho sentir… como una más. Como si hubiera sido una compañera tuya en La Rosée.

Jan levantó una de las comisuras de sus labios.

—Si hubieras sido compañera mía de estudios, me hubieras complicado mucho la vida. Más que durante estos meses trabajando juntos.

Sabía a lo que se refería. Cuando Jan estudió Perfumería en La Rosée, ya estaba con Margot.

Suspiré. Sentía que la tensión entre nosotros aumentaba constantemente, pero luego se desinflaba. Nunca llegábamos al lugar al que ambos queríamos llegar, y yo me moría por hacerlo.

—No hubieras soportado tener una compañera con más talento que tú, admítelo —le dije, para rebajar esa tensión.

Entonces Jan me sonrió con total transparencia.

—Puede ser, Meuly. Eres insoportable a veces, pero demasiado talentosa.

Solté una risita.

—Creo que es hora de despedirnos de nuevo, ¿no? Indefinidamente.

Jan apartó la mirada de mí por un momento.

—Te llamaré, ¿vale? Cuando pase… —calló por un momento, como si buscara las palabras— lo que tiene que pasar. No te vas a librar de mí tan fácilmente, lo siento.

La luz de una farola se colaba en el coche e iluminaba solo la mitad de su rostro. Me quedé mirándolo unos segundos.

—Y es que no quiero librarme de ti.

Entonces Jan se acercó y me besó, pero fue algo diferente. No fue un huracán de beso como el de nuestra despedida en Lyon.

Fue dulce. Cogió mi rostro entre sus manos y me acarició el pelo, de una forma… delicada. Casi se podría decir que fue un beso romántico. Como si de verdad sintiera algo por mí.

Qué difícil fue salir del coche de Jan e irme yo sola a mi habitación de hotel. Qué difícil fue dormirme aquella noche, pensando en Yves, en sus compañeros perfumistas, en Grasse, en Jan y en su beso de despedida.

Otra despedida. Jan me había dicho que no me iba a librar de él tan fácilmente, pero si se quedaba a cargo de La Rosée, esa despedida podría ser la definitiva.

Cuando cerré los ojos en la cama, intenté centrarme en lo bueno que estaba por venir. Mis amigos Étienne y Pauline se casaban en apenas unos días.

Y, después… quién sabía lo que podría pasar después.

56

Jan

—¿Lo celebramos? —me preguntó Yves en cuanto volvimos a su casa, después de firmar todos los documentos necesarios con su abogado.

Yo me quedaría a cargo de La Rosée cuando Yves ya no estuviera. Y su casa se vendería para que los beneficios fueran a la escuela. Todavía lo estaba procesando.

No pude evitarlo, me reí.

—Yves, llevamos celebrando cosas desde que vine en noviembre.

—Hasta el último día, Jan.

Yves sacó una de sus mejores botellas de vino y nos sirvió un poco a los dos.

—Bueno —dijo en cuanto nos sentamos en el jardín, bajo un cielo azul invernal—, ¿qué tienes pensado para la escuela?

Me encogí de hombros.

—Tengo que ponerme a ello. Lo más importante para mí es que no pierda tu esencia.

Estuvimos charlando un buen rato acerca de La Rosée y de algunos detalles administrativos que tendría que tener en cuenta.

—Recuerda que hay un par de profesores que se jubilan muy próximamente —me dijo.

Asentí.

—Lo sé. Me reuniré con Recursos Humanos. Tú no te preocupes, Yves. Déjalo en mis manos.

Él me sonrió.

—No me preocupo para nada, amigo. Confío en ti. —Hubo un silencio y ambos nos quedamos durante un momento admirando el cielo azul y las casas que se veían colina abajo. Tan solo se oían los sonidos de la naturaleza—. Tú sientes algo por ella, ¿verdad?

Las palabras de Yves me hicieron volver al presente de forma inmediata. Por un momento, mi mente se había evadido.

—¿Perdón?

—No te hagas el loco, Jan. Ya sabes a quién me refiero.

Fruncí el ceño.

—No sé por dónde vas.

Yves me miró fijamente y sonrió con cierta satisfacción.

—Tú sientes algo por Audrey Meuly.

Aquello me descolocó un poco. No estaba preparado para que Yves la nombrara. Yo estaba ahí, tranquilamente, disfrutando del sol de invierno después de haberme tomado una copa de vino con un amigo. ¿Qué necesidad de poner las cosas intensas?

—Eh… yo…

Yves rio.

—¿Lo ves? Estaba claro.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La pregunta sería: ¿Qué no me hace pensar eso?

—Venga ya.

—En serio. Me he fijado en cómo la miras. Nada que ver a cómo miras a Aiko o a otras compañeras. ¿Y qué me dices de tu forma de hablar de ella? Quizá no te dabas cuenta, pero durante la cena no parabas de alabarla.

El tema acababa de salir y ya comenzaba a sobrepasarme.

—¿Alabarla? —repetí—. Pero si fue una pesadilla trabajar con ella. Tenemos formas de trabajar completamente diferentes. Me volvía loco en el laboratorio, en serio.

Yves soltó una risita irónica.

—Jan, a veces, las mejores fragancias provienen de combinaciones inesperadas.

Me quedé unos segundos en silencio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya era hora de que superaras a tu exnovia. Hijo, lo siento, pero Margot no era para tanto. Con todos mis respetos hacia ella, ya sabes, que espero que sea muy feliz en Nueva York y todo eso.

Unos meses atrás, ese comentario me hubiera afectado bastante. Pero en ese momento, tan solo pude soltar una carcajada.

—Simplemente creí que era el amor de mi vida, ¿qué querías que hiciera?

—Ay, Jan. Tan solo tenemos el presente. Es lo único que nos pertenece de verdad. Las cosas empiezan y acaban. Y si la vida te ofrece algo, tómalo, no lo dejes para cuando pueda ser demasiado tarde.

Inspiré hondo y cerré los ojos. Alcé la cabeza hacia el cielo y medité sobre lo que me acababa de decir Yves.

Ya no tenía miedo al abandono inesperado, pues había comprobado que podía ser feliz por mí mismo. No necesitaba a nadie más.

Ese es el momento perfecto en el que se puede dejar entrar a alguien en tu vida. Se quede una noche o se quede todas las noches, para siempre.

Cuando abrí los ojos, me quedé por un momento disfrutando del azul del cielo. Unos pájaros cruzaron rápidamente y revolotearon a nuestro alrededor.

—Iré a por ella, Yves —acabé diciendo.

—Así me gusta. Dure lo que dure. No tiene por qué ser para siempre.

—Tú siempre has sido un romántico a tu manera.

Yves se encogió de hombros.

—Ya sabes que yo nunca concebí la vida con un solo amor. Necesitaba sentir esa explosión de sentimientos de vez en cuando. Una vez se estabilizaba la pasión… ya no tenía tanto sentido para mí.

Las parejas solían durarle a Yves una media de entre dos y tres años. Cada persona tenía su forma de vivir el amor, y esa era la suya. Totalmente válida como cualquier otra.

Continuamos charlando sobre relaciones, sobre anécdotas del pasado, sobre la vida en general.

Cuando Yves y yo nos levantamos para dar un paseo por el jardín, me miró a los ojos y me di cuenta de algo.

Su vida estaba a punto de apagarse para siempre.

♥ ♥ ♥

Unos días después, fue San Valentín. El perfume Un baiser sur le pont llevaba ya unos días a la venta y estaba arrasando en el mercado del lujo. Era un regalo perfecto para la ocasión. El primer perfume de una marca como Maison Lagune, ¿quién no iba a querer comprarlo?

No pude evitarlo, aquello me hizo feliz y me puso triste a la vez. Siempre es una buena noticia que un perfume sea un éxito de ventas, por supuesto. Al fin y al cabo, se trataba de un producto que debía venderse. Ese era el principal objetivo.

Pero no podía dejar de pensar que ese aroma que Audrey y yo habíamos creado, algo íntimo entre ella y yo, algo que había surgido de nuestra —a veces explosiva— química pasó a ser algo que estaba al alcance de cualquier persona que pasara por una perfumería y se lo probara.

Lo único que me consolaba era que ninguna combinación igualaría la del perfume sumado a la piel de Audrey. Nunca olvidaría aquello.

Era salvajemente obsesivo.

Pero el aroma de su piel, sin ningún añadido, era incluso mejor.

Pasé aquel extraño San Valentín cenando con Yves y con nuestros amigos. Como siempre: risas, anécdotas, disfrute.

Sin embargo, aquella noche, cuando todos se fueron menos yo, Yves se quedó mirando de forma hipnótica el chisporroteo del fuego en su chimenea. No quise decirle nada, pero era evidente que había empeorado mucho en apenas dos semanas, aunque él se empeñara en disimular. Se le veía más cansado y dolorido.

Me senté en un sillón cerca de él. No sabía qué podía decirle, así que decidí acompañarle en su silencio, hasta que él decidiera decir algo.

—No puedes imaginarte la paz que siento ahora mismo, Jan —acabó susurrando, sin dejar de mirar el fuego—. Saber que he sido dueño de mi tiempo hasta el último momento. Y que he podido decidir cómo lo he pasado.

Tragué saliva. Me costó, porque comencé a sentir cierta presión en la garganta y en el pecho.

—Lo sé —murmuré.

Yves apartó la mirada de la chimenea y la clavó en mí. Su mirada reflejaba cansancio, pero sí, tenía razón. También paz.

—Recuerda que la vida es demasiado corta para hacer cosas que no nos hacen felices. Y que debes entrar por todas las puertas que se te abran. Y si no se abren… ábrelas tú.

Asentí. No me salía la voz. Comencé a ver un poco borroso. Eran lágrimas. Hice un esfuerzo por retenerlas, pero no fue fácil.

—Has sido mi inspiración desde que te conocí, Yves.

Él sonrió.

—Me alegro de dejar algo tan bueno en el mundo. Aunque no seas mi hijo, Jan, pero a veces he sentido que eras lo más parecido que tenía a algo así.

Ese maldito Yves me estaba poniendo difícil lo de no llorar. Pero no lo hacía por mí, lo hacía por él, porque sabía que no quería verse en una escena demasiado dramática.

Inspiré hondo para calmar un poco mis sentimientos.

—De verdad, La Rosée no será lo mismo sin ti, pero voy a intentar que sea lo que siempre ha sido en el mundo de la perfumería.

Entonces se levantó. Yo hice lo mismo. Me miró por un momento y sonrió de nuevo.

—Eres un digno sucesor. No lo olvides, ¿vale?

—Vale.

En ese momento me abrazó. De una forma algo más intensa de lo habitual. Yo cerré los ojos con fuerza, intentando no derramar ninguna lágrima.

—No dejes escapar a Audrey, ¿de acuerdo? —dijo entonces Yves, cerca de mi oreja—. Ella siente lo mismo. Lo sé.

Apreté los labios.

—Todo sea por seguir con tu legado de romanticismo y perfumes.

Solté una risa algo seca y pude sentir que Yves sonreía, todavía abrazado a mí.

Cuando me despedí de él aquella noche, llegué a mi casa y sentí que me derrumbaba en mi cama.

Entonces me permití llorar todo lo que necesitaba, porque, de una forma u otra, supe que aquel había sido nuestro último abrazo.

Yves me había dicho adiós.

57

Audrey

Étienne y Pauline se casaron un frío sábado de febrero, el primero después de San Valentín, en el Hôtel de Ville de Lyon. Habían reservado una pequeña sala, decorada con flores y tonos burdeos, acordes al invierno. Fue una ceremonia sencilla e íntima, no éramos más de cuarenta personas. Étienne llevaba un traje gris oscuro clásico y Pauline se había decantado por un vestido de manga larga muy sencillo de color champán.

Todo había salido a la perfección, y eso me alegraba.

Mi regalo para ellos había sido crear dos perfumes, uno para Étienne y otro para Pauline. Ambos me insistieron en que no querían nada, pero yo no podía asistir a su boda y no hacerles ningún tipo de obsequio. Se me ocurrió que sería una buena idea diseñar desde cero dos perfumes para que los llevaran el día de la boda. Así, en el futuro, cuando los olieran, volverían a ese día inmediatamente.

La magia de la memoria olfativa.

Se alegraron enormemente en cuanto les di los frascos el día anterior a la boda. Me basé un poco en sus personalidades y en sus profesiones para crearlos. Para Étienne elegí algo cálido y reconfortante como su panadería, así que mezclé limón, lavanda, vainilla, almendra tostada y canela. Para Pauline elegí algo vibrante y potente, como su pasión por los aviones. Elegí combinar mandarina, menta, vetiver, almizcle y ámbar gris. Cuando los olí el día de la boda, sentí que combinaban perfectamente con ellos, y eso me hizo feliz.

Después de la ceremonia, estuve charlando con los amigos de Pauline un rato mientras tomábamos una copa. Romain también estaba invitado, lógicamente, al ser un buen amigo de Étienne. Nos saludamos y charlamos brevemente, sin ningún tipo de pretensión, de forma cordial. Agradecía mucho poder tener relaciones —de cualquier tipo— maduras con personas maduras, sin dramas, sin conflictos.

Fue en ese momento, mientras hablaba con Fabien, cuando me llegó un mensaje de Jan. Si hubiera sido de otra persona, seguramente no lo hubiera abierto, pero no pude evitarlo, porque ya me imaginaba de lo que podría tratarse.

—Perdona, Fabien, tengo que leer este mensaje.

—No hay problema.

Él volvió con el resto de amigos de Pauline y yo me aparté con mi copa de champán a una esquina del salón.

Abrí el mensaje.

Jan: Yves murió el miércoles. Hoy lo hemos enterrado. Se fue en paz y eso me alivia, pero necesito algo de tiempo para asimilarlo. Espero que todo vaya bien en la boda.

Aunque ya sabía que era inminente, no pude evitar que se me humedecieran los ojos. Solo había podido coincidir con Yves un fin de semana, pero me había dado la sensación de que, además de ser un referente en el mundo de los perfumes, era también una gran persona.

Decidí responder a Jan en ese momento.

Audrey: Lo siento mucho. Tómate todo el tiempo que necesites. Yo estaré en Lyon. Un beso.

Me costó escribirlo. No sabía cómo decirle de alguna forma que yo quería volver a verlo. Esperaba tener noticias suyas, pero tampoco iba a insistirle. Tenía que vivir el duelo de haber perdido a un buen amigo.

El mensaje de Jan me había sensibilizado un poco, así que decidí quedarme un rato allí, en un rincón discreto mientras observaba a los demás bailar, charlar y reír.

Hasta que vi que Étienne y Pauline buscaban a alguien con la mirada, después de haber estado un rato hablando animadamente con sus familiares.

Me buscaban a mí.

En cuanto me encontraron en mi rincón, les sonreí y les hice un gesto con la mano con el que quería decir que estaba bien, pero, aun así, se acercaron.

—Qué bien oléis, chicos —les dije, sonriendo.

—¿Estás bien, Audrey? —me preguntó Étienne.

Asentí enseguida.

—Sí. Tan solo he recibido noticias de Jan, pero no pasa nada.

Se miraron entre ellos. Ya les había contado la razón de mi escapada a Grasse.

—Lo siento —dijo Pauline.

—Por Dios, chicos, es vuestra boda —dije entonces, y forcé una sonrisa—. Id a pasarlo bien.

—Vuelve tú, ¿vale? —le dijo Pauline a su recién estrenado marido—. Ahora voy yo. —Étienne asintió y se alejó. Pauline y yo nos miramos entonces—. Lo echas de menos, ¿verdad?

Se me escapó una sonrisa y bajé la mirada al suelo. Me fijé en los zapatos de Pauline.

—Sí —reconocí en cuanto alcé la mirada hacia ella.

Era la primera vez que lo aceptaba con esa naturalidad.

—Necesita su tiempo, pero… no dejes que las dudas te detengan. Si solo te interesara una cosa de Jan, ¿crees que te afectaría tanto? Yo creo que no. Yo iría a por él. Incluso si se queda a vivir en Grasse… nada es imposible, ¿sabes?

Sabía a lo que se refería Pauline. Yo no quería meterme en otra relación, pero lo que Jan me hacía sentir excedía de algo meramente físico, que era lo que me pasaba con Romain.

¿Qué hacía entonces? ¿Lo dejaba ir? ¿O me lanzaba aunque no estuviera en mis planes?

Si te encuentras algo inesperado, pero increíble por el camino, ¿por qué dejarlo ir?

—Lo sé, Pauline. Gracias por el interés. Y ahora, de verdad, hazme el favor. Disfruta de tu boda, no malgastes tu tiempo en este lamentable consultorio amoroso.

Ambas nos reímos y continuamos con la fiesta.

En ese momento fui consciente de que si Jan no volvía a Lyon, probablemente yo iría a Grasse.

♥ ♥ ♥

Un par de días después de la boda, Étienne y Pauline se fueron de luna de miel a Guadalupe. Un paraíso caribeño que les haría evadirse del frío invierno en Lyon.

Yo aproveché para ir a Annecy. Necesitaba disfrutar de las vistas del lago gélido con unas montañas blancas de fondo. No había aceptado más proyectos en el trabajo, así que tenía unos días de margen hasta mi próxima reunión con Véronique.

Fue mágico pasear por el casco antiguo nevado. Inspiré hondo y me llené del aire frío de los Alpes. Continué caminando, sumida en mis pensamientos, hasta que llegué al Pont des Amours. Me quedé mirándolo.

Cómo cambiaba en invierno. Parecía un paisaje diferente al que era en otoño. Los árboles sobre el puente ya no tenían hojas, sino que estaban cubiertos de nieve.

Saqué el móvil y le hice una foto. Sonreí. Abrí la conversación con Jan y se la envié, sin escribir nada.

A veces, no es necesario decir nada para decirlo todo.

58

Jan

Yves murió al día siguiente de San Valentín. Yo ya me imaginaba que sería capaz de hacerlo. No dejó que fuera su enfermedad la que acabara con su vida. Él fue más rápido.

Lo despedimos como se merecía aquel mismo viernes. Fue algo sencillo, pero emotivo, donde estuvimos presentes amigos, vecinos de Grasse y profesores y alumnos actuales de La Rosée. Al día siguiente, lo enterramos en el cementerio local.

Por mucho que supiera que su final estaba cerca, eso no lo hacía menos duro. Qué difícil era decir adiós para siempre a alguien a quien aprecias tanto.

Tenía que pasar el duelo de haber perdido a un amigo mientras comenzaba una nueva aventura laboral, la de dirigir La Rosée. Los primeros días fueron una vorágine de reuniones para hacerme con las riendas cuanto antes. Tuve que reunirme con los profesores y con el resto del personal para escuchar sus inquietudes y sus sugerencias, realizar una auditoría sobre el estado general de la escuela, interactuar con los alumnos para tener también su opinión, revisar los programas académicos, inspeccionar las infraestructuras, reforzar las relaciones con otros profesionales de la industria y… ah, sí, también tenía que dedicarme algo de tiempo a mí mismo. Comer, dormir y esas cosas.

Por las noches caía rendido en la cama, pero siempre tenía tiempo para hacer algo. Como el perfume Un baiser sur le pont ya llevaba tiempo a la venta, sentía que no era algo íntimo entre Audrey y yo. Pero había otra cosa.

Me quedaba mirando un buen rato la foto que me había enviado del Pont des Amours bajo la nieve. De una forma u otra, aquel puente simbolizaba muchas cosas para nosotros, aunque al final ese «nosotros» no fuera nada. Apenas teníamos tiempo para hablar, pero nos intercambiábamos algunos mensajes en cuanto podíamos.

La echaba de menos.

Maldita Meuly. ¿Qué iba a hacer con ella?

La respuesta la tendría muy pronto.

♥ ♥ ♥

Cuando llegó marzo, tuve una reunión con Madeleine Giraud, una profesora de Olfacción y de Creatividad, dos materias que se impartían en los estudios de la escuela. Una mujer que llevaba más de treinta años dando clase y a la que, por fin, le tocaba jubilarse y poder disfrutar de su tiempo completamente. Una mujer que, también, había sido profesora mía cuando estudiaba en La Rosée.

—Todavía no me creo que Yves ya no esté —dijo, antes de darle un sorbo a su taza de café,

en el que era mi nuevo despacho—. Era el alma de la escuela.

—Lo sé. Soy consciente de que esto no puede ser lo mismo sin él.

Yo estaba sentado a su lado, mirando por la ventana, también con mi taza en la mano. Grasse comenzaba a florecer con la inminente llegada de la primavera.

Echaba de menos el café de la mañana compartido con Audrey. El suyo amargo y potente, el mío dulce y con leche.

—Pero me alegro infinitamente de que te haya elegido a ti, Jan —dijo, mirándome con una sonrisa—. Yo siempre supe que tú tenías algo.

—Gracias, Madeleine. Lo haré lo mejor que sepa. Te echaremos de menos por aquí, has sido un referente para todos nosotros.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Has hablado con Recursos Humanos para comenzar a buscar un nuevo profesor o profesora?

—Lo tengo en mi agenda para esta semana.

—Genial.

Madeleine y yo comenzamos a charlar sobre los planes que tenía ella tras su jubilación. Quería dedicarse a viajar y a escribir poesía. Hablamos un rato y nos despedimos hasta la que sería su despedida oficial de la escuela, con un sencillo, pero bonito evento con los que habían sido sus alumnos durante los últimos años.

En cuanto me quedé solo de nuevo en mi despacho, me di cuenta de que había un pequeño calendario en una esquina del escritorio. Sobre una estructura de madera con anillas, estaba la hoja que contenía el mes de julio del año pasado.

Me di cuenta de lo que había pasado. Yves había dejado de arrancar las hojas en cuanto se enteró de su enfermedad. Entonces, el tiempo había tomado una dimensión diferente para él.

Me acerqué y comencé a arrancar las hojas del calendario hasta llegar a diciembre. Y fue como un viaje en el tiempo en mis recuerdos con Audrey.

Nota mental: necesitaba un calendario nuevo.

Me coloqué junto a la ventana y volví a mirar a través de ella. La escuela estaba en una zona algo elevada de Grasse, por lo que podía ver algunas de las colinas y campos de flores y árboles que se extendían bajo el cielo azul. En la entrada había varios arbustos que comenzaban a florecer, algunos de ellos rosales, pero todavía no había rosas en flor.

En ese momento vi a una alumna que se acercaba a oler unos narcisos. Un chico, otro alumno, se acercó por detrás. Ella se giró hacia él y compartieron unas palabras antes de besarse.

Me aparté de la ventana y me senté de nuevo en mi silla. Era un momento demasiado íntimo para ellos. Cerré los ojos un momento y me recliné.

Sentí que, en algún universo paralelo, esos estudiantes de Perfumería podríamos haber sido Audrey y yo. Pensé también en aquella noche de septiembre en París, en cuanto me abrí a ella y le hablé de la herida que había dejado alguien en mí. Le di una rosa roja que después se convirtió en una de las notas de nuestro perfume.

Cuando abrí los ojos, cogí mi móvil y le envié un mensaje. Tenía una propuesta para ella.

59

Audrey

Unos días antes de la primavera, recibí un mensaje de Jan para invitarme a ir a Grasse de nuevo. Me dijo que tenía algo importante que decirme. Me moría de nervios, porque no tenía ni idea de lo que podía ser.

Hablé con Véronique para no aceptar más trabajo de forma indefinida. No sabía cuánto tiempo podría pasar allí en Grasse, porque Jan no me había dicho nada, así que preferí no ponerme fecha de vuelta.

Reservé una habitación en el mismo hotel y me puse a conducir hacia el sur. Así fue cómo llegué a la ciudad de los perfumes el primer día de primavera.

Jan me había citado directamente en La Rosée. Sería la primera vez que visitaría la escuela de mis sueños, y con Jan como director. ¿Podía ser más surrealista el momento?

Era un lunes soleado, los pájaros cantaban sobrevolando un cielo de un magnífico color azul. Podía sentir el aroma fresco de los narcisos y el polvoriento de la mimosa flotando en el aire. Llegué a La Rosée a media mañana, dando un paseo, después de dejar mis cosas en el hotel, y me quedé admirando el edificio. A las afueras de Grasse, una antigua villa provenzal, de dos plantas, pintada en un tono claro, con contraventanas de tonos pastel, todo rodeado de jardines.

El que había sido mi sueño, ahí lo tenía, ahí estaba, delante de mí.

Con paso firme, entré en el vestíbulo. Unos segundos después, apareció un hombre joven, alto, de cabello rubio oscuro, perfecta nariz y brillantes ojos azules. Vestido con sus camisas remangadas hasta el codo y sus pantalones a medio camino entre casual y elegantes. Como cuando trabajábamos juntos en Féerie Parfums.

De repente, esa época me pareció muy lejana.

No pude ocultar una sonrisa.

—Qué honor, me recibe el director de La Rosée en persona —le dije.

Él me devolvió el gesto.

—Eres Audrey Meuly, no te mereces menos. —Sentí un chispazo en el vientre—. ¿Me acompañas? Me gustaría enseñarte la escuela.

—Venga, vamos.

Jan me enseñó las aulas, los laboratorios, la biblioteca, los jardines, el invernadero. Yo tan solo podía mirar alrededor y lamentarme —un poco— por lo que me había perdido en la vida. Qué diferente hubiera sido todo si me hubiera priorizado y hubiera decidido estudiar allí.

Después de la visita, nos subimos en el coche de Jan y decidimos comer en un pequeño y coqueto restaurante cerca de la escuela. Mientras esperábamos nuestra comida, nos quedamos mirando durante unos instantes. No veía a Jan desde hacía casi dos meses, cuando llegué a

Grasse para conocer a Yves. Había sido increíble haber podido compartir algo de tiempo con él antes de que nos dejara para siempre.

Había algo de tristeza en la mirada de Jan, pero también brillo.

—Bueno, cuéntame cómo está siendo la experiencia —le dije.

—Increíble. Muchísimo trabajo, pero estar al frente de esta escuela vale la pena.

—¿No echas de menos la creación de perfumes? Supongo que ahora casi todo tu trabajo es administrativo.

Jan se encogió de hombros.

—Sí, claro. Pero siempre puedo pasarme por los laboratorios en mis ratos libres y trastear un poco.

Le sonreí.

—Pero… no estoy yo.

Jan miró por un momento hacia abajo, y luego levantó la mirada. Se me hizo un nudo en el estómago en cuanto clavó sus ojos azules en mí.

—No sé si eso es una ventaja o una desventaja, Meuly.

Solté una risita.

—Tú lo sabes bien.

—Bueno.

Estuvimos charlando un poco hasta que nos trajeron nuestra comida.

—Entonces… imagino que no volverás a Lyon —dije, antes de darle un sorbo a mi vaso de agua.

Tenía miedo de hacerle esa pregunta tan directamente, pero la respuesta era obvia. Jan tenía un nuevo trabajo y ese trabajo estaba en Grasse.

—Por el momento no. Si me ofrecen algún otro proyecto interesante, siempre puedo intentar cuadrarlo con mi agenda.

—Entiendo.

Era como si nuestra historia se estuviera acabando incluso antes de empezar. Joder, es que ni siquiera habíamos follado. Qué triste.

—¿Cómo va todo por Féerie Parfums?

—Bien, trabajando. Ya sabes. Esa manía que tienen las marcas de cosmética de sacar nuevos perfumes. —Hubo un silencio y casi me derretí con la ligera sonrisa de Jan—. Bueno… ¿me vas a contar por qué me has invitado?

—¿Tanto te cuesta creer que me apetecía verte?

—Sí. Más que nada porque me has dicho que me tenías que decir algo importante.

—Ah, es verdad. —Jan también dio un sorbo a su agua y me miró a los ojos—. Madeleine Giraud se jubila.

Fruncí el ceño.

—¿Y? ¿Me has hecho venir para decirme eso?

Él rio.

—Ya sabes, profesora de Olfacción y de Creatividad.

—Sí, me suena su nombre. Pues espero que Madeleine disfrute de su jubilación.

Jan volvió a reírse, y me daba la sensación de que lo hacía con burla hacia mí.

—¿No lo pillas, Meuly? Quería proponerte que te quedaras con su puesto.

Tardé un poco en procesar eso.

—¿Qué?

—Que si quieres trabajar en La Rosée como profesora. Ya que no pudiste ser alumna, puedes vivir la experiencia desde el otro lado.

Era como si algo explotara dentro de mi cabeza. Como si no tuviera sentido. Pero, en apenas unos segundos, comenzó a tenerlo. Como si las piezas de un puzle se juntaran.

Me sentí abrumada.

—Jan, yo… tengo que pensar en esto. No puedes pretender que venga de visita a Grasse, que me invites a comer en este sitio tan bonito y que me sueltes una bomba así y yo te conteste en el momento.

Se me quedó mirando durante unos segundos, con un gesto que no pude descifrar.

—Tómate algo de tiempo. Yo puedo sustituir a Madeleine, al menos provisionalmente.

Levanté las cejas.

—Vaya. Esta vez sí que me has dejado sin palabras, Jan.

—Espero que esto no sea todo.

Me miró de nuevo y estrechó un poco los ojos, analizándome. No estaba del todo segura sobre lo que quería decir, pero me sentí… como si estuviera desnuda frente a él. Y eso pocas veces había sucedido.

En cuanto terminamos de comer, Jan me propuso dar un paseo por Grasse.

—Cómo se nota que eres el director, ¿eh? —le dije, mientras nos adentrábamos en el casco antiguo, de callejuelas estrechas y empinadas—. Te has escaqueado en cuanto has podido.

Él me miró.

—Por ti.

No sabía cómo reaccionar. Me daba la sensación de que Jan estaba buscando algo. No parecía tan tímido como solía ser en Lyon.

Era como si… de verdad sintiera que quería darme lo que no me pudo dar aquella noche. Y entonces era él el que comenzaba a ponerme nerviosa a mí, y no al revés.

Nos sentamos en una terraza para tomar un café. Miré alrededor, intentando calmar esa presión que comenzaba a tener en el vientre y en otras partes de mi cuerpo. Las casas eran coloridas y de estilo provenzal, con fachadas en tonos cálidos y balcones con enredaderas.

—Bonito, ¿verdad? —dije, admirando la arquitectura y las flores por todas partes.

—Pues claro. Es la ciudad de los perfumes. —Jan cogió su taza, obviamente de café dulce con leche, y dio un sorbo sin dejar de mirarme—. Pero ¿sabías que el mejor rincón está en mi jardín?

Alcé una ceja.

—¿Me estás invitando a tu casa, Jan Bauck?

Él se encogió de hombros, con una ligera sonrisa.

—Estuve hablando con el casero y le pareció genial que arreglara el jardín a mi gusto. ¿No te gustaría verlo? La última vez me visitaste de noche.

Había otras cosas suyas que prefería ver antes que su jardín, sinceramente. ¿Cuántos meses llevaba deseándolo e imaginándolo?

—Así que en eso estás empleando tu tiempo libre.

Me recoloqué en la silla, porque comenzaba a sentir una sensación vibrante entre las piernas.

—Podría decirse que sí. Y… no sé, podríamos continuar charlando de forma más… íntima. Es un buen lugar para relajarse después de un café y para disfrutar de mi compañía.

Apreté los labios y exhalé lentamente por la nariz el aire que había en mis pulmones. Sentí que me acaloraba, y no era precisamente por el sol primaveral.

—Bueno —dije finalmente, intentando disimular mi deseo—. Ahora me has dado curiosidad.

A ver si ese jardín es tan interesante como dices.

Tras pagar la cuenta, volvimos a su coche y pusimos rumbo hacia la casa de Jan, ambos haciendo como que no estaba pasando nada fuera de lo normal. Charlando sobre la vida en Grasse y sobre la Provenza en primavera.

En cuanto llegamos, recordé aquel fin de semana de invierno cuando los visité a él y a Yves. Todo había cambiado. La primavera estaba haciendo florecer todo, incluso la casa de Jan. Seguía siendo pequeña y vieja, pero la estaba llenando de flores.

El sol ya estaba cerca de tocar el horizonte. Si Jan quería enseñarme su jardín, no teníamos demasiado tiempo.

Cruzamos la pequeña verja y Jan sacó una llave de su bolsillo. Abrió la vieja puerta de madera, la cual crujió. Me hizo un gesto para que pasara dentro. Cerró la puerta tras él y se giró para mirarme.

—Pero… ¿no ibas a…? —comencé, pero no me dio tiempo a terminar mi pregunta.

—Venga, Meuly —dijo, acercándose a mí—. No pretendas que no hay nada pendiente entre nosotros.

Sentí que se me cortaba la respiración. Jan se colocó a apenas unos centímetros de mí. La situación iba más rápida que mis pensamientos, así que no me dio tiempo a actuar antes de que me cogiera con fuerza el rostro entre sus manos y me besara.

Y ese beso fue una explosión de notas embriagadoras. Sentí su lengua invadir mi boca a la vez que me empujaba contra la pared del pequeño vestíbulo de la casa. Ni siquiera habíamos podido pasar de ahí.

Me sentí presionada, pero me encantaba la sensación. Nuestros ojos se encontraron durante un instante y no hizo falta decir nada.

Jan se moría por estar dentro de mí.

Su respiración era entrecortada y sus mejillas se habían enrojecido, y no era por timidez aquella vez. Bajó las manos desde mi mandíbula, por mi cuello, por mis pechos —pero sin detenerse demasiado ahí— hasta mis caderas. Y me aferró con fuerza, acercando su entrepierna a la mía y dejándome completamente sin libertad de movimiento contra la pared.

Cuando sentí los dedos de Jan clavándose en la piel de mis caderas, se separó de mi boca y me miró a los ojos, respirando con pesadez.

Y levantó una maldita ceja. Aquel gesto que yo solía odiar en él, que literalmente me sacaba de mis casillas.

—¿Qué pasa, Meuly? ¿Por fin sin palabras?

—Cállate —fue lo único que le pude decir, y me aferré a su cuello y volví a besarlo.

Sentí la sonrisa de Jan en mis labios cuando me cogió con fuerza del brazo y me guio hacia una puerta a unos pocos metros de distancia, la que daba paso a su dormitorio. No pude fijarme en nada, tan solo sentí el colchón de la cama en mi espalda cuando Jan me empujó de una forma no demasiado delicada, pero que tan solo hizo que me excitara más.

Se colocó de rodillas frente a mí y me admiró durante un momento. Entonces se agachó, yo cerré los ojos, y sentí la punta de su nariz en mi cuello. Me estaba oliendo. Inspiró hondo mientras se llenaba de mi aroma. Y, entonces… algo húmedo y caliente. Ahogué un gemido. La lengua de Jan bajó hasta que llegó al cuello de mi jersey. Dejó escapar un ligero gruñido, como si le molestara, y me lo arrancó casi literalmente. Después, siguió con mis botas y mis vaqueros. Me admiró de nuevo antes de abalanzarse sobre mí. Volvió a besarme y yo me aferré a su espalda. Colé mis manos bajo su ropa para tocar su piel.

—Quiero sentirte —susurró cerca de mi oreja, y el roce su aliento hizo que se me pusiera el vello de punta.

—Pues hazlo.

Jan se desnudó entonces, como si todo le molestara de repente. Solo se dejó la ropa interior, pero yo me moría por poder sentirlo en ese mismo momento. Me quedé mirándolo, fascinada. Por fin podía ver algo más que aquel día en la piscina, algo más que aquella noche de otoño en mi casa de Annecy. Su piel era muy clara en contraste con la mía y su cuerpo delgado, pero fuerte.

Se colocó sobre mí y yo volví a acariciar su espalda. Me encantaba sentir cómo se tensaba bajo mi roce. Me arqueé y él se centró en desabrochar mi sujetador. Lo deslizó por mis brazos y lo tiró al suelo. Se quedó un momento sobre mí, mirándome, como si fuera lo más increíble que había visto nunca. Y yo le devolví esa mirada, porque me sentía igual. La luz del atardecer se filtraba por la ventana y hacía que su pelo se viera más dorado y sus ojos azules parecieran de un tono más claro.

Inspiré hondo y noté cómo su mirada bajaba por mi cuello, hasta mi pecho.

—Joder, Audrey —dijo entonces Jan entre dientes—, tenías que ser perfecta en todo.

Sonreí con placer y satisfacción.

—Demuéstrame que me deseas, entonces.

Se inclinó y fue directo a acariciar mis pechos y a lamerme. Sentí una corriente eléctrica que llegó hasta entre mis piernas cuando la lengua y los dientes de Jan rozaron mis pezones. Lo agarré fuerte por la nuca y gemí. Él levantó la mirada un instante y sus ojos se encontraron con los míos. Esa visión me hizo comenzar a chorrear entre mis piernas. Pareció que Jan pudo leer mi mente, porque deslizó una de sus manos hasta ese punto. Se coló bajo la tela de mi ropa interior y pudo palpar mi humedad.

No pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Así que te afecto más de lo que te gustaría reconocer, ¿eh? —dijo en un susurro.

Lo odié y lo deseé a partes iguales.

Jan entonces me quitó las bragas, las tiró al suelo, y me cogió por las rodillas. Separó ligeramente mis piernas, me miró por un momento justo en el centro de ellas, antes de colocarse ahí. Me cogió bien fuerte por los muslos, tanto que casi me hizo daño, y bajó su rostro hasta quedar a apenas unos centímetros de mi entrepierna. Lo vi cerrar los ojos e inspirar hondo.

—Me encanta tu olor —susurró, y sentí su aliento en mi zona más sensible.

Si no hacía algo en ese momento, me mataría.

Pero parecía que Jan no era tan cruel de tenerme sufriendo demasiado tiempo. Su lengua comenzó a recorrerme de la forma más íntima posible. Yo me quise retorcer en la cama de la intensidad que comenzaba a sentir, pero él me tenía todavía bien agarrada por los muslos.

Empezó con su lengua y, cuando sentía que ya me faltaba poco, se incorporó y se quedó justo encima de mí, a la altura de mis ojos. Los cerré por un momento.

Y terminó con sus dedos.

Sentí que el orgasmo me impactaba como la ola de un maremoto.

Cuando abrí los ojos, vi a Jan junto a mí, mirándome con una sonrisilla de deseo.

—Sabes que quiero más —susurré, todavía algo inconsciente.

Él no dijo nada, tan solo se incorporó para desnudarse del todo, pero, antes de que lo hiciera, me fijé en el bulto que había ahí debajo.

Estaba tan excitada que era incapaz de pensar que algo podría salir mal aquella vez.

En cuanto Jan liberó la erección que tenía entre las piernas, por un momento yo no pude mirar a ninguna otra parte. Duro, erguido, imponente. Me moría por tocarlo y por sentirlo dentro de mí.

—¿Qué, Audrey? ¿Esto no es lo suficientemente duro para ti?

Intenté tragar saliva, pero estaba bloqueada. Lo deseaba demasiado. Jan se colocó a horcajadas sobre mí, dejando su miembro prácticamente sobre mi pecho, un muslo a cada lado.

—Quiero tocarte —susurré, y mi voz casi sonó como un gemido, a la vez que alcé mi mano para coger su erección.

Él me miró expectante y yo apreté con fuerza su dureza. Estaba como una roca. Alcé la mirada para mirarlo directamente a los ojos. Me miró con intensidad, apretando la mandíbula. Deslicé mi mano un poco hacia abajo, y luego hacia arriba. Jan cerró los ojos e inspiró hondo. Cuando los abrió, me cogió la mano y me hizo quitarla de ahí.

—No vayas tan rápido —dijo.

Yo hubiera seguido tocándolo sin problemas, pero sabía que lo que él quería hacerme podía ser incluso mejor.

Jan se retiró durante un par de segundos para colocarse un preservativo, y por un momento pensé que por fin se estaba materializando lo que llevaba deseando tanto tiempo. Lo miré, absorta. Quería sentir cómo cada centímetro suyo me llenaba por completo.

Volvió a ponerse sobre mí, me retiró algo de pelo desordenado que tenía sobre la frente, y me besó intensamente. Rodeé su espalda con mis brazos y sus caderas con mis piernas.

Entonces comencé a sentirlo, entre mi punto más sensible y mi entrada. Un roce ligero, como si quisiera tantearme. Jan se separó de mí y me miró a los ojos, atento a mis reacciones. Su mano derecha fue a cogerse el miembro para acariciarme de una forma más precisa. Se deslizaba en mi humedad, hacia arriba y hacia abajo.

Me arqueé de placer y gemí. Lo necesitaba dentro.

—¿Te gusta esto? —murmuró Jan, con una voz grave y provocadora. No pude responder, tan solo gemí. Aquello comenzaba a ser una tortura—. Quiero oírte.

Lo miré a los ojos.

—Sí —repuse, con la voz constreñida—. Pero quiero más.

Él sonrió de forma algo fanfarrona y satisfecha.

—Así que aquí te tengo, suplicándome por más.

Si Jan creía que era divertido hacerme sufrir, yo no se lo iba a poner tan fácil. Lo cogí fuerte del pelo y atraje su cabeza hacia mí. Por la tensión de sus músculos, supe que aquel movimiento le pilló por sorpresa.

—Te quiero dentro, ya —susurré en su oreja—. Quiero sentir todo de ti.

Jan se incorporó de nuevo, su gesto entre excitación y sorpresa.

—Qué impaciente eres, Meuly.

Sentí entonces la presión de su miembro en mi entrada. Parecía que iba a entrar poco a poco, pero me dio la sensación de que sintió tanta humedad que acabó entrando en una embestida poco delicada.

Ambos ahogamos un gemido y nos miramos. Entonces yo cerré los ojos y disfruté de esa sensación, de sentirlo entero en mí, cada movimiento provocándome una ola de placer.

En pocos segundos, nuestros gemidos y el sonido de nuestros cuerpos chocando llenaron la habitación. Cada vez más duro, más fuerte, más profundo. Me aferré a los hombros de Jan mientras mis caderas buscaban de forma desesperada las suyas. Sentí que algo potente se estaba construyendo de nuevo dentro de mí.

Jan me miró mientras se movía de forma más intensa. Él también estaba cerca, pero yo fui más rápida. El orgasmo me invadió antes de lo esperado, dejándome temblando y sin aliento. Disfruté de la sensación de tenerlo todavía dentro, hasta que Jan se corrió después de unas últimas embestidas profundas y poderosas. Entonces colapsó a mi lado, antes de poder ni siquiera moverse, ni levantarse. Ni siquiera pudo salir de mí.

Me abrazó por detrás. Sentí su aliento caliente en mi nuca y su respiración agitada.

Me sentí como en una nube. Y entonces recordé algo.

—Bonito jardín —le dije, con una sonrisa que él no pudo ver.

Jan seguía, obviamente, todavía algo inconsciente, y le costó procesar mis palabras.

—¿Qué jardín?

Solté una risita suave.

—El que supuestamente íbamos a ver antes de que me atraparas aquí.

Entonces sentí la risa perezosa de Jan en mi nuca. En ese momento lo noté salir de mí y quitarse el preservativo. Se incorporó un poco, con pesadez, y salió un momento de la habitación. En cuanto volvió, admiré su cuerpo desnudo antes de que se tumbara de nuevo a mi lado. Me giré para poder mirarlo a los ojos.

—No finjas que no te ha gustado el cambio de planes —me dijo, con una ligera sonrisa de satisfacción y plenitud total.

—No ha estado mal —repuse, y le acaricié un mechón de pelo. Fue curioso ese primer contacto tan íntimo—, pero me gustaría verlo.

Jan desvió su mirada hacia la ventana. Ya había anochecido. El cielo era de un tono azul algo más oscuro.

—Te lo enseñaré —repuso—. Si es que acaso puedes moverte.

Me reí.

—¿Crees que no aguantaría más, Jan Bauck? —pregunté, provocativa, siguiendo la caricia desde su pelo, por su frente, su nariz perfecta, hasta sus labios.

—No lo sé. Demuéstramelo, ¿no?

Cerré los ojos. Sentía una paz inmensa dentro de mí.

—Puede que lo haga —dije, y abrí los ojos para mirar a Jan—. El jardín puede quedar para otro momento. Cuando haya luz.

Jan me miró intensamente.

—¿Mañana?

Tan solo pronunció una palabra, pero enseguida entendí el trasfondo. Aunque no preguntó con miedo, sino con expectación por lo que estaba por pasar entre nosotros.

¿Al día siguiente seguiríamos juntos? ¿Amanecería en su cama?

—Mañana —asentí.

Jan sonrió y me besó suavemente.

Y yo sentí que aquello era el comienzo de algo.

60

Jan

La sensación de despertar junto a Audrey en mi cama fue una de las mejores de mi vida. Cuando abrí los ojos, sentí sus brazos rodeándome y su pelo caótico acariciando mi pecho. Seguíamos desnudos entre las sábanas. Miré un momento por la ventana. Parecía que comenzaba a amanecer, y es que yo tenía que ir a trabajar. Le retiré un poco de pelo a Audrey de su rostro.

—Audrey —susurré cerca de su oreja.

Ella emitió un ligero gruñido y siguió durmiendo, pero me abrazó más fuerte. No pude contener una sonrisa de satisfacción.

Lo que pasó la tarde anterior en esa misma cama había sido increíble. No solo había sido algo físico, había algo más allá. Las ganas de quedarnos en mi cama toda la mañana. Esa mañana y muchas más. Porque Audrey seguía allí.

Y, por lo que parecía, no iba a ser fácil sacarla.

Me había demostrado que, efectivamente, era mucho más insaciable de lo que me había imaginado. Pero yo también cumplí lo que me prometí a mí mismo aquella noche en Annecy cuando le fallé. Que me iba a suplicar que parara.

Así que… eso hice.

Después de esa primera gloriosa vez en la que la pude tocar y sentir, no tardamos demasiado en volver a dejarnos llevar por el deseo, con urgencia, como si ya hubiéramos perdido demasiado tiempo. No le di tregua. Cada gemido, cada vez que sentía sus uñas en mi espalda, todo ello me daba fuerzas para darle todo el placer posible, con mis dedos, con mi lengua, con todo. Hasta que me rogó, casi sin respiración, que parara, porque ya no podía más. Y yo me desplomé junto a ella en la cama, satisfecho por haber sido capaz de darle todo de mí.

Nunca olvidaré cómo se sentía su piel junto a la mía, sus manos, sus labios. Cómo era estar dentro de ella. La forma en la que arqueaba la espalda, entregándose por completo a mí.

La vida eran momentos. Si la vida te ofrecía algo, había que tomarlo. Y eso había hecho. Lo que pasara después… ya se afrontaría, si es que acaso había que hacerlo. Porque, a veces, las cosas salían bien. Que fuera lo que tuviera que ser, yo ya no tenía miedo.

—Audrey —volví a llamarla, pero no me hizo ni caso.

Igual que en el laboratorio. Era Audrey Meuly, ¿qué podía esperar de ella?

Decidí levantarme con cuidado para no despertarla. La dejé allí, en mi cama, mientras yo iba al baño, a vestirme y a preparar el desayuno para los dos.

Unos minutos después, mientras yo estaba en la cocina preparando unas tostadas y café, oí algo de ruido en la habitación y en el baño. Se había despertado. Tras unos minutos, apareció en la cocina. Con un moño improvisado y con mi camisa puesta. Le llegaba hasta la mitad del

muslo. Me pareció incluso más bella que la noche anterior.

Carraspeé para disimular y me centré de nuevo en mi tarea.

—Vaya —dijo entonces Audrey—, alguien se ha levantado pronto para impresionarme.

Sonreí mientras vertía el café en dos tazas, de espaldas a ella.

—Creí haberte impresionado ya.

Oí una risa irónica.

—Me agotas, Jan Bauck.

Ella se sentó en una de las sillas que rodeaban a una pequeña mesa que tenía junto a la ventana de la cocina. El cielo ya estaba azul y la luz del sol comenzaba a iluminar el jardín.

—Ya, ya lo vi anoche —repuse.

Me giré hacia ella y la vi poner los ojos en blanco y negar con la cabeza.

—Para mí el café solo, por favor —me pidió.

—Ya lo sé. Te gusta la amargura.

Le serví la taza, las tostadas y algo de mermelada y mantequilla. Audrey me miró de una forma indescifrable. Y le dio un ligero sorbo al café.

—Espero que lo de anoche no haya sido para convencerme de que me quede a trabajar en Grasse —dijo, y le dio un mordisco a una tostada.

Solté una carcajada y me senté junto a ella, también con mi café con leche.

—No lo fue, pero… ¿hubiera funcionado?

Audrey me miró, con la boca llena, y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Tendría que pensármelo mejor.

—Ya. Claro.

También comencé a desayunar junto a ella. Por un momento recordé aquel desayuno juntos en París, a la mañana siguiente de haber compartido una tarde en el spa… y después de lo que hice en la ducha, pensando en ella.

Qué diferente era todo entonces. Esa mañana en Grasse estábamos los dos cómodos, relajados. Y la realidad había sido muy superior a la ficción.

Miré el reloj en mi móvil.

—Sabes que tengo que ir a trabajar —le dije, y la miré de arriba abajo, por lo menos lo que era visible mientras ella estaba sentada, desayunando—. ¿Planeas robarme mucha ropa?

—Es lo que más a mano tenía. Dejaste mi jersey en el suelo hecho una bola. Y, obviamente, ya no te voy a devolver la camisa.

Se me escapó una sonrisa.

—Entonces… ¿vas a quedarte de okupa en mi casa?

Audrey se echó un poco hacia atrás en la silla y miró por la ventana.

—He reservado unas cuantas noches en mi hotel —repuso—. Tengo algo de tiempo para pensarlo. —Hizo una pausa—. Hotel en el cual, por cierto, no he podido dormir.

—Creo que yo tengo algo que ver con eso.

—Puede.

Terminamos de desayunar entre miradas y sonrisas que evidenciaban que algo había cambiado entre nosotros. Audrey acabó poniéndose sus vaqueros y sus botas de la noche anterior y, efectivamente, no tenía pinta de que me fuera a devolver la camisa.

—Me parece que es hora de ver ese jardín, ¿no crees? —propuse, a pesar de que sabía que me quedaban apenas diez minutos antes de salir hacia La Rosée.

—Venga.

Salimos a una mañana soleada de primavera. El sol ya había comenzado su travesía por el cielo azul e iluminaba las flores que me había dedicado a plantar durante el final del invierno. Nos detuvimos en el umbral del jardín, y Audrey miró alrededor, admirándolo.

—No está nada mal —dijo.

—En algo tenía que ocupar mi tiempo y mi mente.

Los rosales trepadores, que aún no habían florecido por completo, mostraban tímidos brotes rojos y rosados que prometían una explosión de color en las próximas semanas. Los narcisos y tulipanes eran los protagonistas del momento, con sus tonos amarillos, blancos y púrpuras iluminando los parterres y macizos que bordeaban los caminos de grava.

Nos adentramos más, siguiendo el sendero de grava que serpenteaba entre los parterres. A medida que avanzábamos, los dulces aromas del jardín comenzaron a mezclarse en el aire. El perfume de los jacintos, con sus racimos de flores azuladas y rosadas, se entrelazaba con el fragante aroma de los narcisos.

Llegó un momento en el que nos quedamos completamente rodeados de vegetación.

Audrey se giró y me miró de una forma dulce, algo que no era muy común en ella. Sus ojos oscuros, con un brillo especial que reflejaba la luz del sol, me miraban fijamente. Sus pestañas largas y rizadas enmarcaban esa mirada que tenía la capacidad de desarmarme por completo. Sus labios carnosos, ligeramente curvados en una sonrisa, me parecieron lo más bello entre todas aquellas flores.

—¿De verdad te tienes que ir ahora? —me preguntó, con una sonrisa inocente, con un punto de decepción, casi como una niña.

Era una nueva cara de Audrey, tan sorprendente y única como todas las demás.

—Sí —repuse tras un suspiro—. Ya sabes, tengo trabajo en la escuela.

—Qué pena. Podríamos divertirnos un rato, pero ya veo que eres un chico responsable. —Me hizo un pequeño gesto de burla provocativo y a mí se me aceleró un poco el corazón—. ¿Me llevas a mi hotel?

Asentí. Unos minutos después, dejé a Audrey en la puerta de su pequeño hotel, antes de dirigirme hacia La Rosée.

—¿Pensarás en ello? —le pregunté antes de que bajara del coche.

Ella se giró, porque estaba a punto de abrir la puerta, y me miró fijamente.

—Pensaré en todo.

Me dio un breve beso en los labios y bajó del coche. Me quedé mirándola durante unos segundos mientras entraba en el hotel, con mi camisa puesta y su bolso y su jersey colgando de sus brazos. Pensé que en algún momento se giraría y me haría un gesto, pero no lo hizo.

Y en ese momento me di cuenta de que quizá no era tan obvio que quisiera quedarse en Grasse.

♥ ♥ ♥

A pesar de la incertidumbre, Audrey y yo pasamos una semana increíble en la ciudad de los perfumes. No volvimos a hablar sobre mi oferta, de alguna forma u otra, ambos hicimos como que Audrey estaba allí simplemente de visita. A veces le había intentado sacar el tema, pero me había dado cuenta de que su gesto cambiaba y que, como quien no quiere la cosa, esquivaba tener que responderme.

Yo me pasaba la mañana en la escuela y veía a Audrey por la tarde. Juntos exploramos la

ciudad, los campos de flores, los mercados, hicimos senderismo por las colinas cercanas, tuvimos conversaciones profundas en los cafés del centro, y… siempre acabábamos en mi cama.

Audrey era salvaje, obsesiva, tenía la fuerza de nuestro perfume, pero también podía ser vulnerable. Cuando se entregaba a mí, lo hacía completamente. Se aferraba a mí con desesperación, clavaba sus uñas en mi espalda, rodeaba mis caderas con sus piernas, gemía en mi oreja, pero era algo que iba más allá de lo físico, cuando nuestros ojos se encontraban en medio de esa sensación animal, sentía que estábamos conectados de una manera mucho más íntima.

Y me temía que ya me había hecho adicto a ella. Y no sería tan fácil no volver a tenerla.

♥ ♥ ♥

Llegó el domingo y el último día de Audrey en Grasse. Después de una charla por teléfono con mi hermana, en la que le conté más o menos cómo me estaba sintiendo, me llegó un mensaje de Audrey para vernos. Unos minutos más tarde, oí que su coche aparcaba frente a mi casa.

Era una tarde soleada de primavera. El cielo era azul, los pájaros cantaban, se sentía el perfume de las flores en el aire. Salí al exterior y me la encontré, y enseguida, nada más mirarla a los ojos, entendí lo que quería.

Me quería a mí.

Se abalanzó sobre mí y me besó de forma hambrienta y desesperada. Menos de un minuto después, caímos sobre mi cama. Nuestra ropa acabó en el suelo y yo sobre Audrey. Me dio la sensación de que me necesitaba en ese mismo momento, así que no tardé demasiado en hundirme en ella. Pocas cosas había más placenteras que oírla gemir nada más penetrarla y sentir cómo se corría cuando todavía estaba dentro de ella.

Acabamos abrazados, todavía con el corazón latiendo a toda velocidad, con la piel caliente y enrojecida.

Sabía que el tiempo se acababa, pero quizá no era el mejor momento para preguntarle por su decisión. Era un instante demasiado preciado e íntimo.

Sin embargo, ella se me adelantó.

Todavía con su cabeza en mi pecho, el cual estaba cubierto por su pelo desordenado, alzó la mirada y se encontró con mis ojos. Se separó un poco para poder mirarme mejor.

—Esta tarde me voy a Lyon —susurró, sin dejar de mirarme.

Tragué saliva. Sentí que mi estómago se contraía un poco. No era una sensación agradable.

—¿Eso significa…?

—Eso significa que no he podido decidir nada todavía —me interrumpió—. No quiero que esto sea un impulso, Jan. No quiero dejarme llevar por la intensidad que estoy sintiendo ahora. No quiero dejar mi vida en Lyon por… por lo que sea que haya entre tú y yo, ¿sabes? No puedo permitirme pensar que quizá alguien merezca más ese trabajo que yo y que yo lo obtenga por… —hizo una pausa—, por estar aquí en la cama, con el director.

Le estaba acariciando el pelo, pero paré de inmediato. Fruncí el ceño. No me podía creer lo que acababa de escuchar.

—¿Perdón? ¿En serio piensas eso, Audrey? Si te lo he propuesto a ti, es porque eres la mejor perfumista que conozco.

Ella calló un momento, como si meditara la respuesta.

—Necesito estar segura de eso, Jan. Necesito saber que lo merezco por mis propios méritos.

Resoplé. Me dolía escuchar eso.

—Si de verdad piensas que te lo ofrecí por… por lo que sea que haya entre nosotros, es que no me conoces absolutamente nada.

—Pues a lo mejor es eso, ¿sabes?

—Genial —repuse, irónico.

Audrey se incorporó un poco en la cama.

—Dame un poco de tiempo, ¿vale? Necesito volver a Lyon para aclarar mis ideas.

Tardé un poco en responder.

—Ojalá pudiera darte todo el tiempo del mundo, pero ese puesto necesita cubrirse. Yo no puedo sustituir a Madeleine eternamente.

Ella bajó la mirada un momento.

—Lo sé. Tendrás noticias mías, ¿vale?

Entonces se levantó y comenzó a vestirse.

—¿Te vas a ir así?

—No quiero llegar a Lyon de noche.

Negué con la cabeza. No podía creerme que Audrey se fuera de esa manera, dudando sobre su propio talento. Ni siquiera me importaba que hubiera venido, al parecer, solo para acostarse conmigo.

Yo también me levanté de la cama y me vestí.

—¿Dónde está esa Audrey segura de sí misma con la que discutía en los laboratorios de Féerie Parfums? —le pregunté, seriamente.

Ella me miró a los ojos mientras intentaba, sin demasiado éxito, adecentar un poco su pelo revuelto.

—Yo también puedo ser vulnerable a veces, Jan.

Y salió del dormitorio. Cogió su bolso y se dirigió a la puerta principal.

Se iba de mi casa y no sabía si también se estaba yendo de mi vida.

—¿Eso es todo? —le dije, cuando abrió la puerta.

Se giró hacia mí. Y me sonrió brevemente.

—Tengo que ordenar mi vida en Lyon. Necesito saber que estoy tomando la decisión correcta.

Entonces se acercó y me dio un beso breve y dulce en los labios. Esa Audrey que contrastaba completamente con la que había estado en mi cama minutos atrás.

Me quedé allí, incapaz de decir nada, observando cómo su coche se alejaba entre las colinas verdes de Grasse.

Cuando desapareció de mi vista, entré en el salón y me desplomé en el sofá.

Deseaba profundamente que aceptara un trabajo para el cual sería perfecta, y deseaba que volviera a Grasse para poder seguir con la historia que justo habíamos empezado a escribir.

Pero, si eso no pasaba… no me iba a hundir. Pensé un momento en Yves. La vida eran momentos, y yo los había vivido de la forma más intensa posible. Había disfrutado de Audrey todo lo que ella me había permitido, pero, en ese momento la decisión le pertenecía a ella.

Sin embargo, yo ya me sentía afortunado.

61

Audrey

Todo el trayecto hacia Lyon me lo pasé dándole vueltas a la cabeza. Nunca cuatro horas se me habían pasado tan rápido.

¿Cómo asimilar todo lo que había sentido en una semana? ¿Cómo aceptar que lo que comenzaba a sentir por Jan estaba siendo demasiado intenso? ¿Acaso merecía yo ese trabajo en La Rosée? Si lo merecía, ¿querría hacerlo? ¿Estaba dispuesta a mudarme a Grasse y dejar mi trabajo en Féerie Parfums? ¿Estaba dispuesta… a comenzar una relación con Jan?

Sabía que quería seguir explorando aquello que sentía, pero… ¿me veía a mí misma formando a alumnos en La Rosée? Aunque no hubiera estudiado allí, ¿era lo suficientemente buena?

Era todo demasiado confuso, así que, en cuanto llegué a Lyon aquella tarde, me di una ducha para intentar desconectar de todo y apagué mi móvil. Me hice una infusión y me tumbé en el sofá. Puse música de Lisa Monterrey.

En ese momento comenzó a llover. Cerré los ojos y disfruté de la liberadora sensación de estar desconectada de todo.

♥♥♥

Después de una semana dándole vueltas, quedé con Pauline por la mañana en la cafetería Poisy. Desde que había vuelto de su luna de miel con Étienne, estaba radiante. Todavía el duraba el bronceado que había conseguido en el Caribe.

Se notaba que ambos estaban más enamorados que nunca. Era algo que, simplemente, se veía. Y yo pensaba si podría tener algún día un amor así.

Y sentía que sí. Porque si no lo intentaba, nunca lo sabría.

Pauline me dio dos besos para saludarme.

—Qué bien te veo, Audrey. Te ha sentado bien esta semana en Grasse.

Me reí, recordando los momentos de intimidad con Jan.

—Bueno, no puedo decir que no me haya sentado bien.

Pauline se mordió el labio, ansiosa de cotilleo.

—Uy, esto pinta bien. Mi amor, atiéndenos en cuanto puedas —le dijo a Étienne, que estaba trabajando aquella mañana.

Él asintió con la cabeza, desde la barra, sin necesidad de preguntar qué era lo que queríamos.

Nos sentamos en una de las mesas disponibles.

—¿Cómo va el trabajo? —le pregunté a Pauline.

—Ya sabes, lo de siempre. Liada con exámenes, dirigiendo trabajos de final de grado y metida en varios proyectos.

—¿Para cuándo un avión que no sufra turbulencias?

Ella rio.

—Me temo que eso no está en nuestras manos de momento. Quizá algún día. Bueno, ¿qué tal por Grasse? Cuéntame. ¿Cómo le va a Jan de director?

Una de las camareras de la cafetería nos trajo nuestros cafés, un trozo de tarta de queso para Pauline y un croissant de arándanos para mí. Me quedé mirándolo, en el plato, durante unos segundos. Cerré los ojos un instante y pensé en lo increíble que había sido compartir esa intimidad con él. Jan era tan intenso entre las sábanas como lo podía ser en el laboratorio. Me vinieron a la cabeza imágenes de sus ojos azules mientras me penetraba y me di cuenta de que quizá no era el mejor momento para recordarlo, ahí, en una cafetería sentada frente a Pauline.

—Bien —acabé respondiendo, con algo de indiferencia fingida—. Está ya totalmente metido en su nuevo papel.

Pauline parpadeó.

—Y… ¿me vas a contar algo más? ¿Pasó… algo entre vosotros?

Se me escapó una sonrisilla demasiado reveladora.

—Digamos que… no sé, hemos estado muy cerca esta última semana.

A Pauline se le encendieron los ojos.

—Bueno, bueno, y ¿cómo ha sido?

Suspiré.

—Intenso.

Pauline se llevó las manos a la boca y yo acabé riéndome. Ella sabía que yo me había acostado con Romain, pero parecía más interesada en mi historia con Jan. Era consciente de que iba más allá de lo físico.

—Y… ¿qué vais a hacer ahora? Él trabaja en Grasse, y tú aquí.

Me encogí de hombros.

—Hay algo más.

—¿Y bien?

—Me ha ofrecido trabajar como profesora en La Rosée. Hay una profesora que se acaba de jubilar, y… bueno, necesitan a alguien que imparta Olfacción y Creatividad.

Pauline abrió mucho los ojos.

—Le habrás dicho que sí, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Me lo tengo que pensar, Pauline.

—¿Por qué? Sé que a veces me quejo de mis alumnos, pero créeme cuando te digo que, si te apasiona algo, es igual de apasionante enseñar a los demás.

Sonreí.

—No, no es eso. Claro que me gustaría enseñar a futuros perfumistas, y claro que me gustaría formar parte de La Rosée. Siempre fue un sueño para mí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Inspiré hondo.

—Es como si de repente sintiera que quizá no lo merezco. Que si Jan no fuera el director de La Rosée, esa oferta nunca hubiera llegado a mí, ¿sabes?

Pauline frunció el ceño y me miró con extrañeza.

—¿Y qué pasa si Jan ha tenido algo que ver en esto? No significas que no seas perfecta para el puesto. A veces las oportunidades nos llegan de forma inesperada.

—Pero… —comencé, expresando por fin mis dudas con alguien—, ¿y si hubiera alguien mejor para ese trabajo? ¿No le estaría quitando el puesto de una forma injusta?

Pauline tragó el trozo de tarta que estaba masticando y dio un sorbo a su café.

—Mira, Audrey, yo no entiendo mucho de perfumes, pero sé que tú tienes talento. Has trabajado para las mejores marcas. Tu último perfume es una joya que se vende como tal. La verdadera injusticia sería si no te dieras la oportunidad de demostrar lo que puedes hacer, simplemente por miedo a que alguien más se quede con lo que tú mereces. Piensa en ello.

Asentí, intentando procesar las palabras de Pauline.

—Gracias —murmuré, con una leve sonrisa, y le di un sorbo a mi café.

—No me las des. Es lo que hay. Me daría pena que te fueras a Grasse, pero ya sabes. Te lo mereces, y Étienne y yo siempre estaremos aquí para cuando quisieras visitarnos. Y esperamos poder visitarte a ti también. ¿A quién no le apetecerían unos días en la ciudad de los perfumes junto al Mediterráneo?

—Cuenta con ello —repuse.

Ella me miró, analizándome.

—Veo que te he convencido.

Me reí.

—Todavía tengo que pensarlo un poco.

—Ya, eso decimos todos. Perdona, pero tengo que ir al baño.

Yo asentí y Pauline se levantó y desapareció de mi vista.

Entonces fue cuando sentí que alguien llevaba Un baiser sur le pont. Mi perfume, el perfume de Jan, nuestro perfume. Miré alrededor y enseguida detecté de dónde venía la estela de olor.

Era una chica que acababa de entrar en la cafetería. Tenía el pelo rubio recogido en un moño y unas gafas de montura ligera y dorada. Quizá sería algo más joven que yo. Vestida con un suéter de color lavanda y unos vaqueros. Miraba alrededor, como si fuera la primera vez que entraba en la cafetería Poisy. Se puso a la cola.

Por simple curiosidad, la observé. Me gustaba analizar a las personas que llevaban mis perfumes. Esa chica me daba vibraciones de bibliotecaria tranquila amante del té y de los gatos.

En ese momento, un chico, quizá también de mi edad aproximadamente o puede que algo mayor, se colocó detrás de ella en la cola para pedir, y me bloqueó su visión. Sin embargo, oí la voz de la chica pidiendo a Étienne:

—Y me llevaré ese croissant de arándanos.

—Ahora mismo —repuso mi amigo.

El chico desconocido que me tapaba la visión de la chica desconocida estaba desconectado del mundo, perdido en la pantalla de su móvil. Apenas se enteró cuando Étienne le preguntó que qué quería.

—¿Eh? —dijo él, despistado—. Ah, sí, perdona. Un café con leche y ese croissant de arándanos que he visto antes, eh… ¿dónde está?

Étienne lo miró con simpatía.

—Lo siento, pero ese croissant ya tiene dueña. —Señaló a la chica con la cabeza, que estaba esperando su café—. Dentro de un rato habrá más, si todavía te interesa.

El chico desconocido miró a la chica desconocida, colocada a su lado. En ese momento pude verlo mejor, tenía el pelo castaño, era alto y una barba de pocos días. Vestía ropa casual.

—Vaya —dijo él—. Ponme entonces un croissant normal. Eso me pasa por estar distraído con el móvil —añadió, mirándola a ella directamente.

La chica le sonrió.

—Te estás perdiendo el mundo a tu alrededor.

—Tienes razón —repuso él e hizo una pausa, en la cual la observó mientras ella miraba al frente, como si dudara sobre seguir o no hablando con ella—. Perdona que sea tan directo, pero… hueles genial. ¿Qué perfume llevas?

Ella se giró para mirarlo y, por el gesto que pude apreciar desde mi mesa, no se esperaba un comentario así. Sin embargo, algo me decía que no le desagradó. Me mantuve expectante ante su respuesta.

—Un baiser sur le pont, un perfume que sacó hace poco Maison Lagune.

—Incluso el nombre es poético.

La chica sonrió tímidamente.

—Sí. Fue amor a primer olfato.

Él rio.

—Te queda bien —dijo—. ¿Sabes? A veces me pregunto quién está detrás de todos esos perfumes.

Apreté los labios, pero no pude evitar una sonrisa de satisfacción. Afortunadamente, ninguno de los dos reparó en mi presencia.

—Ya. Supongo que son gente normal, como tú y como yo —dijo ella, e hizo una pausa—. Bueno… voy a buscar una mesa.

Recogió su café y su croissant.

—Eh… yo también —repuso el chico.

Ella lo miró durante un par de segundos.

—¿Te importa si te invito al café? —le propuso—. Ya sabes, por haberme quedado con el croissant que tú querías.

Él sonrió, y me dio la sensación de que aquello le pilló totalmente desprevenido. Cómo me hubiera encantado tener un bol de palomitas en ese momento.

—Eh, bueno… no, no es necesario —repuso, algo apurado—. Pero no me importaría en absoluto compartir la mesa.

Ella le devolvió la sonrisa, tímida, pero también algo coqueta.

—Me llamo Astrid.

—Yo Lucas.

Tras un silencio algo incómodo en el que los dos no sabían muy bien cómo actuar, Astrid y Lucas se sentaron en una mesa junto a la nuestra. Yo no daba crédito.

En ese momento, volvió Pauline.

—¿Vamos a dar una vuelta por el parque? —me propuso.

Asentí.

—De acuerdo.

Me levanté y ambas dijimos adiós a Étienne.

Entonces yo me giré y miré directamente a Astrid y a Lucas, que comenzaban a charlar y a conocerse. Ellos levantaron la mirada y se fijaron en que una desconocida los estaba mirando.

Les sonreí y salí de la cafetería, dejándolos, seguramente, confundidos.

Me encantó el hecho de que resolvieran el asunto del último croissant de forma civilizada, sin insultarse, como yo hice en su día con Jan.

Y me encantó que mi perfume pudiera ser una puerta abierta a una conversación y, quién sabe, quizá a una futura historia de amor.

Porque sí, para qué negarlo, yo tenía talento. Jan y yo habíamos creado una joya olfativa. Y yo sola también había creado perfumes que se grababan a fuego en las memorias de las personas que los usaban.

—Pauline —le dije, una vez ya en la calle, de camino al parque—, dile a Étienne que nunca tenga más de un croissant de arándanos en el mostrador. Pueden surgir historias muy curiosas.

Ella me miró sin entender nada, y yo me reí.

♥ ♥ ♥

Al día siguiente fui a hablar con Véronique. Me recibió en su despacho, sonriente, pero algo me decía que ya sabía lo que le iba a comunicar.

—Me alegro de verte de nuevo por aquí, Audrey —me dijo—. Qué guapa te veo. Grasse te ha sentado bien. ¿Cómo le va a Jan por allí?

Todos sabían que Jan había tomado el mando de La Rosée por deseo expreso de Yves Roussel.

—Gracias, Véronique —repuse, y me senté frente a ella, al otro lado de la mesa de su despacho—. Le va genial. Se ha adaptado muy bien al ritmo de trabajo y está encantado con ello.

Véronique asintió con la cabeza.

—Ese chico vale mucho. Espero que algún día volvamos a trabajar juntos.

—Sí, eh… bueno, de eso quería hablarte.

—Claro, dime.

—Jan me ha ofrecido un puesto en La Rosée y voy a aceptarlo.

Véronique me miró por encima de sus gafas.

—¿Como profesora?

—Sí. Madeleine Giraud era la profesora de Olfacción y Creatividad y se jubiló hace muy poco.

La que había sido mi jefa varios años me miró fijamente y comenzó a sonreír de forma curiosa.

—¿Es lo que realmente quieres?

—Sí —repuse—. Me apetece el cambio. Ya sabes, Véronique… hemos hablado alguna vez sobre ello. Tengo una espina clavada por no haber podido estudiar en La Rosée. Dar clase en esa escuela es una forma de cumplir ese sueño, de alguna manera.

Ella inspiró hondo, sin dejar de mirarme. Había hablado sobre ello con Véronique, pero nunca le expliqué el verdadero motivo por el que no estudié en La Rosée finalmente.

—Me va a dar mucha pena dejarte ir —acabó diciendo—. Pero te lo mereces. Tienes el talento y la ilusión para formar a nuevos perfumistas.

Sonreí.

—Gracias. Siempre podemos volver a trabajar juntas si te llega algún proyecto interesante.

—Te tomo la palabra, Audrey. Te desearía suerte, pero no la vas a necesitar.

Asentí.

—Gracias por todo, Véronique. Formar parte de la familia de Féerie Parfums ha sido… —inspiré hondo, y analicé realmente lo que había supuesto—, ha sido lo mejor de mi vida.

Ella se levantó, rodeó su escritorio y se acercó a mí. Yo también me levanté. Me sorprendió cuando la vi abrir los brazos, pero respondí a su abrazo encantada.

—Que te vaya muy bien —dijo—. Que os vaya muy bien —rectificó enseguida—. A Jan y a

ti. A los dos, en todos los aspectos.

Nos miramos un momento y yo sentí que me ruborizaba.

Estaba claro.

Me despedí del resto del equipo y salí de las oficinas de Féerie Parfums, la compañía que había sido mi segundo hogar durante mucho tiempo. O incluso mi primer hogar, ya que fue un refugio cuando sentía que mi vida estaba completamente vacía viviendo con Thomas. Un refugio para crear y para sentir algo en medio de mi anodina vida.

El refugio donde conocí a la persona que cambió todo.

♥ ♥ ♥

Pasaron un par de semanas en las que me dediqué a buscar casa en Grasse y a organizar la mudanza. También me despedí de Étienne y Pauline, pero no fue nada dramático. Sabíamos que nos veríamos a menudo. Yo iría a Lyon y ellos me visitarían en Grasse.

Todavía había una parte de mí que no se creía el paso que estaba dando, pero estaba convencida.

Yo lo merecía. Yo merecía ese trabajo. Yo era una gran perfumista, y era consciente de ello, y no era necesario que Jan me lo hubiera dicho, ni que Yves Roussel me lo hubiera dicho.

Era buena y merecía ese puesto.

Era lo que resonaba constantemente en mi cabeza, mientras escuchaba *Let's Conquer the World* de Lisa Monterrey, una de sus canciones más empoderantes, cuando ya me iba de camino a Grasse. Y, poco a poco, esos pensamientos dejaron de sonar, porque me lo creía profundamente. No necesitaba repetírmelo todo el rato.

Así, a mediados de abril y atravesando campos de flores, llegué a la ciudad de los perfumes. Ya había dejado mi apartamento en Lyon y había alquilado una casa con jardín a las afueras, no demasiado lejos de la casa de Jan. Ni tampoco demasiado cerca.

En cuanto llegué a mi nuevo hogar, dejé las pocas cosas que había traído en mi coche. Los de la mudanza no tardarían demasiado en llegar. No me esmeré mucho en comenzar a colocarlo todo, porque estaba desesperada por ir a visitar a alguien.

No habíamos hablado durante esas dos semanas. Necesitaba esa pequeña desconexión para mí. Así que… sería una sorpresa.

Unos minutos después, aparqué frente a su pequeña casa. Era una preciosa tarde de primavera, el cielo era de un azul radiante, los pájaros cantaban, el aire ligero movía las flores. Oía el ligero zumbido de algunas abejas.

Sabía que ya había terminado su jornada y, probablemente, estaría en el jardín. Así que me tomé la confianza suficiente como para entrar sin permiso. Sabía que la verja de la entrada estaría abierta, y así fue.

Rodeé la casita de piedra y vi a Jan agachado, plantando algo pequeño en un rincón. Llevaba ropa de trabajo y guantes de jardinería. Miré alrededor por un momento. Desde allí se podía ver las colinas verdes de Grasse y un trocito azul del mar Mediterráneo. Me acerqué a Jan, sin poder ocultar una sonrisa. En cuanto oyó mis pasos, se giró, sorprendido.

Y, en cuanto me vio, se le iluminó la cara con una sonrisa que no había visto hasta entonces en su rostro.

Sonrisa que, sin demasiado éxito, quiso transformar enseguida en un gesto irónico y provocador, con su ceja levantada. Casi me dieron ganas de reírme al ver lo mal que ocultó su

felicidad genuina al verme.

—Vaya, Meuly, te has hecho de rogar —acabó diciendo.

Sonreí, y no me molesté en fingir que no era una sonrisa de pura felicidad.

—No iba a dejarte sin un poco de suspense, Jan Bauck.

Se me quedó mirando durante unos segundos y su gesto irónico se desvaneció. Apareció de nuevo esa sonrisa encantadora, transparente, real, honesta, sin nada que ocultar.

—Y ahora… —comenzó—, ¿qué?

Inspiré hondo. Sentí mariposas en el estómago. Nervios por todo lo que estaba por comenzar.

—Ahora… todo.

Su sonrisa se hizo más amplia. Se quitó los guantes de jardinería y los tiró al suelo.

Y me besó.

Me cogió por la nuca y hundió sus dedos en mi pelo. Y luego cogió mi rostro entre sus manos. Fue dulce y delicado. Un anticipo de todo lo que estaba por venir.

Nos miramos.

En ese momento, supe que estaba donde debía estar.

♥ ♥ ♥

Al fin estaba frente a la escuela La Rosée, preparada para mi primera clase, dos semanas después de haber llegado a Grasse. Me quedé un momento admirando el edificio. El jazmín rodeaba la entrada, y había arbustos de narcisos y rosales que comenzaban a florecer.

Ahí estaba mi sueño, a unos pocos pasos de distancia. No cruzaría esa puerta como alumna, pero estaba feliz de poder formar parte de la historia de esta pequeña comunidad de amor a los perfumes. Estaba completamente preparada para ello.

Y sabía que lo merecía.

Nunca hubiera imaginado que esa oportunidad llegaría a mí de esa forma, pero, si encuentras algo bueno e inesperado por el camino, ¿por qué no aprovecharlo?

Inspiré hondo y me dirigí hacia la puerta de entrada. Una ligera corriente de aire primaveral recorrió los jazmines, los narcisos y los rosales y me hizo sentir su aroma. También sentí el aire marítimo. Estábamos tan cerca del mar que lo olía por todas partes.

Así fue cómo me di cuenta de que se acababa de crear un nuevo recuerdo olfativo, uno que se grabaría en mi memoria y me acompañaría para siempre.

EPÍLOGO

Jan

El sol brillaba con fuerza en el cielo azul de verano. Hacía calor, así que me levanté de la orilla y me fui directo a bañarme en el lago. Al principio, el agua fría me hizo estremecerme, así que solo me metí hasta la cintura por el momento. Miré alrededor, a las montañas que rodeaban todo el lago.

Estaba en casa, en Annecy.

Llevaba más de dos años como director de La Rosée. No siempre había sido fácil, pero me alegraba de haber tomado el relevo de mi querido amigo Yves, en el cual pensaba todos los días. Era gratificante hacer algo que me hacía disfrutar a mí y algo que también lo hubiera hecho feliz a él.

Me tomé un tiempo para relajarme, hasta que alguien decidió que era buena idea tirarse encima de mí y obligarme a sumergirme por completo en el agua fría de los Alpes.

Tras el choque de temperatura inicial, salí a la superficie, y sacudí la cabeza para quitarme el exceso de agua del pelo. Ahí, frente a mí, había una chica preciosa de piel tostada, labios carnosos y pelo oscuro empapado que caía por sus hombros. En ese momento, me miraba con una sonrisa traviesa.

—Joder, Meuly, está fría.

Ella rio.

—¡No me digas! Parece mentira que hayas nacido en esta ciudad.

Se acercó a mí y me rodeó con sus brazos. Me cogió del cuello y me besó. Sentí el agua del lago entre nuestros labios.

Al final, tuve que rendirme a sus encantos.

Y nos quedamos un rato abrazados, sintiendo nuestra piel fría y húmeda.

Mi historia con Audrey había surgido de forma natural. Cuando aceptó el trabajo en La Rosée, se mudó a Grasse y comenzamos a trabajar en la misma escuela. Ambos decidimos que evitaríamos vernos en medida de lo posible en horario laboral, y que ya veríamos qué era lo que pasaba con nuestra historia fuera del trabajo. El resto de personal de la escuela entendía que había algo entre nosotros, pero respetaban nuestra privacidad y entendieron que aquello era algo que nos pertenecía solo a Audrey y a mí. Y jamás la juzgaron a ella por haber llegado a trabajar a La Rosée a través de mí. Era imposible juzgarla, porque era la perfumista con más talento que había conocido y no podría haber nadie mejor para enseñar Olfacción y Creatividad. Todos sabíamos eso.

Audrey se enamoró de su nuevo trabajo. Le encantó transmitir su conocimiento sobre perfumes a nuevos y jóvenes talentos que acudían a La Rosée con toda la ilusión del mundo.

Y, por las tardes, cuando ambos estábamos libres… fuimos nosotros los que nos fuimos

enamorando poco a poco. Aunque yo creo que ya estaba algo enamorado de ella. Era como si siempre la necesitara más, como si nunca fuera suficiente Audrey. Aunque me sacara de quicio a veces, porque lo seguía haciendo. Era la persona más especial que había conocido.

Así, nuestra historia empezó en una cafetería, después en un laboratorio, después entre las sábanas… hasta que le pedí que viniera a vivir conmigo, cuando ya llevaba un año en Grasse. Quería despertarme a su lado cada mañana.

Y ella aceptó.

Y allí estábamos ese verano, en Annecy, disfrutando del lago. Juntos.

Teníamos unos días de vacaciones, aprovechando que se había terminado el curso escolar. Habíamos tenido una visita de Étienne y de Pauline, los amigos de Audrey que también se estaban convirtiendo en mis amigos. Me parecía surrealista pensar en aquel primer encuentro con Étienne cuando le pedí el famoso croissant de la discordia. Además, al vivir cerca de la costa, podía ver a mis padres más a menudo. No quería forzar a Audrey a verlos, pero había buen ambiente entre ellos. Tan solo nos faltaban Lena y los gemelos, pero nos visitaban siempre que podían. Y nosotros a ellos también.

Para el resto del verano teníamos planeado un viaje a Córcega para ver a los padres de Audrey. Ya habíamos ido una vez, y me pareció maravilloso poder conocer esa parte de ella de la que quizá no hablaba tanto: su infancia, su adolescencia, sus veranos en la isla, sus recuerdos. Todos los aromas que la retrotraían a esos momentos.

—¿Salimos ya? —me propuso, cuando ya llevábamos un buen rato de juegos, besos y abrazos en el agua.

—Venga, que ya tengo hambre.

Salimos del lago, nos secamos y nos quedamos un rato bajo el sol alpino, sobre nuestras toallas.

—¿Sabes? —comenzó entonces Audrey, girándose para colocarse de lado y poder mirarme—. Al final parece que Maison Lagune va a trabajar directamente conmigo.

Estaba inmerso en admirar su belleza, su piel tostada bajo el sol, pero aquello me sacó de mis pensamientos.

—¿En serio?

—Sí. Saben que es una casa de perfumería nueva, pero, en realidad, nos quieren a nosotros.

—Chicos listos, esos de Maison Lagune.

Audrey llevaba meses con la idea de crear su propia casa de perfumes. Conociéndola, sabía que la incertidumbre no la pararía. Trabajando en La Rosée se dio cuenta de todo el talento que tenía disponible, así que, unos meses atrás, se lanzó a ello y creó su propia casa.

Le Pont Parfums[4] la llamó. Un guiño a nuestra historia de amor.

Al principio, el plan de Audrey era compaginar su trabajo en la casa de perfumes con el trabajo en La Rosée, hasta que decidió que ambas cosas no eran compatibles, y que se quería dedicar por completo a su nuevo proyecto. De esta forma, llevaba apenas un mes dedicándose a Le Pont Parfums, después de sentir que ella ya había dejado su huella en La Rosée. Solía contar con jóvenes perfumistas recién salidos de la escuela y con cualquier persona con talento que encajara en los proyectos que ya le iban encargando.

Sabía que llevaba un tiempo teniendo conversaciones con el equipo de Maison Lagune, porque nos querían de nuevo para un perfume. Ellos ya confiaban en Féerie Parfums, pero es que nos querían a nosotros, a Audrey y a mí. Y ella pensó que era la oportunidad de su vida. Un

cliente como Maison Lagune no se consigue todos los días. Al principio, Audrey se sintió un poco mal por haberle «robado» tal cliente a Féerie Parfums, la cual fue su hogar mucho tiempo, pero… ¿qué podía hacer ella si se habían ofrecido a trabajar directamente con su nueva casa de perfumería? Las oportunidades llegan y hay que tomarlas antes de que las tome otro. Audrey ya lo sabía bien. Aun así, se había encargado de recomendar Féerie Parfums a un par de perfumistas recién salidos de La Rosée, y estaba segura de que iban a crear grandes perfumes junto a Véronique.

Después de unos minutos bajo el sol, Audrey y yo nos cambiamos y nos fuimos paseando hacia el casco antiguo de Annecy, para ir a comer algo a algún restaurante. Era mágico poder compartir momentos con ella en la que era la ciudad de ambos, esa ciudad que no pudimos disfrutar cuando ambos éramos jóvenes y vivíamos allí. Era… como una segunda oportunidad para vivir lo que no vivimos en su día.

—¿Ya te han hablado de lo que quieren? —le pregunté cuando estábamos llegando al Pont des Amours.

—Sí —me repuso, aunque no dijo nada más.

Seguimos caminando.

Y nos paramos en la mitad del puente.

Nos miramos.

Aquella vez era verano, así que los árboles sobre nosotros lucían frondosos y verdes.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Agua —dijo Audrey simplemente.

—¿Agua?

Ella asintió.

—Eso mismo. Un perfume que nos evoque el agua.

—¿Cómo crees que lo llamarán? —dije, meditando yo mismo la respuesta—. Imagina «Un baiser dans le lac»[5].

Audrey me miró con una pequeña sonrisa de aprobación.

—Eh, no está nada mal. Pero, ya sabes… los creativos son ellos. Nuestro trabajo es crear un aroma que nos haga pensar en agua.

Miré el lago. El símbolo de Annecy, nuestra ciudad. El agua era clara y de un color turquesa intenso.

—Creo que no va a ser muy difícil.

Audrey rio.

—¿Más sencillo que encontrar un perfume que oliera a amor? —me preguntó, con una sonrisa coqueta.

—Reconoce que no me lo pusiste fácil. Aunque, en realidad —fruncí el ceño—, creo que lo realmente difícil es compartir laboratorio contigo.

Ella me dio un codazo.

—Admítelo, Jan Bauck. Estás deseando que volvamos a crear un perfume juntos.

Se me escapó una risa. Audrey y yo no habíamos vuelto a trabajar juntos desde nuestro perfume Un baiser sur le pont.

—Bueno —repuse, irónico—, digamos que estoy lo suficientemente loco como para que me apetezca volver a trabajar contigo, Audrey.

Ella volvió a reír y sentí que ese sonido me hacía completamente feliz, que ya no necesitaba

nada más.

Entonces nos besamos, allí, en el puente. En el lugar de la primera vez, y ojalá mil veces más.

Porque Audrey y yo habíamos creado muchos perfumes por separado, pero vivir nuestra historia era como crear el más importante de todos ellos: un perfume que evocaba desde el momento en el que nos conocimos… hasta el final.

Un perfume en el que los dos éramos las notas de corazón.

NOTA DE LA AUTORA

Como siempre: muchísimas gracias por haber llegado hasta aquí.

Si te ha gustado esta historia, te agradecería mucho que me dejaras una reseña en Amazon. A ti solo te llevará unos segundos y a mí me ayudarás mucho a que me encuentren otros lectores. Si lo haces, te estaré infinitamente agradecida. De verdad, es muy importante para mí.

Esta historia llevaba tiempo en mi cabeza, ya que me apetecía mucho escribir sobre dos perfumistas que tienen que crear un perfume que huela a amor. Como no podía ser de otra manera, decidí que la historia tuviera lugar en Francia. Yo pasé un verano en Annecy y me enamoré completamente de la ciudad, del lago y de las montañas, así que aquí queda reflejado para siempre ese amor.

Si eres experta o experto en perfumes y has leído esta novela, quiero pedirte perdón por las posibles aberraciones olfativas que he podido crear. No me lo tengas en cuenta, por favor. Tan solo estaba intentando imaginar a qué huele el amor.

Por cierto: si quieres leer la historia de la cantante Lisa Monterrey, la podrás encontrar en mi novela *Polvo de sueños y estrellas*. Lisa es la protagonista :)

Muchísimas gracias de nuevo por leerme.

Si quieres contactar conmigo, puedes hacerlo en janetlapida@gmail.com.

Nos leemos pronto.

Con cariño,

Janet

SOBRE MÍ

Nací en Alicante (España) en 1991. Siempre me encantó leer y aprender idiomas, así que decidí estudiar Filología Inglesa. Empecé a escribir cuando era adolescente, pero mi primera novela la publiqué en 2020. Me encantan las historias de mujeres fuertes —pero imperfectas y con debilidades, todas somos humanas— y el romance. También me apasiona viajar y creo que eso se refleja en todo lo que escribo.

Mis novelas se pueden encontrar autopublicadas en Amazon. A continuación, te cuento un poco sobre cada una de ellas.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Polvo De Sueños Y Estrellas

Lisa Monterrey empezó en el mundo de las estrellas gracias a un programa infantil. Desde entonces, su fama no ha hecho más que crecer. Sin embargo, por el camino, ha ido perdiendo a las personas que más quiere. Y, al llegar a la cima, ¿qué? ¿Qué hay entonces? Vacío, miedos, inseguridades. Soledad. Lisa acaba cayendo en un abismo, pero un recuerdo aparece en su cabeza. Una promesa de amor adolescente. Y entonces decide reconstruirse a sí misma, tal y como ella quiere. Cuando piensa que ya lo tiene todo de nuevo y que vuelve a ver la luz, se da cuenta de que solo le falta por hacer una cosa: volver a casa y enfrentarse a su pasado.

Una Guerra Fría Dentro De Mí

Miren cree que el amor no existe para ella. Lleva años encadenando desastres amorosos. Cuando termina sus estudios, lo que quiere es descubrir el mundo. Su primera parada es una pequeña ciudad en la costa de California. Allí conoce a un chico de pelo negro y ojos ámbar, como una pantera. Cuando ya no lo busca, lo encuentra: una intensa historia entre olas y atardeceres mágicos en el Pacífico. Al dejar Estados Unidos, aun con la promesa de volverse a ver, Miren acaba en un nuevo destino: el lugar más profundo de Siberia. Lo que no se imagina es que encontrará un chico con mirada de husky que hará tambalear sus sentimientos. ¿Es posible querer a dos personas a la vez? Miren se siente como una hoja que flota entre el viento del este y el viento del oeste, buscando el equilibrio, porque no quiere hacer daño a ninguno de los dos. Pero tampoco a sí misma.

Al final, ¿el amor siempre tiene que implicar renuncias? ¿O puede ser sinónimo de libertad?

La Melodía Que Somos

Londres. Septiembre. Una recepción de hotel. Un apellido curioso en la lista de llegadas. Casandra trabaja como recepcionista en el Holborn Rose, pero su verdadera pasión es la música. Es saxofonista en su tiempo libre y sueña con tocar en el mejor club de jazz de la ciudad. Sus sentimientos y su música siempre han estado ligados. Le rompieron el corazón unos años atrás y estuvo mucho tiempo sin poder tocar. Desde entonces, tiene miedo de volver a sentir, hasta que aparece él. Un hombre con un bonito apellido, pero incapaz de sonreír. Casandra sabe que oculta algo y se sentirá intrigada por él. Aprenderá a explorar sus sentimientos y a transformarlos en melodías. Después de unas inesperadas vacaciones de Navidad, todo cambia para ella. ¿Llegará a cumplir su sueño? ¿O quizá ha idealizado el éxito? ¿Cómo podrá recomponer los pedazos de ese

corazón roto? Y, sobre todo, ¿qué hay detrás de esa mirada fría? La historia de Casandra es una historia de amor con la música y, quizá, no solo con ella.

Me Gusta, No Me Gusta

Lara es una joven influencer de éxito que cree que tiene todo lo que necesita en su vida: popularidad, dinero, mucho maquillaje, ropa cara y un novio guapo. Un día, una marca de maquillaje la invita, a ella y a sus amigos, a un lugar que nunca entró en sus planes de viaje. Allí encontrará a alguien que le enseñará una forma de vivir la vida totalmente diferente a la suya. Lara empezará a pensar que, para ser feliz de verdad, quizá le falte algo. O quizá le sobre. Cuando vuelve a Madrid, hecha un lío, algo inesperado cambiará su mundo y su forma de pensar. ¿Qué es lo que de verdad importa en esta vida? ¿Quién es realmente Lara cuando su cámara deja de grabar?

Si No Es Ahora, ¿Cuándo?

Nagore vuelve a Benidorm después de haber vivido ocho años en París, la ciudad de sus sueños, porque quiere dedicarse a escribir la novela que tanto tiempo lleva en su cabeza. Una vez allí, se da cuenta de lo difícil que es volver a relacionarse con su familia y con sus amigas de toda la vida, porque no paran de presionarla para que se case y tenga hijos. Por su parte, Nagore solo quiere intensidad y pasión, que es lo que le inspira para escribir. Cuando vuelve a París para una fiesta de antiguos alumnos Erasmus, Nagore conoce a alguien que le hará replantearse muchas cosas sobre el amor. Pero, al final, ¿habrá valido la pena dejarlo todo para dedicarse a cumplir su sueño de ser escritora? ¿Será capaz de volver a enamorarse?

Trucos Para Juntar Letras: Consejos De Una Filóloga Para Escribir Una Novela

¿Quieres escribir una novela, pero no sabes por dónde empezar? ¿Te pones a ello y no consigues nada que valga la pena? ¿Tu organización es un desastre? ¿Te desanimas y abandonas antes de terminarla? ¿Has terminado y no sabes qué hacer? Quédate por aquí entonces. En esta guía te doy consejos desde tu primera idea hasta que tengas tu novela publicada en tus manos. Seguiremos un orden cronológico con trucos prácticos y con poca teoría literaria aburrida y abstracta (créeme, soy filóloga y sé de lo que hablo).

Escribir puede ser un viaje maravilloso, ¿te vienes?